Lo que esconde tu nombre

Clara Sánchez



Lo que esconde tu nombre

Clara Sánchez



ePUB



Sandra ha decidido retirarse a un pueblo de la costa levantina: ha dejado el trabajo y, embarazada, pasa los días intentando aplazar la decisión de qué hacer con su vida. En la playa conoce a un matrimonio de octogenarios noruegos que parecen la solución a los problemas de Sandra.

Julián, un anciano que acaba de llegar de Argentina, superviviente del campo de exterminio de Mauthausen, sigue paso a paso las idas y venidas de los noruegos. Un día Julián aborda a Sandra y le revela detalles de un pasado que a Sandra sólo le suenan por alguna película o algún documental: horrores en blanco y negro que no tienen nada que ver con ella. Aunque el relato de Julián le parece a Sandra descabellado, empezará a mirar de una forma nueva a los amigos, las palabras y los silencios de la pareja de ancianos, sin darse cuenta de que el fin de su inocencia está poniendo su vida en peligro.



eBooks con estilo

Clara Sánchez

Lo que esconde tu nombre

ePUB v1.0
Fanhoe 02.08.11

más libros en epubgratis.es

© Clara Sánchez, 2010
Primera edición: febrero de 2010
ISBN: 978-84-233-4251-8
Depósito legal: B. 4.058-2010

I. En manos del viento

Julián

Sabía lo que estaba pensando mi hija mientras me miraba hacer la maleta con sus penetrantes ojos negros y un poco asustados. Los tenía como su madre y los labios finos como yo, pero según se hacía mayor y su cuerpo se ensanchaba había acabado pareciéndose más y más a ella. Si la comparaba con fotos de Raquel de cuando tenía cincuenta años eran como dos gotas de agua. Mi hija pensaba que era un viejo loco y sin remedio obsesionado por aquel pasado que ya a nadie le importaba y del que no era capaz de olvidar ni un día, ni un detalle, ni una cara, ni un nombre, aunque fuese un largo y difícil nombre alemán, y sin embargo a menudo tenía que hacer un gran esfuerzo para recordar el título de una película.

Y por muy buena cara que me esforzara en poner no podía evitar darle pena, porque aparte de viejo y loco tenía una arteria obstruida, y a pesar de que el cardiólogo, para no asustarme, me había dicho que la sangre buscaría un recorrido alternativo esquivando la arteria perdida, no me hacía ilusiones de poder regresar. Así que besé a mi hija con el que para mí era el último beso que le daba, tratando, eso sí, de que ella no se diese cuenta. Alguna tendría que ser la última vez que me viese y prefería que fuese vivo y haciendo el equipaje.

Aunque la verdad era que jamás se me habría pasado por la cabeza semejante locura en mi estado si no hubiese recibido una carta de mi amigo Salvador Castro, Salva, que no había vuelto a ver desde que nos jubilaron en el Centro, montado para dar caza a los oficiales nazis desperdigados por el mundo. Y el propio Centro se estaba jubilando a sí mismo según sus

objetivos iban llegando al límite de la vejez y muriendo y esos monstruos moribundos se iban librando de nosotros una vez más. En la mayoría de los casos había sido el miedo el que les había mantenido alerta y les había ayudado a escapar, y nos tenían miedo porque les odiábamos. Sólo habían tenido que aprender a oler nuestro odio para salir corriendo.

Cuando toqué el sobre en mi casa de Buenos Aires y vi el remite sentí un sobresalto que casi me deja en el sitio y después una emoción inmensa. Salvador era uno de los míos, el único que quedaba sobre la tierra que sabía quién era yo de verdad y de dónde venía y de qué sería capaz para no morir y para lo contrario. Nos conocimos muy jóvenes en un pasillo estrecho que hay entre la vida y la muerte que los creyentes llaman infierno y los no creyentes, como yo, también. Tenía un nombre, Mauthausen, y no se me ocurría que el infierno pudiera ser de otra manera ni peor. Y, mientras mi cabeza luchaba una vez más por salir del infierno, cruzábamos el cielo entre nubes blancas y las azafatas dejaban un agradable olor a perfume al pasar a mi lado y yo iba cómodamente estirado en el asiento, a más de veinte mil pies de altura, en manos del viento.

Salva me decía que llevaba varios años retirado en Alicante en una residencia de ancianos. Una residencia muy buena, soleada, entre naranjos y a pocos kilómetros del mar. Al principio entraba y salía de la residencia cuando le daba la gana, era como un hotel, con una habitación con baño para él solo y menú a la carta. Luego tuvo problemas de salud (no explicaba cuáles) y dependía de otros para que lo llevaran y trajeran del pueblo. Pero a pesar de los inconvenientes no había dejado de trabajar, a su modo y sin ayuda de nadie. «Hay cosas que no se pueden dejar así como así, ¿verdad, Julianín?, es lo único que puedo hacer si no quiero ponerme a pensar en lo que me espera. ¿Recuerdas?, cuando entré allí era un chico como tantos.»

Le comprendía casi sin límite y no quería perderle, como no se quiere perder un brazo o una pierna. «Allí» ya sabíamos lo que era, el campo de exterminio donde habíamos coincidido trabajando en la cantera. Salva sabía lo que yo había visto y padecido, y yo lo que había visto él. Nos sentíamos malditos. A los seis meses de la liberación, con un aspecto que daba asco y que tratábamos de ocultar con un traje y un sombrero, Salva ya se había

enterado de que existían varias organizaciones cuyo objetivo era localizar nazis y cazarlos. Nosotros nos dedicaríamos a eso. Cuando nos liberaron nos enrolamos en el Centro Memoria y Acción. Salva y yo éramos dos de los miles de republicanos españoles que entramos en los campos, y no queríamos que nos compadecieran. No nos sentíamos como héroes, sino más bien como unos apestados. Eramos víctimas, y nadie quiere a las víctimas ni a los perdedores. Otros no tuvieron más remedio que callar y sufrir el miedo, la vergüenza y la culpa de los supervivientes, pero nosotros nos convertimos en cazadores; él más que yo. En el fondo me dejé llevar por su furia y su sentido de la venganza.

Fue idea suya. Cuando salimos de allí, yo sólo quería ser normal, incorporarme a la humanidad normal. Pero él me dijo que eso era imposible y que habría que seguir sobreviviendo. Y tenía razón, nunca he podido volver a ducharme con la puerta cerrada, ni he soportado el olor de orines, ni siquiera los míos. En el campo, Salva tenía veintitrés años y yo dieciocho, era físicamente más fuerte que él. Cuando nos liberaron, Salva pesaba treinta y ocho kilos. Era delgado y blanco y melancólico y muy inteligente. A veces tenía que darle algo de lo que allí llamábamos comida, mondas de patatas en agua hervida, algo de pan rancio; no por compasión, sino porque necesitaba a Salva para seguir adelante. Recuerdo que un día le dije que no entendía por qué luchábamos por vivir cuando sabíamos que íbamos a morir y él contestó que todos íbamos a morir, también los que estaban en sus casas sentados en un sillón con una copa y un puro. La copa y el puro representaban para Salva la buena vida a la que ha de aspirar todo ser humano. Y la felicidad consistía en encontrar una chica que le hiciese volar. También creía que todo ser humano tiene derecho a volar alguna vez en su vida.

Para vencer el terror, en lugar de cerrar los ojos y no querer ver ni saber, Salva era partidario de tenerlos bien abiertos y reunir toda la información posible: nombres, caras de guardias, graduación, visitas de otros oficiales al campo, organización. Me decía que recordara todo lo que pudiera porque más adelante lo necesitaríamos. Y la verdad era que mientras tratábamos de recordarlo todo nos olvidábamos un poco del miedo. Enseguida supe que

Salvador tenía el convencimiento de que no iba a acabar en aquella cantera, ni yo tampoco si estaba con él.

Cuando se abrieron las puertas y salimos, yo corrí atolondrado y llorando, mientras que Salva salió con una misión. No podía tenerse en pie, pero tenía una misión. Consiguió localizar y llevar ante los tribunales a noventa y dos nazis de alta graduación; a otros no tuvimos más remedio que secuestrarlos, juzgarlos y ejecutarlos. Yo no fui tan hábil como Salva, me ocurrió todo lo contrario. Nunca pude cerrar con éxito un expediente, al final los cogían otros o escapaban. Parecía que el destino se reía de mí. Los localizaba, los perseguía, los acorralaba y, cuando estaba cerca, se escurrían, desaparecían; tenían un sexto sentido para salvarse.

Salva me enviaba en la carta un recorte de un periódico publicado por la colonia noruega de la Costa Blanca, en cuya portada aparecía la foto del matrimonio Chris-tensen. Fredrík tendría ochenta y cinco años y Karin alguno menos. Fue fácil reconocerlos porque no habían considerado necesario cambiar de nombre. Según Salva, el artículo no los delataba, simplemente hablaba de la fiesta de cumpleaños que este anciano de aire respetable había celebrado en su casa y a la que habían acudido numerosos compatriotas. Reconocí sus ojos de águila que planean sobre la presa. Eran esos ojos que se te quedan grabados de por vida. La foto no era muy buena. Se la habrían hecho junto a su mujer en la fiesta y la habrían publicado como regalo. Y mira por dónde allí estaba Salva para verla. Fredrik no había tenido compasión, estaba de sangre hasta el cuello, quizá porque al no ser alemán, aunque fuese muy ario, tenía que demostrar que era de fiar, debía ganarse el respeto de los superiores. Sirvió en varios regimientos de las Waffen-SS y fue el responsable del exterminio de cientos de judíos noruegos. Me hacía una idea de lo cruel que tuvo que ser para convertirse en el único extranjero merecedor de la cruz de oro.

Aparecían sentados en un sofá, uno junto al otro. Las grandes y huesudas manos de él desplomadas en las rodillas. Incluso sentado se le veía enorme. Era muy difícil que pasara desapercibido. A ella, en cambio, era más difícil reconocerla. La vejez la había deformado más. No necesitaba

rebuscar en mi memoria, había sido una de tantas jóvenes rubias de cara redonda e ingenua y con el brazo en alto que llenaban mis archivos.

«No veo bien, me tiembla el pulso, me serías de mucha ayuda, así que si no tienes otra cosa mejor que hacer, te espero. Quién sabe, puede que tú sí que encuentres la eterna juventud», me decía Salva en la carta. Seguramente se refería al sol y la copa y el puro. Y no pensaba fallarle. Al fin y al cabo yo había tenido la suerte de casarme con Raquel y formar una familia, mientras que él estaba entregado a la causa en cuerpo y alma. Raquel tenía el don de hacer lo malo bueno, y me tomé como otro castigo el que ella muriese antes que yo y que sus buenos pensamientos desapareciesen del mundo y quedasen los míos. Pero al cabo del tiempo me di cuenta de que Raquel no me había abandonado del todo y que pensar en ella me traía paz y me llenaba la mente de pequeños rayos de sol.

Mi hija quería acompañarme, le asustaba que pudiera fallarme el corazón. La pobre pensaba que a mi edad todo resulta más duro, y era verdad. Pero también era verdad que prefería morir haciendo esto que atormentándome por si me subía el azúcar. Además, por una vez las cosas podían cambiar y podía ser que el corazón le fallase a Fre-drik Christensen antes que a mí. Por muy viejo que él fuese, siempre pensaría que podía vivir un poco más, siempre le mortificaría que apareciésemos en su vida y que al final, después de haber logrado escapar durante tanto tiempo, le metiésemos el miedo en el cuerpo.

Me ilusionaba pensar que Salva y yo llegaríamos hasta el sofá de la foto y que nada más vernos Fredrik se cagaría en los pantalones.

Sandra

Mi hermana me dejó su casa de la playa para que pensara con tranquilidad sobre lo que me convenía, si casarme o no con el padre de mi hijo. Estaba de cinco meses y cada vez veía menos claro que quisiera formar una familia, aunque también era verdad que había dejado el trabajo que tenía, como una completa inconsciente, precisamente ahora que el trabajo estaba tan mal, y que iba a ser duro ocuparme yo sola del niño. De momento iba y venía con la criatura en la barriga, pero después... ¡Vaya mierda! ¿Acabaría casándome por comodidad? Quería a Santi, pero no tanto como sabía que podría llegar a querer. Santi estaba a un palmo, sólo a un palmo, del gran amor. Aunque también podría ocurrir que el gran amor nada más existiera en mi mente, como el cielo, el infierno, el paraíso, la tierra prometida, la Atlántida y todas esas cosas que no se ven y que de antemano sabemos que nunca veremos.

No tenía ganas de tomar ninguna decisión definitiva. Me encontraba bien pensando a la ligera y sin agobios en distintas posibilidades tan inalcanzables de momento como las nubes mientras en el frigorífico quedaba comida y mi hijo aún no había salido fuera y no me pedía nada. Era una situación bastante buena, que lamentablemente duraría poco porque mi hermana ya había encontrado un inquilino para el mes de noviembre.

Estábamos a finales de septiembre y todavía podíamos bañarnos y tomar el sol. A mediados de mes, las casas de los alrededores ya se habían cerrado hasta el próximo verano o para ser usadas algunos fines de semana y en los puentes largos. Sólo seguían funcionando durante todo el año

algunas, como la nuestra, que por la noche, al ser tan pocas y estar tan desperdigadas, con las luces encendidas resultaban tremendamente solitarias. Y esta sensación me gustaba, hasta que echaba de menos a alguien con quien hablar o que estuviese por allí haciendo ruido y entonces me daba por acordarme de Santi. Eran momentos de debilidad, esos momentos que sirven para que las parejas aguanten juntas mucho tiempo, como mis padres. Solamente pensar en ellos me daba valor para afrontar los ratos de soledad. Sabía que si no los afrontaba ahora ya no los afrontaría nunca el resto de mi vida.

Para ir a la playa de arena tenía que coger la motocicleta, una Vespino que me habían advertido mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos, una y otra vez, que no se me ocurriera aparcar sin echarle la cadena. En cuanto desayunaba y regaba las plantas (una de las obligaciones que mi hermana me había impuesto), metía en una bolsa de plástico de Calvin Klein una revista atrasada, que había cogido de una cesta de mimbre, una botella de agua, la visera y una toalla, y me marchaba a tumbarme en la arena. Bajo el sol, no había penas. Los turistas prácticamente habían desaparecido. Casi siempre me encontraba con la misma gente por el tramo que solía recorrer a paso ligero cuando me cansaba de estar tumbada: una señora con dos perritos, varios pescadores sentados al lado de las cañas tirantes, un negro con chilaba que no debía de tener un sitio mejor adonde ir, los que corrían por la playa y una pareja de jubilados extranjeros bajo una sombrilla de flores grandes con los que ya cruzaba miradas de hola y hola.

Y gracias a ellos aquella mañana no perdí el conocimiento y no me caí redonda en la arena, sólo me puse de rodillas y vomité. Hacía demasiado calor, uno de esos días en que se dispara el termómetro como si se hubiese roto. La gorra con visera daba poca sombra y se me había olvidado la botella de agua. A veces tenían razón cuando me decían que era un desastre. Me lo decían todos los que tenían alguna confianza conmigo. Si no me lo decían antes, me lo decían después, eres un desastre, y si te lo dice todo el mundo toda tu vida, por algo será. Al incorporarme en la toalla, sentí náuseas, todo me daba vueltas, aun así logré llegar tambaleándome a la orilla para refrescarme y fue entonces cuando no pude más y eché la

papilla. Había desayunado demasiado, desde que estaba embarazada el miedo a desfallecer me hacía comer hasta que no podía más. Fue entonces cuando la pareja de jubilados extranjeros se acercó corriendo todo lo deprisa que los ancianos son capaces de correr sobre la arena ardiente. Tardaron una eternidad en llegar, yo hundía las manos en la arena mojada tratando de agarrarme hasta que la arena se deshacía una y otra vez.

Dios mío, no dejes que me muera, estaba pensando cuando unas manos grandes y huesudas me sujetaron. Luego sentí frescor de agua en la boca. Una mano me empapaba la frente y me la pasaba por el pelo. Oía sus palabras, extrañas y lejanas, no entendía nada. Me sentaron en la arena y vi que era la pareja extranjera. El hombre trajo una sombrilla, la sombrilla de flores grandes en la que ellos siempre se resguardaban y con la que marcaban su territorio. Evidentemente era más fácil traer la sombrilla aquí que llevarme a mí hasta la sombrilla.

—¿Te encuentras bien? —fueron sus primeras palabras en castellano.

Asentí.

—Podemos llevarte al hospital.

—No, gracias, me ha sentado mal el desayuno.

La mujer tenía los ojos pequeños y azules y los detuvo sobre la barriga, que me sobresalía del biquini un poco abultada y redonda. No dejé que me preguntara.

—Estoy embarazada. A veces la comida no me cae bien.

—Ahora descansa —dijo ella dándome aire con un paipai de propaganda donde vi dobles las palabras Nordic Club—. ¿Quieres más agua?

Bebí más agua mientras me observaban sin parpadear, como si me sostuvieran con sus miradas.

Al rato, cuando ya debían de estar más mareados que yo, se empeñaron en acompañarme hasta la moto y después en seguirme con su coche por si desfallecía por la carretera. íbamos tan despacio que todo el mundo nos pitaba y en cuanto me metí por el camino en cuyo margen izquierdo la casa de mi hermana parecía metida con calzador, toqué el claxon y les dije adiós con la mano.

Quizá debería haberles pedido que entraran a tomar algo, a sentarse un rato en el porche, por donde solía correr una brisa bastante agradable. Me odiaba a mí misma por no haber sido más amable, puesto que les había fastidiado su mañana de playa, aunque también era cierto que el que alguien interrumpiera la monotonía de estas parejas de ancianos que se pasaban el día en plan contemplativo tampoco les vendría mal. Me mojé con la manguera y me tumbé a la sombra en una hamaca. No quería pensar en el mareo de la playa porque no quería sentirme débil, de ahora en adelante tendría más cuidado porque la verdad era que mi cuerpo ya no era el mismo y me daba sorpresas.

Julián

Me fastidió tener que gastarme parte de los ahorros en un asiento clase *business,* lo hice para tranquilizar a mi hija y también porque me interesaba llegar a mi destino en la mejor forma posible y que el viaje no fuese en balde, y precisamente por eso me limité a tomarme el menú con una cerveza sin alcohol y, después de sacudirme los demonios de encima como pude, a dormir como un bendito, mientras el resto de viajeros no paraba de meterse entre pecho y espalda whiskies «en las rocas».

No contaba con que Salva fuese a buscarme al aeropuerto de Alicante, ni siquiera había contestado a la carta donde le decía qué día llegaba. ¿Cómo estaría ahora? Puede que no le reconociese. Ni él a mí, claro está. De todos modos, miré los carteles que pacientemente sostenía la gente que esperaba tras el cordón de seguridad y me dejé ver lo más posible con la esperanza de que Salva de pronto viniese hacia mí y me abrazara. Hasta que más o menos al cuarto de hora decidí irme a la estación de autobuses y tomar uno que me llevase a Dianium, el pueblo, a unos cien kilómetros, donde había reservado hotel y por cuyos alrededores vivían los Christensen y, algo más lejos, Salva en la residencia.

No fui directamente al hotel. Al salir del autobús tomé un taxi y le pedí al taxista que me llevara a la residencia de ancianos Tres Olivos para luego regresar al casco urbano del pueblo.

Colocó la maleta en el maletero y tiramos hacia el interior entre olor a pino recalentado, y al rato el taxista me preguntó extrañado si no iba a quedarme en la residencia. No me molesté en contestar, fingí que iba

ensimismado en el paisaje, lo que también era cierto. Estaba atardeciendo y me pareció maravilloso. Tierra roja, bosquecillos, viñas y huertas y pájaros que bajaban a picotear. Me acordé de cuando de niño, antes de que nada tuviera importancia, mis padres nos llevaban de vacaciones a la playa. Me palpé los bolsillos de la chaqueta comprobando que no me había olvidado nada en el avión ni en el autobús. Empezaba a preocuparme que el cansancio me hiciera perder reflejos sin darme cuenta.

La residencia tenía un jardín más pequeño de lo que me había hecho imaginar Salva, pero estaba en pleno campo y eso parecía bueno, aunque de mayores nos gusta más ver gente que árboles. No hacía falta llamar al timbre, estaba abierto y pasé a un comedor donde empezaban a colocar las mesas para la cena. Le pregunté a la camarera por Salva, le dije que venía de muy lejos para verle, y ella, tras mirarme extrañada, me dirigió a una pequeña oficina donde una mujer grande y fuerte, con una vitalidad bárbara, me dijo que mi amigo había muerto. Y cuando le enseñé el sobre que había recibido me explicó que él mismo pidió que lo echaran al correo sin más después de su defunción. Defunción, vaya palabra. Lo habían incinerado y la ropa la habían enviado a una parroquia por si algún pobre la quería. Había muerto de una insuficiencia generalizada, su organismo había dicho basta.

Me dijo, sin que yo le preguntara, que no había sufrido.

Di una pequeña vuelta por el jardín y me imaginé allí a Salva, débil y encogido, resistiendo, mirando el cielo algunas veces mientras pensaba en lo que tenía entre manos, sin perder de vista sus objetivos. Hacía muchos años que no teníamos contacto, desde que dejaron de considerarnos útiles en el Centro, y yo preferí dedicarme a mi familia y hacer alguna pesquisa por mi cuenta, que nunca dio frutos. Traté de atar los cabos sueltos de Aribert Heim, el criminal nazi más buscado del mundo, y de Adolf Eichmann, sin ninguna suerte. Y me costaba trabajo creer que en ese tiempo Salva dejase de trabajar, seguramente siguió reuniendo material y dándoselo en bandeja a otros para que se llevaran la gloria. Y ahora me había tocado a

mí. Me dejaba su último descubrimiento, que sólo tendría valor si yo era capaz de destaparlo. Cuando supo que iba a morir pensó en mí, se acordó de este amigo y me dejó una herencia envenenada, como no podía dejar de ser cualquier cosa que viniera de nuestras atormentadas almas. Me habría gustado tanto hablar con él, verle por última vez. Ya no quedaba nadie que lo supiera todo de mí, que conociera mi infierno tal como fue. Ahora un tono plateado sin brillo iba apagando la tarde.

Volví a entrar en el taxi y después de indicar que íbamos al hotel Costa Azul tuve que sacar el pañuelo del bolsillo y sonarme. La visión de la residencia, cada vez más pequeña, donde Salva me escribió su última carta, hizo que los ojos se me llenasen de lágrimas; eran lágrimas flojas que sólo mojaron el cerco de los ojos, pero que significaban que estaba vivo. Había sobrevivido a Salva sin ganas, como había sobrevivido a Raquel a mi pesar. El taxista me echó un vistazo por el retrovisor. Qué lejos estaba su juventud de mi vejez, era inútil contar nada, explicar nada, era inútil decirle que mi amigo había muerto porque pensaría que a nuestra edad era natural morir. Sin embargo, nada era natural, porque si fuese natural no nos parecería extraño e incomprensible. ¿Era yo digno de seguir viendo estos hermosos campos plateados? Raquel me habría echado una bronca por pensar así, me habría llamado masoquista y bicho raro. Después de todo Salva y yo llevábamos sin vernos mucho tiempo, desde que me instalé en Buenos Aires con Raquel, y él siguió con su vida de acá para allá; nunca me hubiese imaginado que se hubiera recluido en una residencia. Y como él mismo decía, no sólo nosotros moríamos, moría todo el mundo, toda la humanidad y no había más remedio que conformarse.

Al llegar al hotel me entretuve deshaciendo la maleta y colocando la ropa en el armario y luego estudiando el mapa de la comarca y tratando de localizar la casa de Fredrik y Karin Christensen en una zona alta y boscosa llamada el Tosalet. Como no quería acostarme muy pronto, para ir superando el *jet-lag* bajé al bar del hotel para tragarme las pastillas de la noche con un vaso de leche caliente. Una barman con chaleco rojo, que

hacía malabarismos con los vasos y los cubitos de hielo, me preguntó si quería un chorrito de coñac en la leche. Le contesté que por qué no, y mientras me lo servía me entretuve mirándola y ella me sonrió con una sonrisa radiante y hermosa. Seguramente tendría un abuelo al que había que animar de vez en cuando. Cuando ya empezaba a sentirme confuso por el cansancio, pedí en recepción que me aclararan algunas dudas sobre el mapa y reservé un coche de alquiler para el día siguiente. No me sorprendió que me preguntaran si tenía el carné de conducir en regla, era algo que en los últimos tiempos ocurría a menudo. Si hubiera tenido tiempo me habría sentido ofendido, pero tenía otras cosas más importantes en la cabeza que ser viejo y que me trataran como tal, tenía que cumplir la misión de Salva.

La habitación no era gran cosa. Daba a una calle y a través de los visillos se veía la iluminación de unos cuantos bares. Me tumbé en la cama, hacía tiempo que no me sentía tan relajado. Volvía a la vieja costumbre de estar solo en los hoteles, la costumbre de no contarle a nadie lo que de verdad estaba haciendo, con la diferencia de que ahora no esperaba nada porque después de esto no habría más.

Qué más daba que el mundo entero tuviera más fuerza y menos años que yo. Yo tenía la enorme ventaja de no esperar nada. Me sentía..., me sentía, ¿cómo explicarlo?, me sentía conforme. Cuando noté que iba a dormirme me desnudé, me puse el pijama, apagué el aire acondicionado, me quité las lentillas y me puse las gafas de culo de vaso que usaba para leer en la cama; por lo menos la dentadura era fija. Qué tiempos aquellos en que sólo me necesitaba a mí mismo para ir de un lado a otro, sin trastos. Cerré los ojos y me encomendé a Raquel y a Salva.

Me despertaron los rayos de sol que atravesaban los visillos. Me duché y me afeité con la maquinilla eléctrica que mi hija había echado en la maleta a regañadientes porque decía que era una tontería no aprovechar el kit de afeitado del hotel. Me dejé la cara suave, ni siquiera cuando estuve

enfermo en el hospital había dejado de afeitarme, ni siquiera en los momentos más difíciles de mi vida. Mi mujer decía que la manera meticulosa de afeitarme era mi marca personal, y puede que tuviese razón. Desayuné más de lo normal porque el bufé entraba en el precio de la habitación y porque así al mediodía sólo tendría que tomarme un tentempié, y cenaría temprano.

El coche de alquiler no me lo traerían hasta las doce, así que me fui dando un paseo hacia el puerto y me compré en un puesto del Paseo Marítimo un sombrero panamá que costaba veinte euros y que me daba más sombra que la gorra de visera que llevaba puesta. Mi hija había insistido en que no me trajera tantas cosas que podría comprar aquí en cualquier parte, pero a mí me parecía un despilfarro dejarlas allí para que luego no supieran qué hacer con ellas. Aunque hacía bastante calor, no tenía más remedio que llevar chaqueta, afortunadamente ligera, porque necesitaba bolsillos donde guardar las gafas por si se me caía una lentilla (las de sol las sacaba y las metía del bolsillo de la camisa), la cartera con el dinero y las tarjetas de crédito, una libreta donde tomar notas y la cajita de las pastillas. Cuando era joven también cargaba con el Marlboro y el mechero. Por suerte el móvil podía dejarlo en el hotel, porque nada más cruzar el charco había dejado de funcionar. Me gustaba llevarlo todo repartido por los bolsillos, me equilibraba el peso. Mi hija me compró una vez una mochila, pero me la dejaba olvidada por ahí porque no me parecía que fuese mía. Siempre que he podido he llevado traje, como poco pantalón y chaqueta de distinta clase, y en invierno abrigo de lana *beige* hasta media pierna, la verdad es que no sabría vivir sin estas pequeñas costumbres.

Me senté en una terraza a tomarme un café y a hacer tiempo estudiando de nuevo el mapa. El café era el único hábito perjudicial que no había dejado y que no pensaba dejar, me negaba a pasarme al té verde como los pocos amigos que me quedaban. Lo peor de ser viejo es que uno se va quedando solo y convirtiéndose en un extranjero en un planeta en el que todo el mundo es joven. Pero yo aún tenía a mi mujer dentro de mí, y mi hija debía vivir su vida sin tener que cargar con la mía y con todo el mal que se había paseado por ella. En mi balanza el odio pesaba mucho, pero

también, gracias a Dios, pesaba el amor, aunque lamentablemente, todo hay que decirlo, el odio le había quitado mucho sitio al amor.

Pensé, tomándome el café en esta terraza —un café *espresso* bastante bueno, por cierto—, que cuando se ha conocido el mal, el bien sabe a poco. El mal es una droga, el mal es placentero, por eso aquellos carniceros cada vez exterminaban más y eran más sádicos, nunca tenían bastante. Le quité la etiqueta al sombrero, me lo puse y me guardé la gorra en un bolsillo. Si aún viviera Raquel, le compraría otro a ella. Le quedaba bien cualquier sombrero, luego dejaron de llevarse y las mujeres perdieron elegancia. No hacía mucho me había dicho un médico que a mi edad la memoria es una memoria cristalizada, lo que quiere decir que se recuerdan mejor los acontecimientos lejanos que los recientes. Era verdad, ahora me daba por acordarme con todo lujo de detalles del sombrero que llevaba Raquel cuando nos casamos, allá en el año cincuenta, una mañana luminosa de primavera.

Sandra

Al día siguiente no me arriesgué a ir a la playa, no tenía ganas de coger la moto y me conformé con bajar **a** un pequeño supermercado que había a quinientos metros; lo suficiente para darme un paseo y comprar unos zumos. Tuve todo el día para hacerme comida sana, leer y estar tranquila. El limonero y el naranjo le daban al pequeño jardín aire de paraíso, y yo era Eva. El paraíso y yo. Mi hermana me había dejado pilas de ropa sucia para que las fuera lavando. Debía regar por la mañana y al atardecer y meter ropa en la lavadora y tender y luego recogerla y doblarla y, si salía de mí, plancharla. Si le hacía caso, me podría pasar todo el tiempo trabajando, ¿de dónde habría sacado tanta ropa sucia? Creo que me había dejado instalarme en la casa para obligarme a hacer algo y que a su entender acabara sirviendo para algo. Puede que se hubiese pasado varios días ensuciando ropa. Le gustaba mandar de tal modo que no pareciese que estaba mandando. Yo misma había tardado años en darme cuenta de que me mandaba y me obligaba a hacer, sin que me diera cuenta, cosas que no quería hacer.

Y estaba precisamente cumpliendo con el riego del atardecer, después de la siesta, cuando oí el sonido de un coche que aparcaba junto a la cancela de la entrada. Oí cómo se cerraban las puertas del coche y pasos lentos, hasta que los vi. Eran ellos, los ancianos que me habían echado una mano en la playa. Parece que se alegraron de verme, yo también me alegré, llevaba demasiado tiempo rumiando a solas. Cerré la manguera y me acerqué a ellos.

—¡Qué sorpresa! —dije.

—Nos alegramos de verte recuperada —dijo él.

Hablaban muy bien mi lengua, aunque con acento. No era inglés, ni francés. Tampoco era alemán.

—Sí, he estado descansando, casi no he salido de aquí.

Les invité a entrar y a sentarse en el porche.

—No queremos molestar.

Les serví té en una bonita tetera de cobre que tenía mi hermana en una alacena imitación a antigua. No les dije nada de café porque no había encontrado ninguna cafetera.

Se lo tomaron a pequeños sorbos mientras les contaba que no estaba segura de si estaba o no enamorada del padre de mi hijo y que no quería empezar esta nueva etapa de mi vida metiendo la pata. Me escuchaban con gran comprensión y a mí no me importaba que lo supieran todo sobre mí, por lo menos lo que más me comía el tarro, no me importaba porque eran unos desconocidos, era como contárselo al aire.

—Dudas de juventud —dijo él cogiéndole la mano a su mujer. Se notaba que había estado muy enamorado y que ahora no podría pasar sin ella. Ella era un enigma.

No era un hombre que sonriera, pero era tan educado que parecía que sonreía. Su enorme estatura hacía que el sillón de mimbre pareciese de juguete. Era muy delgado, se le marcaban los pómulos, los parietales y absolutamente todos los huesos. Llevaba un pantalón gris de verano y una camisa blanca de media manga, y era muy pulcro.

—Mañana si quieres podemos venir a buscarte, te llevaremos a la playa con nosotros y luego te traeremos de vuelta —dijo él.

—Para nosotros será una diversión —dijo ella sonriendo de verdad con unos pequeños ojos azules que quizá alguna vez fueron bonitos pero que ahora eran feos.

En lugar de contestar, les serví más té. Estaba sopesando la situación. Nunca había entrado en mis cálculos hacerme amiga de dos ancianos. En mi vida normal, los ancianos con los que me relacionaba eran de la familia, nunca amigos.

Se miraron hablándose con los ojos y se soltaron para poder coger las tazas.

—Vendremos a las nueve, ni muy temprano ni muy tarde —dijo él, y se levantaron.

Ella parecía contenta, se le animaron mucho los ojos. Seguramente era la que llevaba la voz cantante en la pareja. Era ella a quien se le ocurrían cosas que hacer, la que tenía caprichos. Tal vez yo era un capricho de esta señora, lo que en principio no era bueno ni malo.

Ella me puso la mano en el brazo, me lo sujetó como si intentara que no escapase.

—No necesitas llevar nada, yo me encargaré de todo. Tenemos una nevera portátil.

—Fredrik y Karin —dijo él tendiéndome la mano.

Yo también se la tendí y le di un beso a Karin en una cara de gesto alegre y amargo al mismo tiempo. Hasta ahora no había sabido sus nombres y no me había dado cuenta de que no los sabía, quizá porque hasta ahora no me habían importado, habían sido completamente ajenos, gente que pasa por la calle.

—Sandra —dije yo.

Nunca había conocido a mis abuelos, murieron cuando era pequeña, y ahora la vida me recompensaba con estos dos abuelos de los que no me importaría ser su nieta favorita o mejor su única nieta, la depositaría de todo su cariño y... de todos sus bienes, esos bienes fabulosos por los que no hay que luchar, ni siquiera desearlos, porque se merecen nada más nacer. Quizá lo que no me habían dado los lazos de sangre me lo daba el destino.

Julián

Entre pitos y flautas hasta la una no pude poner el coche en marcha. Abrí la ventanilla porque prefería el aire de la calle al aire acondicionado. Tuve que pararme en una gasolinera y en un quiosco para preguntar por el Tosalet hasta que me encontré en una larga carretera de curvas donde era imposible preguntarle a nadie, y luego entré en una zona boscosa en que las casas estaban medio hundidas entre árboles de quince metros y como mucho se oía el ladrido de algún perro. Y quizá porque había perdido mis mejores reflejos con la edad, me costó bastante dar con la calle donde supuestamente vivía Fredrik Christensen. Pero al final di con ella y con el nombre de la casa, Villa Sol, un nombre nada original en estas latitudes.

Era como un fortín, prácticamente no se veía nada del interior, y no quería que los vecinos me pillaran husmeando, porque el hecho de que yo no pudiera verles a ellos no quería decir que ellos no me viesen a mí. Dominaba el silencio y un pesado olor a flores. ¿Qué tenía que ver esto con el sufrimiento, la humillación, la miseria y la crueldad sin límites? Igual que en el periódico, tampoco en el buzón estaban disfrazados los nombres. Ponía Fredrik y Karin Christensen.

Las puertas eran metálicas y estaban pintadas de verde oscuro tanto la corredera para que entrara el coche como la pequeña para las personas, y a su alrededor la hiedra amenazaba con taparlas. Hice como que me quedaba admirando las plantas trepadoras, esperando oír algún ruido, algún movimiento en el interior, y volví al coche. Lo había dejado aparcado en la parte más ancha que había encontrado dos o tres calles más arriba y que,

ahora me daba cuenta, me podría servir de punto de vigilancia, puesto que la calle era de una sola dirección y obligatoriamente tendrían que salir por aquí.

Pero sería más tarde o quizá mañana. Se habían hecho las tres y media, hora de comer algo para tomarme las pastillas y echarme un rato, no quería despilfarrar mis pocas energías el primer día.

Me costó trabajo aparcar por los alrededores del hotel y cuando lo logré eran más o menos las cuatro y cuarto. Pedí en un bar que me hicieran una tortilla francesa y un zumo de naranja y para rematar me tomé un cortado. El café era tan bueno como el de la mañana. Sentía cierta euforia, estaba contento y llamé a mi hija. La tranquilicé, le dije que me encontraba mejor que nunca, que el cambio de aires me estaba viniendo bien, que me ensanchaba los pulmones. No le conté que mi amigo Salva había muerto.

Le dije que ya habíamos localizado la casa de Chris-tensen y que enseguida empezaríamos a vigilar. A mi hija no le gustaba nada oírme hablar así, todo lo que le sonara a obsesión le hacía decir «¡ya!», así que cambié de tema y le dije que era un sitio perfecto para pasar unas vacaciones, con muchas colonias de gente mayor extranjera. Y añadí algo que sabía que le agradaría: aprovecharía para ir mirando casas en alquiler y en venta, casas blancas con porche y un pequeño jardín para retirarme a vivir aquí y para que ella viniera a pasar todo el tiempo que quisiera.

—¿Y con qué dinero? —dijo ella, que era lo que decía cuando una idea empezaba a gustarle.

Quizá había sido muy egoísta con Raquel y lamentablemente continuaba siéndolo con nuestra hija. No la dejaba respirar, no la dejaba olvidarse del mal. Se lo recordaba constantemente persiguiendo demonios. Ella siempre decía que no tenía tiempo de arreglar el mundo y que quería ser una persona normal, una persona a la que no le hubiese ocurrido lo que le ocurrió a su familia, que por lo menos tendría derecho a eso, ¿o no?

Y yo me preguntaba si era justo que Karin y Fredrik viviesen rodeados de flores y de inocencia.

Al llegar a la habitación del hotel, me tumbé en la cama vestido, me medio tapé con la colcha y encendí la televisión. No quería dormirme pero me amodorré y cuando abrí los ojos estaba anocheciendo y sentía el hormigueo del mando en la mano. Había descansado y también me había atontado y fui dando tumbos hasta el baño como si estuviera borracho. No me había quitado las lentillas y me escocían los ojos. Saldría a dar una vuelta hasta el puerto para respirar aire fresco de primera mano. La carretera hasta el Tosalet estaba llena de curvas, por lo que no me hacía ninguna gracia coger el coche de noche, esperaría al día siguiente con una gran sensación de tiempo perdido. No estaba aquí de vacaciones, no tenía tiempo de vacaciones. Las vacaciones eran para los jóvenes, para gente con toda la vida por delante, porque a mí me esperaba el largo descanso a la vuelta de la esquina.

Las bellas luces del puerto no significaban nada frente a las luces que se podrían estar encendiendo en el jardín de los Christensen. Esas luces tenían un sentido, eran señales que encajaban en mi mundo y que me guiaban hacia el infierno perdido. Caminé arriba y abajo del Paseo Marítimo, donde aún seguía abierto el puesto en que había comprado el sombrero, ideando un plan de acción. Por la mañana desayunaría pronto y subiría al Tosalet. Esperaría hasta que Fredrik saliese y le seguiría. Tomaría nota de lo que hacía. En dos o tres días tendría una idea de cuáles eran sus hábitos. Aunque se tratase de un oficial condecorado de las SS, maestro en escapar de país en país, en cambiar de casa, de ciudad, no podría escapar de la edad, y la edad está hecha y sobrevive a base de costumbres.

Aún no estaba seguro de cómo utilizaría la información que recogiese pero sabía que acabaría usándola. Conocer las costumbres de alguien y las personas con las que se relaciona es como conocer las puertas y ventanas de una casa, uno acaba viendo la forma de entrar. Porque, vamos a ver, ¿qué iba a hacer cuando verificase la auténtica identidad de Fredrik? ¿Capturarle y llevarle ante un tribunal acusándole de crímenes horribles, impensables en un ser humano? Ese tiempo había pasado, ya no se juzgaba a nazis ancianos. Como mucho, se esperaba que muriesen y que con ellos muriese

el problema de tener que extraditarlos, juzgarlos, encarcelarlos y remover una vez más tanta mierda negra y apestosa.

Y pensé, contemplando las estrellas, que aunque viejos y en las últimas aquí estábamos todavía Fredrik y yo, y que podíamos levantar la cabeza y admirar su hermosa luz.

Y pensé que aún se podría conseguir que a ese cerdo le temblaran las piernas y que yo pudiera morirme con la conciencia tranquila por el deber cumplido. Ya sé que Raquel me preguntaría que a quién quería engañar, diría que lo hacía por puro placer y satisfacción míos, y puede que tuviese razón, pero qué más daba el nombre que se le diese a lo que yo sentía.

2. La chica del pelo rojo

Sandra

Así, la playa era muy cómoda. Fredrik de vez en cuando nos traía un helado, un refresco, la sombra de sus anchos y huesudos hombros caía sobre nosotras. A Karin le gustaba hablar de Noruega, de la casa tan bonita que tenían en un fiordo y que en tiempos fue una granja. Ya no iban allí por el clima, la humedad se les metía en los huesos. Pero echaba de menos la nieve, el aire puro de la nieve azulada. Karin no era esquelética como su mando. Debía de haber sido delgada en su juventud y gorda en la madurez, ahora era una mezcla de ambas cosas, una mezcla deformada. Miraba con esa expresión tan difícil, entre amigable y desconfiada, que no se sabía qué pensaba realmente. O mejor dicho, lo que decía debía de ser una milésima parte de lo que pensaba, como toda la gente de edad que ha vivido mucho para al final acabar disfrutando de las pequeñas cosas. No era raro que Karin llevase en su cesta de paja alguna novela con un hombre y una mujer besándose en la portada. Le gustaban mucho las historias románticas y a veces me contaba alguna que se desarrollaba entre el jefe y la secretaria o entre un profesor y la alumna o entre el médico y la enfermera o entre dos que se habían conocido en un bar. Ninguna se parecía a la mía con Santi.

Era muy agradable dejarme llevar. Paseaba por la orilla, de la sombrilla de la pareja de noruegos al saliente de piedras, y del saliente de piedras a la sombrilla. No volví a vomitar, teníamos toda el agua fresca que queríamos en la nevera portátil, una nevera muy buena que no existía en el mercado español. Casi ninguna de las cosas que usaban eran de aquí, salvo los pareos de ella, comprados en algún tenderete de la playa.

Sobre todo, eran pacíficos. Se movían despacio, no hablaban alto, no discutían casi, todo lo más un cambio de pareceres. No tenían nada que ver con mis padres, que se ahogaban en un vaso de agua a la mínima contrariedad. A mis padres ni siquiera les había dicho que estaba embarazada, no me creía capaz de tener que soportar uno de sus dramas. Aprovechaban cualquier ocasión para salirse de madre, para enloquecerse. Quizá por eso me había liado con Santi, simplemente porque tenía buen carácter y era paciente y armonioso. Y, sin embargo, ya ves, no había funcionado. A la media hora de estar con Santi me invadía una insufrible sensación de pérdida de tiempo, y ésa era una razón de peso para que no me imaginara con él dentro de uno o dos años.

Los noruegos y yo íbamos juntos a la playa alguna mañana que otra, por lo que tampoco me empachaban demasiado. Cuando me dejaban en casa a veces ni siquiera bajaban del coche. Me despedían desde las ventanillas y me dejaban en paz.

Julián

Quería tomar algo antes de regresar al hotel, siempre he tenido la idea de que en los hoteles comer algo es más caro que en la calle. Rehuí los restaurantes que me iba encontrando porque no quería pasarme dos horas cenando sin muchas ganas. Así que entré en un bar y me pedí una ración de ensaladilla y un yogur, también una botella grande de agua para llevármela al hotel porque mi hija me había insistido tanto en que no bebiera agua del grifo que era casi un acto de lealtad hacia ella beber agua embotellada.

El recepcionista del hotel era aún el que vi a mi llegada. Tenía una gran peca en la mejilla derecha que lo hacía pintoresco y que había hecho que no lo olvidara, se me había grabado inmediatamente en la mente, como me sucedía de joven cuando archivaba caras de forma automática, sin posible confusión entre unas y otras. Le pregunté mientras me entregaba la llave de mi cuarto si no terminaba ya su turno. Él pareció sorprenderse por que me preocupara por él.

—Dentro de una hora —dijo.

Tendría unos treinta y cinco años. Echó una ojeada a la botella.

—Si necesita alguna cosa, la cafetería está abierta hasta las doce, a veces hasta más tarde.

Me volví buscándola alrededor con la mirada.

—Al fondo —dijo.

Debía de ser la misma en que me había tomado el vaso de leche. No sé por qué le habría dicho que no cayera en la tentación de borrarse la peca, porque esa mancha podría ayudarle a sobresalir en la vida. Me vino a la

mente la cicatriz en forma de uve que Aribert Heim tenía en la comisura derecha de la boca y que con la edad se habría camuflado entre las arrugas. Durante años llegué a obcecarme tanto con ella que en cuanto veía a un viejo de unos ochenta o noventa años con algo junto a la boca que parecía una cicatriz, me lanzaba tras él. Pero incluso con una estatura tan llamativa y esa señal había logrado esconderse de nuestros ojos una y otra vez, una y otra vez. Se había mimetizado con los de su especie y a veces se le confundía con otros nazis gigantones y longevos como el mismo Fredrik Christensen, que era muy parecido a él. Durante las cinco semanas que estuvo en Mauthausen entre octubre y noviembre de 1941, se dedicó a amputar sin anestesia y sin ninguna necesidad, sólo para comprobar hasta dónde podía resistir el dolor un ser humano. Sus experimentos también incluían inyectar veneno en el corazón y observar los resultados, que anotaba minuciosamente en cuadernos con tapas negras, y todo lo hacía sin perder los modales ni la sonrisa. Afortunadamente ni Salva ni yo coincidimos con él en el campo. Otros compatriotas no podrían decir lo mismo. Lo llamaban, sin exagerar, el Carnicero, y lo más seguro era que el Carnicero estuviera tomando el sol y bañándose en algún lugar como éste. Él y los otros estarían disfrutando de lo que no era como ellos, de lo que no habían hecho a su imagen y semejanza. Salva había tenido el coraje de no querer olvidar nada.

—¡Vaya día! Estoy un poco cansado —dije quitándome el sombrero y la imagen de dos judíos cosidos por la espalda gritando de dolor y suplicando que los mataran de una vez. ¿Quién hizo aquello? Alguien a quien estos gritos de dolor le afectaban como a nosotros los de un cerdo en una matanza o los de una rata atrapada en una trampa. Era imposible volver al punto en que aún no se ha visto algo así. Se podía fingir ser como los demás, pero lo visto, visto estaba. Este viejo fantasma de mi cabeza debió de envejecerme, porque el recepcionista dijo, poniendo un gesto bastante serio:

—Ya le digo, si necesita alguna cosa, no dude en llamarme.

En señal afirmativa hice un gesto con el sombrero medio arrugado en la mano.

En realidad no estaba cansado, pero estaba tan acostumbrado a estar cansado y a decirlo que lo dije. Estar cansado encajaba mucho más con mi perfil que no estarlo.

Tras el consabido ritual que me llevaba unos tres cuartos de hora, me metí en la cama. Vi un poco la televisión y enseguida apagué la luz y me puse a visualizar mentalmente la calle y la casa de Fredrik, la foto del periódico y lo que sabía de él. Sus fotos de joven, de las que sólo tenía dos en el archivo de mi despacho y alguna más en mi archivo mental, eran suficientes para recordarle como en realidad era, un monstruo que, como Aribert Heim, creía que tenía poder sobre la vida y la muerte. También como Heim, era de uno noventa, cara angulosa y tenía los ojos claros. De joven la arrogancia es más visible, está en el cuerpo, en los andares, en un cuello más largo y por tanto en una cabeza más alta, en una mirada más firme. En la vejez, los cuerpos decrépitos disfrazan la maldad en bondad y la gente tiende a considerarlos inofensivos, pero yo también era viejo y a mí el anciano Fredrik Christensen no podría engañarme. Reservaría las fuerzas que me quedaban para el anciano Fredrik, el resto del mundo tendría que arreglárselas sin mí, me dije preguntándome qué habría pensado Raquel de todo esto, aunque me lo imaginaba, me diría que iba a desperdiciar la poca vida que me quedaba.

Me desperté a las seis de la mañana. No estaba mal, había dormido de un tirón y me duché, afeité y vestí sin prisas, oyendo las noticias en la radio-despertador de grandes números rojos que había al lado del teléfono, lo que también me servía para ponerme al día con la política local y el esfuerzo de los ecologistas para que no construyeran más en la playa.

Fui uno de los primeros en llegar al comedor y desayuné a fondo, sobre todo mucha fruta, prácticamente toda la que necesitaría tomar a lo largo del día, más una manzana que me metí en el bolsillo de la chaqueta. Salí y caminé hacia el coche sintiendo el aire de la mañana ya bastante fresco a estas alturas de septiembre.

Subí hasta el Tosalet cruzándome con coches que llevaban más prisa que yo, seguramente camino del trabajo. Yo en cierto modo también iba a trabajar, aunque no me pagasen. Se podría llamar trabajo a todo lo que suponga una obligación impuesta por uno mismo o por los demás, y mi trabajo me esperaba en una pequeña plaza a la que daban varias calles, una de ellas era la de Fredrik. Me situé de forma que a lo lejos pudiera observar la espesa hiedra de la casa, tapando prácticamente su nombre, Villa Sol. Como Christensen no me había visto en toda su vida, no tendría que esconderme demasiado, sólo hacer movimientos naturales en caso de cruzarnos.

Y nos íbamos a cruzar porque antes de una hora de espera asomó el morro de un todoterreno verde oliva del fortín Villa Sol. El corazón me dio un vuelco, ese vuelco que tanto temía mi hija, y casi no me dio tiempo de situarme en posición para seguirle. Estaba terminando de hacer la maniobra cuando pasó lentamente, como una visión, una especie de tanque conducido por Fredrik Christensen. A su lado iba la que debía de ser Karin. Me incorporé a la carretera principal tras ellos. A unos cinco kilómetros hicimos un giro a la derecha. No tenía por qué preocuparme que me viesen, para ellos yo era un vecino que hacía su mismo recorrido, y eso me daba cierta libertad para no arriesgarme a perderles.

Pasados unos kilómetros, de un chalecito salió una chica joven y subió con ellos. Continuaron su ruta hacia la playa, y yo detrás. A veces dejaba que algún otro coche se colara entre nosotros para que no se fijase en mí, pero tampoco quería arriesgarme a perderle, no quería tener que hacer maniobras urgentes ni raras. Tampoco él estaría para demasiadas fiorituras.

Circulamos paralelos a la playa durante unos diez kilómetros hasta que torció a la derecha y aparcó en una calle, al final de la cual se veía un trozo de mar, un trozo de azul deslumbrante. ¿Cómo podían estar tan cerca el infierno y el paraíso? Las olas, si uno se fijaba bien en las olas, eran obra de una imaginación portentosa.

Salieron del coche, y tuve miedo de emocionarme demasiado, respiré tan hondo que me dio tos. Era él, muy alto aún, ancho de hombros, piernas y brazos largos, flaco. Abrió el capó y sacó una sombrilla, una nevera y dos

hamacas plegables. A ella en cambio no la habría reconocido. Parecía que el cuerpo se le había descompensado y andaba sin agilidad, había engordado y se había deformado. Se colgó al hombro una bolsa de plástico. Llevaba puesto un ancho vestido playero de color rosa con aberturas a los lados, y él, pantalón corto, camisa amplia y sandalias. La chica llevaba puesta una camiseta sobre el bañador, una gorra, la toalla al hombro y colgando de la mano una bolsa de plástico bonita, no de supermercado. Digamos que en cuanto plantaron la sombrilla los tuve controlados y me entretuve en buscar por los alrededores algún local donde entrar a orinar y a tomarme un café. No fue fácil, pero al final incluso dejé en el coche dos botellas de agua. Mi hija jamás me perdonaría que muriese por deshidratación.

Me quité los calcetines y los zapatos para andar por la arena, era muy agradable. En cuanto tuviera tiempo me bañaría. El Mediterráneo hacía pensar en la juventud y el amor, en mujeres hermosas, en la despreocupación. Localicé con la vista a Fredrik y Karin bajo la sombrilla. Él miraba el mar y ella leía, y de vez en cuando hacían algún comentario. Tenían la cabeza dentro de la sombrilla y el cuerpo fuera, al sol. Había pocos bañistas, los típicos rezagados de las vacaciones y extranjeros desocupados como éstos. La chica joven ya había llegado a la orilla. Estaba tan centrado en la pareja de noruegos que no me di cuenta de que le ocurría algo hasta que Fredrik fue hacia ella. Parecía que una ola se había llevado la revista que leía y saltaba para alcanzarla. Me quité las gafas de sol para ver mejor, pero la luz se me clavó en los ojos y tuve que cerrarlos. Cuando los abrí, Fredrik regresaba dando zancadas con la revista en la mano, la abrió con mucho cuidado y la tendió al sol sobre la sombrilla. Luego sacó un helado de la nevera y se lo llevó a la chica. Me senté junto al muro que separaba la arena de los abrojos, juncos y matorrales que se extendían a mi espalda, con curiosidad y un poco de sueño.

Parecían muy considerados y amables con esta chica que no era de su misma raza aria. Daba miedo verles hacer el bien. Actuaban como si nunca hubiesen llegado a ser verdaderamente conscientes de haber hecho el mal. Por lo general, en la vida normal el bien y el mal están bastante mezclados,

pero en Mauthausen el mal era el mal. Nunca a lo largo de mi vida me he tropezado con el bien absoluto, pero sí he estado dentro del mal en mayúsculas y de su fuerza demoledora y ahí no había nada bueno. Cualquiera que viese en este momento a Fredrik pensaría: este hombre fue joven, luchó en la vida, trabajó y luego se jubiló y descansó. Y nunca llegaría a saber que se equivocaba y continuaría equivocándose cada vez que se tropezara con un hombre sin alma.

Estuvimos allí unas dos horas. Cuando vi que empezaban a cerrar la sombrilla, y la chica a sacudir su toalla me fui al coche y esperé. Al poco aparecieron los tres. Se metieron en el todoterreno. Los noruegos iban delante y la chica en los asientos traseros. Se adentraron en el interior, donde las casas tenían un aire más campestre, más auténtico y donde había huertos y muchos naranjos. Luego tiraron por el camino estrecho donde habían recogido a la chica por la mañana y me pareció demasiado arriesgado seguirles, así que continué hacia delante y esperé en un saliente de tierra hasta que asomó el morro cuadrado y grande del todoterreno de Fredrik y lo vi alejarse. Seguramente volverían al Tosalet, por donde podría acercarme más tarde. Ahora le echaría un vistazo más de cerca a la chica de la playa, quería saber qué podría interesarle de ella a la pareja feliz. Así que aparqué un poco mejor el coche y salí.

Iba mirando a derecha e izquierda del camino entre ladridos de perros que se aplastaban furiosos contra las verjas como si quisieran matarse. Hasta que la descubrí junto a una buganvilla, tumbada en una hamaca. Era joven, rondaría los treinta años, ni morena ni rubia, castaña, a pesar de que llevaba parte del pelo de color granate. Tenía un tatuaje negro y rojo en el tobillo que parecía una mariposa, y otro en la espalda, unas letras en chino o japonés, en negro. Estaba tumbada de medio lado, por lo que puede que llevase más en el otro lado. El jardín era pequeño, con un naranjo y un limonero además de la buganvilla, aunque quizá se prolongase algo más por la parte trasera. Había un tendedero con un biquini, ropa interior y una toalla. Estaba sola. Una víctima perfecta para los Christensen. Puede que la

conocieran en la playa y hubiesen puesto sus ojos en ella para chuparle su sangre nueva, para chuparle la energía, para contaminarse de su frescura. La gente en el fondo cambia poco, y para Fredrik un semejante era un ser aprovechable al que robarle algo. No se cambiaba en dos días ni en cuarenta años, yo en lo fundamental no había cambiado.

¿Qué podía saber esta criatura de todo aquello? ¿Cómo podría descubrir el mal en estos dos ancianos que se preocupaban por ella? No quería asustarla, ni quería que alguien pensara que yo era un viejo verde recreándose en la visión de una chica dormida e indefensa, aún conservaba algo de pudor a pesar de todo, a pesar de que no me importaba lo que pensaran de mí. Dejé de escudriñar y seguí andando hacia abajo, hacia algún final de este camino buscando carteles de «se vende» o «se alquila» para no ser completamente desleal con mi hija. Mentirle en una cosa tan pequeña, engañarla diciéndole que buscaba una casa que no buscaba, me parecía más mezquino que hacerlo con algo grande, peligroso, algo que realmente mereciese la pena ocultar. Así que para ser consecuente con lo que le había prometido tendría que ocuparme en ratos perdidos de buscar una bonita casa para nosotros y tendría incluso que pensar en la posibilidad de venir a vivir aquí. No quería acabar siendo, además de todo lo demás, un parlanchín que les crea falsas ilusiones a sus seres queridos. Eso no.

Al final de la calle de este sombreado y sinuoso camino en que vivía la chica del pelo rojo, había más y más caminos bordeados de chalés, al lado de los cuales la casa de la chica era una casita, una casita casi de cuento. Como no vi ningún letrero ni ninguna salida clara hacia ningún lado, decidí regresar al coche, y al pasar de nuevo por la casita eché un vistazo a la buganvilla, y la chica ya no estaba. Se abrió una ventana, que seguramente abrió ella, y seguí andando. Se había hecho la hora de tomarme las pastillas y tumbarme un rato.

Fui al mismo bar del día anterior, pero aún tenía el desayuno en la boca del estómago y sólo me pedí un zumo y un café para tomarme las pastillas. Luego subí a la habitación a descansar. Olía a detergente, a fresco, la cama estaba perfectamente hecha y el pequeño balcón que daba a la calle, entornado. Pero no podía distraerme, relajarme, dormirme como si fuese un

jubilado normal aprovechando sus últimas fuerzas, como mi amigo Leónidas, que se levantaba temprano y se acostaba tarde para vivir más y luego se pasaba el día dando cabezadas. Llegaría un momento no lejano, en que ya no pudiese conducir, ni coger un avión solo, llegaría un momento en que ni siquiera existiera ningún Fredrik Christensen. La vida me metió en un mundo que yo no quería, un mundo inhumano, sin sueños, y ahora ese mundo llegaba al final como una película que termina.

Sandra

Según habían ido pasando los días iban quedando menos vecinos, ninguno, a decir verdad, y los días se acortaban y había más silencio. A veces el silencio era tan grande que cualquier pequeño movimiento de hojas sonaba como si fuera una borrasca, y cuando se metía un coche por el sendero parecía que iba a traspasar el muro y se iba a estrellar contra la cama. Menos mal que al poco tiempo las distancias ya no me engañaban y si oía una gota chocando en el suelo del pasillo sabía que en realidad estaba cayendo en el porche. En una tarde de ésas fue cuando noté la primera patada del bebé, y si hubiese sabido dónde vivían Fred y Karin me habría acercado corriendo a contárselo. Seguro que no les habría importado que me presentara de repente en su casa. Desde luego deseché la tentación de llamar a Santi, que se agarraría como un clavo ardiendo a esa patada de nuestro hijo para venir a verme, y la de llamar a mis padres, que me echarían un sermón sobre mi soledad.

Creía recordar que los noruegos habían mencionado algo del Tosalet, pero en el Tosalet las villas se extendían sobre una zona muy amplia de pinos y palmeras, prácticamente bosque, por lo que sería como buscar una aguja en un pajar. Así que me quedé tumbada con las manos en la nuca esperando la siguiente patada. Hasta que no pude aguantar más, hasta que sentí que tenía que compartir con alguien este momento, hasta que se nubló y amenazaba con llover y tenía toda la tarde por delante y no pude resistir el impulso de actuar. No tenía otra cosa que hacer que buscar la casa de los noruegos. Y no sé por qué en el momento en que me subía a la moto en esta

tarde gris, caí en la cuenta de que la pareja nunca me había invitado a su casa. Nunca me habían dado la dirección ni el teléfono. Se sorprenderían mucho de verme allí si lograba dar con ellos y yo entonces me sentiría incómoda, como si hubiese traspasado alguna línea invisible trazada únicamente por ellos.

De todos modos, no me importaba darme un buen paseo por estas calles apacibles del Tosalet. El olor a tierra y a flores mojadas, incluso antes de que se hubiesen mojado, se mezclaba con la humedad del mar. Se me abrían los pulmones, respiraba mejor que nunca, lo que sería muy bueno para el niño. Al fin y al cabo yo era su puerta y ventanas al mundo y lo que le llegaba sería muy poco. Oxígeno, música algunas veces, los latidos de mi corazón y posiblemente mi tristeza y mi alegría. Le llegarían sin que él supiese que llegaban y lo arrastraría a lo largo de su vida sin saber que lo arrastraba, y por eso la gente desde la misma guardería tenía un carácter muy marcado, y me preguntaba cómo estaría yo ahora marcando el carácter de mi hijo.

Iba a una velocidad mínima, fijándome en casas que encajasen con mis nuevos amigos y en los nombres de los buzones. Lo segundo era más fiable porque ¿qué pensaba encontrar?, ¿una granja noruega? En esto de las casas la gente es bastante sorprendente. Los hay que van muy atildados y luego su choza está hecha una mierda, y al revés. Mis padres por ejemplo tenían una forma de ser desastrosa, vehemente, alocada, y sin embargo eran muy ordenados con los papeles y facturas y también con la casa, donde todo tenía su sitio y si se fundía una bombilla, era repuesta inmediatamente. Por eso no estaba segura de que la morada sea el fiel reflejo de los moradores.

Me adentré más en la urbanización y aparqué en una plazoleta, le puse la cadena a la moto y cuando levanté la vista vi de frente un restaurante cerrado, lástima porque allí podrían haberme indicado algo. Caían algunas gotas gruesas aquí y allá, pero seguí andando. Si no pensaba, el momento era perfecto. Casi todas las villas estaban cerradas a cal y canto con muretes de piedra y puertas metálicas de una sola pieza, como si no quisieran ver ni ser vistos, como si dentro tuvieran todo lo que pueda desear un ser humano. Llovía, ahora sí que llovía, y al rato arreció de manera salvaje. Me iba

empapando a lo bestia y no sabía dónde meterme, no había ningún tejado ni saliente donde pudiera resguardarme.

Fue una mujer en un coche quien, mientras abría la puerta de su garaje con un mando a distancia, me preguntó si quería entrar hasta que amainara. No tuvo que decírmelo dos veces. Me metí en el garaje andando junto al coche con las sandalias encharcadas y desde allí salí al jardín. En el jardín había una pérgola y le dije a aquella señora, extranjera como Karin, que me sentaría bajo la pérgola un rato.

Antes de que pudiera explicárselo yo misma, dio por hecho que me había perdido. Le contesté que estaba buscando la casa de un matrimonio noruego llamados Fredrik y Karin. Deduje que no le sonaban porque se fue hacia la puerta principal sin decir una palabra. Se metió entre dos columnas dóricas que la flanqueaban mientras yo me escurría el agua como podía y me preguntaba cuánto tiempo tendría que pasar en el planeta ajeno de esta señora, sin muy buen gusto, por cierto, pero evidentemente con bastante dinero. En este caso, morada y moradora parecían encajar. Fueron unos diez minutos de soñar qué haría yo con aquel terreno y cómo trataría de salvar la fachada de la casa, cuando regresó la misma señora sosteniendo un paraguas y seguida del alboroto de varios perritos. Ahora venía sonriendo y traía una toalla en la mano. Me la tendió para que me secase, pero no me sequé porque era una toalla de playa con señales de haberse revolcado en ella varios cuerpos, me limité a tenerla en la mano mientras me decía que había telefoneado a Karin, y que Fredrik venía de camino a buscarme.

—La pobre Karin —dijo— está hoy con la artrosis. Los cambios de tiempo la matan.

Los pequeños perros me llegaban a los tobillos, ladraban y saltaban a mi alrededor. Y en medio del griterío le dije que había sido una verdadera suerte que conociera a mis amigos.

—Aquí nos conocemos todos —dijo—. Viven a unos trescientos metros.

Bajó la vista hasta la barriga y la detuvo allí un momento, pero no hizo ningún comentario, no querría meter la pata por si acaso se trataba de una falsa impresión. En ese momento yo aún llevaba ropa muy veraniega con el

ombligo al aire, una camiseta por la cintura y unos pantalones de cadera baja. Sentía los pies chapoteando dentro de las sandalias de plataforma.

—No es bueno que cojas frío, deberías secarte.

Los perrillos agitaban sus pelambreras de peluquería.

—No se preocupe —contesté tendiéndole la toalla.

—¿Conoces a los Christensen desde hace mucho?

—Nos conocimos en la playa hace unos días, lo pasamos bien juntos.

La señora clavó el paraguas cerrado en el banco de madera que había bajo la pérgola. Llevaba un vestido blanco hasta los tobillos y se le transparentaban las bragas. Aunque tendría más o menos la edad de Karin, se la veía ágil y poco consciente de sus años. Me sonrió pensativa.

Cuando oímos el claxon de Fred salimos a la puerta la anciana joven, los perros y yo. Tal como suponía, Fred me miró extrañado. Me preguntó por la moto y si había venido sola y le dije lo que se dice en estos casos, que pasaba por aquí, que recordaba haberles oído decir que vivían en el Tosalet y que... Cuando me cansé de dar explicaciones me callé, tampoco era para tanto. Junto a la entrada había un mosaico muy bonito con el número 50. La anciana joven se sacó un pequeño paquete de uno de los bolsillos del vestido y se lo dio.

—Gracias, Alice —dijo Fred—. Muchas gracias.

Subí al coche con cierto apuro por si mojaba la tapicería.

—Karin está preparando té, llegamos enseguida —dijo con una alegría que no debía de ser sólo por mí, mientras giraba por calles y más calles por donde era milagroso que cupiese el todoterreno y que saliese sin ningún raspón.

Ponía Villa Sol en la entrada de la casa, a cuyas profundidades descendimos, para luego subir andando por unas escaleras a un vestíbulo.

Karin estaba en la cocina. Una cocina de unos treinta metros cuadrados con muebles desgastados y antiguos de verdad y no imitación a antiguo como los de mi hermana. No me preguntó nada, le alegró verme. Andaba con más dificultad que otros días y le habían aparecido dos o tres líneas más de sufrimiento en la cara.

—Hoy me duele todo el cuerpo —dijo.

—Sí, ya me ha dicho esa señora lo de la artrosis.

—¡Ah!, Alice. Alice tiene mucha suerte, tiene genes de caballo. Aunque parezca imposible me lleva un año.

Entonces Fred le puso a Karin el pequeño paquete en la mano y a Karin se le iluminaron los ojos.

—Ahora vuelvo —dijo.

Regresó al rato con una bata de seda rosa en la mano y me obligó a quitarme la ropa mojada y a ponérmela en un pequeño baño que había al lado de la escalera. A Fred le obligó a ir al garaje a buscarme unas sandalias cangrejeras. Me gustaba más el aspecto de Villa Sol que el de la villa de Alice. Era menos pretencioso y más personal. Había más flores y la arquitectura era la tradicional de la zona, con la fachada color ocre, el tejado de teja, las contraventanas mallorquinas y la marquetería verde oscuro. Nos sentamos en un saloncito donde debían de hacer vida porque olía al perfume de Karin. Tenía chimenea y se veía el jardín y en un rincón había un sillón que me gustó desde el primer momento y que fue donde me senté. Fred me acercó una banqueta para que apoyara los pies. Las tazas tenían el filo dorado, como los platos y la tetera.

—Dentro de quince días empezaremos a encender la chimenea al anochecer. Hay mucha humedad en esta zona.

—Siento haber venido de improviso.

—No importa, querida —dijo Karin—. Quiero enseñarte algo, mira, le estoy haciendo un jersey al bebé.

Fred cogió un periódico y yo me acerqué más a Karin. No podía creerme que hubiesen pensado en mí hasta este punto.

—Hoy me ha dado una patada, bueno, dos patadas.

Karin me sonrió entre sus difíciles arrugas, que hacían que la sonrisa resultara un poco diabólica, como diciendo qué sola estás cuando algo tan íntimo e importante se lo tienes que contar a una perfecta desconocida. Pero como no dijo nada no pude contestar que si se lo contaba a una desconocida sería porque quería contárselo a una desconocida, porque a lo mejor quería contarlo pero no compartirlo.

Dejó las agujas y el ovillo a un lado porque debido a la artrosis no podía hacer nada en este momento y se puso las manos en el regazo y se cogió una con otra.

—Odio el invierno —dijo—. Me gustaba cuando éramos jóvenes, la nieve resplandeciente, el frío helado en la cara. Entonces el invierno no me importaba, podía con todo, ahora necesito el sol y su calor y los días como hoy me entristecen y me hacen pensar. ¿Y sabes qué es lo peor? Pensar. Si piensas en cosas buenas las echas de menos y si piensas en las malas te amargas. Cuando hace mucho calor y estoy en la playa no pienso en nada.

A mí más o menos me sucedía lo mismo, en la playa, con el sol abrasándome la sesera, me encontraba en el séptimo cielo.

—No te preocupes por nada, cariño, tendrás mucho tiempo para olvidar, eres tan joven...

Y las dos nos quedamos mirando hacia el jardín sin decir nada, pensando, oyendo las gotas que caían del tejado y de los árboles. Cerré los ojos y me adormecí, no por sueño sino porque era muy agradable. ¿Olvidar, qué? ¿A Santi? Tampoco era para tanto. Aunque no quisiera casarme ni compartir un hijo (no me hacía gracia la idea de ir al parque con él y el niño), le tenía cariño. Abrí los ojos y me incorporé en el sillón cuando empezó a rondarme la culpa de sentirme junto a Karin mucho mejor de lo que nunca me había sentido junto a mi madre, de preferir tener a Fred bajo el mismo techo, pasando las hojas del periódico, que a mi padre. Me daban paz. Me bebí lo que quedaba en la taza, ya frío. Karin me dijo que si yo quería podía enseñarme a hacerle alguna prenda al niño.

Me entusiasmó la idea de aprender algo útil, de usar las manos, también sería bastante agradable trabajar el barro en medio de esta paz, en días en que no pasa nada. No me hice rogar cuando a las ocho Fred anunció que era la hora de cenar y que esperaban que los acompañara. Puse la mesa mientras Fred preparaba una ensalada más bien ligera. Él se tomó una cerveza y nosotras agua. Después de recoger los mantelitos bordados probablemente por Karin y los platos con escudos en el fondo, Fred trajo un mazo de cartas para que jugásemos al póquer, momento que podría haber aprovechado para marcharme. Pero acepté alejarme otro poco más de mi

mundo y meterme de lleno en la dimensión de Fred y Karin. Por otro lado era mejor ir sabiendo lo que me esperaba más adelante, cuando uno no puede darse el lujo de aburrirse.

Karin sujetaba las cartas con sus torturados dedos y echaba miradas vivaces a su marido. Según ella, Fred había ganado varios campeonatos de póquer. Era muy bueno, el mejor, pero las copas estaban en la casa-granja de Noruega y también las que había ganado con el tiro al blanco. Fred trataba de no cambiar la expresión pese a los halagos, no levantaba la vista de las cartas y se dejaba alabar. Cuando por fin nos miró, los ojos le brillaban como a un niño.

Sólo interrumpimos la partida porque llamaron a la puerta.

Eran dos chicos. Uno ni alto ni bajo y ancho, con el pelo rapado y unas patillas muy finas que le enmarcaban la mandíbula. Una camiseta negra sin mangas le abrazaba su gran pecho. Lo llamaron Martín. Martín me miró intrigado y Fred lo cogió del brazo y se lo llevó a una salita que había saliendo del salón. El otro se quedó junto a la puerta. Era casi delgaducho, el pelo, en comparación con el de Martín, se podría decir que era largo y castaño claro.

—¿Eres amiga de Fred y Karin? —dijo en un susurro y tendiéndome la mano—. Soy Alberto.

Le tendí la mía, el contacto fue demasiado intenso. Tenía la mano muy caliente, ¿o era la mía? La retiré como si quemara y me escabullí hacia la cocina. No quería que siguieran mirándome sus ojos resbaladizos, que parecía que se movían detrás de una capa de aceite. Era imposible saber qué pensaba, mientras que al otro se le había notado la sorpresa al verme. Éste no demostraba nada, era como una anguila.

Cuando salí de la cocina, ya no estaba. Se había marchado con Martín.

No me dejaron regresar a casa. ¿Acaso me esperaba alguien? Se nos hizo tarde jugando a las cartas y no paraba de llover, Fred tendría que llevarme hasta la moto con el coche y yo luego debería bajar todas aquellas

curvas horribles en medio del aguacero, total, ¿para qué?, ¿para dormir en mi propia cama?

—Tenemos habitaciones de sobra —dijo Karin.

Fred no decía nada, lo que me hacía dudar, hasta que Karin empujó a Fred.

—Dile algo —dijo—, no te quedes como un pasmarote.

—Si pasas la noche aquí, mañana podremos ir juntos a la playa, o quizá prefieras bañarte en la piscina —comentó él.

Me dejé rogar durante unos minutos y me quedé, y alargamos un poco más la velada hasta que me condujeron a un cuarto muy agradable, empapelado con flores azules y una estantería blanca.

—La ha hecho Fred —dijo Karin señalando la estantería.

Pensé que quizá mis padres fuesen más felices si mi madre admirase a mi padre como Karin a su marido. Pero debía de ser algo genético porque tampoco yo había logrado admirar a Santi de esa manera. Karin me dejó un camisón de satén color hueso con una caída de fábula. Parecía un traje de noche. Debía de pertenecer a la época en que ella sería alta y delgada y se hacían telas para que durasen toda la vida. Me sentaba de maravilla y me daba pena meterme con él en la cama y arrugarlo. Normalmente dormía con una camiseta vieja y cómoda y unas bragas, no necesitaba más. No le veía sentido a meterme entre las sábanas como si estuviese en una fiesta de alto copete... hasta ahora, en que la seda o el satén se me arremolinaba en los muslos y se me ajustaba a unos pechos de princesa. Puede que mi hijo, para nacer con la autoestima alta e ir seguro por su vida futura, necesitase que su madre durmiera con camisones de vampiresa.

Aunque eché de menos algunas revistas atrasadas de mi hermana y saber qué habría sido de la princesa Ira de Fürstenberg, enseguida me entró sueño, era imposible resistirse a aquella cama, aunque me dio tiempo de preguntarme qué hacía yo en esta habitación, en esta cama, entre tantas florecillas azules y en este camisón.

Como todas las noches desde hacía un par de meses tenía que levantarme a orinar una o dos veces como mínimo. Me desperté un poco desorientada recordando vagamente que había un baño en el pasillo. Mientras lo buscaba no dejé de oír ese ruido que hacen las camas cuando... y algún gemido que otro. ¿Estarían estos dos ancianos...? ¿Estarían haciendo el amor? No sabía qué hora podría ser y al volver a la cama se continuaba oyendo un murmullo lejano, ahora de palabras sueltas como si estuvieran comentando cómo les había ido, y me tapé la cabeza con la almohada casi con vergüenza por haberles escuchado contra mi voluntad. Así que no me extrañó que por la mañana les dieran las diez. Al principio, nada más levantarme, pensé que era yo la perezosa porque no se oía un alma, pero al ver que la puerta de la calle tenía el cerrojo echado deduje que seguían dormidos. Descorrí las cortinas del salón y abrí la puerta y el día era maravilloso. El sol arrancaba brillo a las hojas mojadas y al aire y los pájaros cantaban a pleno pulmón. Me hice un café con leche y me lo estaba tomando en el porche cuando aparecieron bostezando, Karin en camisón y Fred en pantalón corto y un enorme polo de manga por el codo. Estaban contentos. Me preguntaron si había descansado y Karin parecía más ágil que el día anterior.

—Voy a preparar el desayuno —dijo Fred.

No me dio tiempo de decirles que ya era algo tarde y que me marchaba. Karin se anticipó colocando en la mesa del porche los mantelitos bordados. Y mientras ella se vestía, Fred hizo unos zumos de naranja y el consabido té. Bien, me dije, en cuanto terminemos me marcharé para seguir con mi lectura de la vida de Ira por entregas. No es que tuviera grandes cosas que hacer, pero aquí tenía la impresión de estar abandonándolas, tenía la impresión de que todo lo que no estaba haciendo era muy importante.

Se encontraban muy animados, hablaban de las series de televisión que veían, me contaban episodios enteros. Yo metía baza sobre cualquier cosa que se me pasara por la cabeza, pero de pronto, mientras hablaba, los sorprendí mirándome terriblemente serios, como si fueran a saltar sobre mí y a devorarme. ¿Sería por alguna tontería que habría dicho sin darme cuenta? Fue cosa de medio segundo y luego se miraron entre ellos de la

misma manera, al segundo siguiente todo volvió a la normalidad. Sus caras volvieron a ser muy agradables. Había sido uno de esos espejismos en los que ni se repara. Cuando nos levantamos, Karin me propuso reposar en las hamacas al sol. Pensé que de perdidos al río, que total qué más daba esperar otro poco y volver a descansar antes de coger la moto.

Karin y yo nos tumbamos mirando hacia el sol y cerramos los ojos. No pensaba dormirme de nuevo, simplemente pensaba en lo cómodas que eran las hamacas y en que mi hermana bien podría comprar unas así y tirar las que tenía, en las que no se podía aguantar más de media hora.

Fred para ser tan mayor no se cansaba. Quitó la mesa y fregó los platos, luego se encerró a trabajar en alguna parte y, a eso de las cuatro, después de preparar un té con pastas que sólo probé yo, se marchó a comprar al centro comercial, porque al parecer nos habíamos comido todo lo que había en el frigorífico. Pensé que podría haberme llevado hasta la moto, pero cuando quise reaccionar él ya había salido del garaje. Nosotras volvimos a las hamacas. A Karin se le había aliviado la artrosis, tenía incluso los dedos más derechos y podía levantarse de la hamaca con bastante agilidad, como vi que hacía en este mismo momento. Regresó con la madeja de lana y las agujas y otra madeja y otras agujas para mí.

—Si te apetece puedes bañarte —dijo—, no importa que no tengas biquini, aquí nadie va a verte.

El agua estaba fría, ya no era tiempo de piscina por mucho sol que hiciera, pero me sentó bien, me despejó y pude tomar el sol prácticamente desnuda aprovechando que no estaba Fred, quería respetar su edad y costumbres, aunque después de lo oído por la noche me daba un poco de pudor pensar en sus costumbres. Cuando calculé que podría estar llegando me vestí y cogí las agujas. Karin me enseñó a echar los puntos. Era agradable ir avanzando e ir haciendo crecer el elástico del que sería un jerseicito amarillo, a pesar de que los puntos aún no me salían regulares. Pensé que podría ir alternando revista, jersey, paseos, comidas y que mi vida estaría llena.

Julián

Durante varios días estuve siguiendo a Fredrik y vigilando su casa. Casi todas las mañanas él y Karin se acercaban a la playa o a comprar al centro comercial más grande la zona. Creo que ella hacía algún tipo de rehabilitación porque algunas tardes iban a un gimnasio y tardaba una hora en salir, tiempo que él aprovechaba para ponerle gasolina al coche y lavarlo o para acercarse al Nordic Club. Se podría decir que hacían una vida normal y discreta.

Él se había adaptado (había tenido muchos años por delante) a empujar el carro de la compra y a leer las etiquetas de los productos para seguramente comprobar que no llevasen azúcar o grasas. Era educado con la gente y parecía no molestarle el batiburrillo de razas que pululaba a su alrededor, seres inferiores que le iban a sobrevivir y a adueñarse del planeta. Cómo debían de revolverle el estómago, era un rechazo que llevaba dentro, su éxito en la vida había estado ligado al hecho de que le repugnara parte de la humanidad, y seguramente necesitaba, además de a Karin, seres afines con quienes compartir sus sentimientos. ¿Habría otros por allí como ellos o estaban solos?

Era como si yo tuviera unos ojos distintos de los del resto de la gente, porque donde la gente nada más veía un par de viejos, yo veía a la joven enfermera Karin.

Era cuatro años más joven que Fredrik y había hecho buena pareja con él, ahora eran un par de despojos. Cara bonita, cuerpo bonito, pelo rubio ondulado, suficientemente alta como para no parecer una enana a su lado, la

típica nórdica, pero tampoco una belleza de quitar el hipo. Se conocieron de estudiantes y parece ser que fue ella quien le animó a afiliarse al partido nazi y a prosperar en él. En la información que obraba en mi poder se decía que Karin era el cerebro de la pareja, la que maniobraba y había aprovechado las escasas y rígidas ideas de su marido para empujarle, y de paso empujarse a sí misma, a lo más alto. Una historia como tantas, sólo que con vidas masacradas de por medio. Fredrik había sido deportista. Había sido jugador de *hockey* sobre hielo, como su amigo Aribert Heim. Y además montaba a caballo, nadaba, esquiaba, era escalador, un hombre sano. De todos modos, no eran unos personajes a quienes hubiese dedicado mucho tiempo, el suficiente para saber quiénes eran, quizá porque me había pasado los mejores años de mi vida corriendo de un lado para otro tras el Carnicero de Mauthausen, tras Martin Bormann, tras Léon Degrelle, Adolf Eichmann y otros por el estilo. Y a veces, como suele decirse, los árboles no dejan ver el bosque, y no había prestado a Fredrik la atención que se merecía, lo había considerado un nazi de segunda, hasta ahora, que había vuelto a sacar de mis archivos una información tan envejecida y apergaminada como él mismo, y como yo, y me había dado cuenta de que todo lo que había estado haciendo hasta este momento me había conducido a este lugar y a él.

Aquella tarde no podía estarme quieto. A veces los viejos nos volvemos muy impacientes, es como si la fatiga nos afectara al cuerpo, pero no al cerebro. El cerebro tenía mucho que hacer, y me sublevaban estos músculos fláccidos y sin fuerza, y en la cama trataba de hundirme lo más posible para que el colchón hiciera su trabajo de recuperación. Así que con una siesta de una hora, de la que habría dormitado un cuarto, estaba en condiciones de subir a la plazoleta del Tosalet y vigilar Villa Sol. Tarde o temprano llegarían visitas, con suerte, visitas como ellos, compañeros del infierno, que se habrían atraído unos a otros para sentirse más seguros. Estaba loco por saber más.

Cogí unos prismáticos que había traído de Buenos Aires y que según mi hija iban a aumentar tontamente el peso de la maleta, pero eran unos prismáticos Canon antiguos como no se han vuelto a fabricar. Los había

usado durante tanto tiempo que se me ajustaban a la vista prácticamente solos, y no pensaba por nada del mundo hacer un desembolso innecesario comprándome otros aquí. Eran prismáticos de profesional, de observar cosas importantes, trascendentales. Jamás usaría esta arma de penetración en las vidas ajenas para ver algo que no me correspondía ver. Ya tuve demasiada intimidad en el campo. En el barracón dormíamos hacinados en literas de tres pisos y tenía que apretar los ojos para no ver lo que no me correspondía ver. Desde entonces no soportaba ser testigo de escenas íntimas ni en el cine. Esto era distinto, mis prismáticos solamente enfocaban al enemigo. Mis prismáticos siempre habían estado en guerra. También tenía una cámara de fotos pequeñita, que no hacía ruido, regalo de mi hija, que mientras intentaba que olvidara, al mismo tiempo comprendía que había cosas que formaban parte de mí. Por lo demás, mi manera de funcionar era muy artesanal, no tenía tiempo ni ganas de ponerme al día.

En el coche además tenía varias botellas de agua de litro y medio cada una, dos cuadernos, un par de bolígrafos y las manzanas que iba cogiendo del bufé por si me aburría y me entraba hambre. Me eché la minicámara en el bolsillo. Todas las americanas se me acababan deformando, casi siempre terminaba desgajándose el forro del bolsillo derecho y los picos quedaban desnivelados. Con este equipo me dirigí a apostarme en la plazoleta del Tosalet, desde donde vigilaría Villa Sol. Pero no fue necesario llegar hasta allí, porque no había empezado a ascender las curvas cuando me crucé con el todoterreno verde oliva de Fredrik. Bajaba despacio ocupando toda la carretera, eran personas voraces también para acaparar centímetros.

Este cambio repentino de situación me aceleró las pulsaciones. Debía cambiar de sentido urgentemente y seguir a Fredrik. Vaya carretera, tuve que jugarme la vida en cuanto vi ocasión y espacio para dar un volantazo. Raquel desde el más allá me dijo que estaba loco, que también había puesto en peligro la vida de otra persona con la que podría haberme chocado. Raquel me dijo que nadie debía seguir pagando por culpa de Christensen o de cualquier otro. Raquel y yo en este punto nunca habíamos estado de acuerdo. Decía que no me preocupara, que no perdiera más el tiempo, porque estos cabrones acabarían muriendo como todo el mundo y que de

eso no podrían librarse, acabarían siendo un esqueleto o cenizas, morirían, terminarían, desaparecerían. Y cuando yo le decía que quería que sufrieran en esta vida, que precisamente lo que no quería es que se fueran al otro mundo escapándose de mí y de mi odio, mientras que yo no pude escaparme de ellos, de ellos que no tenían por qué odiarme, entonces Raquel me decía que les estaba dando demasiado de mí, que era como si no hubiese acabado de salir del campo y que incluso el odio era algo que ellos me quitaban. Echaba tanto de menos a Raquel.

Conduje como un temerario para no perderle, y en efecto, al llegar abajo y entrar en un tramo recto, lo distinguí a lo lejos. Adelanté como pude hasta situarme dos o tres coches más atrás. Lo bueno del todoterreno es que se localizaba muy bien. Y en cuanto me di cuenta de que iba en dirección al centro comercial me relajé. Las pulsaciones cayeron tan de golpe que casi me mareo.

En el centro comercial lo tenía cogido por los huevos porque, aunque se trataba de un espacio muy grande y con muchas secciones, la cabeza de Fredrik siempre sobresaldría en algún punto. En cambio, en el parking no se veía el todoterreno a simple vista. No importaba porque sólo tenía que pensar qué necesitaría comprar yo para saber qué necesitarían Karin y él. Agua embotellada, yogures enriquecidos con calcio, fruta y pescado, el resto les haría daño. También podría encontrarlo en los estantes de las infusiones y en perfumería comprando gel, maquinillas desechables y papel higiénico. Hice el recorrido a buen paso hasta que lo divisé en la zona central hablando con otro de parecida edad, que llevaba una gorra de marinero.

Ambos iban en pantalón corto, Fredrik enseñando sus largas y flacas piernas que terminaban en unas abultadas Nike y el otro unas piernas más cortas y fuertes o que debieron de ser fuertes en otros tiempos y que ahora eran gordas. Y Fredrik era tan pulcro y limpio que el otro a su lado resultaba tosco y guarro. Ambos se apoyaban sobre el asidero del carro. El tipo ancho, cuya cara no lograba ver bien por la gorra que llevaba puesta y por mis lentillas, que se me empañaban en los locales cerrados, señaló con la mano hacia la derecha y fueron hacia allá. Podría haberles hecho una foto

con mi minicámara, pero aunque parecía que nadie me prestaba atención no era aconsejable hacerlo en un recinto cerrado como éste, donde por fuerza tendría que haber cámaras de seguridad, así que también empujé el carro hacia allá. Yo, al contrario que estos individuos, no tenía que hacer la compra porque vivía en un hotel, porque estaba solo y porque tenía cosas más importantes entre manos: ellos. Había ido mucho, solo y en compañía de Raquel, a sitios como éste desde que me jubilaron hasta este momento, en que de nuevo volvía a no sentirme como los demás, y eso que cuando fingía ser como los demás era muy agradable, y quizá habían sido los únicos momentos felices de mi vida. Hay gente que ha sufrido mucho más que nosotros, decía Raquel, cada uno sufre a su manera. En el fondo me dolía que Raquel se hubiese desgastado tanto para que yo fuese quien era imposible que fuera. Y lo hacía por amor, y sólo por eso me había esforzado en fingir olvidar.

Fredrik y el otro estaban mirando unas camisas de oferta. Tres camisas vaqueras por el precio de dos. Me revolvió las tripas que estuvieran hablando de camisas y que estuvieran mirando las tallas, me indignó que fueran más felices que yo, y que Fredrik después de todo lo que había hecho aún tuviera a Karin. Caminaban entre sus víctimas, se cruzaban con gente a la que de buena gana habrían gaseado.

Fredrik dijo en alemán que quería comprar una lubina porque tenían una invitada a comer y se despidieron. Es curioso que yo comiese mucho más antes de entrar en el campo que después de salir. Jamás volví a comer demasiado, como si me diesen respeto un simple trozo de carne y unas zanahorias. Por la comida se puede hacer cualquier cosa, robar, prostituirse, matar. Raquel se salvó por los pelos de entrar con las polacas en el prostíbulo del campo. Aunque a muchos oficiales y *kapos* les gustaban más los niños, sobre todo los rusos. ¿Qué habrá sido de aquellos niños? Había un *kapo* en el campo que a veces se metía en el barracón con diez a la vez y no se podía hacer nada para impedirlo.

Fredrik fue al puesto del pescado con bastante gente arremolinada alrededor y cogió número. Calculé que por lo menos tardarían media hora en despacharle. Él también debió de pensarlo y sacó un papel del bolsillo,

seguramente la lista de la compra, la leyó, volvió a guardarla, fue hasta la sección del aceite y cogió dos botellas, a continuación sacó las camisas y se quedó mirándolas como si quisiera hipnotizarlas e hizo girar el carro con decisión para desandar el camino. Habría jurado que iba a cambiarlas o a deshacerse de ellas porque de pronto no querría llevar las mismas camisas que el otro. Habría caído en un sentimiento de confraternización que había llevado demasiado lejos o las habría cogido para deshacerse de su amigo lo antes posible.

Llegué antes que él y me situé detrás de unas toallas de playa colgadas todo lo largas que eran para que se apreciaran bien los dibujos. Las camisas eran la oferta estrella y estaban revueltas en un expositor. Fredrik sacó las suyas del carro y las dejó allí y se quedó mirando el resto de las que había y entonces me vi impulsado a decirle desde detrás de las toallas: «Sé quién eres. Eres Fredrik Christensen y te voy a coger, pero primero voy a coger a la enfermera Karin».

Una vez dicho esto me quedé con las ganas de haber dicho algo más, de soltar un poco del veneno que me había subido a la garganta, pero era mejor ser escueto y frío y dejar que su mente trabajara.

Exactamente como me habría ocurrido a mí, se quedó paralizado unos segundos, sin reaccionar, sin saber dónde mirar a pesar de que la voz le había llegado por detrás. Debía de llevar demasiado tiempo sin recibir ningún susto y con la guardia baja. El problema es que me costó trabajo girar el carro por esa tendencia que tienen los carros de los supermercados de irse hacia un lado, quizá debería haberlo abandonado allí, pero no reaccioné a tiempo y cuando me di cuenta lo tenía a unos metros. Venía detrás, no quería volverme para que no me viera la cara, pero sentía que era él, y lo supe con certeza cuando al apretar el paso también lo apretó él, su carro sonaba como un tren descarrilando. También el mío, corría lo que podía para escapar de su enorme zancada, aunque yo tenía la ventaja de que mi cabeza no sobresalía, de que podía desaparecer entre los tambores de detergente. Así que abandoné el carro donde pude y me escondí tras una montaña de libros. Oí alejarse el traquetear de su carro y me escabullí hacia la salida. Me metí en el coche y esperé mientras me limpiaba el sudor y me

serenaba. Aún no había llegado el momento de tomarme la pastilla de nitroglicerina que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa.

Tardó casi una media hora más en salir, metió la compra en el maletero (por lo que se veía ni por un suceso de este calibre pensaba romper su programa) con la cara desencajada y una mirada despiadada. Me sentía más dueño de mí que nunca. Haría las cosas a mi manera. Me dejaría llevar por la intuición y la experiencia. Yo estaba en el fin del mundo y cuando llega el fin del mundo ya nada vale lo que valía antes. Seguramente no era prudente el paso que acababa de dar, pero por otro lado quería sacarle de sus casillas y que se pusiera en movimiento, y en cualquier caso, lo hecho hecho estaba.

Ahora debía ser prudente y seguirle a más distancia porque aunque no me conocía podría detectarme como una presencia non grata.

Subimos al Tosalet, pero no fuimos a Villa Sol, sino a otra villa, a unos trescientos metros, que no tenía nombre, sólo el número 50. Aparqué bastante más abajo y cuando vi que a la hora no salía, me marché. Teniendo localizado este lugar sería cuestión de poco tiempo enterarme de quién vivía aquí. Con toda seguridad, uno de ellos.

Sandra

A las seis, Fred no había vuelto del centro comercial y Karin empezó a preocuparse. No había forma de localizarle. No tenían móvil. Ninguno de los tres hacíamos mucho caso del teléfono. Por mi parte cuando una tarjeta se me acababa tardaba siglos en comprar otra, me parecía una manera absurda de tirar el dinero que no tenía. Y ellos no se habían acostumbrado a las nuevas tecnologías, tampoco usaban ordenador. Así que me parecía mal marcharme dejando a Karin en esta situación de incertidumbre y continué con el jersey. Cada vez iban saliendo mejor, más iguales todos los puntos. Y a pesar de lo preocupada que estaba Karin por Fred, de cuando en cuando se agachaba a mirar cómo lo llevaba.

A eso de las seis y media nos metimos en la casa. Y algo más tarde le abrí la puerta al chico ancho de cuerpo de la otra noche, llamado Martín, que llevaba la misma camiseta negra sin mangas, vaqueros y zapatillas desgastadas, y al delgaducho, la Anguila, que le daba mucha menos importancia a la ropa y al *look* que Martín. La Anguila me preguntó por Fred con aire de no saber qué pintaba yo en aquella casa y se me acercó al oído de una forma que me intimidó: ¿Te has quedado a vivir aquí?, dijo.

Menos mal que enseguida llegó Karin. Vino del salón a la puerta de la calle con una rapidez pasmosa.

—Ya me ocupo yo —dijo.

Y se los llevó hacia la salita-despacho que había en la misma planta baja y donde de pasada había visto una mesa con papeles, una máquina de

escribir de las de antes y libros. Alcancé a oír que les decía que Fred estaba tardando más de la cuenta y que estaba preocupada.

—Ayudan a Fred con las cuentas y los recados —dijo refiriéndose a la visita cuando volvió a la cocina, donde yo no sabía qué hacer, porque de pronto me encontraba metida en unas vidas que ni me iban ni me venían—. Dicen que esperemos un rato más antes de salir a buscarle. A veces Fred se encuentra con alguien, se pone a hablar y se le pasa el tiempo volando.

Luego se cogió la cabeza con las manos, no en plan dramático, sino para pensar mejor. Unos débiles bucles, recuerdo de los que debieron ser hermosos bucles dorados, le cubrieron los dedos.

—Si a Fred le ocurriera algo sería el fin, ¿comprendes?

Sí, podía hacerme una idea, pero en estas ocasiones es mejor no ahondar y no dije nada. En cuanto a mí, aguantaría un poco más porque de marcharme ahora no podría dormir tranquila. No era tan fácil entrar y salir de las situaciones como si nada. Desde fuera todo se veía de otra manera, del mismo modo que mi hijo dentro de mí las vería de una forma completamente fantástica.

Y cuando por fin Fred abrió la puerta con la llave y entró con las bolsas de la compra sentí un enorme alivio como si me importase mucho, cuando en realidad no me importaba casi nada. Karin tiró las agujas a un lado, se levantó y literalmente corrió hasta Fred. Yo llevé las bolsas a la cocina mientras ellos hablaban en su lengua. Como no entendía ni patata me centré en la entonación. Primero Karin expresó el lógico alivio combinado con alegría. Fred dejó salir su voz neutra tirando a monótona y grave, lo que estaba contando era importante, no era una tontería como que se te pinche una rueda. Karin escuchaba en completo silencio y luego contestó con sorpresa y también con alarma. Su voz había recuperado la fuerza. Estaba claro que tenían un problema.

Sobre las nueve convencí a Karin de que necesitaba estirar las piernas y de que me iría dando una vuelta hasta la moto que había abandonado en la plazoleta hacía mil años. Fred seguía con sus ayudantes o quienes quiera

que fuesen los visitantes en el despacho o lo que quiera que fuese aquella habitación.

Bajé todo lo despacio que pude las curvas que conducían al nivel del mar, nunca me perdonaría darme un golpe. No sé por qué había salido de la casa de los Chris-tensen con más miedo del que había entrado, un miedo vago, inconcreto, miedo a todo. ¿Qué haría Karin si se quedaba sola y le daba un ataque de artrosis? Yo aún me podía permitir el lujo de valerme por mí misma, de ser autónoma. Cuando el niño viniera ya veríamos. Creo que el destino o Dios o lo que sea me puso a Karin en el camino para que le viera las orejas al lobo y para que supiera apreciar lo que ahora tenía, juventud y salud y un hijo en marcha.

Ya no volví a verlos en varios días.

Julián

En cuanto entraban en Villa Sol y cerraban el portón metálico ya no se oía nada desde fuera, y yo me marchaba al hotel. Cenaba algo por los alrededores, respiraba el aire fresco de la noche, a veces incluso me sentaba un rato en una terraza a tomarme un descafeinado y a contemplar los cuerpos semidesnudos de la gente, los ombligos, las espaldas, las piernas. Me gustaba porque no iban desnudos del todo, y me subía a mi cuarto sin una idea muy clara de cómo salir de este *impasse,* de cómo provocarles para que se revelaran como quienes en realidad eran. No podía ir a la policía sin más y decirles aquí vive un peligroso criminal de guerra. ¿Peligroso?, dirían, ya no es peligroso para nadie, tiene un pie en la tumba. ¿Llegarían con vida suficiente a un juicio? Pero sí que podría lograr, con las pruebas necesarias, que sus crímenes saltaran a los periódicos y que sufrieran el rechazo de sus vecinos, que ya no pudiesen pasearse por el supermercado, el hospital y la playa como cualquiera. Podría amargarles la vida. Podría lograr que tuvieran que huir, vender la casa, hacer las maletas y tener que empezar de nuevo, lo que a su edad supondría un auténtico martirio. Seguramente soñaban con pasar aquí sus últimos días. Pero sería yo quien los pasase aquí, no ellos. Ellos no tenían derecho a morir en paz. ¿Qué habría pensado hacer Salva con ellos? Me había dejado en herencia el objeto pero no el objetivo. Durante los últimos años de su vida, Raquel me decía, cuando me sentía tentado de hacer lo que estaba haciendo ahora, que me había quedado desfasado, que las cosas funcionaban de otra manera, que había otros medios de investigación y que me quedara en casa. Pues bien,

yo era consciente de que nadie contaba conmigo y de que nadie se acordaba de mí ni de mis servicios, mis antiguos compañeros estaban como yo o aún peor y los novatos creían que había muerto, el mundo estaba en otras manos y yo tendría que hacer las cosas a mi manera.

Fue uno de aquellos días cuando al regresar al hotel por la noche me salió al paso el conserje de la gran peca en la mejilla. Me miraba asustado y me pidió que me sentara en unos sillones que había en el vestíbulo. Algo malo ocurría.

—¿Se trata de mi hija? ¿Le ha ocurrido algo?

Hizo un gesto negativo con las manos y me tranquilicé. Si mi hija estaba bien, no podía ser tan grave.

—Ha sucedido algo alarmante en su habitación..., está destrozada.

Le escuchaba con los ojos bien abiertos.

—¿Mi habitación?

—Sí, su habitación. Han entrado y lo han revuelto todo. También han rajado el colchón y la funda del silloncito. Tenemos cajas de seguridad. Si traía algo de valor con usted habría sido mejor que alquilara una.

Seguramente era el aplomo con que me lo estaba tomando lo que le hizo pasar del apuro a la regañina.

—El hotel no puede asumir este tipo de descuidos.

—No tengo nada de valor, si se refiere a dinero, joyas o algo así.

Había dejado de mirarme como a un anciano indefenso, trataba de ver más allá de las arrugas y la decrepitud.

—Ya, y... ¿drogas?

No me reí del comentario porque acababa de darme cuenta de que Fredrik me había descubierto y había ordenado que me asustaran. No sabía cómo, pero después de lo del supermercado había dado conmigo. Y más alarmante todavía era que Fredrik no estaba solo, o al menos no rodeado solamente de viejos, él no podría haberlo hecho, se necesitaban fuerza y rapidez para algo así.

—Creo que quienes hayan hecho esto se han equivocado de habitación, no encuentro otra explicación —dije.

El conserje me pidió disculpas y me propuso cambiar de cuarto. Podía tomarme una copa en el bar mientras trasladaban mis cosas a otro piso. Acepté pensando que lo que debía hacer era cambiarme de hotel, aunque bien mirado volverían a dar conmigo. Seguramente habrían encontrado el expediente que había sacado de mis archivos personales. Afortunadamente me había metido en el bolsillo de la chaqueta el recorte del periódico y las dos únicas fotos que tenía de ellos de jóvenes. Ella vestida de enfermera y él en camiseta haciendo gimnasia.

Me senté en la barra de la cafetería y me pedí un descafeinado pensando que al haber sido descubierto por Fredrik la situación había cambiado por completo y, lo que era más temible, Fredrik estaba más despierto de lo que yo suponía. Y además tenía gente con él, y yo estaba solo. ¿Serían capaces de matarme?

A la hora volvió el de la peca para decirme que ya habían trasladado el equipaje, pero que podía pasar por el antiguo cuarto para comprobar que no hubieran olvidado nada.

—Es la primera vez que ocurre algo semejante en este hotel. Perdone las molestias. Lo sentimos muchísimo.

Le hice un gesto con la mano para que terminara de disculparse, me incomodaba que se sintiera culpable.

—No se preocupe, los viejos somos un blanco fácil —dije sacando la cartera del bolsillo inútilmente porque no me permitió pagar.

En la habitación sólo quedaba el estuche de las lentillas y uno de los dos cuadernos con notas, el otro lo tenía en el coche. No era extraño que no lo hubiesen visto con tantas cosas como había por el suelo. La almohada, la funda de la almohada, el relleno de los cojines rajados y del colchón, las mantas del armario, los pequeños frascos de gel y champú del cuarto de baño, los cajones del escritorio, unos cuadros baratos y las botellas y bolsas de frutos secos del minibar. También la radio-despertador. Querían que me diese cuenta de que venían por mí.

—¡Vaya! —dije—, se han confundido, no hay ninguna duda.

—De todos modos, compruebe que no le falte nada. Mañana el detective del hotel tendrá que hablar con usted, espero que no le importe.

En compensación por el susto me habían trasladado a una suite del último piso. Era una pena que mi pobre Raquel no pudiera disfrutarla. Había un salón con sillones y sofás y una gran terraza con plantas tropicales de enormes hojas desde la que se veía algo del puerto. También Raquel habría disfrutado mucho de la bañera con hidromasaje y de las flores, la cesta de frutas y la botella de champán. Sin embargo, estaba contento de que mi hija no me hubiese acompañado, porque así sólo tendría que cuidar de mí mismo. Respiré al ver el expediente revuelto con camisas y pantalones. Los matones de Fredrik no lo habían descubierto.

—Que disfrute de su estancia. Si necesita cualquier otra cosa, mi nombre es Roberto.

Le dije a Roberto que se llevara el champán, que se lo bebiera con su mujer porque yo no debía probar el alcohol. Roberto sonrió y dijo que enviaría a una camarera para retirarla.

Repasé las cerraduras de la puerta y de la terraza y la manera de reforzar la seguridad. Mientras estuviera dentro, sería muy difícil que me atacaran por sorpresa. El problema lo encontraría al volver de la calle.

Fredrik pensaría que tras el suceso del hotel me marcharía corriendo a mi casa. El mensaje estaba claro, podrían rajarme como al colchón y los cojines. Podrían pisotearme como a los cuadros. Y no es que tal posibilidad no me diese miedo, es que no tenía nada que perder, mientras que el retroceder a estas alturas me suponía un gran cansancio mental. Si me mataban, lo sentiría mucho por mi hija, no quería hacerla sufrir, pero también era cierto que estaba escrito que moriría bastante antes que ella y que por tanto en algún momento tendría que sufrir por mi pérdida. Así que decidí dormir a pierna suelta y prácticamente lo conseguí. Me despertaron unos tibios rayos de luz que cruzaban la suite.

De todos modos, no pensaba hacer locuras. Dadas las circunstancias dejaría respirar a los Christensen al menos por hoy. Con el nuevo día se me había ocurrido otro objetivo mejor, me acercaría por la casa de la chica del mechón rojo.

Era sábado a eso de las once. Hacía sol, aunque no abrasador. El verano iba remitiendo. Antes de salir de la habitación decidí no dejarme bloquear

por la cantidad de tecnología que el enemigo pudiera estar usando y recurrir a los viejos trucos de toda la vida. Colgué en el pomo el cartel de «No molestar» para asegurarme de que no entrara la camarera y a continuación coloqué unos papelillos transparentes, cortados del celofán que envolvía la botella, entre la puerta y el cerco y entre la puerta y el suelo, que irremediablemente se moverían o se caerían cuando se abriera la puerta. Ya no tenía tiempo de ponerme al día, de intentar ser más sofisticado, tenía que ser yo mismo, un carcamal que no podía contar ni con su propia gente.

Sandra

Cuando pasaba alguien por el sendero, cuando venía el cartero o los empleados del agua o de la luz, cuando alguna motocicleta machacaba los guijarros y la tierra, se revolucionaba la fantasmal vida del vecindario. Y seguramente el hombre del sombrero panamá que se paró ante mi casa y llamó al timbre no sospechaba que no estaba interrumpiendo ningún tipo de actividad, sino una pura y simple inactividad que me adormecía. Interrumpió pensamientos del tipo tendría que estar cosiendo algo de ropita para el niño e interrumpió mis ganas de estar y no estar con nadie al mismo tiempo. También interrumpió el pensamiento de ¿quién me iba a decir hace nada que me iba a acostumbrar a este par de abuelos extranjeros? Por supuesto estaba pensando en Fred y Karin, que llevaban varios días sin dar señales de vida desde que salí de Villa Sol. Seguramente alguno había caído enfermo o se habían marchado de viaje o habían venido familiares a verlos que les habían cambiado su ritmo de vida. Se me pasaban todo tipo de cosas por la cabeza. Tenía que admitir que los echaba de menos. Era una tontería, porque no significaban nada para mí, y aun así dejaba de regar si oía las ruedas de un coche sobre la gravilla de la entrada. Sus caras se me habían fijado, quizá porque tenían algo fuera de lo corriente. Todas las caras tarde o temprano acaban teniendo algo especial, pero éstas lo habían tenido enseguida, casi al primer golpe de vista.

El hombre que estaba ante la cancela tendría unos ochenta años, quizá más, y parecía que necesitaba descansar, así que le hice pasar al porche. Dijo que le gustaba mi casita. Dijo «casita» como si yo fuera un gnomo o

una princesa. Seguramente no se fijó bien en mí. Hablaba con acento argentino, lo que aún suavizaba más sus maneras, ya de por sí muy correctas. Aproveché que el hombre quería alquilar la casa para enseñársela y estar un rato hablando con alguien. Desprendía la sensación de pulcritud de los ancianos enjutos. Tenía los ojos claros, o se le habían puesto claros con los años, también puede que con los años se le hubiese rebajado la estatura para quedarse como yo, a dos centímetros del uno setenta. Mientras le enseñaba la casita me entró una gran angustia al pensar que estaba perdiendo el tiempo, un tiempo precioso en que otros estaban acabando carreras universitarias, acumulaban experiencia en el trabajo y se hacían jefes, escribían libros o salían en la televisión. No sé, no sé cómo me había dejado llevar hasta llegar aquí sin haber hecho nada de provecho, salvo la criaturita que llevaba dentro, y ni siquiera eso lo había hecho yo. Yo era la portadora, la encargada de traerlo al mundo, y por lo menos eso quería hacerlo en condiciones y por eso enseguida, nada más enterarme de que estaba embarazada, había dejado de beber y fumar, y aunque muchas veces me había tentado la idea de fumarme un pitillo a la luz de la luna de este sitio en el culo del mundo, pesaba más la responsabilidad.

Le dije que vería la posibilidad de que mi hermana le alquilara la casa, pero no tenía ganas de llamar a mi hermana, no quería hablar con ella, no quería que me sermoneara y me recordara que no podía vivir en plan provisional constantemente. No quería que me preguntara si regaba las plantas o si ponía la lavadora y si cuidaba la casa.

Antes de marcharse, me dijo que se llamaba Julián abanicándose con el sombrero. Y yo, Sandra, dije. Sandra, repitió. Y entonces me dijo que había sido muy amable con él y que me cuidara porque el mundo estaba lleno de peligros que no dan la cara hasta que los tenemos encima y que ocurriera lo que ocurriera siempre pensara antes en mi integridad física. Luego me pidió disculpas por ser tan alarmista y dijo que le recordaba a su hija cuando tenía mi edad. Me sentí un poco extraña porque me hablaba como si me conociera, como si supiera algo de mí que ni yo misma sabía, pero se me pasó la extrañeza cuando pensé en lo mayor que era y que pertenecía a una

época en que las mujeres eran menos independientes y que tendría que considerar lo que decía desde su experiencia.

En cuanto la visita se fue, saqué de la bolsa de plástico de Calvin Klein que usaba para ir a la playa la revista con la biografía de Ira. Afortunadamente se había secado sin que se emborronase la tinta.

Julián

Aparqué el coche en el mismo lugar de la vez anterior, en el entrante de tierra, y me adentré por aquella calle tan estrecha y tan colorida, a la que ya estaban llamando los demonios. En la casita de la chica daba el sol de plano, resultaba brillante y alegre, en el tendedero había colgada ropa blanca. Se oía música, lo que significaba que ella estaba dentro. Toqué el timbre que había al lado de la verja y esperé. A los dos minutos volví a tocar. Y por fin salió al pequeño jardín. Iba en biquini y se le podían ver mejor los tatuajes, pero yo desvié la vista de su cuerpo, no quería que pensara que era un viejo verde, porque además habría sido una impresión completamente falsa, nunca me han tentado las mujeres más jóvenes que yo, como nunca me han tentado los Ferrari o las mansiones; mi mundo tiene unos límites y me gusta que los tenga. Me pareció que se decepcionó al verme, tal vez esperaba a alguien, ¿quizá esperaba a Fredrik? No lo creía, no creía que se pudiera decepcionar por no ver a alguien de mi quinta.

—Perdone que la moleste. Me han dicho que alquilan esta casa.

—Pues le han dicho mal. Ni se alquila ni se vende.

Tenía el pelo de varios tonos, que iban del rojo al negro y el pelo más largo por unas partes que por otras. Llevaba también un pequeño pendiente en la nariz. Tenía ojos pardos verdosos y nariz aguileña, y el sol, al darle de frente, hacía que su mirada pareciera ligeramente irónica. De haber tenido su edad me habría enamorado en ese mismo momento de ella. Me recordaba a Raquel de joven, su forma simple y directa de ver la vida y a la gente.

—Sí, es una pena porque es una casa realmente bonita, es la que más me gusta de toda la calle. Mi mujer me ha insistido en que viniera a verla.

Miró a mi alrededor como buscando a una mujer invisible.

—Se ha quedado en el hotel, no se encuentra bien. ¿No sabrá usted de alguna casa parecida a ésta que esté en alquiler?

Me quité el sombrero panamá y me abaniqué con él sin sentir auténtico calor, lo hice por alargar el momento y no marcharme sin más. Y dio resultado, porque abrió la verja.

—Puede pasar y sentarse, le traeré un vaso de agua. Aún hace calor.

—Por curiosidad, ¿cuántas habitaciones tiene?

—Tres —dijo desde dentro. Luego se oyó el chorro del agua y algún ruido más.

—Aquí se está muy bien —dijo tendiéndome el vaso—. Todo el día saliendo y entrando en contacto con la naturaleza. Ya ve, los árboles, las flores, el aire, el sol. Es lo que más me conviene en estos momentos.

Se notaba que tenía los problemas típicos de la edad, no saber qué hacer con la vida, el miedo a la soledad y la energía.

—Gracias por permitirme sentarme. Me tomo una pastilla para el corazón que me baja mucho la tensión.

Me dijo que me entendía muy bien porque ella al poco de llegar aquí se mareó en la playa y lo pasó fatal. Arrancó una camiseta del tendedero y se la puso encima.

—Estoy embarazada de cinco meses.

De cinco meses, pensé para mí, esto lo complicaba todo. ¿Cómo iba a meter a una embarazada en este berenjenal? Me levanté dispuesto a marcharme como si ya hubiera descansado lo suficiente.

—¿Adonde va? —dijo alegremente—. Si la casa le gusta voy a enseñársela.

La seguí adentro, al piso superior. Sí, tenía la barriga abultada, redondeada. El ya lejano embarazo de Raquel me conectaba de alguna manera con el de esta chica, algo sabía yo de esas cosas, no me sonaban a chino. No tuvo inconveniente en que le echase un vistazo a su cuarto con la cama revuelta. Parecía verlo todo normal, natural. Hablaba, decía que se

encontraba en esta casa como en un monasterio y que había venido a aislarse y reflexionar sobre su vida. Yo no preguntaba, era mejor que ella contase lo que quisiera.

—Antes no le dije la verdad. Esta casa es de mi hermana y la alquila por temporadas. Puede que el verano que viene esté libre. Si quiere hablo con ella.

Le dije que de acuerdo, que también yo se lo comentaría a mi mujer.

—Mi nombre es Julián —le dije estrechándole la mano—. Si no le importa me pasaré por aquí en otro momento.

—Sandra —dijo ella sin sonreír, pero sin estar seria. De algún modo, no necesitaba sonreír para ser agradable—. Venga cuando quiera.

Y añadió con cierta preocupación:

—Antes iba algunos días a la playa con unos amigos, pero han desaparecido, han dejado de venir sin darme ninguna explicación.

Debía de referirse a Fredrik y Karin, lo que junto con lo del hotel significaba que mi presencia les había puesto muy nerviosos.

—No se preocupe, volverán.

—Bueno, son mayores, quizá alguno haya enfermado.

—También eso es posible —dije, tanto para ella como para mí mismo.

Nada más llegar al hotel pensaba llamar a mi hija para decirle que por fin había encontrado una casita ideal para nosotros dos, de momento no estaba libre pero seguramente lo estaría en verano. Y también le diría que mi estancia aquí se iba a alargar unos días más de los previstos. Ella insistiría en venir hasta aquí para vigilar que no hiciera ninguna locura, pero yo le diría que sería mejor ahorrar ese dinero para el alquiler de la futura casa. Y por supuesto me callaría lo de la suite, no porque deseara disfrutarla yo solo, sino porque en esta situación una suite no suponía ningún placer.

Aunque casi nunca las cosas suceden en el orden en que se piensan. Y en cuanto puse el pie en el vestíbulo, Roberto, el conserje, salió del mostrador y fue hasta mí para decirme que alrededor de las once un

individuo había preguntado si me había marchado del hotel. Afortunadamente estaba Roberto de servicio.

—Le dije que ésa era información confidencial —dijo Roberto—, pero cuando insistió en que era importante y que quería hablar con el director, creí que lo mejor era decirle que había abandonado el hotel. No sé si habré metido la pata. Tendría unos treinta años, moreno y ancho de cuerpo, más bajo que yo.

—Gracias —dije—. No conozco a nadie de esas características. Como le dije, creo que me están confundiendo con otra persona.

Roberto me miraba a la defensiva, ya no se creía todo lo que le decía.

—Entonces daré orden a mis compañeros de que no contesten ninguna pregunta sobre usted.

Le sonreí y abrí los brazos en señal de impotencia y en señal de que no escondía nada y de que estaba siendo objeto de una confusión absurda.

La puerta de la habitación permanecía como la había dejado. Al abrirla, los papeles transparentes cayeron al suelo y los recogí. No era buena noticia que Fredrik tuviera seguidores (como el que había preguntado por mí, como los que habían destrozado el cuarto), quizá, jóvenes neonazis. Mejor sería que se tratase de matones a sueldo, serían menos fanáticos. Volvía a sentirme como David contra Goliat, un David sin fuerzas. Y por otra parte, ¿qué pensaría Roberto de mí?

Sandra

Eché de menos seguir con el jersey que había comenzado a tejer y echaba de menos a estos abuelos adoptivos que habían entrado y salido de mi vida como si mi vida fuera el metro o el autobús, pero sobre todo no me parecía normal. Estaba fuera de toda lógica que ellos fueran más caóticos que yo, que siempre me había considerado la reina del cambiar de opinión y del no tener las ideas claras. Pensaba que al llegar a su edad las dudas habrían pasado a la historia, porque el camino ya estaba hecho y no habría que darle tantas vueltas a lo que se iba a hacer dentro de diez minutos. Podría ser que yo sin querer hubiese dicho o hecho algo que les hubiese molestado, al fin y al cabo éramos de diferentes culturas y de diferentes generaciones, y sería normal que surgieran malentendidos. Aún recordaba aquella mirada, totalmente incomprensible para mí, que se echaron mientras yo hablaba. O, lo más sencillo, que Karin hubiese recaído con lo de la artrosis. ¿Y me importaba mucho que a Karin se la comieran los dolores? En parte sí y en parte ya había regado las plantas, había tendido y recogido y doblado más ropa y lo sabía casi todo sobre Ira. Necesitaba volver a ver a personas conocidas que me dieran la bienvenida y calor humano, y no tenía que buscarlas, las tenía al alcance de la mano con sólo montarme en la Vespino y ponerla en marcha.

Así que al atardecer preparé para ascender hasta el Tosalet una mochila con algo de ropa por si me quedaba a dormir. En el fondo me atreví a subir a esa hora con la secreta intención de no tener que bajar de noche. Y aunque sería bonito rodar en medio de las estrellas, los árboles y los montes a la luz

de la luna, también aumentaba la sensación de riesgo, de peligro, de indefensión. El miedo a todo y a nada se me había metido en el cuerpo, se había apoderado de mí, una cobardía sin sentido. O puede que fuese precaución. Los coches que llevaba pegados a la espalda se desesperaban porque no era fácil adelantar en las curvas, pero el precipicio de mi derecha me impresionaba más que ellos. ¡Jódete y jódete!, decía entre dientes a los coches. Para colmo hacia la mitad del camino empezó a lloviznar con gotas que se fueron haciendo más y más grandes. Fue angustioso porque no podía parar y se veía poco. Así que respiré cuando llegué a la zona residencial de los noruegos.

Callejeé con la moto hasta Villa Sol. Ahora las gotas se habían convertido en agujas de plata, parecía que tenían luz propia y que iluminaban la oscuridad. La noche se había ido echando encima. ¿Qué hacía aquí? Ni mis padres ni Santi se podrían imaginar que ahora mismo estaba buscando la casa de unos extranjeros jubilados en un paraje extraño en medio de la lluvia. No sé por qué hacía esto. Hacía cosas sin sentido porque ahora no tenía trabajo ni disciplina. Pero tener trabajo era darle un sentido superficial a la vida, una seguridad falsa. Tampoco me convencía que la panacea de la vida fuese tener un horario y estar atada a un sueldo. *¿Y* si el destino me hubiese puesto en el camino a Fred y Karin para poder librarme de una vida tan mediocre? Villa Sol, la granja del fiordo, el todoterreno verde oliva y el Mercedes negro que había visto que guardaban en el garaje tendrían que ser para alguien a su muerte. Y su muerte podría llegar en cualquier momento. No me guiaba el interés. Había subido hasta aquí jugándome la vida porque en las circunstancias actuales me encontraba mejor con ellos que sin ellos, lo que no impedía que considerase la posibilidad de que influyesen en mi futuro para bien. Ya me veía criando a mi hijo en esta casa y llevándole al colegio en el todoterreno. Vendería el Mercedes y alquilaría el piso superior para vivir con desahogo. En el invernadero pondría un pequeño taller de cerámica y me dedicaría a la artesanía. Quizá pudiera vender algunas piezas en el mercadillo de los

jueves. Y todo esto lo tendría porque Fred y Karin me querían como a una auténtica nieta, más que a una nieta, porque nuestra relación era espontánea, elegida por nosotros y no por ataduras de sangre, de lo que habría mucho que hablar, ¿qué era eso de la sangre?

Aparqué en la calle desierta y toqué al timbre. Nadie abrió y sentí un poco de bajón. Volví a llamar y... nada. ¡Qué decepción! No había pensado en esta posibilidad y no me atrevía a bajar hasta mi casa con la lluvia, no era el momento de ser temeraria y al mismo tiempo estaba empapada, salvo la cabeza, donde llevaba el casco. Fue entonces cuando se me ocurrió acercarme por casa de Alice, donde me resguardé de la lluvia la primera vez que subí al Tosalet. Quizá hubiesen ido a visitarla, no parecía lógico que con este tiempo se hubieran aventurado más allá. Y acerté. Vi aparcado el Mercedes, no el todoterreno, sino el Mercedes negro a unos metros de casa de Alice. Habría pensado Fred que era una oportunidad para ponerlo en marcha. Había más coches de lujo bordeando toda la acera, por lo que Alice estaría dando una fiesta. De la casa salía música, música lejana que la lluvia traía y llevaba en ráfagas. Arrimé la moto al muro y me subí de pie en el sillín. Por las cristaleras que daban al jardín vi a gente bailando, creí distinguir a Karin dando vueltas en un traje de noche blanco, tal vez se había contagiado de la eterna juventud de Alice. No me dio tiempo de ver más porque sentí una presencia a mi espalda.

—Si te caes vas a hacerte daño.

Era la Anguila, Alberto creo que se llamaba, que ya había visto en casa de Karin. Llevaba paraguas y cara de pocos amigos. Y yo me sentí avergonzada. Me habían pillado fisgando y los Christensen se enterarían. Se enteraría Alice. Veía cómo la herencia se alejaba de mí.

Le tendí la mano para que me ayudara a bajar.

—Quería saber si Fred y Karin estaban dentro. He pasado por su casa... me estoy empapando..., no quiero bajar con esta lluvia en la moto.

Una vez en tierra firme me coloqué debajo del paraguas y me quité el casco.

—Te conozco —dijo.

—Y yo a ti también —dije yo como si estuviésemos hablando en clave.

—¿Por qué no has llamado a la puerta?

—He llamado —mentí—, pero no han debido de oírme.

—¿Dónde está el timbre, a la derecha o a la izquierda?

—No lo recuerdo.

—Mentirosa.

El paraguas nos obligaba a estar demasiado cerca y a echarnos el vaho de los alientos en la cara, no le caía bien. Era curioso porque aun llena hasta las cejas de ese temor vago a todo y a nada, había algo en este tipejo que no me daba miedo. Él no era como la nada llena de estrellas. No era como la carretera en medio de la noche. Él no era nada de eso, era tan mortal como yo y no me daba miedo del todo.

—Si puedes, diles que he venido a verlos. Me voy —dije poniéndome de nuevo el casco.

—No tan deprisa —dijo él.

—¿No tan deprisa? ¿Es que eres policía o algo así? Anda, no me jodas.

—Ni se te ocurra moverte —dijo sacando un móvil y dejándome fuera del paraguas.

Se alejó un poco para hablar sin quitarme ojo. Tuvo que esperar una contestación que le impacientaba. Imaginé a Fred y Karin aturdidos por el baile teniendo que asimilar la noticia de que yo estaba espiando por la tapia. Yo también esperaba con los brazos cruzados y el casco en la mano. Se comportaba como un portero de discoteca, como un guardaespaldas, como un vigilante de seguridad. Hoy llevaba traje y corbata y el pelo estirado detrás de las orejas. Por fin cerró el móvil.

—Te llevaré a Villa Sol y esperaremos a que lleguen ellos.

El chico cuadrado llamado Martín salió de dentro y le entregó unas llaves. No tenía ánimo para discutir, sólo quería secarme, ver un poco la televisión y acostarme.

Lo de llevarme era un decir. La moto la conducía yo y él iba sentado detrás con el paraguas abierto. Cuando llegamos sacó unas llaves del bolsillo y abrió la verja y la puerta de entrada. Me quité la mochila de la espalda y dejé que resbalara hasta el suelo.

—No se te ocurra sentarte mojada en el sofá —dijo adivinando mis intenciones.

Seguía sin ganas de discutir. Recogí la mochila y subí al que consideraba mi cuarto, el de las florecillas azules. Debajo del almohadón continuaba como yo lo había dejado el camisón de satén. La ropa de la mochila también estaba húmeda, sólo se salvaba una camiseta, así que me puse el camisón. Sabía lo que podría parecer, pero me daba igual. Igual. De perdidos, al río.

—No sé qué pretendes. A mí no me engañas. Y ellos acabarán descubriéndote, no te creas que son tontos.

Ésta fue su reacción ante el espectáculo que yo ofrecía bajando la escalera. Me miraba apoyado en la pared, con los pies cruzados. Con el traje negro y el pelo mojado y estirado para atrás debía reconocer que no estaba mal. Y de pronto esta impresión me desconcertó. El camisón me quedaba demasiado bien, incluso ajustándoseme a la barriga, se resbalaba en la zona de los pechos, los tirantes se caían. Era ese tipo de ropa que usan las mujeres que no quieren andarse con rodeos.

Como respuesta di una vuelta sobre mí misma haciendo ondear la falda.

—Piensa lo que quieras menos que pretendo seducirte, porque la cagarías.

Me miró con desprecio infinito, aunque yo sabía, me lo decía el instinto, que le gustaba más de lo que él quisiera. No podía evitar fijarse en los tatuajes. Era el típico fetichista. Uno de esos tíos en los que empiezas a descubrir cosas y cosas y más cosas hasta que ya no lo puedes aguantar. Decidí que no me incomodase y fui a la cocina, sus pasos, los pasos de unos zapatos nuevos, me seguían. Abrí el frigorífico y me puse un vaso de leche, lo calenté en el microondas y empecé a bebérmelo despacio sentada en el sofá y viendo la televisión. Ahora lo sentía detrás de mí. La ropa le olía a mojado.

—¿Quién te ha dado permiso para usar esa ropa?

—No lo necesito, es mía.

—Claro, en la mochila llevas esas cosas.

Sentía algo de frío pero aguanté hasta que él se marchó a la sala-despacho, que también abrió con llave, entonces cogí un chal de Karin y me lo puse encima. Olía a ella, a su perfume, lo que me produjo una sensación ligeramente desagradable porque no era como cuando me ponía un jersey de mi madre. Aunque no me entendiese con mi madre, su olor era tan familiar como la cena de Nochebuena, pero el olor de Karin en mi cuerpo en el fondo me repelía.

Cuando tuve bastante sueño, me lo quité y sin decir nada subí a la habitación y me acosté. Al principio me mantuve alerta porque el cuarto no tenía pestillo, luego me relajé. Alberto sería una anguila, pero nada más.

Me quedé dormida como un tronco pensando que seguramente Alberto también quería ser el nieto favorito de los noruegos, hasta que el ruido de la puerta de la calle al abrirse y cerrarse me despertó. Hubo un cruce de palabras y bostezos en voz baja. Dudé si debía salir o si sería peor para todos porque tendríamos que hablar de lo sucedido y nos desvelaríamos. La verdad es que no sabía qué hacer. Fui descalza hasta el hueco de la escalera y vi marcharse al majadero de Alberto. Y vi a Karin con el precioso vestido blanco con suaves plumas en el escote que en ella quedaba como un disfraz. Y sobre todo vi que Fred llevaba un uniforme que había visto mil veces en las películas de nazis, con gorra y todo, y que le hacía todavía más alto y marcaba aún más sus rasgos ya de por sí graves. Le sentaba mejor que a ella el vestido. A Alice le pegaba mucho montar fiestas de disfraces para sus amigos a la antigua usanza, cuando el mundo era elegante y las mujeres se vestían de largo todas las noches.

Me metí en la cama y apagué la luz tratando de volver al sueño, y al rato les oí subir la escalera cansinamente. Habría un momento, pensé, en que ya no podrían subirla y tendrían que habilitar la salita-biblioteca como dormitorio y hacer la vida abajo. Sería mucho más práctico, pensé mientras se me cerraban los ojos. Pero antes de que abandonara este mundo del todo, oí que se abría la puerta de mi cuarto, que unos pies descalzos se acercaban a mi cama y que unos ojos me miraban un rato y luego se iban V cerraban la puerta. ¿O estaba ya soñando?

Por la mañana me estaban esperando en la cocina, Karin aún en camisón y Fred arreglado de pies a cabeza para acudir a alguna cita, con pantalones gris claro y chaqueta azul, zapatos brillantes y los pómulos y los pabellones de las orejas más relucientes que nunca. Aún estaba de pie tomándose el último sorbo de té.

—Creíamos que no te gustaba esta casa ni nosotros por la forma en que te marchaste el otro día. A la francesa, decís vosotros, ¿no? —dijo Karin sonriéndome de un modo que hizo que me avergonzase.

Pero su marido la cortó y no tuve tiempo de dar ningún tipo de explicación.

—Me alegro de que estés aquí, así podrás hacer compañía a Karin.

Mi cara de desconcierto le desconcertó y nos quedamos mirándonos fijamente. Mi pregunta era: ¿compañía?, ¿durante cuánto tiempo?

—Tengo que marcharme de viaje y no quiero dejarla sola. Serán un día o dos —dijo, y se quedó pensativo—. Por supuesto se te recompensará debidamente. Te vendrá bien algo de dinero para la llegada del bebé.

—Pero sobre todo —intervino Karin— me haces a mí un gran favor. Aquí estarás bien, no te faltará de nada.

Me parecía buena idea ganar dinero, para variar. Era mejor que soñar con una improbable herencia.

—Viene una empleada a diario para hacer las faenas de la casa. Tú sólo tendrás que ocuparte de hacer algunas compras y de estar conmigo. ¿Podrás conducir el todoterreno?

—Sin problema —dije.

La presencia de Fred no me molestaba. Era silencioso y amable, aun así me parecía que la casa se aligeraría sin él; por otro lado no me agradaba responsabilizarme por completo de Karin, ¿y si se ponía enferma? Tal vez éste habría sido el momento ideal para preguntar por qué no habían dado señales de vida durante estos días, pero creí que ya lo sabía, querían que fuese yo la que viniera a ellos porque de lo contrario sería que no me interesaban lo suficiente. Dudarían de hasta qué punto querría estar con una pareja de ochenta para arriba.

Mientras me entregaba a la lana y las agujas, mientras intentaba llegar a la perfección de Karin, Karin trajo de la salita-biblioteca papel y sobres y se puso a escribir unas cartas. Iba a ser su cumpleaños y quería celebrarlo. Bajo las gafas de cerca se iba desplegando parsimoniosamente una letra muy bonita, que parecía alemán, sin tener ninguna idea de cómo sería el noruego, la verdad.

—¿Sabe alemán? —pregunté contando los puntos.

Karin se quitó las gafas para mirarme mejor.

—Un poco. Un poco de alemán, un poco de francés, un poco de inglés. Soy muy vieja, sé algunas cosas.

—Ayer estaba muy guapa con el vestido blanco, la vi en la fiesta de Alice —dije para que mi espionaje dejase de ser tema tabú.

—Sí, ya sé que estuviste mirando. Yo también me habría asomado si hubiese podido subirme de pie encima de una moto —dijo riéndose.

Me limité a sonreír porque cada vez me parecía más exagerada la importancia que se le daba a aquel acto completamente inocente y más ahora con la distancia y la luz del día.

—Lo que no entiendo es por qué no llamaste. Ya conoces a Alice.

—Yo tampoco lo entiendo, fue una tontería. Creo que no quería ser una intrusa, interrumpir, llegar a una fiesta donde no he sido invitada.

Por el gesto de Karin entendí que la explicación la había dejado totalmente satisfecha. Y a mí también me dejó satisfecha.

Aproveché ese momento para decirle que me había olvidado las pastillas para las náuseas abajo (empezábamos a llamar «abajo» a la casa de mi hermana) y que tenía miedo de marearme. En el fondo me habían entrado muchas ganas de estar sola un rato. Tenía ganas de escuchar sólo mis propios pensamientos o ninguno. Ser tan contradictoria me mataba, primero quería estar con ellos y ahora sin ellos. Como anochecía me dijo que me llevara el todoterreno. Probablemente pensaría que la moto era demasiado endeble y querría asegurarse de que volvería, y lo comprendía, es muy fácil ser valiente cuando nada te lo impide.

El todoterreno era tan grande que aparqué en un saliente de tierra antes de llegar a mi calle. Al cerrar la puerta tuve una sensación de libertad de lo

más tonta, puesto que nadie me retenía ni me obligaba a hacer nada, y aun así respiré profundamente el olor de la calle. Fueron las luces mortecinas de los porches las que hicieron visible a un hombre ante mi verja. Un hombre mayor. Lo miré mejor. Lo conocía. Era Julián, el mismo al que le había enseñado la casa. No me oyó acercarme y cuando le hablé detrás de él y le toqué el brazo temí que se asustara. Era como meter la mano en la misma burbuja de debilidad en que también estaban atrapados Fred y Karin. Pero no, se volvió con calma y sonriente.

—Me alegro de que estés bien —dijo mientras le hacía entrar.

Venía por el asunto del alquiler. Dijo que era la segunda vez que intentaba verme sin conseguirlo. Me pidió disculpas por la hora. Yo le dije que me había pillado de puro milagro. Hablamos durante un buen rato, mejor dicho, hablaba sólo él y mencionaba siempre que podía a su mujer y le interesaban mis amigos noruegos, quizá porque le llamase la atención que tuviese amigos de su edad. Y escuchaba con mucha atención cualquier cosa que le dijese. Siempre había oído decir que a los ancianos les encanta contar batallitas, menos estos con los que yo me encontraba, porque ni la pareja de noruegos ni éste parecía que tuviesen batallas que contar.

Cuando se marchó, aproveché para regar las plantas y recoger unas toallas del tendedero. Las doblé despacio y las dejé sobre la mesa. Cogí las pastillas, las llaves y apagué la luz. Cada vez me iba sintiendo más unida a Villa Sol que a esta casa.

Julián

Tuve que ir al hospital, a urgencias. Conocía los síntomas, desfallecimiento, sudor frío, y no quería dar más problemas en el hotel, no quería que pensaran que era el peor cliente de su historia. Me encontraba bien allí, me conocían y Roberto había decidido ser casi un cómplice en un asunto del que no tenía ni idea. En el fondo aquí conocía el terreno y podría defenderme mejor que si me mudaba a otro hotel, lo que me llevó a plantearme revisar, en cuanto me recuperara, las instalaciones, escaleras, distintos salones, los lavabos para uso general y las cocinas. Lo bueno de estar solo es que no preocupas a nadie, no tienes que vivir la doble angustia de estar mal y de ver que el otro sufre porque estás mal. Fue maravilloso tener a Raquel a mi lado durante tantos años, logró que cada día estuviese más lleno de vida, pero a veces en los momentos malos habría agradecido estar solo y no tener que fingir que estaba bien para que ella no sufriera. A veces uno quiere vivir lo que le ocurre tal como es, en toda su dimensión, pero no hasta el punto de hacer daño a quien tienes al lado, así que sentí cierta sensación de libertad al marcharme al hospital solo en un taxi en cuanto noté que algo no iba del todo bien. Nunca he soportado a las personas que les echan en cara su soledad a los demás, ni tampoco los que la viven como una afrenta. La soledad también es libertad.

Tal como me imaginaba, en el hospital me preguntaron si no estaba acompañado. Les dije que no, que estaba pasando unos días de vacaciones solo. La doctora movió pensativa la cabeza pensando en mi soledad. Me dijo que en esas circunstancias debería pasar la noche en observación en el

hospital. No era nada serio, una subida de azúcar, una descompensación general. Les dije que me parecía bien, ¿qué más me daba dormir en el hotel que en el hospital?

Lo que más me molestó es lo que tardaron en darme el alta por la mañana. A las doce dije que no podía esperar más y que me marchaba. Parecía un viejo gruñón, un viejo maniático, pero tenía mucho que hacer y me daba perfecta cuenta de que ya estaba estabilizado. Me hicieron firmar un papel por el que me responsabilizaba de mi decisión, de modo que si me moría sería por mi propia negligencia. Me pareció justo. Una simple firma nos tranquilizaba a todos.

No había dormido bien por culpa de los descomunales ronquidos del compañero de la cama de al lado y porque las enfermeras entraban cada dos por tres haciendo ruido, pero me encontraba bien, en plena forma, incluso me pegaría un bañito en el mar cuando hubiese terminado lo principal. Y lo principal consistía en acercarme por Villa Sol, algo demasiado peligroso en estos momentos, por lo menos hasta que cambiase de coche. Así que lo mejor sería dirigirme a casa de Sandra para comprobar si habían vuelto por allí los Christensen.

La ropa me olía a hospital, me palpé los bolsillos para revisar que llevaba todo conmigo, era un día hermoso como ninguno. Aparqué el coche en otro lado diferente por pura precaución, aunque no creía posible que pudieran relacionarme con Sandra de ninguna manera, y fui callejeando hasta la casita.

Nadie salió a la llamada del timbre, las contraventanas estaban entornadas y en el tendedero había unas toallas tendidas, la manguera culebreaba en el enlosado. No localicé la moto en el jardín. No se oía ningún tipo de música. Así que regresé al coche y bebí un poco de agua de una de las botellas que procuraba tener siempre a mano, y pensé que lo más lógico era que a estas horas Sandra estuviera en la playa, probablemente con los noruegos. Y me encaminé hacia allí.

Al menos en el lugar en que solían situarse no estaban. Sólo había unos niños correteando y una pareja besándose. Anduve cerca de un kilómetro por la parte de arriba por si los veía en algún punto hasta que decidí abandonar y regresar al coche. Me encontraba mucho más ágil que antes de ingresar en el hospital. Y aunque no hacía demasiado calor, el agua estaba tan azul y la espuma tan blanca y en cualquier momento podían acabar con mi vida los matones de Fredrik o los infartos, que decidí quedarme en calzoncillos, que afortunadamente eran de tela y me llegaban por medio muslo y casi parecían un bañador, y darme un chapuzón. Ya estaba haciendo lo que Raquel llamaba locuras porque lo que para un joven era sano a mí podría suponerme una neumonía, pero cuando quise darme cuenta ya estaba dentro de las olas, y al frío siguió un gran bienestar. ¿Por qué no disfrutar del paraíso si se tiene a mano? Raquel siempre me decía que a las personas que, como nosotros, habíamos sufrido mucho nos daba miedo disfrutar, nos daba miedo ser felices y también decía que hay muchas clases de sufrimiento en el mundo y que nadie se libra del todo de padecerlo, por lo que tampoco nos debíamos sentir especiales. Si he de decir la verdad yo admiraba mucho a la gente frivola y con gran capacidad de pasarlo bien en la vida, de divertirse con cualquier cosa. Ir de compras, jugar un partido y cenar con amigos sin tener nada más en que pensar. Para mí su estilo de vida era deseable e inalcanzable. La inocencia era un milagro más frágil que la nieve. Y era más fácil que los alegres llegaran a ser de los míos que yo uno de los suyos. En el fondo quería que Fredrik y Karin, frivolos corrompidos y perversos, fueran de los míos, que sufrieran, que probaran el dolor. Ahora lo veía claro, la justicia jamás podría hacer justicia como yo quería. Si Fredrik tenía matones, yo tenía odio.

Me sequé levantando los brazos y dando pequeños saltos en la arena y luego me senté para recibir del sol toda la vitamina D posible. Me encontraba mejor que nunca, cerré los ojos. Vivir, siempre vivir. En estos momentos estaba sintiendo menos miedo del recomendable.

Por precaución cambié de bar para comer y me pedí un menú. Tenía hambre, hambre de verdad. Aún notaba la sal en la piel y también noté el pelo, el poco que me quedaba, fosco y revuelto, me pasé la mano por la cabeza, un día de estos tendría que cortármelo. El baño me había dado hambre y también el hecho de que apenas había probado el desayuno del hospital, sin comparación posible con el bufé del hotel. Aunque me encontraba con energía suficiente para seguir adelante y acercarme por los alrededores de los Christensen, comprobé que no llevaba las pastillas encima, y regresé al hotel.

En recepción Roberto me dio el alto con cara de preocupación. Me habló bajo para que no le oyera el otro conserje ni los clientes acodados en el mostrador.

—Estaba preocupado, la camarera me ha dicho que no ha dormido en la habitación.

Era evidente que de alguien como yo sólo se puede esperar que no haya dormido en su cama porque se haya muerto en cualquier otro sitio.

—No ha sido nada, me marché de excursión y se me hizo tan de noche que me quedé en otro hotel. Gracias por preocuparse.

Y luego agregué en plan confidencial:

—¿Ha habido alguna novedad?

—No, que yo sepa. Bueno..., el detective quiere verle.

Sin consultarme, Roberto cogió el teléfono, informó de que yo estaba ahora mismo en el hotel y colgó.

—El detective se llama Tony y le espera en el bar. ¿Ha comido ya?

Asentí pensando en si debía o no subir a la habitación a coger las pastillas.

—Entonces puede aprovechar para tomar café.

Me sacudí el sombrero en la pierna, que desprendió algo de arena, y fui hacia el bar.

Roberto debía de haber hecho una buena descripción de mi persona porque, al entrar, un chico robusto, que en un par de años sería gordo, vino hacia mí, me tendió la mano y me condujo a una mesita, un velador, diría Raquel, con una lamparita encendida a pesar de que era de día, lo que no

impedía que el bar estuviera siempre en penumbra para crear un clima de intimidad.

—Sentimos mucho el incidente del otro día en su habitación.

—Bueno, son cosas que pasan.

Tony empuñaba una botella de cerveza en su fuerte mano. Yo me pedí un café, muy bueno por cierto, y mientras lo saboreaba, Tony volvió a pedirme disculpas. Demasiadas disculpas en conjunto. Llevaba una chaqueta que parecía que se le iba a rajar por la espalda cuando se encorvaba sobre la mesita velador.

—Llevo en esto mucho tiempo —dijo Tony mirándome fijamente con ojos algo saltones— y todo tiene siempre, y digo siempre, una explicación.

Me quedé pensando en esta frase con la taza en los labios.

—Hijo, entonces podrá explicarme qué ha ocurrido.

Creo que no le gustó que le llamase hijo, a mí tampoco me habría gustado, lo hice adrede para comprobar el grado de seguridad en sí mismo. No tenía mucha.

—Aún no puedo, pero podré —dijo poniéndose más serio—. ¿Lo vamos a tener por aquí mucho tiempo?

—Espero que sí, por lo menos mientras haga buen tiempo.

—Me han dicho que cree que le han confundido con otro.

—¿No es lo más lógico? —dije.

—Tal vez —respondió, y se tomó un último y largo sorbo.

Yo también di fin de la taza. Nos levantamos.

—Esperemos que no vuelva a repetirse —dijo.

Me pareció que la frase iba dirigida a mí y la recogí. Trató de recomponerse la chaqueta, de removerse dentro de su segunda piel. Rebusqué a alguien de mi pasado que se pareciera a Tony y encontré a varios. No eran precisamente de Premio Nobel, pero lograban que el mundo acabara siendo tal como ellos lo veían.

Estaba casi seguro de que Tony había hecho el destrozo de la habitación por orden de Fredrik Christensen o que había permitido que lo hicieran. Había algo en el movimiento de los ojos que lo delataba. De camino a los ascensores le dije a Roberto que necesitaba cambiar de coche porque éste

no iba muy bien. Roberto asintió con gesto de haber barajado esta posibilidad. Ya no me miraba como el primer día, me miraba con más respeto e interés.

Tuve que usar una botella de agua del minibar para tomarme la medicación, algo que me repateaba porque dentro del minibar todo era varios euros más caro. Y cada euro de más que gastaba se lo estaba sisando a la herencia de mi hija. Nadie nos iba a recompensar ni a ella ni a mí por este servicio. A nadie le importaba, había otras cosas en qué pensar, otros enemigos. Yo me había quedado atrás, en mi mundo, allí estaban mis odios, mis amigos y mis enemigos, y no tenía fuerza ni cabeza para nada más. Y para ser sincero era la primera vez que no esperaba recompensa ni reconocimiento, era la primera vez que nadie se enteraría de si fracasaba o triunfaba, era la primera vez que la opinión de los demás me importaba una mierda, y me sentía libre.

Me eché la siesta y cuando me desperté atardecía. Ahora el sol se ponía un minuto antes cada día, como más o menos le ocurría a mi vida. Y un minuto era mucho tiempo. No me arrepentí de haber dormido más de la cuenta, porque necesitaba descansar. ¡Dios!, hacía tiempo que no me encontraba tan bien. Si no fuera por lo caro que salía el teléfono habría llamado a mi hija para decírselo, pero una llamada lleva a otra y si un día dejase de llamar ella se preocuparía, así que prefería decírselo con el pensamiento. Mi mujer sí que había llegado a leerme el pensamiento, lo había comprobado muchas veces, y solía decirme bromeando que tuviera cuidado con engañarla aunque sólo fuera con el pensamiento porque podía leérmelo, y yo lo creía a pies juntillas. Estaba convencido de que sus ojos negros eran capaces de penetrar hasta lo más profundo de mi mente.

Dediqué media hora a recorrer el hotel, la escalera normal, la escalera de incendios, la azotea, ascensores, puertas de servicio, cocinas, restaurante, recovecos, sótano. Me quedaban por ver la lavandería, los lavabos de uso común, examinar pasillo por pasillo y la despensa de la cocina. Si los huéspedes supiesen lo deficiente que era el sistema de seguridad, saldrían

corriendo en lugar de dejarse aquí sus ahorros, pero así era la vida, unos sabían y otros no. Me haría un plano lo más detallado posible y diseñaría un plan de fuga adaptado a mis posibilidades. No sentía sueño, tenía tanta vitalidad que me eché a la calle. Refrescaba y la chaqueta no me molestaba nada en absoluto. Por un momento quise olvidarme de que era un viejo achacoso. El aire arrastraba olor a flores. Quizá era el momento ideal para acercarme por casa de Sandra y comprobar si ya había regresado.

Conduje despacio disfrutando del momento de torcer por la calle estrecha e ir acercándome a la casita, pero también con el temor de no encontrar a Sandra, con el temor de no poder cruzar unas palabras con esta chica que podría ser mi nieta, una nieta enviada para poder entregarle sólo las cosas buenas que me había dado la vida. De todas las personas a las que había conocido al llegar aquí sólo ella me hacía sentir que me quedaba algo de vida por delante, que habría vida después de Fredrik y Karin. El camino estaba casi oscuro y ni siquiera la casita tenía la luz del porche encendida. Una chica en su estado, esperaba que no le hubiese ocurrido nada. Por nuestra conversación anterior había deducido que no tenía amigos por aquí, sin embargo, ya se sabe cómo son los jóvenes, los jóvenes enseguida hacen amigos. Mientras pensaba cosas por el estilo me quedé como atontado junto a la verja sin moverme, esperando que quizá de pronto se encendieran todas las luces, cuando oí a alguien detrás de mí, creo que también sentí una mano en el brazo y me estremecí aunque hice un esfuerzo para que no se notara.

—¿Es usted? —dijo Sandra.

Sandra, Sandra. Había llegado. Estaba aquí.

—Me alegro de verte —dije tratando de disimular la alegría.

Más que a Sandra, veía las sombras de Sandra. El pelo, los brazos, las sombras de unos picos cayendo sobre la sombra de los pantalones.

—Perdona que venga a estas horas, pero hasta hace un rato no he logrado hablar con mi mujer. Espero no haberte asustado.

Sandra se rió.

—No soy miedosa. Me he visto en algunas más gordas que ésta.

Volvió a reírse, aunque no parecía una chica que expresara su alegría con risas. Creo que lo hizo por mí, para que me sintiera cómodo.

—Pase, no se quede ahí —dijo mientras abría la verja.

Luego abrió la puerta de la casa. Esperé dando una vuelta por el jardincillo aspirando su olor y de pronto se encendió la luz del porche y las plantas se hicieron visibles. Sandra salió y se tumbó en una hamaca.

—Iba a ofrecerle una cerveza pero no tengo. No me ha dado tiempo de ir al supermercado.

—No te preocupes, prefiero no beber alcohol.

—Yo tampoco, desde lo del embarazo ni bebo ni fumo, y no lo llevo nada bien, estoy deseando volver a las andadas. Ahora me fumaría un pitillo bien a gusto.

Era una chica confiada, creía en su derecho a estar en el mundo sin que le ocurriera nada malo, sin que la agredieran ni se aprovecharan de ella. Seguramente no se le ocurría que las cosas pudieran ser de otra manera. Me senté en un lateral de la otra hamaca sin llegar a tumbarme.

—Bueno..., he venido por lo del alquiler de la casa, podríamos esperar hasta el verano que viene, si a tu hermana le parece bien.

—Hablaré con ella, pero no ahora mismo. Ahora mismo no quiero agobiarme. No soportaría que me preguntara si ya he pensado qué voy a hacer con mi vida.

—Tómate tu tiempo, no hay prisa. Por cierto, ¿aparecieron tus amigos, los ancianos extranjeros?

Sandra se incorporó.

—Pues sí, ahora mismo vengo de su casa. Fred se acaba de marchar de viaje y ella necesita que alguien le eche una mano y yo no tengo nada que hacer. Esa casa sí que le gustaría. ¡Menudo jardín! Piscina, barbacoa, cenador, árboles frutales. Tres pisos, sótano, invernadero.

—Demasiado grande para nosotros. Demasiado gasto en mantenimiento. Tendrán muchos empleados.

—No se crea. Un jardinero y una asistenta que va por horas.

—¿Y tienen amigos? Estos jubilados de oro sólo se relacionan con otros como ellos.

—Sí, creo que sí, pero también van jóvenes por allí. Por lo menos dos españoles se presentan de vez en cuando y hablan con Fred. Karin me está enseñando a hacer punto, es muy agradable, muy comprensiva, se preocupa por mí.

—Es curioso —dije— que se puedan entender dos personas tan lejanas entre sí.

—No sé por qué, todos somos más o menos iguales.

¿Cómo sería ahora Sandra de haber sido una víctima de Fredrik y Karin? Me alegraba mucho que su alma no hubiese estado en contacto con nada semejante, que fuese generosa y que le abriese la puerta de su casa a un desconocido como yo, me alegraba que la maldad no la hubiese alcanzado.

—Mañana tengo que ir al supermercado, ¿quieres que te compre algo y te lo traiga? —dije—. En tu estado no deberías cargar con bolsas ni con peso.

—No se preocupe, lo más probable es que vuelva dentro de un rato a Villa Sol y que mañana me pase el día bañándome en la piscina. Si me da un teléfono le llamaré cuando hable con mi hermana.

Le di el teléfono del hotel y el número de la suite. Me arriesgaba a que les hablase de mí a los Christensen, pero por otro lado nuestros encuentros tenían muy poca relevancia para ser contados.

—A veces la gente no es lo que parece —le dije en un intento desesperado de que me leyese el pensamiento como habría hecho Raquel.

—Ahora me dirá que usted es un sátiro o algo parecido.

Medio me sonreí.

—Podría ser —dije—. Uno nunca sabe dónde está el peligro hasta que lo descubre.

Sandra me despidió con la mano y se metió para adentro bostezando. Llevaba unos pantalones anchos indios de seda y sandalias de tiras en los pies. Sandra no sabía en lo que estaba metiéndose, yo tampoco, y me preocupaba. Con esto no había contado, con que se cruzara alguien que necesitara protección.

Raquel se habría enfadado. No, se habría puesto furiosa. Me habría dicho que mi actitud era canallesca y que dejara en paz a esta chica, que no la involucrara, que ella no tenía por qué ser una víctima más. Pero no es tan fácil, Raquel, son ellos los que se la han llevado a su terreno, yo no la he metido allí, han sido ellos, y ella se ha dejado conducir como un cordero. Aunque era cierto que si no se enteraba de nada, si era completamente ignorante del tipo de gente con la que estaba tratando, el peligro sería mínimo. Mientras Sandra viese a Fredrik y Karin fuera del infierno, le parecerían ángeles en lugar de demonios. Y tal vez los ángeles no existían, no existía el bien absoluto, pero podía asegurar que sí existía el mal absoluto.

3. El veneno de la duda

Sandra

Tuve que llevar a Karin en el todoterreno a gimnasia. Lo llamábamos gimnasia por no llamarlo rehabilitación. El gimnasio estaba en el centro, en la calle principal, donde era imposible aparcar, así que la dejaba en la puerta y me iba a buscar sitio y a darme una vuelta. Al cabo de una hora volvía a recogerla preguntándome cuánto me pagarían por esto y también pensaba que Fred sentiría cierto descanso al descargarse de estas obligaciones. Aparte de la gimnasia, estaban las revisiones médicas eirá comprar al centro comercial. También le gustaban los mercadillos, buscar cacharros antiguos, ir a la peluquería y dar un paseo junto al mar o por el Paseo Marítimo si no se podía por la playa. Le gustaba parlotear sobre su infancia en la granja noruega, sobre la belleza incomparable de su madre, sobre la belleza varonil de su padre y sobre la belleza de sus hermanos y de ella misma. Sobre la belleza del salmón que solían comer para cenar y la belleza de las luces en medio de la noche. Cuando se cansaba, me preguntaba por mi vida porque no soportaba el silencio. Yo también caí en sus garras, durante los días que llevaba viviendo en su casa me iba acostumbrando a ella, y Karin no necesitaba hacer nada especial para que mi prioridad fuese contentarla.

A saber qué se le antojaba hoy. La dejé en la puerta del gimnasio, arranqué y al llegar a la esquina un hombre me saludó quitándose el sombrero. Reconocí a Julián, el que quería alquilar la casa de mi hermana. Le hice un saludo con la mano, pero él se acercó al todoterreno.

—¿Puedo subir? —dijo abriendo la puerta.

Me preguntó si me apetecía tomarme un batido. Había descubierto un sitio en el Faro en que los hacían con frutas naturales. ¿Qué me parecía?, ¿me arriesgaba a ir con él? Le dije que dentro de una hora en punto tendría que estar de vuelta, y nada más decirlo me sonó raro, como si no fuese yo misma, que llegaba tarde a todas partes. Fn ese momento me di cuenta de que no soportaría la mirada de Karin reprochándome que la hiciera esperar.

Nos pusimos en camino sin sospechar que a partir de ese momento Villa Sol no volvería a ser la misma, como si se hubiesen descorrido las cortinas del teatro y por fin hubiese una historia. No lo comprendí de golpe, de primeras no quise comprender, me asusté. Julián iba serio. Tenía el entrecejo fruncido, la mirada triste. Sacó un recorte de prensa del bolsillo, tal vez fuese el anuncio de alguna otra casa en venta.

—¿Y su mujer? Nunca la veo—pregunté con la sensación de que había algo tirante o desagradable en el ambiente.

—Mi mujer falleció, nunca ha estado aquí.

En ese momento pensé que en cuanto bajásemos del coche de una sola patada en los huevos me lo quitaba de encima. Pensé que de un solo empujón fuerte podría tirarlo y que tardaría tanto en levantarse que mientras tanto podría correr kilómetros.

—Siento haberte mentido —dijo—, pero es mejor así.

—No te entiendo —dije sintiendo su mirada y tuteándole como hacía él conmigo. Yo no desviaba la vista de la carretera.

—Nunca te habría metido en esto, te lo juro, el caso es que cuando te conocí ya estabas metida.

¿Metida? ¿En qué podía estar yo metida que me pasaba la vida entre plantas del jardín o entre ancianos?

—Creo que es mi deber decirte cuál es tu situación real.

No me gustaba nada que alguien intentara manipularme ni que jugasen conmigo, por eso levanté la voz más de lo debido.

—¡Ya sé cuál es mi situación!

—No, no lo sabes —dijo él mientras yo aparcaba.

Con la hoja de periódico en la mano me condujo a un banco de piedra desde el que se veía el mar.

—¿Cómo se portan contigo Fredrik y Karin?

—¿Fred y Karin?

—La pareja de ancianos noruegos.

No tenía ni idea de por dónde iba la cosa cuando le contesté que bien, que eran cariñosos, que sabían respetar mi espacio y yo el de ellos. Lo del espacio le hizo sonreír vagamente. No me gustó que se riera de algo que yo decía, me puso de malhumor.

—No querría tener que enseñarte esto —dijo mostrándome la hoja de periódico.

En la hoja había una foto, la foto de una pareja. De momento sólo vi eso porque me había quedado colgada de la sonrisa irónica y no me importaba nada más.

—Mírala bien, por favor, ¿no los reconoces?

—No sé qué tiene de gracioso decir que respetan mi espacio.

—Porque es una frase hecha, no te pega.

Cogí la hoja y me fijé en la foto. Eran..., eran Fred y Karin. Me concentré para observarla mejor.

—Sí, son ellos —dijo Julián—. Nazis, criminales peligrosos. Fredrik Christensen eliminó a cientos de judíos, ¿comprendes lo que te digo?

Me quedé perpleja. No sabía qué pensar.

—¿Estás seguro?

He venido tras él. No quiero que se vaya al otro mundo sin reconocer su culpa, sin pagar de algún modo. Quizá sea el único que siga vivo a estas alturas.

—¿Por qué me lo dices a mí? ¿Por qué no se lo dices a la policía?

—Cuando llegué aquí pensé precisamente eso, hacerlo público, amargarles la vida, pero ésa sería una pobre venganza, ahora creo que ellos pueden conducirme a más gente. Tú entras y sales de su casa, no recelan de ti. Si no estuvieras embarazada, si no pudieras ser mi nieta y si no me sintiese como un sapo pidiéndotelo, te pediría que me contaras qué ves allí.

—No he visto nada especial y además... son mis amigos.

—¿Tus amigos? Ya te he dicho que no quiero que corras ningún peligro pero quítate eso de la cabeza, ellos no son amigos de nadie, son vampiros que se alimentan de la sangre de los demás y tu sangre les encanta, les da vida. Ándate con ojo.

No nos tomamos el batido. Julián sabía muy bien dónde hablar conmigo para que no nos viera nadie. Parecíamos la típica pareja de joven y viejo medio ocultos entre los árboles. Ya tenía el teléfono del hotel Costa Azul, donde estaba alojado, por si quería ponerme en contacto con él, pero que bajo ningún concepto fuera allí en persona, porque estaba vigilado y era peligroso. Lo más sensato sería que desapareciera de las vidas de los Christensen y de la suya propia y que regresara a mi vida de siempre. Me rogó que por favor no cayera en la tentación de contarles nada a mis amigos nazis, que aguantara las ganas de contárselo porque luego me alegraría.

—Toma —dijo tendiéndome la página del periódico—, obsérvalos con detenimiento.

La doblé y me la metí en el bolsillo.

¿Qué sabía yo de Julián? No sabía nada de nada. Había aparecido un día por mi casa y ahora me decía estas cosas tan raras. Me lo podía creer porque los nazis habían existido y todo el mundo sabía que había neonazis, flipados con la esvástica y todo eso, pero ¿Fred y Karin? Los conocía, Karin me ponía un cojín en los riñones cuando me sentaba en mi sillón favorito. Era alto, tenía orejeras y reposapiés. Me respetaban el sillón junto a la chimenea, que aún no se encendía, pero que cuando se encendiese sería muy agradable. Fred no hablaba mucho, cuando estaba se limitaba a salir y comprarnos pasteles, a servirnos el té, era Karin la que llevaba el peso del grupo. Karin me estaba enseñando a hacer punto, y a veces Fred recibía alguna visita y se pasaba un buen rato hablando. ¿Y qué tenía eso de particular?

Julián me había inoculado el veneno de la duda. Me acababa de contar cosas terribles de mis amigos. Me había contado que la enfermera Karin era una criminal sin escrúpulos, había ayudado a matar a centenares de personas para prosperar junto a su marido, condecorado por el propio Führer. «¿Sabes cuánto hay que matar para ser digno de una cruz de oro?»

Me había obligado a dudar de Fred y Karin y a dudar de él mismo. Ya no era el viejo bondadoso del sombrero blanco que siempre hablaba de su mujer, ahora no sabía quién era. Puede que esa esposa suya hubiese existido o no. Puede que ni siquiera le interesara alquilar la casa. No me gustaba que hubiese jugado conmigo. Por lo menos los noruegos no me habían mentido, tal vez no me habían dicho la verdad, era cierto que no me habían contado su vida, lo que tratándose de gente de ochenta y tantos no era normal, pero a día de hoy los datos que tenía de ellos era lo que había visto y oído y mis propias conclusiones.

Decidí no discutir con él. Lo más sensato sería no preguntar y no querer saber más. Lo mejor sería no dejar a este extraño hombre aquí tirado y acercarlo al pueblo y una vez allí regresar junto a Karin.

¿Y si era verdad? Aunque luego decidiera abandonarlos, debía volver una vez más. Parecería muy raro que no lo hiciera y dejara allí la poca ropa que me había llevado y las pastillas de calcio, las cremas para las estrías y todo lo demás. Ellos se preocuparían y bajarían a buscarme, se harían muchas preguntas y la situación iría de mal en peor. Yo tampoco me quedaría contenta, ni siquiera podría dormir bien esa misma noche. Y también, si era sincera, tenía que reconocer que tiraba de mí la curiosidad. Si ahora me salía de esto, como me proponía Julián, si no volvía a subir a Villa Sol y desaparecía, me arrepentiría porque me habría quedado sin saber algo. La vida o el destino me habían traído hasta esta carretera llena de curvas y era menos complicado seguir adelante que dar media vuelta y retroceder.

Tal como me temía, al llegar al gimnasio, Karin me estaba esperando enfurruñada.

Me disculpé diciéndole que me había quedado sin gasolina y cuando llegamos a Villa Sol subí al cuarto y guardé el recorte de prensa en el fondo de la bolsa en que había traído la ropa.

Julián

Fui muy torpe con Sandra, la asusté, pero en algún momento tenía que abrirle los ojos, ya me había paseado demasiado arriba y abajo, no podía quedarme esperando a que en algún momento alguna de las jóvenes bestias de Fredrik me diera un golpe en cualquier esquina, y entonces ella no llegara a saber en qué manos estaba. No había tiempo que perder. Por una parte Sandra se habría puesto menos en peligro no sabiendo, pero por otra tampoco habría sabido contra qué tenía que defenderse. Aún estaba a tiempo de salir corriendo y dejar todo esto atrás y recordarlo como una de las cosas más extrañas que le habían pasado en la vida. Tal vez le serviría para juzgar en su justa medida lo que había abandonado para venir aquí.

Mi elección, por el contrario, estaba hecha. Seguiría hasta el final, probablemente el mío, pero no me iban a quitar de en medio por las buenas. Eso sí, me preocupaba mucho la cantidad de dinero que me estaba gastando y que tenía guardado, más que para sobrellevar mi propia vejez, para la de mi hija. Tampoco mi mujer lo vería con buenos ojos. Sólo habíamos tenido una hija, y Raquel decía que ya que no podríamos evitarle los disgustos y sinsabores propios de la vida, que por lo menos no tuviera muchos problemas de dinero. Y yo lo estaba gastando en una necesidad o en un capricho, según se mirase.

Incluso al cambiar el coche de alquiler tuve que hacer un desembolso extra. En cuanto me entregaron el nuevo me embarqué en otro seguimiento a Fredrik con cierta tranquilidad, por lo menos hasta que volvieran a descubrirme.

Lo seguí cómodamente hasta el parking del Nordic Club, lleno de relucientes coches de gama alta. Era la segunda vez que lo pisaba. Dejé el mío en un lugar discreto y en cuanto vi que ya había entrado Fredrik fui detrás. Me había quitado la chaqueta y había envuelto con ella los prismáticos, pero me dejé puesto el sombrero, que me daba un conveniente aire de extranjero. Contaba con que el portero me diera el alto y antes casi de que pudiese hablar dije que venía con Fredrik.

—Estaba aparcando el coche —dije a modo de explicación.

Me tomó por su chófer o por un amigo, el caso es que me permitió el paso con toda naturalidad. En algún punto asomó la cabeza de Fredrik y me puse a buscarlo, pero sus largas piernas, que movía como si tuviese las plantas de los pies abrasadas, a la par que levantaba los hombros a cada paso, lo habían llevado fuera de mi alcance. Me asomé a distintos salones y fue en uno de ellos donde lo vi hablando con un individuo que había debido de ser muy fuerte y que ahora era gordo. Tenía los ojos claros y una buena papada y aún se le apreciaba un sablazo en la cara. Podría ser perfectamente Otto Wagner, fundador de la organización Odessa y además ingeniero, escritor y más cosas, un cabrón inquieto y aparentemente con buena salud, que seguro que no se contentaba con jugar al golf. Me apoyé en la pared para tranquilizarme. Estaba emocionado y triste, aunque en mi estado la emoción era menos recomendable que la tristeza. Y al cabo de cinco minutos, gracias a unas cuantas aspiraciones profundas, logré quedarme sólo con la tristeza. Me pesaba que estos monstruos disfrutaran de la vida como jamás llegó a disfrutarla Salva, ni yo, ni Raquel, por mucho que lo intentara, ni siquiera mi hija. Me pesaban su lozanía y sus ganas de vivir y pasarlo bien.

Los vi montarse en un cochecillo y alejarse sobre el césped. El Nordic Club era una maravilla: porches con bonitos y refrescantes sillones de mimbre, pistas de tenis, pádel, piscinas cubierta y de verano, restaurante, salón *tipo pub,* salón de billar, biblioteca y todo lo que no veía, y al fondo las suaves ondulaciones verdes del campo de golf. Me pregunté cuánta agua se necesitaría para regar todo aquello. Pero qué importaba, lo que importaba era que el gigantón Fredrik y sus amigotes hicieran un poco de ejercicio.

¿En qué hoyo estarían? Veía este deporte como algo muy lejano a mí. Me apoyé en un árbol, lo más apartado posible del campo de visión de las terrazas del club, y me colgué los prismáticos. Hice un barrido por la zona intermedia y di con un grupo de octogenarios, entre los que estaban Fredrik y Otto, que charlaban apoyados en los palos. También había algún joven. Actuaban como hombres de setenta años, era increíble. Quizá el sentirse superiores al resto les daba tanta energía. Bajé los prismáticos pensando en esto cuando noté cierto revuelo. Me llevé de nuevo los prismáticos a los ojos y vi cómo uno de ellos, que no era ni Otto ni Fredrik, estaba tendido en el césped. Uno de los jóvenes hablaba por el móvil y a los pocos minutos llegaba en un cochecillo un hombre con un maletín, otros le seguían corriendo. Envolví los prismáticos con la chaqueta a pesar de que nadie reparaba en mí. Al fin y al cabo uno tiene la edad que tiene, pensé. Se oyó una ambulancia. A éste le ha dado un infarto, pensé.

Los salones del Nordic Club se habían animado con la noticia. Por fin una novedad en los soporíferos días de golf. Por los aspavientos y los comentarios parecía que había muerto. La noticia corrió como la pólvora y vi desde el coche cómo a quienquiera que fuese lo metían cadáver en la ambulancia, no completamente tapado y con mascarilla de oxígeno para no alarmar a los socios del club, aunque en el fondo para los socios del club habría sido decepcionante que después de todo no hubiese ocurrido nada, de esta forma tendrían comentario para varios días. Pero a mí no me la daban, cuando se han visto tantos muertos se reconocen de refilón.

Salieron todos lo más deprisa que pudieron. A Fredrik parecía que le quemaban las plantas de los pies más que nunca, saltaba más que corría hacia un Mercedes de los que aparecen en los catálogos que dan con los periódicos.

Seguí a distancia al presunto Otto por las endemoniadas curvas que ascendían al Tosalet. Recorría el mismo trayecto que su amigo Fredrik, pero no se quedó en Villa

Sol, sino que a unos trescientos metros se internó en una mansión que tenía el número 50. Fredrik me había llevado hasta Otto, y Otto me llevaría hasta alguien más. Estaban todos conectados por un pacto de sangre.

Sandra

Fred me pagó más de lo que me esperaba por hacerle compañía a Karin, llevarla al gimnasio y hacer cien mil recados. Puede que Fred comprendiera que me sentía demasiado atada porque a Karin le gustaba mucho salir de casa y venir conmigo a cualquier cosa, y su lentitud al subir y bajar del coche y al andar acababa poniéndome de los nervios. Pero nunca llegaba al límite porque Karin era tremendamente observadora y enseguida se daba cuenta de si me estaba hartando, entonces aflojaba la cuerda, me dejaba a mi aire y podía marcharme algún fin de semana a la casa de abajo y respirar. No estaba mal, al poder ahorrar casi todo lo que cobraba estaba comprando mi libertad futura.

De lo que me había dado Fred separé algo para unos ovillos de algodón perlado y unas agujas nuevas para empezar el segundo jersey. Guardaría el primero como recuerdo porque me había servido para equivocarme y aprender, pero el que llevaría mi hijo sería este otro, en el que pondría todo el cuidado del mundo. Inevitablemente al llegar a la sisa tendría que preguntarle a Karin. El resto lo haría yo sola.

Así que después de comer, mientras Fred y Karin se vestían para ir al entierro de un amigo suyo, a la hora en que otros días Karin se echaba la siesta en el sofá tapada con una manta y con la televisión encendida porque la televisión para Karin era un narcótico, saqué el ovillo y las agujas de una bolsa de terciopelo morado que me había regalado Karin para guardarlos y me puse a darle y a darle a las agujas, eso sí, lentamente, hasta que más o menos al cuarto de hora me empezaron a salir de la cabeza pensamientos,

como de un hormiguero. Pasaban uno tras otro, aparecían y desaparecían, menos el asunto del uniforme y el recorte de prensa que me había dado Julián. Según Julián eran nazis, lo que encajaba con el uniforme de oficial de las SS que le había visto puesto a Fred aquella noche al volver de la fiesta en casa de Otto y Alice. El uniforme, un uniforme de la enorme talla de Fred, ¿sería alquilado o de su propiedad? Si Julián tenía razón, lo guardarían en algún sitio. Aunque si me olvidaba de sus sospechas también podría pensar que la gente tiene unas fantasías de lo más raras y en este caso puede que no tuviesen nada que ver con lo que el uniforme significaba. Comparado con los que se excitaban sexualmente vistiéndose de dibujos animados, lo de Fred podía tener un pase, quizá era su manera de animarse con Karin. Pero ¿por qué quería engañarme a mí misma? Fred con el uniforme era un perfecto nazi. Lo que ocurría era que sin uniforme, con ropa normal, yo no sabía cómo era un nazi, ¿en qué se les notaba? No permitirían que se les notase. Yo no notaba nada especial.

Y a mí ¿qué me importaba? Sí, sí me importaba, o sentía curiosidad, no sé. El caso es que dejé las agujas en la bolsa de terciopelo y salí a la aventura por la casa. Hasta este momento nunca había sentido una tentación seria de husmear. De alguna manera estaba volviendo a la infancia, cuando era tan placentero abrir cajones y escudriñar lo que había dentro sin que nadie supiera que lo estaba viendo. Aunque ahora el placer se mezclaba con la prevención.

La casa tenía dos pisos, un sótano, un invernadero, un trastero, un garaje y en lo más alto una buhardilla sin escaleras ni ningún tipo de acceso. Normal, porque para ellos dos les sobraba casa. Repartidos por las habitaciones había baúles y arcones antiguos muy bonitos donde se guardaban los abultados edredones y las alfombras en verano, y armarios. Cuando yo fuese vieja y no pudiera estar todo el día por ahí también querría tener una casa muy grande, como ésta, para ir de una habitación a otra sin aburrirme. Karin tenía que subir trabajosamente al piso superior agarrándose de la artística barandilla de caoba. Seguramente cuando se instalaron aquí no se podía imaginar que terminaría así. Y puede que lo peor no hubiese llegado aún. Así que procuraba quedarse en la planta baja

hasta la hora de acostarse y cada vez había más cachivaches suyos abajo que tendrían que estar arriba, pero que iba dejando aquí para no tener que ir por ellos o mandarme a mí a traérselos. Le dije que para que no hubiese tantas cosas por en medio, zapatos, vestidos, algún jersey, una chaqueta, los guardaría en un baúl en la salita-biblioteca, pero ella me dijo que ni se me ocurriera porque en la salita-biblioteca sólo podía entrar Fred. Fred era muy celoso con el orden que le daba a sus papeles y los libros y se ponía fuera de sí si alguien le tocaba sus cosas. Por este motivo esa puerta permanecía cerrada con llave, para que no entrase alguien por descuido y evitar así un disgusto. Sin embargo, cuando tenían que esperarle sus conocidos, Martín, la Anguila u Otto, les permitían estar allí solos, lo que pensándolo bien no era de mi incumbencia y me callé. Era evidente que esa puerta estaba cerrada sólo para mí.

Subí a las habitaciones haciendo, aunque no hubiese nadie aparte de mí, el mínimo ruido posible. Sólo se oía el tictac de un reloj antiguo de porcelana, que debía de ser muy valioso, y normalmente también habrían sonado los ronquidos de Karin. Solía dormir tres cuartos de hora roncando a pleno pulmón. Las puertas llevaban sin engrasar mil años y todas chirriaban. Según Karin funcionaban como alarmas ante la presencia de cualquier intruso. También las puertas del armario chirriaban. Las abrí y me quedé maravillada ante los preciosos trajes de noche de Karin. No era sólo el blanco que llevaba puesto en la fiesta de Otto y Alice. Eran por lo menos cien, metidos en fundas de tela. Seguro que cada uno costaba un dineral. Nada más pude ver unos cuantos subiendo las fundas y no del todo. Empotrada en la pared del armario había una caja fuerte donde seguramente guardarían las joyas, porque con estos vestidos habría que llevar joyas igual de valiosas. A continuación abrí la parte del armario perteneciente a Fred. El orden era aún mayor que en la parte de Karin. Las fundas aquí eran transparentes y dentro no había ningún uniforme. Me quedé un instante embobada con la perfecta colocación de las corbatas, de los pañuelos, de los calcetines. Cerré y miré en el baúl lacado que había a los pies de la cama y tal como me imaginaba había un edredón. Salí y volví a cerrar con la sensación de que mis huellas estarían por todas partes, una consideración

absurda creada por un temor infundado. También pasé al cuarto de invitados y miré en los cajones de la cómoda y en el correspondiente armario. Y me asomé a los tres dormitorios restantes. Al fondo del pasillo había una puerta también cerrada con llave. Había muchos sitios donde podría estar guardado el uniforme de nazi, pero también podría ser que fuese alquilado y lo hubiesen devuelto. No me di cuenta del tiempo que llevaba yendo de un lado para otro, abriendo armarios y cerrándolos, hasta que oí la puerta de la calle y las zancadas de Fred subiendo la escalera.

Le pregunté por el entierro, y él me preguntó si había habido alguna novedad en la casa en su ausencia. Le dije que no y noté que se quedaba con ganas de saber qué estaba haciendo por allí arriba, así que le dije que me había echado a descansar en mi cama y que ahora me sentía atontada y que me marchaba a dar una vuelta en la moto para despejarme.

Bajé al pueblo y fui hasta el hotel de Julián. Recordaba que me había dicho algo de que no fuese por allí, pero nunca me tomaba en serio esas cosas, me parecían exageradas, así que aparqué un momento, escribí una nota diciéndole que le esperaba al día siguiente a las cuatro en el Faro, pasé al vestíbulo, hice como que miraba un periódico, me escabullí hacia los ascensores, llegué a su habitación y le metí la nota por debajo de la puerta. Salí como había entrado, tratando de que no me viese nadie, pero no sabía si lo habría conseguido.

Julián

Al día siguiente de lo del Nordic Club tuvimos entierro. Era nada más ni nada menos que el de Antón Wolf, comandante de un batallón de las Waffen-SS, célebre por haber participado en la matanza de cuatrocientos civiles de un pueblo italiano, la mayoría mujeres y niños. Seguramente Salva lo tenía localizado, pero yo no había sido capaz de verlo, de nuevo se me escapaba uno de ellos delante de mis narices, aunque fuese para el otro mundo. Lo había tenido ante los prismáticos y no lo había reconocido, como si en el fondo estuviera olvidando más de lo que creía. Estaba tan pendiente de lo que hacían Fredrik y Otto que Antón Wolf me pasó desapercibido. Había logrado escapar. Fue enterrado frente al mar.

A pesar del horror que creó en vida, su entierro estuvo rodeado de belleza, menos mal que no podía disfrutarla. Su mujer, Elfe, estaba allí llorando moderada y calladamente entre Karin y Alice, con caras de estar deseando que aquello terminara pronto. A saber por qué lloraba Elfe. Sí, Elfe, vosotros también morís, de nada ha servido tanta crueldad, total para que la vida haya pasado como un suspiro. Ya ni siquiera recuerdas bien las atrocidades que cometisteis. ¿Recuerdas cómo teníamos que cavar nuestras propias fosas? ¿Tú no sabías nada? Sí, lo sabías y no te arrepientes porque creíais que teníais derecho. Tú también vas a morir, Elfe, nada ni nadie podrá evitarlo.

Lo pensé con todas mis fuerzas para que mi pensamiento le atravesara todas las neuronas que tuviera que atravesarle hasta que comprendiera. Y entonces, atraída por mi fuerza, miró hacia donde yo estaba, pero no podía

verme porque me escondía detrás de la lápida de un niño de ocho años con un impresionante ángel tallado en mármol, y empezó a llorar más y más fuerte, lo que no fue del agrado de sus hermanos arios, sobre todo cuando llegó hasta el grupo un anciano de gran estatura, muy parecido a Fredrik, aunque con más carne, y que andaba un poco inclinado hacia delante como si el motor de su cuerpo lo tuviera en la cabeza. Juraría que era Aribert Heim, *el Carnicero de Mauthausen*, el mismo que le acompañaba en el supermercado el día que asusté a Fredrik, pero entonces no se me ocurrió pensar que aquel hombre tan gordo, tosco y descuidado tirando a sucio fuese el delgado y relamido Heim de antaño. Daba la impresión de que junto a la boca tenía la famosa uve. Qué pena, Salva, que no puedas compartir este momento conmigo y que no hayamos podido pensar juntos qué hacer con ellos. Todos saludaron al Doctor Muerte con respeto, el tipo de respeto que encierra también un poco de asco. A Elfe la sacaron de allí entre dos y los demás volvieron a sus carrozas.

Ya no tenía nada que hacer allí, así que cogí el mejor ramo de flores de la tumba de Wolf, se lo puse al niño de ocho años y salí. Detrás quedaba el ángel de grandes alas y delante un mar gris con la forma del arco del cementerio. Y calle arriba Heim caminando pesadamente hacia el pueblo. Esto sí que no me lo esperaba. Me clavé las uñas en la mano para que no me latiera el corazón más de lo conveniente. Estaba siguiendo a un probable Heim. ¿Y por qué no? ¿Qué se sabía de su paradero? No había certeza de si estaba muerto o vivo. Se suponía que vivía en Chile protegido por Waltraut, la hija que tuvo con una amante austriaca, o por la hija de ésta, su nieta Natasha Diharce, en Viña del Mar. Pero ni esta hija ni los otros dos que vivían en Alemania habían reclamado el seguro de vida de un millón de dólares depositado en un banco alemán, la mejor prueba de que seguía vivo y riéndose de todos nosotros. También se decía que podría haber muerto en El Cairo y también había indicios de que se ocultaba en una urbanización de Alicante.

Probablemente delante de mí, con pantalones vaqueros, un chubasquero y una gorra de marinero muy usada andaba ahora mismo tozudamente, como queriendo anclarse en la vida todo lo que pudiese, el Carnicero de

Mauthausen. En aquel lugar que olía a carne quemada y donde los seres como Heim eran los señores de la vida y la muerte dejé de creer en Dios o dejó de gustarme. Si el dios de los campos verdes, de los ríos como el Danubio, de las estrellas y de las personas que te llenan de felicidad también era el dios de Heim, de las cámaras de gas y de los que sienten placer haciendo sufrir a los demás, ese dios no me interesaba, se llamase como se llamase en las miles de religiones del mundo. Un dios de cuya energía salía el bien y el mal al mismo tiempo no me inspiraba confianza, así que empecé a vivir sin él esta vida que yo no había pedido. Y ni en los peores momentos lo he invocado en mis pensamientos, y a todo el mundo le aconsejaría que pasara lo más desapercibido posible ante él.

Iba tan deprisa que parecía que se iba a caer de bruces. Se dirigía al puerto, y yo necesitaba tener su cara a varios centímetros de la mía, verlo de frente, poder examinarle unos minutos sin llamar la atención y sin hacerle sospechar. No podía dejarle marchar sin comprobar que fuera él. Así que me senté en el suelo con dificultad y grité:

—Por favor, ¿puede ayudarme?

Heim se volvió y dudó un segundo, pero al final me tendió la mano. Aquel verdugo me tendía la mano para ayudarme a levantarme, era increíble. No lo hacía porque quisiera sino porque era lo que se esperaba de él en el ambiente en que ahora vivía, del mismo modo que en aquel otro ambiente amputaba brazos y piernas a los prisioneros sin anestesia y sin ser necesario y se entregaba a todo tipo de experimentos macabros. Me estaba ayudando a levantarme a mí, a un residente de aquella agradable urbanización de vacaciones llamada Mauthausen. Me costó incorporarme, en esto no estaba fingiendo, y él tuvo que agacharse un poco más, y lo vi. Lo vi bien, la cicatriz en la comisura de la boca, los ojos claros y su mirada hacia dentro, hacia un mundo hecho a su imagen y semejanza.

Le di las gracias, y él no dijo nada, siguió su camino. Se levantó viento. El mar empezó a rugir. Se sujetó la gorra con la mano y luego se puso la capucha. Podía ir tras él con toda tranquilidad porque a no ser que se volviera completamente no podría verme. Se metió en un barco de madera muy bonito con el nombre de «Estrella» pintado en grandes letras verdes.

Seguramente era el nombre que tenía cuando lo compró y no lo borró para poner otro. Nuevas vidas, nuevos nombres, nuevas costumbres, pero la misma alma. Heim, nunca cambiarás, le dije con el pensamiento.

Qué descubrimiento, quizá debería llamar a algún antiguo amigo de Memoria y Acción y contárselo todo, aunque me temía que cuando reaccionaran fuera ya demasiado tarde y, sobre todo, que lo echaran a perder por la sencilla razón de que no se puede poner a alguien al corriente, en un momento, de un sinfín de pequeños detalles que había que tener en cuenta para mantenerse en la frecuencia de este grupo. Porque se trataba de un grupo organizado.

Tampoco sabía si debía mencionárselo a Sandra. Tarde o temprano acabaría viendo a este inofensivo anciano en alguna de las reuniones del grupo y no sería muy recomendable para ella que él leyese en sus ojos que lo había reconocido. Por su propia seguridad sería mejor mantenerla en la ignorancia.

Sandra

Fred y Karin daban por supuesto que cualquier nativo nacía sabiendo hacer una paella. Tuve que suplicarles que no me obligaran a cocinar porque no tenía ni idea, tuve que decirles que prefería la comida noruega a la española y que cualquier cosa que hiciesen ellos me la comería, de modo que sin proponérmelo me quité esa tarea de encima y, como mucho, me limitaba a meter los platos en el lavavajillas, momento en el que Karin se tumbaba en el sofá a ver la telenovela hasta que se dormía y Fred se metía en la salita-biblioteca. Yo aprovechaba para acudir a mis citas con Julián.

Llegué a las cuatro menos cinco al Faro, el sitio que estábamos fijando como lugar de encuentro. Nos estábamos acostumbrando a sentarnos en el mismo banco, entre enanas palmeras salvajes que crecían espontáneamente y que estaba prohibido arrancar, y entre piedras rocosas. El mar enfrente nos servía para quedarnos callados de vez en cuando.

Julián ya estaba allí. Siempre llevaba la misma chaqueta azul claro porque seguramente cuando decidió venir aquí no imaginaba que se iba a quedar tanto tiempo. Había añadido un pañuelo al cuello, que junto con el sombrero panamá le daba un aire de película italiana, pero a no tardar tendría que comprarse algo de más abrigo. Me preguntó cómo me encontraba. Entonces no pude aguantar más y le conté lo de la noche en que había visto a Fred con el uniforme nazi y que había estado buscándolo por los armarios de la casa, pero que no lo había encontrado y que dudaba si no se trataría de un disfraz.

—Puedo asegurarte que no. Si pudieran, lo llevarían puesto todo el día. Y si pudieran, vallarían un trozo de terreno, el más pedregoso y donde la tierra estuviera más seca, y nos meterían a todos allí y nos maltratarían y nos matarían para usar nuestros huesos, dientes, piel y pelo y para imponerse como seres superiores.

¿Y quién era Julián? ¿Sería éste su verdadero nombre? ¿Por qué tenía que confiar más en él que en Karin y Fred? ¿Y si estaba un poco loco? Aunque también era cierto que yo no les había mencionado nada del uniforme a ninguno de los dos. No tenía ninguna prueba de que fuese auténtico y aun así había evitado mencionarlo. El instinto me había dicho que no debía incomodarlos y obligarlos a darme una explicación.

—Ellos no se sienten culpables —dijo Julián—. No he conocido jamás a ninguno que haya mostrado ningún tipo de arrepentimiento. Piensan que son víctimas de un mundo que ha cambiado y que no les comprende. De alguna manera —añadió cabizbajo— su falta de sentimiento de culpa ha puesto a salvo a muchos de ellos, también a Fredrik y Karin. Se han librado, han logrado sobrevivir muy bien. Seguramente en la intimidad continúan alimentando sus fantasías de superioridad.

Se me quedó mirando para comprobar mi reacción, pero no tuve ninguna, no había visto en ellos ningún indicio real de que se sintiesen nazis, sólo sospechas.

—¿Y si tuvieses razón, qué quieres que haga yo? Ya te he contado lo poco que sé.

—Nada. No quiero que hagas nada. Quiero avisarte para que te alejes a tiempo. Si te enredas más con ellos no vas a salir bien parada. Ellos siempre ganan..., hasta ahora. No voy a tener compasión.

¿Que no iba a tener compasión? ¿Pero qué pretendería hacer este flaco anciano disfrazado de italiano? ¿Y qué hacía yo escuchándole? ¿Cómo se puede comprobar si alguien tiene demencia senil?

—¿Y si me diese por hacer algo, qué tendría que hacer?

Se quedó contemplando el mar, más bajo que nosotros y que se apretaba contra el horizonte en un profundo azul.

—La cruz de oro. Si encontrases la cruz de oro saldríamos de dudas. Mejor dicho, saldrías tú, porque cuando vine aquí yo ya sabía quién era él.

—Necesito pensarlo —dije.

Me resistía a creer que Fred y Karin fuesen nazis. Los nazis eran seres incomprensibles. Lo último que se me habría pasado por la cabeza en esta vida es que fuese a conocer a uno. Los había visto en películas y en documentales y siempre me habían parecido irreales. Los uniformes, las botas, los estandartes, las muchedumbres con los brazos en alto, la raza aria, la cruz gamada, tanta y tan retorcida maldad. Era asombroso que la gente, personas con cerebro, se los hubiesen tomado en serio y les hubiesen dejado hacer todo lo que hicieron.

—Te lo repito una vez más, no deberías hacerlo. No te dejes intimidar por ellos y no te dejes explotar por mí. Tú no deberías estar en esta historia. Deberías estar con un chico que te quiera, con alguien que te haga feliz. No malgastes tu vida.

—No sé cómo no se malgasta la vida.

—Siendo feliz, estando contenta, disfrutando de la vida. Enamórate.

—Me gustaría mucho, pero no es tan fácil.

—¿Y el padre de tu hijo?

—¿Santi? A veces lo echo de menos, pero no tanto como lo echaría de menos si estuviese enamorada.

—¿Sabes una cosa?, el enamoramiento pasa.

El resto del tiempo estuvimos hablando de mis sentimientos. Se notaba que él había querido mucho a su Raquel, por lo que tenía que haber existido de verdad. Así que le pregunté cómo supo que la quería, qué había sentido para saberlo. La pregunta lo desconcertó y se quedó pensativo un momento.

—Porque a veces me hacía volar —dijo.

Me dijo que si necesitaba hablar con él, vendría pasado mañana a ese mismo sitio a las cuatro de la tarde.

Julián

Así que Otto vivía en el número 50 con una mujer llamada Alice con pinta de pies a cabeza de guardiana de campo. Conocía esa mirada helada, era muy parecida a la de Use Coch, famosa entre todos nosotros por sus colecciones de piel humana tatuada. Me repugnaba casi más que Otto, aunque no más que Karin y Fredrik. Y el que se llevaba la palma de la repugnancia era Heim, el hombre con el cerebro más podrido que haya pisado este planeta y que ahora acaparaba el cincuenta por ciento de mi atención. Llené de notas los dos cuadernos que había traído de Buenos Aires y tuve que ir a una papelería a comprar otros dos. Si a mí me ocurría algo o si no era capaz de cazarlos de alguna manera, quería que quedase constancia de estos días y de los desvelos del pobre Salva, de los míos y también los de Sandra, porque Sandra se merecía que alguien le dijera a su hijo la clase de madre que tenía. Para hablar de Sandra decía «Ella» por si los cuadernos caían en otras manos, y tendría que pensar muy bien a quién se los enviaría si las cosas se ponían mal, porque no quería que toda esta investigación desapareciera como había sucedido con la de Salva. El problema de ser viejo es que nadie te toma en serio. Se nos considera anclados en el pasado e incapaces de comprender el presente y seguramente por eso habían tirado los papeles de Salva. También anotaba lo que me iba gastando. Quería que mi hija comprendiera que no me había gastado el dinero en caprichos sino en gasolina, el alquiler del coche, el alquiler de la suite al precio de una modesta habitación, ropa de abrigo, cuadernos, líquido para limpiar las lentillas, el menú de mediodía del bar y unas

monedas para la lavandería, con las que me evitaba los precios de lavado y planchado del hotel. Me había traído bastantes medicamentos pero en caso de que se me acabasen tendría que ir al hospital y explicar mi situación, porque eran demasiado caros.

La lavandería estaba dos calles más arriba del hotel y mientras esperaba aprovechaba para redactar mis informes. Iba allí cuando ya no me quedaba ni un solo calcetín ni un solo calzoncillo. Las camisas a veces me las lavaba yo mismo usando los frasquitos de gel de la habitación y las colgaba de la barra del baño bien estiradas en la percha para no tener que plancharlas. A veces también me sentaba un poco en la terraza a escribir y me tapaba con una manta, de forma que respiraba bien y no tenía frío. Me había ido acostumbrando tanto a esta habitación, a esta terraza, a montar en el coche y vigilar a los carcamales nazis que no se me ocurría qué otra cosa podría hacer que no fuera ésta. Parecía que todo esto lo habían preparado al milímetro Salva y Raquel desde algún lugar lejano de mi mente para que le encontrara sentido a lo que me quedaba de vida.

Ahora también había añadido al anterior itinerario la casa del difunto Antón Wolf. Estaba escondida tirando hacia el interior, donde se habían restaurado y modernizado casas de huerta conservando el aire rústico. Sólo tuve que ir al registro de la propiedad para averiguar la dirección. Estaba a nombre de Elfe.

No era fácil dar con ella, había que meterse por un camino de tierra y yo lo hice con total descaro, como si me hubiese perdido. Antes de entrar en la propiedad ya estaba ladrando un perro. Me dispuse a girar, para dejar el morro apuntando al sendero, en la puerta de la casa, rodeada de un jardín tan silvestre que parecía campo. Lo hice despacio para darle tiempo a Elfe a salir. Bajo una pérgola había dos coches, uno flamante y otro viejo.

Era una mujer en las últimas. Los ojos se le habían empequeñecido de llorar y tenía el pelo sucio y sin peinar. En otro momento de la historia de la humanidad me habría dado pena. Su dolor me inspiraba curiosidad, podría

ser el dolor de haberlo tenido todo y ahora estar dejando de tenerlo. Le acercó el agua al perro y luego vino a mí.

—Disculpe —dije—. Creo que me he confundido, busco...

—La casa de Frida está un poco más abajo, en la tercera curva a la derecha, en el camino hay un buzón negro.

Estaba claro que todo el que venía por estos andurriales buscaba a Frida, nunca a Elfe, y Elfe lo tenía asumido. Le di las gracias con el convencimiento de que Elfe no duraría mucho. Había bajado la guardia, hablaba demasiado. No podrían arriesgarse a que fuese diciendo por ahí lo que sabía. Y mira por dónde, sin proponérmelo, había localizado la casa de la tal Frida. Otra más a tener en cuenta.

Desde el camino se veían varios coches y poco de la casa. Estaba bastante aislada y en mi posición me encontraba expuesto a ser visto, así que no me atreví a usar los prismáticos y seguí adelante. Iría a echarle un vistazo a Heim y le haría una foto al barco con la minicámara.

Sandra

Nunca reparaba en lo que hacía Frida, la asistenta, que ellos llamaban empleada. Venía tres horas a diario y mientras ella arreglaba la casa aprovechábamos para salir a hacer gestiones o para estar en el jardín, sobre todo cuando tocaba limpiar la planta baja. Pero si nos quedábamos dentro había que reconocer que era silenciosa como un duende, sólo se oían los ruidos de unos muebles que parecía que se movían solos y de unas ventanas que parecía que se abrían solas y también parecía que el propio suelo se encargaba de ponerse reluciente. Uno de los días en que Karin se encontraba tan bien que decidió marcharse a jugar al golf con Fred y Otto, vi que la asistenta abría la salita-biblioteca para limpiarla, seguramente de cara a la fiesta que Karin pensaba dar, y que volvía a cerrarla desde dentro, lo que me extrañó porque Karin me había dicho que allí no entraba nadie.

Ni corta ni perezosa abrí la puerta y entré. Ella estaba subida en la escalera de la librería quitando el polvo a unos libros de aspecto distinto a las novelas de amor que leía Karin. El ambiente era acogedor. Había sillones de piel donde debían esperar las visitas repantigadas cómodamente. Entonces la empleada se volvió y me preguntó con acento alemán si buscaba algo y entonces comprendí que, de ser verdad las sospechas de Julián, ella era uno de ellos, así que no me arriesgué, retrocedí hacia la salida y le dije que quizá me marchase dentro de un rato y le pedí que dejase bien cerrada la casa.

No me marché, hice ruido con la moto, y me quedé. Vi desde el jardín cómo sacudía algunas cosas por la ventana de la salita-biblioteca y cómo

colgaba en el alféizar una gran alfombra persa a la que acababa de pasar la aspiradora. Contemplé a mis anchas cómo abría un armario muy bonito pintado en verde manzana envejecido, que contrastaba con la seriedad de las librerías y que le habría encantado a mi hermana, y casi solté un grito cuando sacó el uniforme nazi y lo cepilló con sumo cuidado y a continuación pasó un paño a unas botas negras que eran casi tan altas como yo. Acababa de descubrir algo importante, un indicio más a favor de las teorías de Julián, y nadie de esta casa debía darse cuenta de que lo había descubierto, por lo que me metí en el garaje y desmonté el sillín de la moto, preparada para hacer como que lo arreglaba si acaso Frida se asomaba por allí, lo que afortunadamente no ocurrió. Ni siquiera pasó por el garaje. Cuando llegó su hora, cerró la casa, subió en la bicicleta y se largó sin mirar atrás.

Los Christensen no habían llegado, era el momento ideal para fisgonear en el sótano y en las habitaciones otra vez. Coloqué el sillín en su sitio, saqué el llavero del bolsillo del pantalón y abrí la puerta de entrada. Había un olor muy agradable, como si Frida hubiese esparcido espliego por todas partes. ¿Cómo era el espliego? No sé, pero Frida tenía una cara muy saludable y aspecto de llevar espliego en los bolsillos y unas pantorrillas sumamente fuertes de pedalear en la bici. Cuando entraba en la casa metía con ella todas estas sensaciones.

Nunca había pensado en Frida, la veía llegar y a veces irse y nada en medio y, sin embargo, se me había fijado en la mente. Era rubia y tendría unos cuarenta años, aunque el sonrosado de las mejillas era de quince. Al ir a tanta velocidad en la bici, el aire se le pegaba en la piel y en la ropa y se había convertido en su olor característico.

En el sótano no había gran cosa o yo no sabía verlo. Después del uniforme tenía la impresión de que por aquí y por allá tendría que haber más cosillas guardadas. Lo único que me llamó la atención fue un sol con sus correspondientes rayos grabado en el pavimento y pintado de negro.

Julián

No encontraba un sitio lo suficientemente seguro en la habitación para esconder los cuadernos. No me fiaba de Tony, el detective del hotel, tenía la impresión de que me vigilaba, y cada vez dudaba más de Roberto, el conserje. Al principio llevaba los cuadernos en la chaqueta, pero iban siendo demasiados, ahora sólo cargaba con el que utilizaba para tomar notas, los otros los dejaba en el coche debajo de las alfombrillas, lo que no era muy recomendable porque a cualquiera que le diera por registrar el coche con toda seguridad los encontraría y, si no, acabarían en algún desguace entre trozos de chapa. También me horrorizaba que me relacionaran con Sandra y ponerla en peligro. Aunque bien mirado, el mundo siempre es peligroso, a veces de una manera consciente y otras, inconsciente. El mundo era peligroso para mí de forma consciente y para Sandra de forma inconsciente.

Lo último que había anotado es que tendría que volver por casa de Elfe. Directamente Elfe no me interesaba demasiado, pero sí lo que se le pudiera escapar, lo que pudiera sonsacarle ahora que se encontraba en baja forma y desorientada. En el cementerio no dio la impresión de ser muy amiga de Karin y Alice. Estuvieron junto a ella, pero no la tocaron ni la consolaron, ni apenas le hablaron. Tal vez arrastraban una enemistad o no habían llegado a congeniar. Puede que Elfe no estuviera a la altura de la maldad de Karin y Alice. O podría ser que las hubiese superado. No sabía nada de ella, me había pasado desapercibida, tendría que pedir información al Centro, para lo que no tenía tiempo ni ganas.

Me acerqué con precaución a la bonita casa de la viuda Elfe. En el parking descubierto, hecho de madera maciza, estaban los dos coches de la vez anterior. Uno sería el de batalla y el otro el de ir a jugar al golfo a las casas de los otros oficiales si es que los invitaban. El perro se me abalanzó a la ventanilla ladrando. Esperé un poco a ver si salía Elfe y toqué el claxon, pero nada, sin embargo los coches estaban allí. El perro fue a la puerta, ladró y luego regresó. Parecía querer avisarme de algo. De acuerdo, dije, voy a salir. Salí y el perro me ladraba, pero no me enseñaba los dientes, alborotaba a mi alrededor, era bastante grande, pero no estaba dispuesto a agredirme.

Fui a la puerta y toqué el timbre. Me asomé por la ventana de la cocina. No se veía a nadie. El perro quería que yo hiciera algo más, estaba nervioso, pero yo no sabía qué más hacer, no podía forzar la puerta, *¿y* si no estaba dentro? No puedo hacer nada, le dije al perro, lo siento, amigo. Entonces el perro fue a un lado de la casa y me miró como diciendo ven. Me señaló con el hocico el suelo, un macetero de cobre. Lo retiré con un enorme esfuerzo maldiciendo al perro y a Elfe. Había una trampilla para bajar al sótano. La abrí y el perro salió disparado, casi me tira. Bajamos al sótano y subimos para salir al vestíbulo, junto a la escalera. El perro las subió corriendo y ladró desde arriba, pero yo después del esfuerzo hecho con el macetero tuve que descansar y subí despacio. Por si las moscas en el bolsillo de la camisa llevaba siempre una pastilla de nitroglicerina, que esperaba no necesitar. No sé por qué sabía que no había llegado mi hora.

Descansé otro poco y me asomé donde me indicaba el perro. Podrías estar rodando películas de acción, le dije. Después de Sandra era el ser más admirable que había conocido en los últimos tiempos.

La habitación apestaba a alcohol y vómitos. Elfe estaba tumbada en la cama, seguramente inconsciente. Fuera como fuese, no pensaba llamar a ninguna ambulancia. Hice salir al perro para que dejara de lamer toda

aquella porquería y cerré la puerta. Miré si había un baño en la habitación, empapé una toalla y le envolví con ella la cabeza, le metí los dedos en la boca. No sabía si habría tomado pastillas además de alcohol. Cuando terminó de echar todo lo que tenía dentro, la obligué a levantarse y haciendo yo un esfuerzo que Elfe no se merecía la llevé al baño y abrí la ducha. Gritó y le ordené que se callara. El agua le caía sobre una falda y una blusa que apestaban. Luego la envolví en un albornoz y la metí en otra habitación, que estaba limpia. Abrí la cama y le dije que se acostara. Ella decía algo en alemán que sonaba a queja, a arrepentimientos y a no poder más. El perro subió y se quedó junto a ella meneando el rabo. Estaba seguro de que si este animal hubiese tenido unas manos como las mías habría hecho todo lo que había hecho yo o mejor aún. Bajé a la cocina a hacer café.

Tarros ordenados, copas de vino cuyo cristal se había impregnado de un ligero tono morado por su mucho uso. Cogí una taza, y afortunadamente en el tarro donde ponía café quedaba suficiente para hacer una cafetera. Hice una. En la cocina se respiraba tristeza, soledad triste, drama.

Subí una bandeja a la habitación. Yo no tomé café, no quería que me desvelara y, sobre todo, no quería tomar el café de Elfe, ni poner mis labios donde los hubiesen puesto ellos. El perro arrimó la cabeza junto a mi pierna y se la acaricié.

—¿Cómo se llama el perro? —le pregunté a Elfe.

—*Thor,* como el dios.

—No es para menos —dije sentado en el borde de la cama—. Si no fuese por él, no habría podido entrar.

Le puse una taza en las manos y le serví.

—No he subido azúcar, lo siento.

—Es igual, gracias. Jamás pensé que viniera nadie a rescatarme y mucho menos un desconocido.

No le pregunté si había intentado suicidarse, no me interesaba. Podría tratarse de una mezcla de alcoholismo y suicidio.

—He venido a darle el pésame. Conocía a Antón del golf, y *Thor* no me ha dejado marcharme. Me ha enseñado dónde está la trampilla del sótano

para subir.

Se recogió el pelo con las manos y se lo puso detrás de las orejas. En algún momento de su vida pudo haber sido guapa, pero ahora daba miedo verla.

—Me he metido empapada y he mojado la cama —dijo apesadumbrada, seguramente no recordaba cómo había dejado la otra cama.

—No se preocupe, ya lo arreglará cuando se encuentre bien, ahora descanse. Le dejo la cafetera. *Thor* cuidará de usted.

—No, por favor, no se vaya. Ellos no me quieren, me consideran débil y estoy segura de que nunca vendrán a verme, de que me dejarán completamente sola.

—¿Se refiere a los amigos que jugaban con Antón al golf?

—Sí—dijo hundiendo la cabeza en la almohada—. Ellos y sus estúpidas mujeres. Siempre me han dado de lado.

—Seguro que usted era mucho más guapa que ellas cuando eran jóvenes.

Se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Cómo dice que se llama?

—Julián.

—Bueno, Julián, esta que ahora mismo está viendo no soy yo, si no pregúntele a Antón.

No le recordé que Antón había muerto, para qué, en su mundo de ahora mismo Antón podría estar jugando al golf y yo ser amigo suyo y el perro un dios.

Se levantó con el albornoz sobre la falda y la blusa mojadas y bajó descalza agarrándose a la barandilla hasta el salón, yo la seguía y *Thor* llegó antes que nosotros. Abrió un cajón, sacó un álbum de fotos y pude verla de joven vestida como en los años cuarenta, con el pelo al viento y una mirada en que podía leerse que acabaría así. Brazos en alto, cruces gamadas, Antón Wolf de oficial. Karin de enfermera en otra foto. Le pregunté por ella.

—En esta época no conocía a Karin, pero cuando después ya nos conocimos me regaló la foto, luego nos distanciamos.

Todos ellos ya maduros en bañador en una playa. Alice sola en bañador. Ellos y otros más de uniforme. Aquel álbum era una joya y yo lo quería.

—Por curiosidad, ¿desde cuándo vive aquí, Elfe?

—Desde 1963. En 1970 tuvimos que marcharnos tres años, pero volvimos. Cuando regresamos, la casa estaba en su sitio, nadie había tocado nada.

—¿Y Karin? ¿Y Otto y Alice?

Pasó por alto la pregunta, quería hablarme de cada una de las fotos, pero le dije, guardando de nuevo el álbum en el cajón, que vendría a visitarla muy pronto y que las veríamos con más detenimiento.

—Ahora tiene que ponerse bien, tiene que descansar y, si quiere, en cuanto haga un buen día de sol la llevo a la playa. El sol lo cura todo.

Desde abajo vi cómo subía las escaleras cansinamente y cuando la perdí de vista abrí la puerta de la calle, pero antes de salir volví al salón y saqué del cajón el álbum de fotos. Cerré la puerta suavemente, aunque no la trampilla del sótano. Que la cerrara el perro.

A pesar de que me había manchado la chaqueta, me iba contento, me la limpiaría yo mismo o puede que hiciera un extra y la mandase a la tintorería.

Ahora también tendría que encontrar un lugar seguro para el álbum de fotos.

4. Ábrete, Sésamo

Sandra

La cruz de oro parecía la prueba que necesitaba para comprobar que las sospechas de Julián no eran meras fantasías y que yo no me estaba volviendo loca. Se me ocurrían dos sitios en que podrían haberla guardado: en algún cajón cerrado con llave de la salita-biblioteca o en la caja fuerte del armario junto con las joyas de Karin, y por lo tanto sería imposible dar con ella. Tendría que averiguar cuál era la combinación para poder abrirla, algo imposible hoy por hoy. Y, sin embargo, era sencillo, sólo había que decir: ¡Ábrete, Sésamo!

Esa tarde. La tarde del ¡Ábrete, Sésamo! habíamos ido a comprar el vestido y los zapatos para la fiesta de cumpleaños de Karin, que llevábamos preparando varios días a jornada completa. Todos los pequeños roces o, mejor dicho, recelos y dudas parecían disiparse con los preparativos que nos mantenían subidas todo el día en el todoterreno yendo a buscar mil cosas. El vino a un pueblo del interior, los salazones a otro, las tartas a un horno especial. El pescado y el marisco lo encargamos en la lonja y así todo. Lo más pesado fue encontrar un vestido nuevo (un trapo al lado de los que tenía en el armario) y unos zapatos.

Era un vestido de *chiffon* rojo. Despedía reflejos metalizados y con él Karin parecía un regalo, un regalo en el que lo más bonito era el papel. La convencí de que los zapatos no fueran también rojos, porque parecería que iba a una boda, sino de un color *beige,* neutro, aparte de que no podía llevar mucho tacón por la deformidad de los dedos debido a la artrosis. Karin me hacía caso para que me gustara sentirme involucrada en todo lo suyo. Le

encantaba que hablásemos de ella hasta la saciedad, aunque fuese de sus pies medio torcidos, y a mí no me costaba nada.

—Con este vestido irían bien unos pendientes grandes de brillantes o un collar —dije distraídamente sin pensar muy bien en lo que decía.

—Creo que aún me quedan brillantes. Si no recuerdo mal aún tengo un collar de brillantes.

Me chocó vagamente el comentario, no tanto como tendría que haberme chocado porque me agotaba toda la atención que chupaba de mí Karin. En el fondo de mi mente revoloteaba el comentario de alguien que se refería a sus brillantes como quien dice no sé si me queda algún racimo de uvas en el frigorífico, como alguien que no los ha tenido que comprar, ni siquiera pagar, ni que elegir. Nadie habla así de sus joyas por muchas que tenga y por mucho dinero que le sobre, lo que tampoco era el caso de Fred y Karin, que no llegaban a tener avión privado ni yate ni mansiones en distintos puntos del planeta, que parecen ser las posesiones que más concuerdan con tantos brillantes.

Terminamos las compras casi a la hora de la cena y al llegar a casa y saludar a Fred, feliz porque su mujer estaba intensamente entretenida y porque él estaba viendo un partido de fútbol y el mundo giraba lentamente hacia la oscuridad, Karin me obligó a subir con ella a su dormitorio. Aunque ya lo conocía, nunca había tenido tranquilidad para fijarme detenidamente en él. Era muy grande y algo infantil, con muchos almohadones y muñecos antiguos, que parecían de colección y que Frida tendría que limpiar con sumo cuidado. Los armarios, la cómoda, las mesillas y el escritorio estaban llenos de curvas, como los cajones, las patas y los espejos. Las lamparitas de las mesillas eran de raso rosa plisado con borlas. También la colcha, las cortinas y las pantallas de las lámparas eran de raso rosa y los adornos de los muebles, dorados. Y no hacía falta entender de alfombras para saber que eran auténticas alfombras persas. Todo era muy, muy caro. Y esa cama rosa sería la cama en que harían el amor aquellas noches espeluznantes en que yo había creído que estaban muriéndose o algo por el estilo. Iba a preguntarme qué cosas habrían oído aquellas paredes y aquellos muebles tan femeninos, pero ni las paredes ni

los muebles sienten ni padecen, y por eso duran más que nosotros, soportan todo lo que no sean martillazos ni ningún tipo de destrucción directa, mientras que a las personas nos afectan las miradas, los sonidos. Los sonidos cuanto más bajos más nos perturban, si es que se está hablando de nosotros.

Karin sacó de las bolsas lo que habíamos comprado y lo desplegó sobre la cama. Colocó el vestido y los zapatos, de forma que parecía que ella estaba dentro y que era rosa. Qué bonito, dijo. Yo me senté en un pico de la cama porque no tenía ninguna gana de intuir lo que habrían hecho aquí estos dos, porque al ser yo un cuerpo vivo sí que podría presentirlo.

—Creo que hemos acertado —dije.

Y entonces hizo algo tan sencillo como abrir el armario, inclinarse sobre la caja fuerte y abrirla. Cuando sacó otra caja que había dentro, una caja de madera, yo estaba mirando para otro lado para que viera que no había estado pendiente de cómo la abría. Puso la caja sobre la cama al lado del vestido. Metió la mano y sacó del fondo un collar de brillantes. También había uno de perlas de varias vueltas con brazalete a juego, pendientes, alguna diadema, anillos. De no saber que todo aquello era auténtico me habría parecido bisutería de la que venden en el todo a un euro, lo revolvía con la mano como si fuera chatarra.

—Antes, cuando metía el brazo en la caja, las joyas me llegaban hasta el codo —dijo.

Colocó el collar en el cuello rosa de la cama. Armonizaba maravillosamente con el rojo del vestido.

—¿Puedo? —le dije, acercando la mano a los pequeños destellos que se escapaban de la caja.

—Adelante, querida —dijo ella con esa manera de hablar un poco antigua que tenía—, pruébate lo que quieras, todo es auténtico.

Cogí unos pendientes de rubíes y los dejé colgando de los dedos sobre las orejas, pero sin llegar a ponérmelos porque no quería ponerme unos pendientes que probablemente le habían sido arrebatados a alguien, junto quizá con su vida. Me miré en un espejo de marco dorado y vi que ella me observaba.

—Aún no tienes edad de llevar estas cosas —dijo disuadiéndome de que me encaprichara de ellos.

Los dejé en la caja y seguí sacando piezas y mirándolas a la luz, mientras tenía la vista puesta en una cajita que había en el fondo.

—¿Por qué no te pruebas el collar con el vestido? —dije—. Estoy deseando ver el conjunto.

Mientras se desnudaba, yo hacía que miraba joyas distraídamente y cuando ya lo tenía todo puesto y se estaba contemplando extasiada en el espejo, viendo a la legendaria enfermera Karin dispuesta para una fiesta más, yo con la mano derecha abrí la cajita de terciopelo y vi que en su interior había una cruz, la cruz que había visto en las películas prendida de los uniformes nazis. El corazón me dio un vuelco y empezaron a temblarme y a sudarme las manos, las metí para cerrar bien la cajita, y cuando Karin se volvió hacia mí, saqué el collar de perlas y lo hice crujir entre los dedos. Me clavé las perlas para tranquilizarme.

—Bellísima, Karin, bellísima. ¿Quieres que te vea Fred?

—¡No! —dijo aniñándose todo lo que pudo—, que sea una sorpresa.

Tapé bien la cajita con las joyas y cuando Karin se cambió y fue a devolverlas a la caja fuerte le dije que antes mirara bien por si se nos había caído alguna. Lo dije porque necesitaba que confiara en mí, y en efecto me hizo caso y pasó la mano varias veces por entre las piedras, como si sólo con el tacto supiera lo que había. Estaba todo, así que la dejé cerrando la caja fuerte.

Antes de conocer a Karin no se me habría ocurrido pensar que la maldad siempre está fingiendo que hace el bien. Karin siempre fingía que hacía el bien y debió de fingirlo cuando mataba o ayudaba a matar a inocentes. El mal no sabe que es el mal hasta que alguien no le arranca la máscara del bien.

Julián

A las cuatro, tal como habíamos acordado, estaba en el Faro. No me senté directamente en el banco, daba vueltas nervioso entre las palmeras pensando en mil cosas.

Desde el año 63 llevaba viviendo aquí Antón Wolf. Seguramente los que formaban esta comunidad habrían estado yendo y viniendo ante las narices de todos, como si fueran invisibles. Pasaron de ser unos jubilados jóvenes a ser unos jubilados muy, muy viejos. Una auténtica infamia.

Sandra se retrasó, lo que me puso más nervioso aún. ¿Qué haría sin Sandra? Tenía que reconocer que nada habría sido igual sin ella. Sandra era mi testigo. Lo que hacía no caía en saco roto, no era completamente inútil porque Sandra estaba viéndolo, aunque no se lo contase todo. Sandra era el repuesto que Salva había dejado en su lugar. Y si Sandra se tomase en serio lo de marcharse, gran parte del edificio que estábamos montando se desmoronaría. Era tanto lo acumulado, era tanto el peso de lo que sabía que necesitaba más de dos manos para sostenerlo. Menos mal que oí el ruido de la moto, el maravilloso sonido rodando sobre los guijarros y luego parando. No quise salir a su encuentro, me senté como si llevase así todo el rato y noté a mi espalda cómo se iba aproximando. Sandra tenía andares deportivos, largos y flexibles, pero no hombrunos. Cuando ya estaba junto a mí, me volví y vi su cara de estupefacción, ésta era la palabra de las que yo conocía que más le cuadraba a la cara que vi.

—No me puedo creer nada de lo que está pasando —dijo—, parece que estoy viviendo un sueño o mejor dicho una pesadilla.

No quería interrumpir sus pensamientos y me anudé mejor el pañuelo del cuello. Era evidente que traía novedades de alguna clase porque me miró muy fijamente. Desde que la conocía, hacía tan poco, su mirada había cambiado, era más madura, más dueña de sí, vagaba menos por el ambiente y seleccionaba más.

—He visto la cruz de oro.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Hasta ahora dudaba de todo. Cuando uno va buscando se puede encontrar cosas que encajen con lo que busca y que sin embargo forman una impresión falsa. Pero ver la cruz de oro ha sido definitivo. Tú mismo lo dijiste. La cruz de oro es la verdad. ¿Por qué iban a tener ellos algo así si no fuese suyo?

Cabeceé afirmativamente.

—Yo ya lo sabía —dije—, pero tú necesitabas una prueba.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Deja esto a los profesionales, tú márchate, ya has hecho bastante, te lo digo en serio, después podría ser demasiado tarde.

—Aún no, ellos no saben que lo sé, no ha cambiado nada y, sin embargo, ya no soy aquella tontita que encontraron en la playa. ¿Para qué me quieren?

—Puede que para nada en concreto, te quieren para lo que estás haciendo, alegrarles la vida, poner más vida, la tuya, en la de ellos. Les haces un servicio.

—Me haré a la idea de que no sé nada, de que no he visto la cruz de oro y continuaré como hasta ahora. Mañana celebramos el cumpleaños de Karin y no sé qué regalarle. Querría que fuese algo que le gustara, que la pusiera a mi favor más todavía, así podría enterarme mejor de su vida.

—Pero, Sandra, ya sabemos quiénes son y que de ahora en adelante podrás encontrar más y más trapos sucios en su casa y en sus cabezas. Ahora que ya sabes lo fundamental te darás cuenta de muchas más cosas, y no podemos seguir así indefinidamente, lo que necesitamos es dar un giro a

la situación, que se pongan nerviosos, que se delaten y que nunca sepan por dónde les vienen los tiros.

—¿Y cómo se hace eso?

—Surge, sólo hay que meter un poco de presión. Venga, vamos a comprar tu regalo. Lo cargaremos en mi cuenta.

Sandra protestó, pero era lo menos que podía hacer en ese momento en que me estaba dejando llevar por un mal pensamiento necesario. La llevé a una tienda de perros y gatos que había visto en el centro comercial, y a Sandra le pareció una gran idea.

Sandra

Karin, el último día, el día de la fiesta, quiso que la maquillara. Parecía que iba a celebrar este cumpleaños como si fuese el último de su vida y seguramente tendría razón. Iban a venir todos sus amigos y estaba muy excitada, apenas si notaba la artrosis. La notaría cuando todo pasase y se relajara, entonces sería mejor huir de aquí. Lo que para ella era una gran diversión para mí era una pesadez. Acabé completamente harta y lo peor es que lo que se dice acabar no se acababa nunca, porque el día anterior aún no le había comprado el regalo. Fue precisamente Julián quien me aconsejó comprarle un perrito. Estaba seguro de que a la auténtica Karin le gustaban mucho los perros, sobre todo una raza en concreto. Y tuvo el gesto de correr él con el gasto. Era un cachorro negro y marrón de rottweiler, una bola tierna y preciosa. Se lo entregaría en una cesta de mimbre forrada con un relleno de flores y un lazo grande de rafia roja en un lado.

Me vestí un poco formalmente para estar a tono con los demás. Me puse un vestido de tirantes y encima un chal y una flor en el pelo, arrancada del jardín, más grande que una rosa, que no sabría decir cómo se llamaba. La verdad es que todo había quedado precioso y Fred se encargó de encender velas por todas partes. En cuanto llegaron los primeros invitados se empezaron a abrir botellas de champán, y un camarero contratado para la ocasión pasaba bandejas de canapés hechos en el mejor restaurante de la zona. Karin me presentaba a todos como si fuese de la familia, menos a Alice y Otto, que me conocían de sobra y que se limitaron a saludarme con frialdad, y a Martín y Alberto, que también vinieron a la fiesta con varios

más como ellos y que me preguntaron si yo era de la Hermandad, hasta que Martín les dijo algo por lo bajo y se alejaron de mí. Frida también estaba, había asado el pescado y hecho unas coloridas ensaladas de lechuga, remolacha, pimientos agrios y salazones.

Y había unido unas cuantas mesas para preparar una larga en el invernadero, que con las plantas y las velas encendidas no podía resultar más agradable. No sé por qué, sentada entre aquella gente que se preguntaba quién era yo y que se dirigía a mí por estricta cortesía y con gran curiosidad, tenía cierto sentimiento de culpa por no haberme molestado tanto en preparar jamás un cumpleaños para mi madre; ni se me había pasado por la cabeza perder varios días montándole una fiesta a mi madre.

Y ahora aquí estaba entre estos extraños celebrando un cumpleaños que en el fondo no me importaba nada. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? Iba sin norte, como cuando bajaba en la moto hacia el pueblo por la noche y enfrente todo eran estrellas y abismo.

No sabes qué clase de madre vas a tener, pensé dirigiéndome telepáticamente a mi hijo. No estoy preparada para ser hija ni para ser madre. Soy una perezosa, una inconstante, no soy nada y voy a tener un hijo que va a depender de mí. Ni siquiera sé cómo te voy a llamar y ya estás aquí, en este invernadero en medio de un rollo que ni te va ni te viene, ni a mí tampoco. Según me iba sintiendo más fuera de lugar, a mi alrededor las caras se iban enrojeciendo y las voces se excitaban más y más. La comida y la bebida no fallaban nunca en cuestión de alegrar a una tribu. Y empecé a imaginármelos muy bien a ellos con los uniformes de las SS y a ellas con los vestidos que Karin guardaba en el armario. Si fuesen jóvenes, quizá después de la cena vendría la orgía, ahora no podrían ni ponerse a cuatro patas. Y entre ellos, rindiéndoles pleitesía, venerándolos, estaban Martín y sus amigotes. Se habían puesto traje y corbata y parecían matones de discoteca, salvo la Anguila, que observaba de lado con la cabeza gacha. Era el que más hablaba con Otto y Alice, y al que más pillé mirándome de reojo.

Continué teniendo ganas de llorar hasta que llegó la tarta con diez velas simbólicas. No se podían clavar ochenta y dos velas, así que le propuse poner dos números de cera, pero a ella los números no le gustaban, entonces le sugerí una vela, pero a Karin una sola vela le parecía ridículo, al final optamos por diez, que llenaban bastante.

Después de soplarlas, cantar y brindar con champán, Karin abrió algunos regalos y dijo que era el día más feliz de su vida, que nunca pensó que llegaría a esta edad rodeada de amigos y a continuación dijo unas palabras en alemán. Yo me escurrí hacia el garaje. Por la tarde había dejado a *Bolita* en el todoterreno, de forma que si gemía no se notase. Le dejé que me chupara el dedo para que no hiciera ningún ruido hasta entrar en el invernadero y entregárselo a Karin.

Aunque yo no era de mucho sonreír puse una media sonrisa al entregarle la cesta. Karin me miró con la gran arruga que le cruzaba el entrecejo y luego miró en el interior de la cesta. El perrito se movió y gimió. Lo sacó con la mano derecha donde se había puesto una pulsera de brillantes y un anillo haciendo juego.

—¿Qué es esto? —dijo contemplándolo desconcertada.

—¿He acertado? ¿A que te gusta? —dije yo.

Karin no me dio las gracias, no me contestó, no me miró, lo devolvió al cesto y lo dejó junto a los otros regalos. No hubo ningún comentario. El silencio sólo lo rompían *Bolita,* como llamaba al perro, y el ruido de las hojas cuando alguien se rozaba con las plantas. Hasta que Fred dijo que las copas las tomarían en la casa y todos se encaminaron hacia allá. Yo me quedé en el invernadero. No podía beber alcohol, por lo menos esto quería hacerlo bien: no pasarle a mi hijo nada malo que pudiese evitar, y me metí entre las plantas sin saber qué pensar.

El perrito no sólo no le había gustado sino que le había provocado una reacción extraña, lo que significaba que no se quedaría con él. Y esto sí que era un problema, ¿qué iba a hacer yo con un cachorro? Lo que me faltaba. Me estaban entrando ganas de llorar, pero me aguanté.

Detrás del cristal del invernadero, la luna temblaba ligeramente. Estaba enormemente grande y brillante. Cuántas veces había oído decir eso de que

no somos nada, ahora me acordaba de la frase. Me había cobijado entre dos grandes plantas de apariencia tropical y tuve la estúpida sensación de que de un momento a otro sus grandes hojas se me iban a enredar en el cuerpo y me iban a devorar. Tenían algo humano, sonaban a respiración, y no era una fantasía porque cuando el compás de la respiración se aceleró me volví y la Anguila me estaba mirando fijamente. La luz de la luna enfocaba unos ojos terriblemente brillantes. Me estremecí y me moví hacia la mesa donde estaban los regalos para separarme de él y ocurrió todo lo contrario. Tuve que rozar todo el cuerpo contra el suyo para esquivar un cactus, se trataba de elegir con qué espinas prefería herirme. Él no se movió, me observaba hacer, lo que me puso aún más nerviosa. Ojalá pudiera volverme invisible, desaparecer, pero no, debía mantener el tipo como fuera.

—¿Por qué te quedas aquí? ¿No vienes a tomar una copa ?

El perrito gimió fuerte y dentro de nada ladraría a pleno pulmón.

—No puedo beber alcohol.

Nada más decirlo me arrepentí, acababa de volverme demasiado vulnerable. No me gustó la forma en que bajó sus resbaladizos ojos hacia la barriga. No tendría que habérselo dicho y cerré los labios con la intención de no volver a abrirlos. Si me quedaba o dejaba de quedarme en el invernadero a él no le importaba. Cogí a *Bolita* de la cesta y me lo puse junto a la cara, me lamió, le tocaba el biberón. Contaba con que Karin se encargaría de sus necesidades, pensé que la entretendría, y ahora, mira lo que me había echado encima yo sola.

—¿Te gustan los perros? —le pregunté.

—Has metido la pata —contestó—, y creo que ni siquiera lo sabes. ¿Quién te aconsejó que le regalaras este perro a Karin?

Ya había hablado más de la cuenta. Ni loca pensaba soltar el nombre de Julián.

—Fue una casualidad. Fue el que más me gustó. Ahora resulta que a Karin no le gustan los animales, pues ya está, qué le vamos a hacer.

Me miraba tratando de comprender, de comprender ¿el qué? Y yo me quité la flor que me había puesto en el pelo, estaba harta de la flor. La tiré en una maceta.

—Voy a hacerte un favor, me voy a llevar el perro, lo criaré yo, a cambio, un día de estos saldrás conmigo, *¿o/(ay?*

¿Qué pesaba más, hacerme cargo del cachorro o soportar durante toda una cena sus ojos frente a mí?

Se lo entregué en la cesta.

—Espera —dijo marchándose a paso ligero.

Casi no tuve tiempo de reflexionar sobre la situación porque regresó enseguida con leche en un tazón. *Bolita* se la bebió y casi me dio pena deshacerme de él. Pensaba que lo más seguro era que mañana yo no siguiera en esta casa.

—No le hagas daño —dije.

—¿Por quién me has tomado? —miró el reloj—. Se me ha hecho tarde.

Se dirigió a la salida con la cesta colgando de la mano, y al poco se oyó el motor de un coche.

Cogería la moto y saldría huyendo, me iría a casa de mi hermana, a «la casita», pero el inquilino, un profesor de secundaria, había venido antes de lo previsto y estaba a punto de ocuparla. También podría irme a un hotel, tenía dinero, aunque ese dinero me duraría poco, se lo comería todo la habitación del hotel, y sobre todo era una cobardía sentirme herida por la reacción de Karin, marcharme de estampida. Una madre, una futura madre, debía saber hacer frente a cualquier situación. Ya no era una niña y no podía tirar la toalla por cualquier contratiempo. Seguro que mañana lo vería todo de otra manera. Además me tocaba hacerme una ecografía. Tenía pensado que me acompañase Karin, compartir con ella el momento en que se descubriera el sexo de mi hijo. Pero acababa de cambiar de opinión, iría sola, quizá llamase a mi madre desde la misma clínica, porque Karin no era mi madre ni podía importarle nada mi hijo. En la vida hay constantemente situaciones completamente artificiales. Y mi relación con Karin era artificial porque no existía hace unos meses ni existiría después, era como una colchoneta hinchable en medio del mar.

Lo mejor sería irme a la cama y tratar de dormir.

Entré tímidamente en el salón. Algunas mujeres bailaban y otras estaban sentadas. La puerta de la salita-biblioteca había quedado entreabierta, se

veía y no se veía lo que pasaba dentro, lo suficiente para saber que los jóvenes estaban reunidos allí con Fred y Otto y los demás. Salía olor a tabaco y a porro. Se reían. Una mano cerró la puerta. Fuera sólo se había quedado un tipo alemán que parecía español, bajo de estatura y ojos negros. Bostezaba repantigado en un sillón. No parecía interesarle nada. Al verme se sonrió un poco, no me sonrió a mí sino a sí mismo.

—¿Te diviertes? —dijo.

Le iba a decir que sí, pero le dije que no.

—No, estoy cansada.

—¿Te gustaría dar una vuelta por el jardín?

—Iba a acostarme.

Él ya se había puesto de pie y me hizo una ligera reverencia con la cabeza en señal de despedida, algo que jamás me habían dedicado en mi vida. Así que me recoloqué el chal y me lancé a pasear con él.

—¿No duelen los piercings? —dijo mirándome las orejas y la nariz, aunque dudaba que con la tenue luz del jardín pudiera verlos, seguramente se habría fijado en ellos antes.

—No, una vez que el agujero está hecho, ya no duelen, aunque yo jamás me haría uno en la lengua.

—¡Qué espanto! —dijo mientras admiraba la luna—, los jóvenes estáis locos, los jóvenes siempre están locos, también nosotros hicimos barbaridades.

—¿Y qué barbaridades hacíais?

—Entonces no nos parecían barbaridades, las hacíamos porque podíamos y parecían normales. Como ponerse un pendiente en la nariz.

La conversación empezaba a ponerme nerviosa, no sabía si estábamos hablando en clave.

—Yo puedo hacer muchas cosas que no hago. Podría matar a alguien y no lo mato —dije.

—Porque no te resultaría fácil y te crearía un trauma. Te descubrieran o no, serías alguien al margen de la ley, te sentirías en pecado o simplemente criminal. Pero imagínate que existiera un sistema en el que fuese legal y

patriótico que mataras a cierto tipo de gente y que después nadie fuera a señalarte con el dedo ni te pidiera cuentas.

Sacó un cigarrillo de una pitillera de plata, que hizo un agradable chasquido al cerrarse, y se lo encendió. No me ofreció, por lo que supuse que sabía que no fumaba. De joven debió de ser alguien de mucho temple, y no parecía que sus amigos le volvieran loco de alegría.

—En fin, lo hecho hecho está, no se puede dar marcha atrás. Además la vida es corta, cuando llegas al final parece que has despertado de un sueño de cinco minutos, y en los sueños se hacen cosas fuera de toda lógica.

—Como clavarse una bola de acero en la lengua —dije.

—Por ejemplo.

—Mientras uno nada más se haga daño a sí mismo... —dije.

—Tienes razón, al final el daño a uno mismo es lo único que puede aliviar la conciencia.

Estaba apoyada en un árbol y al separarme de él di por concluida la conversación. No quería que me dijera nada más, tal vez había bebido y mañana se arrepintiera de habérmelo dicho y no tenía ninguna gana de que me hicieran daño. Le dejé terminándose el pitillo, ensimismado en su pasado, la luna arrojando toda su palidez sobre él. No se volvió hacia mí, parecía una estatua insoportablemente melancólica. Y yo quería que amaneciera y saliera el sol y que sus rayos se me clavaran en la cabeza.

Debió de ser un hombre elegante. Ahora llevaba un traje gris marengo con vuelta en los pantalones y debajo un suéter de cuello alto negro. Era la imagen de un ángel negro, sin saber lo que eso significaba para otros. Pero era lo primero que me vino a la cabeza, un ángel negro. Puede que fuese el más inteligente de esta pandilla, no parecía sentirse dominado por el ambiente en que vivía, sin embargo no podía salirse de él, aún debía de tener miedo a la soledad. Ninguna de las mujeres que había allí era la suya, puede que fuese viudo. Debía de ser muy desesperante que nada más te quede el pasado y no poder compartirlo con nadie, por eso había estado a un minuto de compartirlo conmigo, el problema es qué me ocurriría a mí luego. Para suerte suya, aún podía contar con estos monstruos aunque le repugnaran a ratos.

Cuántas cosas en unas horas. A la mierda la reacción de Karin con el perro, a la mierda que no me dirigiera la mirada, a la mierda el ángel negro y todo. Subiría las escaleras lo más rápidamente posible a la habitación. ¡Como si fuera tan fácil subir a la habitación!, con un pie en el primer peldaño una mano me cogió el brazo con fuerza.

Era Alice.

No se la podía considerar vieja, no se la veía vieja, no le sobraba piel ni tenía descolgamientos, que era lo propio de los años. Aparentaba unos sesenta cuando en realidad debía de tener más de ochenta. Y no podía deberse sólo al deporte, el sol y los zumos naturales. Daba la impresión de haberse sometido a algún experimento. Incluso se le marcaban los bíceps de los brazos.

—¿Quieres bailar conmigo?

La propuesta me dejó noqueada. No podía negarme, no podía ser grosera según estaban las cosas, necesitaba al experimento Alice de mi parte.

Sonaba una lenta que no olvidaré en toda mi vida, *Only you,* así que bajé el escalón que había subido y la cogí de la cintura. Llevaba un elegantísimo vestido de terciopelo verde oscuro sin mangas y con escote en pico por delante y por detrás. Era un terciopelo resbaladizo con una caída de ensueño. Le llegaba a los pies. De cerca tenía la típica piel pecosa del sol, y pasé la mano por el terciopelo, no por placer desde luego, sino por curiosidad. Sentía curiosidad por saber cómo era la cintura de Alice, si tendría algún pequeño michelín o duros huesos. Y, vaya, era un cuerpo bastante normal, mejor que normal, perfecto. Creo que Alice interpretó mi tanteo como algo más y se acercó de una manera que me incomodó, aunque sólo me incomodó un segundo. ¡Qué más daba!, Alice, aunque sospechosamente joven, era una mujer, y prefería que se propasara conmigo una mujer que Martín o su amigo la Anguila, el Ángel Negro u Otto o cualquiera de ellos. No me vendría mal un poco de calor humano, necesitaba que me abrazaran y me besaran. Y fue lo que hizo Alice, me abrazó, y puso los labios sobre mi pelo hasta que terminó la canción, entonces me desprendí de sus brazos y con la cara un poco gacha le dije que

estaba cansada. Ella dijo algo en alemán y la miré, era un idioma difícil de interpretar, no se podía saber si era bueno o malo lo que estaba diciendo.

—¡Qué joven eres! —dijo a continuación, cogiéndome la mano de una manera que me dio miedo. Si hubiese podido se habría quedado con mi juventud.

Sus ojos, inexpresivos normalmente, me miraban con dureza. Quería lo que yo tenía, algo difícil de robar. Me deshice como pude del contacto de su mano en la mía y subí deprisa para que nadie volviera a retenerme.

De buena gana habría echado el cerrojo a la puerta, pero no había cerrojo. De pronto me di cuenta de que había cerrojos en todas las habitaciones menos en ésta. Me duché para ahuyentar los labios de Alice de mi pelo y luego saqué el camisón de debajo de la almohada y como siempre lo arrojé sobre el sillón. Me puse la camiseta de dormir, encendí la lamparita y cogí de una pequeña estantería una novela rosa de Karin en noruego con las tapas manoseadas. Abajo sonaba barullo, la música, las voces, la puerta de la calle que se abría y se cerraba cuando alguien se marchaba, los coches arrancando. Las indescifrables páginas de la novela me adormecían, pasaba la vista por una historia que estaba sucediendo ante mis ojos sin entenderla. Apagué la luz y me tapé hasta el cuello, no me molestaban los ruidos, ocurrían en otro mundo, un mundo lejano de gente extraña.

No me desperté hasta que la luz entró por la ventana, atravesando las cortinas, ante la ausencia de persianas en toda la casa. Fue un despertar pensativo, había soñado sueños raros, pesados, había sentido las caras de Fred y Karin observándome y también la de Alice. Y la de Alice era la que más nerviosa me había puesto. Y arrastré este nerviosismo durante todo el día.

Bajé a las nueve mientras ellos todavía dormían. Frida ya estaba recogiendo los desperdicios de la fiesta con su habitual sigilo. De hecho no la vi, la intuí por el buen olor y el brillo que empezaban a aflorar de los

muebles y el suelo. Me estaba preparando el desayuno cuando su voz me sobresaltó.

—Hoy no podré arreglar tu cuarto. Tengo mucha faena aquí abajo.

—No importa —dije—. Luego haré la cama.

Frida sacaba copas y más copas del lavavajillas y todas juntas sobre la encimera de la cocina producían un efecto luminoso e intenso que casi me hipnotizó.

Tenía frío. Había refrescado mucho y el sol ya no era suficiente, debería comprarme botas cerradas y calcetines y también un anorak. En la entrada había un armario empotrado con impermeables colgados, paraguas, chaquetas y calzado de batalla para salir al jardín y andar por la playa. Me puse unas deportivas gastadas de Karin. Me iban un número grande, pero no importaba, no quería acatarrarme en mi estado. Y también *cogí* una chaqueta de lana con los bolsillos caídos de tanto como Karin había metido las manos. Me la abroché bien y arranqué la moto, el todoterreno era demasiado aparatoso para aparcarlo y además no me atrevía a llevármelo sin el permiso de Karin, tenía la impresión de que algo había cambiado por la noche y que ya no nos encontrábamos en la misma sintonía.

El viento se colaba entre los puntos de la chaqueta de lana y me helaba los huesos. Parecía que la maldita carretera de curvas no iba a terminar nunca. Aparqué cerca del hotel de Julián, quería contarle lo del perro y sobre todo quería hablar con alguien que no fuese de la Hermandad. La Hermandad, alguien había pronunciado esta palabra y era la que mejor le cuadraba a la tribu en la que había ido a caer sin proponérmelo.

El conserje, un hombre con una peca bastante grande en la mejilla derecha, me dijo que Julián había salido a dar una vuelta. Me pregunté por dónde me gustaría a mí dar una vuelta a esas horas y me dirigí al puerto. Andando, la chaqueta me molestaba, así que me la quité y me la eché por los hombros y entonces empecé a tiritar. Recorrí el puerto buscando con la mirada a Julián hasta que descubrí un sombrero blanco junto a los catamaranes y barcos de vela.

—Hola —dije.

A Julián no le sorprendió verme.

—Estoy absorbiendo vitamina D. ¿Quieres una poca? —dijo haciéndome sitio en el poyete en que estaba sentado.

Estornudé y me puse la chaqueta de nuevo.

Julián

No dormí bien a pesar de que me tomé un sedante. Me lo tomé porque no tenía la conciencia tranquila y sabía que en algún momento de la noche, bien en sueños o despierto, aparecería Raquel con sus reproches. Mi mujer no habría consentido que metiera a esta chica en un asunto tan retorcido sin su consentimiento. Me habría prohibido que la utilizara. Me habría dicho que me había vuelto como ellos, que me había contaminado con su maldad. Por suerte Sandra estaba aquí sentada junto a mí, pero los remordimientos me impedían mirarla a los ojos. Le pregunté cómo se encontraba con la vista puesta en el balanceo del *Estrella,* el barco de Heim, a lo lejos.

—Bien —dijo, y a continuación me contó más o menos lo que yo había imaginado que ocurriría con el dichoso perro.

—No lo entiendo —dijo ella—. Tienen tanto jardín y la casa es tan grande que un perro no podría molestarles, les haría compañía, les protegería. Y luego está Frida, que podría darle de comer. Me quedé desfondada con la reacción de Karin.

—Lo siento —dije sintiéndolo de verdad, arrepintiéndome sinceramente, pero sin confesarle que los perros de esa raza eran los que Fred y Karin utilizaban en el campo de concentración para aterrorizar a los prisioneros (era uno de sus rasgos más conocidos e identificativos, por lo que su reacción me confirmaba que sin duda alguna eran ellos) y los que mataron entre los dos cuando entraron los aliados y tuvieron que salir huyendo. Seis perros de raza, fuertes y asesinos como sus dueños, quedaron tumbados en el suelo con un tiro en la cabeza, como si fueran las sombras

de Fredrik y Karin. No se lo conté a Sandra porque necesitaba un poco más de su inocencia.

Y me sentí mucho más cerdo y miserable cuando me confesó que estaba nerviosa porque le iban a hacer una ecografía para saber el sexo de su hijo. Tenía los dedos de las manos entrelazados, en ambos dedos corazón llevaba anillos grandes. El sol le caía sobre los mechones rojos, los tenía más largos que cuando la conocí en la casita, aunque cortados de forma desigual, que era la moda de los jóvenes. Brillaba el pequeño pendiente de la nariz. Era tan hermosa y natural, a pesar de todo lo que se ponía, que pensé que no merecía estar a su lado, no merecía hablarle ni mirar sus ojos verdosos. No merecía que me sonriera ni que me considerara un semejante. Aunque estábamos juntos yo pertenecía a un planeta distinto, yo había pertenecido a la fuerza a un pasado sin perdón. También podía sentarme junto a una rosa de rojos pétalos aterciopelados y junto a una roca o bajo una estrella fulgurante y no por eso éramos lo mismo. Me dijo que en el fondo tenía la sensación de traicionar a su madre si le permitía a Karin vivir este momento con ella. Sandra tenía unos problemas morales tan bellamente ingenuos que daban ganas de abrazarla y de protegerla en una burbuja de cristal.

—Puedo ir contigo, si quieres. Yo no soy una mujer, no traicionarás a tu madre. Sé lo que son esas cosas. Tengo una hija y tú podrías ser mi nieta.

No tendría que haber dicho esto, ¿habría tratado a mi propia nieta como a ella?, ¿la habría expuesto así?

—Sí, creo que eres la persona que quiero que venga conmigo—dijo.

Hasta la hora de la consulta fuimos a la calle comercial porque quería comprarse calzado de invierno. Se compró unas botas negras hasta el tobillo con suela de goma, seis pares de calcetines en oferta y un anorak chubasquero amplio. Se puso unos calcetines, las botas, el anorak y metió en una bolsa las deportivas y la chaqueta de lana que llevaba. Yo me compré un chaquetón tres cuartos al gusto de Sandra.

—Ahora ya podemos ir a la *eco* —dijo.

Con las botas era tan alta como yo. Iba andando por la calle como una reina y a mí me gustaba ir a su lado. De vez en cuando estornudaba como si

hubiese cogido un resfriado. El viento venía del mar y arrastraba algunas gotas frías.

Al llegar a la clínica, nos sentamos en la sala de espera hasta que la llamaron. No me levanté, le dije que aguardaría allí. Fue ella quien me pidió que la acompañara, y no es que me sintiera incómodo, es que era consciente de que estaba en una situación que no me correspondía, no me lo merecía, y no me creía capaz de darle el apoyo que necesitaba.

Entramos en una habitación muy pequeña donde apenas cabíamos Sandra tendida en la camilla, la médica sentada en una silla giratoria junto a ella y yo en un rincón sujetando la bolsa de las zapatillas y el jersey y la mochila de Sandra y encima de todo ello mi sombrero.

—Es un niño —dijo la médica.

Hubo un silencio y después Sandra preguntó:

—¿Un niño?, ¿está segura?

—Bastante segura. Mira, éste es el corazón.

Adelanté la cabeza para mirar en el monitor, pero todo era muy confuso, podría ser un niño o cualquier otra cosa. He de reconocer que en ese momento se me olvidó todo, incluso quién era yo y qué hacía allí.

—¿Y está bien? —preguntó Sandra.

—Perfectamente —dijo la médica, pasándole un papel absorbente por la barriga y quitándose los guantes con un latigazo.

—Felicidades —le dije yo.

—¿;Es usted su abuelo? —preguntó la médica de modo mecánico.

No llegamos a contestar, ambos consideramos que era innecesario mentir a alguien que no tenía ningún interés en nosotros. Le tendí a Sandra el anorak y la mochila y yo cargué con la otra bolsa.

—Un niño —murmuró Sandra.

Creí que lo mejor era sonreír.

—Ni siquiera sé qué nombre voy a ponerle, no soporto a la gente que parece que tiene un hijo para ponerle un nombre que ha buscado hace mil años.

—Ya se te ocurrirá alguno. Tienes tiempo. ¿Qué te parece si lo celebramos? Te invito a comer. Vamos a buscar un buen restaurante.

Estaba siendo un insensato, por nada del mundo tendría que haberme dejado ver con Sandra por el pueblo. Me relajé y decidí confiar en la suerte, en que no diese la casualidad de que nadie que me reconociera nos viese juntos. Pobre chica, había pasado del nido de víboras a la serpiente venenosa.

Le pregunté dónde había dejado aparcada la moto y le propuse ir en mi coche a algún restaurante del interior que fuese menos turístico y donde pusieran comida tradicional, y de paso visitaríamos algún sitio que nos llamase la atención. Le pedí que me esperase en una terraza mientras iba al hotel a buscar la medicación.

Roberto me salió al paso para decirme que había venido a buscarme una chica entre pelirroja y morena, una punki casi.

—No es una punki —le dije—. Los punkis llevan cadenas, cuero, crestas. Ya apenas hay punkis.

Por la cara que puso deduje que le había hecho gracia mi comentario. Notaba que cada vez me respetaba más, que debajo de esta capa de arrugas y huesos iba descubriendo una vida.

—Bueno, parece que sabe de quién le hablo.

Le dije adiós con la mano camino de los ascensores y de nuevo cuando pasé ante él camino de la salida con las pastillas en el bolsillo de la camisa.

Cuando regresé a la terraza donde la había dejado, encontré a Sandra con la cara apoyada en la mano y sumida en la más absoluta ensoñación. Cualquiera podría haber pensado que esa chica estaba aburrida y que no le interesaba nada de su alrededor, pero yo sabía que era todo lo contrario, que Sandra tenía mucho en que pensar. Ahora mismo la vida era completamente suya y si hubiese querido nos habría dejado a los demás sin nada.

Necesitaba concentrarse en ese poder y me senté unos minutos sin decir nada.

Le pedí que condujese ella. Abrió el coche tarareando.

—Cuando volvamos llamaré a mis padres desde algún bar, no puedo guardarme esto para mí sola, es imposible.

—El móvil no me funciona aquí, no lo saco del hotel.

—No importa, no es nada urgente.

—No deberías haber ido al hotel, no es seguro —dije.

Sandra se encogió de hombros.

Lo pasamos bien. Visitamos algunos pueblos pequeños y encontramos al pie de una carretera estrecha un restaurante donde nos sirvieron unas rebanadas de pan tostado en el horno y rociado con aceite de oliva en las que podíamos untar alioli casero con un delicioso sabor a ajo. Nos pusimos las botas con los embutidos y los salazones y Sandra me contó que nunca se le había dado bien estudiar ni trabajar, que se aburría mucho haciendo ambas cosas. Había terminado la FP de Administración a trancas y barrancas y su padre consiguió meterla en las oficinas de una constructora. A la semana la invadió una gran tristeza y a los seis meses había adelgazado seis kilos y al año no era capaz de enterarse bien de las noticias del telediario. Santi la ayudó mucho. Era medio jefe y un día le pidió que visitase al médico de la empresa, y el médico le dio una baja por depresión. Santi se portó muy bien, era cariñoso y siempre se empeñaba en encontrar cualidades en Sandra que Sandra sabía que no tenía. Le aconsejó que aprovechara el rollo de la depresión lo más que pudiera y cuando se le acabara la baja que se diera el piro porque esto no era lo suyo. Ella tenía un espíritu más artístico. No todo el mundo servía para estar ocho horas entre cuatro paredes. Total que no servía para nada.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada se me pasó por la cabeza abortar. No sé si hago bien teniendo a este hijo. No sé si voy a saber criarlo. Si voy a poder darle lo que necesita. No sé si...

—No te preocupes, los niños se crían solos, son capaces de vivir en condiciones que ni te imaginas. Lo único que hay que hacer es quererles y darles de comer. Y no creo que tu familia permita que os muráis de hambre.

Sandra estaba a punto de llorar y me asusté. Movía la cabeza de un lado a otro, negando mis palabras.

—Este niño se merecería tener una madre inteligente, una madre que hubiese estudiado y que fuera capaz de hacerle jerséis bonitos.

—Ese niño se merece tener una madre que no piense esas cosas de sí misma. Tú eres muy valiente, más valiente de lo que crees, cuando pasen unos años lo comprenderás, entonces mirarás atrás y verás que eras espléndida y que con lo que tenías hiciste lo que pudiste de la manera más honrosa posible.

Me miró con los ojos a punto de reventar de lágrimas. Estaba soportando una carga emocional más fuerte de lo que creía. Lo sabía yo mejor que ella. Ella no podía ver desde fuera el laberinto en el que estaba metida, por eso cuando se llega a mi edad y podemos verlo desde arriba desearíamos volver atrás y recorrer el camino sin agobios ni angustias.

Le pasé mi servilleta de papel para que se sonara.

—Y ahora te vas a tomar un trozo de tarta de chocolate con nata, y yo un cortado. Y mañana Dios dirá.

De improviso, como atendiendo a alguna pregunta que le hubiese hecho inconscientemente, me dijo que el perrito se lo había quedado uno de los amigos de Fred y Karin. Se llamaba Alberto, pero ella lo llamaba la Anguila por la forma tan resbaladiza que tenía de mirar. Probablemente la cabeza también le estallaba con información de la que no era consciente al cien por cien. Probablemente le causaba ansiedad estar procesando datos y detalles que no sabía encajar. Creemos que sólo nos hace daño lo que sabemos que nos hace daño, pero hay multitud de recuerdos e imágenes que crean una gran melancolía porque no entendemos su sentido.

—Dice que tengo que salir con él un día.

Me quedé mirando fijamente a Sandra tratando de descubrir qué querría aquel elemento de ella. Por cómo me lo describía no me parecía el típico fanático sin luces. Este olía a psicópata.

—No puedes fiarte de él. Trata de hacer lo que él espera que hagas. Lo que no sabemos es qué quiere de ti.

—Voy a decirle que no puedo ir. No quiero hablar con él. Antes iría con el ángel negro, me inspira más confianza.

El Ángel Negro. ¿El ángel negro? Alemán, moreno, de mi estatura, elegante, afable, de apariencia equilibrada, inteligente, el cerebro de cualquier organización. Por lo que Sandra me dijo de él podría ser Sebastian Bernhardt. No, era imposible, la historia oficial decía que había muerto tranquilamente en Munich en 1980. Sin embargo también podría ser que hubiese echado de menos su maravilloso refugio español. Estas ratas entraban por un agujero y salían por otro, estaban acostumbradas a morir y a resucitar. Suponía un alivio saber que no eran eternas aunque lo hubiesen intentado, aunque hubiesen buscado desesperadamente el elixir de la eterna juventud. Y a qué precio. Que se lo pregunten a los prisioneros, víctimas de locos como Heim.

—Espera un momento. Voy a buscar algo al coche.

Sandra no contestó, se estaba comiendo la tarta pensativa, pequeños trozos de tarta con la punta de la cucharilla.

Y cuando volví con el álbum de fotos de Elfe continuaba en la misma posición pensando en su hijo, en el Ángel Negro o en la Anguila, quizá en Karin o en su madre, que no tendría ni la más mínima idea de en qué estaba metida su hija.

—Mira —le dije abriendo el álbum—. Mira a este hombre.

Era Sebastian. Iba con traje, lo que facilitaría la identificación. Un traje oscuro, entradas en el pelo, ojos también oscuros.

Ella lo miró al tiempo que salía de su particular ensoñación.

—¿Podría ser el Ángel Negror —pregunté.

—Podría ser. Fuma de la misma manera.

Dudé si revelarle a Sandra quién era el Ángel Negro porque cuanto más supiese peor sería para ella. Ya no lo miraría igual o se le podría escapar el nombre verdadero, no le hablaría con el sano tono del desconocimiento. Sandra era una chica franca y sincera sin nada que ocultar y ellos enseguida leerían en sus ojos lo que sabía. Por otra parte no me consideraba capaz de manipularla hasta ese extremo. Tenía derecho a conocer el nido de víboras en que estaba metida. Me había hecho participar de un hermoso

acontecimiento de su vida y no debía caer tan bajo como para traicionarla, como para contemplar cómo se despeñaba sin avisarla de que el abismo la esperaba a diez metros.

—Tienes que decidir —dije—. Tienes que decirme si quieres que te cuente quién es ese individuo. Ten en cuenta que cada dato que sepas será un paso más hacia el infierno.

5. Los monstruos también se enamoran

Sandra

Por las fotos que Julián me enseñaba era difícil reconocerlos. Ahora físicamente eran otros. Algunos conservaban rasgos que no podían ocultar, como las descomunales estaturas de Fred y de Aribert Heim, *el Carnicero de Mauthausen,* que ahora tenía cuatro pelos blancos. Andaba encorvado como si no pudiera sostener su enorme esqueleto. Sólo recordaba haberlo visto una vez en casa de los noruegos, en el cumpleaños de Karin, y me pareció un hombre amable. Me estrechó la mano y me dedicó una sonrisa. La cicatriz que le cruzaba la cara y los ojos azules de Otto Wagner se habían ido haciendo menos visibles, se habían ido apagando. Y el Ángel Negro, que por lo visto se llamaba Sebastian Bernhardt, no tenía nada llamativo, era muy corriente aunque se tíñese el poco pelo que le quedaba a los lados de la cabeza.

Julián suponía que el hasta ahora para mí Ángel Negro había muerto en Alemania cuando en realidad había regresado a este pueblo, donde vivió desde 1940 hasta el cincuenta y tantos. El y su familia disfrutaron de una villa que le regaló Franco en reconocimiento a los servicios prestados, que habían consistido nada más y nada menos que en convencer a Hitler para que le prestara ayuda a Franco. Me juré que cuando volviera a la vida normal me dedicaría a leer más. ¿Cómo podía mantenerse en pie alguien tan viejo? Su mujer, de nombre Hellen, probablemente habría muerto y sus hijos se habrían jubilado ya. Sebastian siempre había tenido fama de persona modesta y agradable y continuaba siéndolo, yo podía dar fe. Julián enseguida tuvo la sospecha de que aquella mansión de Sebastian era la

actual Villa Sol. Probablemente se la habría vendido a los noruegos y él se habría retirado a algún apartamento más cómodo. Había un fondo de bienestar en Villa Sol que habrían dejado Hellen y sus hijos. Y no entendía por qué alguien de apariencia tan razonable como Sebastian, alguien tan comprensivo, podía ser uno de ellos y que no le repugnaran las cosas que habían hecho. Me preguntaba qué podía ocurrir en la mente de alguien para no llegar a reprocharse nada nunca. En el fondo era el único de aquella tribu que tenía mirada humana, los demás eran unos farsantes. ¿Habría vuelto a matar alguno de ellos después de la guerra o se habrían saciado para siempre? ¿Sería capaz alguno de ellos de matar con su propia mano o tenían que estar organizados?

Antes no sabía estas cosas ni nunca las habría sabido si no se me hubiese ocurrido venir a pasar unos días a la playa. Mauthausen, Auschvvitz. Cuántas veces había oído estos nombres, pero entonces estaban a años luz, estaban en Orion como mínimo, estaban en un pasado que no era mío. Ahora los tenía a un metro de mi cara, a veces a unos centímetros.

Aribert Heim me había dado la mano, y al enterarme de lo que esas manos habían hecho sentí que estaba tocada y que ahora sí que no podía abandonar, aunque siempre cabía la posibilidad de que se tratase de simples parecidos, todos los ancianos se parecen. Ojalá no fuese verdad que le había estrechado la mano al Carnicero, sólo pensarlo me daba asco. De momento, nada más se podía demostrar la identidad de Fred por la cruz de oro, el resto eran conjeturas.

¿Sabes disimular?, me había preguntado Julián. ¿Sabes disimular hasta el punto de que a ellos ni se les pase por la cabeza que a ti te pueda interesar aquella vieja historia de nazis y del Holocausto? La verdad es que nunca se hablaba de política delante de mí. No se mencionaba nada que sonara importante, aunque a veces se deslizaba alguna frase en alemán que no hacía falta entender para darse cuenta de que se salía del tono general. Y estaba segura de que tales precauciones no eran por mí, sino porque estaban acostumbrados a tenerlas y por eso se habían escapado de las manos de Julián una y otra vez. De no haber sabido que eran nazis habrían seguido siendo normales para mí. Sin embargo, ahora todo, cualquier cosa, tenía un

significado, los rasgos marcados de Fred eran rasgos arios y la extraña juventud de Alice provenía de Dios sabe dónde, tal vez de su confianza en su superioridad genética. Decidimos que nunca mencionaríamos sus apellidos verdaderos para que no se me pudieran escapar al hablar con ellos.

Julián

Como siempre, Sandra llegó al Faro en la moto, la aparcó y entró en la heladería. Yo la veía por la ventana. Siempre nos sentábamos en una mesa desde donde se dominaba la llegada de los coches y la gente que entraba y salía del local. Era una forma de no llevarse sorpresas desagradables. Cuando se sentó a la mesa, suspiró y dejó el casco a un lado. La noté desmejorada, quizá demasiado delgada para estar embarazada, pero era sólo una impresión de pasada, no lo pensaba conscientemente, más que un pensamiento era una imagen. El presente se me escapaba demasiado deprisa, no me daba tiempo de saborearlo. Los pájaros volaban muy rápido, el aire se perdía antes de sentirlo, las caras cambiaban enseguida, los olores desaparecían, y casi no importaba, toda mi vida era pasado. Tenía la impresión de que me había quedado en este mundo después de morir Raquel para expiar alguna culpa, para sufrir un poco más, no tenía ninguna lógica que la hubiese sobrevivido. Sandra funcionaba en la dimensión del presente y yo en la del pasado, aunque pudiésemos vernos y hablarnos.

Cuando le confesase a Sandra que había comprado el perro de forma deliberada y malsana y sin calcular los riesgos, cuando le confesase que la había utilizado para poner nerviosos a los noruegos, no volvería a mirarme a la cara en su vida y consideraría con toda razón que yo era tan miserable como ellos. Pero tenía que decírselo, no podía morirme con esto en la conciencia, aunque después de muerto ni sintiera, ni pensase, ni pudiera afectarme nada porque me habría disuelto y evaporado. Quizá no era una cuestión de conciencia, sino el puro egoísmo de querer ser tal como era y no

mejor. Quedarme como la huella de un pie en la arena en la memoria de Sandra, vivir un poco más allí tal como yo era y no como un ser inventado ¿Qué podría pretender conseguir pareciendo mejor de lo que era a estas alturas de la vida? ¿El respeto de Sandra? ¿El respeto de Sandra para qué, para sentirme falsamente bien?

Pensé en escribirle una carta y dársela al despedirnos en el Faro, pero enseguida me pareció una cobardía no soltárselo cara a cara, así que la miré a los ojos.

—Tengo que decirte algo. No quiero que me perdones, no quiero nada, la vida es así, una marranada tras otra. No deberías relacionarte con alguien como yo.

Sandra no parpadeaba. A veces fijaba tanto la mirada que incomodaba, era como si se hubiese olvidado de cambiarla de dirección.

—Se trata del perro, del perrito que le regalaste a Karin.

—Pobre *Bolita* —dijo—. Yo también he pensado en él. No debí dejárselo a la Anguila, no debí despreocuparme. Me pesa mucho. A saber lo que han hecho con él.

—Recuerdo la sorpresa que te llevaste con la reacción de Karin. Un perro tan bonito, una casa tan grande. No se comprende que lo rechazara, ¿verdad?

—Me sentí muy mal, ya lo sabes. Fue un desaire tremendo y Karin nunca me ha dicho nada, no me ha pedido disculpas ni me ha dado ninguna explicación. He tenido la sensación de haber hecho algo terrible sin saber que lo hacía, pero ahora lo único que siento es lo que le habrá pasado al perro.

En unos segundos iba a arrancarle a Sandra un poco de su buen corazón. A partir de ahora tendría otro trozo menos de buen corazón. Y cuantos menos buenos corazones anduviesen por el mundo peor para todos.

—Fue culpa mía. Absoluta y completamente culpa mía —dije casi cerrando los ojos para no verla—. Karin odia esa raza de perros porque los usaban en el campo de concentración al que estaban destinados para aterrorizar a los presos. No voy a decirte más. Los adiestraban para eso y su presencia le recuerda quién fue y quién sigue siendo, la gente en el fondo no

cambia, no mejora, sólo envejece. Lamentablemente es más fácil empeorar que mejorar. Yo mismo acabo de darme cuenta de que soy peor de lo que creía.

Sandra estaba desconcertada. Probablemente nunca me habría creído capaz de semejante canallada, de ponerla en peligro o al menos en una situación difícil. La mirada se le había cambiado, se había vuelto un poco triste, como si estuviera muy cansada.

—Si yo que te estimo y aprecio y te considero maravillosa, soy capaz de hacer esto, imagínate hasta dónde podrán llegar ellos.

No soportaba que Sandra no dijera nada. Cuando Raquel se enfadaba de verdad conmigo, no hablaba, la rabia le cosía los labios. Al principio me desesperaba intentando que volviera a mi mundo y que me mirase, que me aceptara de nuevo, lo que empeoraba las cosas, hasta que comprendí que era mejor esperar y no forzar la situación. Me iba a otra habitación o a dar una vuelta, me alejaba confiando en que las fuerzas de la naturaleza hicieran su trabajo. Y ahora pensaba hacer lo mismo, aunque Sandra no era Raquel, ni le hice nunca a Raquel una putada como la que le había hecho a Sandra.

Llamé a la camarera, pagué y me levanté. Sandra permanecía cabizbaja. Dejé dos euros de propina en el platillo y aun así la camarera me miró con infinito desprecio. Algo debía de haberle pasado a la edad de Sandra con alguien de mi edad, algo peor que lo que yo le había hecho a Sandra.

Sandra

Ya casi había logrado olvidarme de la fiesta de Karin cuando Julián me confesó lo del perro. Me sentí tan engañada y traicionada que me comporté como una tonta. En ese momento no pude comprender que si me hubiese contado lo que pensaba hacer yo misma me habría delatado ante todos cuando Karin rechazó a *Bolita* y desde luego no hubiese reaccionado con la misma naturalidad. Julián se dejó llevar por su ansia de que se sintiesen descubiertos y de que no siguieran viviendo como si tal cosa. Podría no haberse sincerado y nunca me habría enterado de nada. Sólo por haberse expuesto a la vergüenza de confesarse, quería darle a Julián un voto de confianza. También se me había pasado por la cabeza que Julián me hubiese dado esta explicación sobre el perro para que me retirara de una vez de este asunto. No creía que fingiese cuando se preocupaba por mi seguridad y me insistía en que me marchara. Puede que se le hubiese ocurrido lo del perro para forzar mi retirada, lo que hoy por hoy no entraba en mis cálculos. Quería hacer algo grande.

Puesto que no sabía hacer bien las cosas pequeñas de la vida, tendría que hacer bien alguna que destacase para no seguir sintiéndome una completa inútil. Nunca había creído en las oportunidades que la vida te pone en el camino porque no había entrado en ese juego de las oportunidades, porque para encontrarlas primero había que buscarlas, ¿y cuáles eran las oportunidades que a mí me convenían? Nunca lo supe hasta que me encontré en casa de los noruegos y hasta que conocí a Julián y empecé a entrar en esta historia terrorífica que todo el mundo conocía de

oídas porque ya quedaban muy pocos que la hubiesen vivido. Me encontraba entre las víctimas y los verdugos, entre la espada y la pared. Mira por dónde la vida me acababa de poner una oportunidad ante las narices para ayudar a Julián a desenmascarar a esta gentuza. Madre podía ser cualquiera, y yo no quería que mi hijo tuviese cualquier madre. Ya no era una niña ni iba a volver a serlo nunca y la vida me daba una oportunidad, no era momento de huir.

También me había olvidado de la Anguila y de mi promesa de salir con él. Era algo que había apartado de mi mente como había podido, pensando en qué nombre le pondría a mi hijo ahora que sabía que era niño. Dudaban llamarle como a alguien de la familia o como su padre, Santi, o darle un nombre completamente nuevo, que no recordara a nadie. También pensaba en cómo decoraría su cuarto, aunque aún no sabía en qué casa estaría ese cuarto. Le pegaría un cielo estrellado en el techo que se iluminaría con la luz apagada y que él vería cuando abriese los ojos. Ojalá se pudiera hacer todo con el pensamiento. Con el pensamiento tendría dinero para montar una tienda de ropa o de bisutería y contratar un dependiente, de forma que yo no me sintiese atada. Con el pensamiento me enamoraría hasta perder el sentido, como en las novelas que leía Karin, y con el pensamiento ella y Fred serían dos ancianos normales, de los que yo no tendría que sospechar ni temer nada. Pero casi nunca pasa lo que se piensa que va a pasar.

El lunes, al regresar a Villa Sol de la gimnasia de Karin, nos encontramos con que Martín estaba charlando con Fred, y por la cara que puso al verme parecía que me estaba esperando. Sobre la encimera de la cocina había un pequeño paquete, que debía de haber traído él. Karin lo cogió enseguida, y Martín me entregó un papel con gesto malicioso.

Una letra redonda e inequívocamente femenina decía que vendría a recogerme a las siete. Firmaba «Alberto». Era la Anguila.

—¿Has leído la nota? —le pregunté a Martín.

Se había rapado más el pelo y se había tatuado el cráneo con una esfera.

—La he escrito yo —dijo, feliz de desconcertarme.

—¿Y por qué?

—Me lo ha pedido Alberto, está con un asuntillo entre manos y no tenía tiempo.

—Pues tienes una letra muy bonita.

—¿De veras? —dijo pasándose la mano por el tatuaje.

Asentí.

—A veces escribo poesías, letras de canciones. Quiero formar un grupo, ¿sabes?

—Tienes algo dentro, se nota.

—Oye —dijo él acercándose tanto que me rozaba—.

Alberto es un buen tío, pero a veces le entran prontos, no discutas con él, ¿vale?

—Anda, quita —le dije apartándole con dos dedos—, cuando formes el grupo no te pongas esa colonia.

Me cogió por un brazo, preocupado.

—No se te ocurra decirle a él estas cosas, no las entiende. Me caes bien, chavalilla.

¿Chavalilla? ¿De dónde había salido este idiota? Decía chavalilla y tenía letra de monja pero llevaba una cabeza que daba miedo. Le aparté completamente con la mano y me marché arriba a pensar qué me pondría que no le alterara los nervios a la Anguila.

Cuando bajé, Fred y Karin ya estaban enterados de mi cita. Martín se había ido. Me miraban sonrientes, les gustaba todo lo referente al amor. Seguramente les hacía ilusión que me emparejase con alguien de la Hermandad, sería la manera ideal de tenerme controlada o de no tener que controlarme nada en absoluto. En esas condiciones puede que sí me nombraran heredera de todos sus bienes.

Me había puesto los otros vaqueros que tenía, las botas y una camisa blanca, bordada en el cuello y en los puños, que me había dado Karin. Era una prenda que no pensaba llevar en ninguna otra ocasión, que pensaba tirar en cuanto esto terminase, pero que ahora me vendría bien para que me ayudara a ver un poco las cosas desde la perspectiva de la Hermandad. Cogí el anorak en el brazo.

—Son muy buenos chicos —dijeron quitándose las palabras de la boca.

—¿Quieres un poco de perfume? —dijo Karin.

Afortunadamente en ese momento la Anguila tocó el claxon desde el otro lado de la verja y pude salir corriendo. Agradecí que no viniera a buscarme a la puerta.

—Hola —dijo en cuanto entré, y arrancó hacia la carretera principal.

Yo no dije nada, no sabía qué decir, hasta que oí una mezcla de gemidos y ladridos en los asientos traseros. No me lo podía creer, era *Bolita* en la cesta de regalo. Me abalancé hacia él.

—¡Bandido! —dije—, cómo has engordado.

—Es que lo cuido bien —dijo la Anguila.

—Nunca me lo habría imaginado, creía que...

—¿Que lo había llevado a una perrera para que lo mataran? ¿Que lo habría matado con mis propias manos? ¿Que me lo había comido?

—No sé —dije jugueteando con el perro—. No te pega tener un cachorro y cuidarle.

—Ya, me pega tener uno grande y fiero para acojonar a la gente.

—Precisamente —dije, saltándome las recomendaciones de Martín.

Ahora me iba fijando más en él. No se había vestido especialmente bien para estar conmigo, por lo que no me parecía muy lógico que quisiera ligar, aunque también podría ser que yo no mereciera más. Llevaba una camisa de manga larga que no parecía recién puesta, unos pantalones grises que tampoco parecían recién planchados y junto *á. Bolita* había tirado una cazadora azul oscuro de diario. Ni siquiera había tratado de peinarse con los dedos el pelo revuelto por el viento. Sin duda no tenía intención de impresionarme. Era de facciones delicadas y tenía el pelo castaño claro, medio rubio, entradas en la frente, no era feo, tendría unos treinta y cinco años.

—¿Se puede saber adonde vamos? —dije.

—Al Faro. Es un sitio muy agradable.

Me miró de soslayo, yo también a él.

—Preferiría un lugar más animado, ver gente. Si te da igual, preferiría ir al pueblo —dije.

Gracias a Dios no insistió en lo del Faro. ¿Por qué diría lo del Faro?, ¿sería intencionado?

Nos metimos en un *pub* del pueblo y tuvimos que dejar a *Bolita* en el coche.

—¡.Cómo te las arreglas con el perro?

—Procuro que no se muera de hambre.

Se pidió una cerveza y yo un batido de frutas y un trozo de tarta. Empezaba a pasar hambre con los noruegos. Comían poco, demasiado poco, diría yo. La única comida decente del día era el desayuno. Probablemente a su edad un festín era muerte segura y a veces se olvidaban de que yo era joven. Así que aunque estaba nerviosa por este encuentro con la Anguila, devoré la tarta y el batido.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté directamente. Preferí no andarme por las ramas porque él tenía más experiencia que yo de la vida en general y de estas situaciones en particular.

En lugar de contestar, se levantó y fue al mostrador, en cuyas vitrinas había auténticas delicias. Yo quería aprovechar para pensar, pero con el estómago lleno se me hacía muy cuesta arriba.

Regresó con un plato lleno de pastelillos variados y otro batido. Él se pidió otra cerveza. Le iba a decir que aquí se estaba mucho mejor que en la heladería del Faro. Menos mal que me detuve a tiempo, lo mejor sería hablar lo menos posible.

—No quiero lo que tú crees. Sólo quiero conocerte, eres una novedad en nuestras vidas.

—¿Y qué piensas que creía yo?

—Que quería acostarme contigo o algo así.

—¡Para el carro! —dije dando un bote que me espabiló—. Para que piense eso tienen que darme motivos.

—¿Y qué motivos te he dado yo?

—Son tus ojos, tu forma de mirar. Eres raro, no se sabe qué piensas.

—¿Lo ves? Eres como todos, te dejas llevar por las apariencias.

—Sí, soy como todos, ¿por qué dices que querías conocerme?

—Está bien —dijo—. Lo que quiero saber es cómo has acabado viviendo con los Christensen.

—Es muy sencillo, los conocí en la playa, yo estoy sola y ellos me necesitan. A mí me viene bien el dinero que pagan. No hay más.

—¿No hay más? ¿No hay nadie más2

Bebí del batido para no contestar.

—¿Cómo es que le regalaste ese perro a Karin? ¿Precisamente ese perro?

—Yo también me ¡o he preguntado muchas veces desde ese día. No entiendo nada, la verdad.

—Sí que lo entiendes, a mí no intentes engañarme.

—¿Y si te engaño, qué piensas hacerme?

—Lo peor que puedas imaginarte.

—No me das miedo, ni tampoco Martín.

—Pues debería darte. No intentes pasarte de lista, sé de lo que hablo. ¿Quieres algo más, algo salado?

—Me vendría bien dar un paseo, he comido demasiado.

La Anguila no era tan terrible como me había imaginado, por lo menos aparentemente. Aunque dijera estas cosas no le creía capaz de matarme, e incluso en algún momento me dio la impresión de que me miraba con preocupación. De todos modos no debía bajar la guardia y debía tener muy presentes las palabras de Martín.

Dimos un paseo por el puerto. En algún momento nos quedamos contemplando el mar. Nos miramos de reojo, él mi perfil, y yo el suyo. El cielo estaba intensamente estrellado, era un momento maravilloso para estar con alguien que me importase.

—¿Por qué escribió la nota Martín y no tú? —dije sentándome en un poyete.

—Porque... No tiene ninguna importancia.

—¿Es muy amigo tuyo, Martín?

—Somos de la Hermandad, somos más que amigos. La amistad se puede romper, pero no los lazos de la Hermandad. Deberías saber por tu bien que Martín no tiene tanta paciencia como yo, no sé si me entiendes.

—Bueno, es difícil entenderlo todo, acabo de llegar.

—Ya lo sé. Lo que no sé es si sabes qué significa. ¿Por qué crees que estamos juntos? ¿Te lo han explicado los Christensen?

—No, creo que no. Pensaba que os caíais bien, que os ayudabais, la gente intenta no estar sola. No me digas que es una secta.

—Algo parecido. ¡Ay, Dios! —dijo de pronto—. ¿Por qué no te habrás quedado en casa con tu marido, tu pareja o lo que sea?

—Voy a ser madre soltera —dije.

Y entonces la Anguila se pasó la mano por el pelo, se acercó rápidamente a mí, sin darme tiempo a pensar, y me besó.

No reaccioné, fue todo rápido, imprevisible. Estuve pegada a él por lo menos un minuto. Noté sus labios, su lengua, su saliva, sus manos en mi cabeza, su olor. Cuando se separó de mí me rozó con el pelo, yo a él también. Se separó lentamente, aún tenía la impresión de su beso, una impresión larga y cálida. Mi boca ya no era la misma, ni la Anguila era el mismo, el mundo había cambiado de repente. No dije nada, me quedé quieta porque no podía enfadarme, porque su beso era el beso que necesitaba, lo necesitaba tal como él me lo había dado y jamás, ni por lo más remoto, ni aunque viviera mil años, habría pensado que el encargado de darme el beso que necesitaba para que la vida fuese aún mejor, iba a ser la Anguila.

No levanté los ojos. Él con los suyos también bajos me dijo:

—Lo siento. No he podido evitarlo. Eres preciosa.

Continué sin decir ni pío, esperando un cataclismo que me sacara de este estado de atontamiento, o un segundo beso.

—¿Me matarías ahora?

—No, ni antes tampoco, pero no debes decírselo a nadie. Y cuando digo nadie, digo nadie, ¿entendido?

Afirmé con la cabeza. Lo miré, ya no era la Anguila, y este cambio me trastornaba. Antes era la Anguila, un ser temible, un enemigo, y ahora ya no lo era. Me sentía atraída hacia él, hacia su cazadora azul oscuro como la noche que se nos acababa de echar encima, hacia su camisa arrugada. Habría andado por el puerto de vuelta al coche agarrada a él, me habría

gustado que me echara el brazo por los hombros y que me apretara contra sí. Una locura, lo que había ocurrido era una locura. Puede que se tratara de la magia de la noche, de las estrellas sobre nosotros y las luces del puerto, del sonido del mar, de la brisa, del estar solos...

—Esto es una locura —dijo él atreviéndose a mirarme de frente y sin regateos.

Ahora sus ojos me gustaban. Me gustaban sus ojos rasgados y su mirada resbaladiza. No existía nadie cerca de mí que me hiciera sentir algo así. Ni siquiera lo había sentido por Santi, con lo fácil que habría sido. No había que hacer nada, sólo no resistirse, así que no entendía por qué había tenido que ser la Anguila y no el padre de mi hijo quien me separase los pies del suelo. Santi no había tenido la culpa, la había tenido yo por no haber sido entonces como era ahora.

En el coche estuvimos a punto de besarnos otra vez, pero no lo hicimos. Estábamos dejando escapar un buen momento que a saber si volvería a repetirse.

—¿Crees que debo ceder, que debo hacerme de la Hermandad?

Tardó un minuto en contestar, hacía como que estaba pendiente de la conducción y luego dijo secamente:

—Lo que importa es lo que creas tú. Nadie te llamó, te metiste tú sola en esto.

Salí del coche despacio, quizá esto no volviese a repetirse nunca más. Y yo no era la misma que había salido de Villa Sol unas horas antes. Volvía de un largo viaje y lo que había dejado aquí ahora me parecía menos importante.

Fred y Karin me esperaban en el salón. Me preguntaron curiosos qué tal me había ido.

—Buenas noches —dije por toda respuesta—. He cenado mucho.

Y al llegar al cuarto me tumbé en la cama. Por la ventana veía las estrellas y debajo de las estrellas las hojas de las palmeras balanceándose. Estaba un poco mareada, como si flotara.

Julián

Probablemente Sandra no acudiría a nuestra cita después de lo del último día. Yo de ella no vendría, ¿por qué iba a querer verme alguien a quien había engañado y puesto en peligro? Sin embargo, mi obligación era estar aquí por si acaso se decidía. Lo único que podía hacer era mostrarle mi profundo desprecio hacia mí mismo.

No salí del coche, no quería ver la cara de la camarera de la heladería antes de tiempo. Aunque no quisiera tenerla en cuenta, no podía evitarlo. No se puede evitar ver, oír y sentir simpatía o antipatía por gente de paso, gente de cinco minutos. No se puede estar muerto antes de muerto por mucho que se desee. Así que en cuanto escuché las ruedas de la moto de Sandra sobre la tierra pedregosa di un pequeño toque al claxon, sólo para llamar su atención. El corazón me dio un peligroso salto de alegría.

Sandra aparcó y vino hacia mí. Le abrí la puerta para que entrara.

—¿Es que no hay sitio dentro? —dijo.

—Me revienta esa camarera, me ofende mirándome como si fuera un pervertido.

Sandra se rió sin muchas ganas. Tenía la cara chupada, por lo menos había adelgazado dos o tres kilos y no se me ocurría otro sitio donde llevarla para que comiera algo. Sólo confiaba en el bar de los menús y en este local, porque en otro cualquiera del pueblo corríamos el riesgo de que nos vieran juntos.

—Aunque pensándolo bien, tengo hambre —dije—. Me tomaría un sandwich caliente y un trozo de tarta de chocolate, en ningún sitio los hacen

como aquí.

—Como quieras, yo no tengo hambre.

Me tranquilizó que nos sentáramos en nuestra mesa junto a la ventana, le daba mayor aire de normalidad al encuentro.

—Parece que los noruegos no tienen la nevera muy llena.

—¿Por qué lo dices? —dijo mientras cogía la carta plastificada con desgana. Sabíamos de memoria lo que servían en la heladería, pero siempre mirábamos la carta un buen rato mientras hablábamos.

—Las embarazadas engordan, no adelgazan.

—Estoy bien.

La camarera nos interrumpió. Me miró con su hostilidad habitual.

—Café de máquina para mí y para la señorita un sandwich caliente de pan integral y jamón, un trozo de tarta de chocolate y un batido.

Sandra no quería la tarta y la camarera la tachó y le dirigió una mirada comprensiva.

—Te están chupando la sangre. Si continúas en esa casa, acabarás enfermando —dije.

—No es eso, estoy nerviosa. Bueno, nerviosa no es la palabra, estoy intranquila, a la espera.

—¿A la espera de qué?

Sandra calló. La camarera nos puso los mantelitos de papel y los cubiertos.

—A la espera. Tengo la impresión de que mi vida, mi vida auténtica, va a empezar en cualquier momento. Este viaje ha sido muy importante para mí. Imagínate, creía que me iba a pasar todo el tiempo tumbada en una hamaca, y ahora mira...

Escuchaba vagamente. En el fondo, estaba pensando en Sebastian, en qué podría hacer para localizar su casa sin tener que utilizar a Sandra.

—El perrito está bien —dijo de repente.

Me irritó tener que tardar un minuto en comprender de qué perrito se trataba. Ella me miraba con sus ojos pardos verdosos muy abiertos. Se le habían agrandado y habían perdido algo de alegría pero habían ganado en intensidad. El perrito nos recordaba mi maldad. Estaba tan concentrado en

el giro que estaban dando los acontecimientos que de pronto vi en la mesa lo que habíamos pedido como si hubiese aparecido allí por arte de magia.

—¿Y cómo lo sabes?

Seguía mirándome, dándome tiempo para recordar y para encontrar el hilo. Según me había contado Sandra, la Anguila se llevó el perro la misma noche de la fiesta, y además la Anguila quería salir con ella un día.

—No me digas que te has visto con ése, con la Anguila.

Cabeceó y su mirada se transformó.

—Se llama Alberto —dijo mordisqueando de mala gana el sandwich.

—Conque Alberto.

—Fue a buscarme a casa de los noruegos y me llevó el perro para que lo viera. Estaba muy gordito, muy bien cuidado.

—¿Y por eso crees que es un buen tío?

¿Tío? Se me iba pegando el vocabulario de Sandra. Me encontraba raro diciendo tío, era como si me estuviera convirtiendo en otro.

—No he vuelto a verlo desde entonces. No ha ido por allí, ni me ha dejado una nota, nada —dijo con melancolía.

Ahora sí que no me hizo falta ni un minuto para comprender. Los ojos le brillaban peligrosamente.

—Ya no tienes miedo.

Se encogió de hombros. Se había tomado el batido y se había limitado a mordisquear el sandwich.

—Las cosas han cambiado. Esta gente ya no puede hacernos daño, como mucho vivirán cinco años más los menos viejos.

Tuve que levantar un poco la voz para hacerle reaccionar. La camarera me vigilaba desde la barra, pensaría que se trataba de una discusión de pareja.

—Las cosas continúan siendo exactamente iguales o peores, y precisamente porque tanto ellos como yo tenemos un pie en el otro mundo hay que ajustar cuentas.

Miró el reloj, llevaba un reloj grande con correa ancha de cuero azul y tenía las manos muy bonitas, pero no delicadas ni lánguidas. Sandra no tenía nada de lánguida y sin embargo ahora estaba a un paso de serlo.

—No lo entiendes... Alberto no consentirá que me hagan daño.

—¿Por qué?, si puede saberse.

—Me besó en el puerto.

Éste era el final del hilo. Necesitaba decirle a alguien que se había enamorado. Prefería perdonarme a no poder decirlo.

—Ya, ¿y tú a él?

—También.

— ¿Y qué sentiste?

—Que todo lo que me está ocurriendo es lo mejor del mundo.

—¿Todo? Ahora sí que tenemos un problema—dije, aunque ella pareció no oírme.

—Pero no he vuelto a verle, ni sé dónde encontrarle. ¿Por qué me hace esto?

Hasta este momento Sandra me había preocupado, ahora me asustaba. Y sobre todo ahora la encontraba un poco ajena, se alejaba de mí y de nuestros objetivos. Le dije que probablemente cuando le volviera a ver recuperaría la razón y se daría cuenta de que todo había sido un espejismo. Le dije que pronto encontraría un hombre que la quisiera de verdad. Y le dije que quizá después de lo que había vivido en estos últimos tiempos podría ver al padre de su hijo con otros ojos. Le dije que la Anguila no le convenía aunque se llamase Alberto y la hubiese besado. Le dije que él se habría aprovechado de que estuviese sola y necesitada de amor. Pero Sandra no me oía.

¿Cuáles serían los verdaderos sentimientos de Alberto hacia Sandra? Por poca sangre que tuviera en las venas podría haberse enamorado de ella. Sólo un idiota no se enamoraría de esta alma cálida y grande, de su mirada transparente, de su sinceridad y su fuerza. Era infinitamente mejor que todos nosotros, y el hecho de que la Anguila pudiera estar tan dentro de ella era preocupante, porque del amor es muy difícil defenderse. Había conseguido atrapar aún más a Sandra en la tela de araña. Si Sandra se

quedaba en el grupo porque se había enamorado de uno de ellos sería muy difícil sacarla de allí.

Me marché más acongojado que nunca después de este encuentro y con más sentimiento de culpa que nunca porque si yo no me hubiese comportado como un cretino, Sandra no se habría encontrado tan desvalida y no se habría echado en los brazos de nadie.

Sandra

Creo que, como yo de ellos, Fred y Karin fueron recelando poco a poco de mí, dominados por la duda de si no estarían paranoicos. Yo jugaba a comportarme de la forma más ingenua de que era capaz. Jugaba a ser como antes de conocerlos y de saber quiénes eran. Trataba de que se sintieran confundidos. ¿Qué tenía yo que ver con su mundo de pesadilla? Me habían encontrado en la playa, estaba embarazada (¿qué madre pondría en peligro a su propio hijo?) y me había marchado a vivir con ellos porque necesitaba dinero urgentemente y porque estaba sola. Éstas eran razones suficientes para que no viesen con claridad que los había descubierto. Al fin y al cabo nuestra relación había comenzado por pura casualidad, por un encuentro fortuito en la playa. Y por eso no me di cuenta de que el veneno de la sospecha había entrado de verdad en sus cabezas hasta que regresé de mi última entrevista con Julián.

Cuando llegué, anunciada por el ruido de la moto, en la planta baja Fred como siempre veía la televisión y Karin leía una de sus novelas de amor. Fue al levantar la vista de las páginas cuando su expresión se me hizo extraña, pero como aún no sabía nada, me quedé allí un rato comentando lo bien que me había sentado el paseo en esta tarde maravillosamente nublada, cómo el aire me daba en la cara mientras iba en la moto. La verdad era que desde lo de Alberto había producido numerosas hormonas de la felicidad y por eso no supe interpretar la media sonrisa de Fred y la penetrante mirada de Karin. Me miraban desde otro ángulo de sus cerebros. Pero llegó un momento en que tuve muchas ganas de orinar y en lugar de usar el baño de

abajo, preferí subir al mío y de paso darme una ducha. Y entonces el mundo cambió.

Subí a mi cuarto tarareando alguna canción, en voz baja porque no tengo ningún sentido de la melodía, y me quité las botas, los pantalones. Abrí el armario mecánicamente para coger una camiseta limpia, y algo en el espejo de la puerta del armario me llamó la atención, mejor dicho, me calló en seco. Me paralizó porque tuve que concentrarme hasta el límite para comprender la situación. Noté un enorme calor subiéndome desde el cuello a la cara como de vergüenza o de miedo y tomé la decisión de dejar de mirar el espejo y mirar encima de la cama, donde estaba lo que el espejo reflejaba.

No me lo podía creer, ahora sí que estaba perdida. Tenía ante los ojos, colocado como un almohadón, el recorte de periódico que me había dado Julián con la foto de los noruegos. Necesariamente lo habrían puesto allí los noruegos o Frida y necesariamente lo habían encontrado en la bolsa de viaje. Ni siquiera me atrevía a tocarlo, como si fuesen a sonar todas las alarmas de la casa. Me quedé contemplándolo sin saber qué pensar y medio mareada. El recorte sólo podía haber llegado hasta aquí si alguien lo había sacado de debajo de la ropa y para eso tenía que haber buscado a fondo en la bolsa.

¿Y si había sido yo misma? Puede que revolviendo y sacando ropa, el papel se hubiese deslizado hacia fuera y de alguna manera hubiese caído al suelo y Frida lo hubiera encontrado y puesto sobre la cama.

Me estaba costando reaccionar y permanecí en mi cuarto todo el tiempo que pude, sin suficiente valor para bajar y encararme con ellos ni tampoco para escaparme por la ventana. Se me ocurrió que no tenía por qué pasar por una situación tan tensa y que esperaría aquí, metiendo la ropa en la bolsa y en la mochila, hasta que estuviesen dormidos, entonces me marcharía a mi casita, como la llamaba Julián, hasta que llegara el inquilino, o bien le pediría a Julián que me cobijara en su hotel. Me encontraba bloqueada, confusa, y jamás había llevado bien los enfrentamientos, y no se me ocurría cómo mentir a esta pareja. Al fin y al cabo había venido aquí escapando de tener que vérmelas con el padre de mi

hijo, con mi familia, con mi falta de trabajo y de futuro y con la realidad en general, y me encontraba con esto, como si fuese imposible escapar de los problemas. Aunque también me había encontrado con Alberto, que se había convertido en otra clase de preocupación, la única preocupación que me gustaba. ¿Por qué no daba señales de vida?

Me senté en la cama un rato completamente alelada v después hice tres respiraciones profundas y decidí ducharme como tenía pensado. Envuelta en el albornoz, con la piel fresca, con el pelo mojado, goteándome, las cosas se iban presentando menos trágicas, y la solución a este incómodo asunto me llegó llovida del cielo, como si en alguna parte del mundo se hubiese reunido un gabinete de crisis para pensar rápidamente sobre este enredo y me hubieran enviado telepáticamente el resultado, porque yo no estaba en condiciones de esforzarme. Así que me vestí, dejé la hoja encima de la cómoda y descendí por aquellas escaleras (hechas, según me había contado Ka-rin, con mármol rosado traído de las canteras de Macael), cada vez más infernales.

Continuaban en el sofá haciendo lo mismo que antes, él viendo la televisión y ella leyendo sus eternos romances. Y me lanzaron la misma mirada, cuyo significado ahora entendía y me intimidaba. Pero de perdidos al río, sacando fuerzas de flaqueza les dije: estoy muy cansada, creo que me tomaré un yogur y me iré a la cama enseguida. Y a continuación saqué de la bolsa de terciopelo el jersey y se lo enseñé a Karin. Le pregunté si sería muy difícil hacer un dibujo en el delantero para darle alegría. Ella me seguía mirando, tratando de comprender mis intenciones, y no tuvo más remedio que coger entre sus torturadas manos la labor y decir algo.

Acababa de leer en sus ojos que se dedicaban a registrar mi cuarto alegremente cuando me marchaba a comprar, a dar una vuelta o a ver a Julián. Me registraban aun antes de sospechar de mí, como si fuese un deber para ellos desconfiar de todo el mundo. Y lo peor de todo era que les daba igual que yo supiese que me registraban, que desconfiaban y que no me consideraban plenamente su amiga, quizá porque con este hallazgo las cartas habían quedado boca arriba. Tan al descubierto que Karin torció la mirada. De pronto sus ojos, su cara retorcida por el tiempo, eran los de la

enfermera Karin sesenta años después. La belleza y la juventud ya no podían ocultar su verdadera alma.

—Para hacer un dibujo tendrías que empezar de nuevo. Tendrías que deshacer lo que has hecho. Es mejor que lo intentes en otro. Primero acaba éste.

Sus palabras sonaban como si tuvieran un significado oculto. Tendrías que deshacer lo que has hecho, me había dicho. Me senté en el sofá para tomarme el yogur y al despedirme y desearles buenas noches no insistieron en que me quedara, como sería lo normal.

Aún no había deshecho lo hecho, pero me sentía aliviada por no tenerlos delante. Me quité los pantalones y me dejé la camiseta, saqué de debajo de la almohada el camisón de satén, lo arrojé sobre la butaca y me acosté. Abrí un poco la ventana como aconsejaban para respirar más intensamente y que el oxígeno llegase mejor al cerebro, y me puse a leer un rato. Mañana sería otro día.

Julián

Aún no sabía dónde vivía Sebastian Bernhardt, *el Ángel Negro*. No lo veía por el Nordic Club ni había salido al paso cuando seguía a Fredrik o a Otto, evidentemente llevaba otra vida hasta que llegaba el momento de reunirse casi obligatoriamente con ellos. Era de otra pasta, más inteligente y menos fanático. Todo lo que se había dicho sobre él apuntaba a que tal vez pensase en serio que le estaba haciendo un bien a la humanidad. Era un hombre activo, con visión y con un modelo en la cabeza cuya implantación requeriría sufrimiento, porque todo cambio entraña dolor, y cambiar el mundo no iba a ser fácil ni cómodo para nadie. Y por eso mismo daba más miedo. No era sádico, pero había establecido las bases para que los sádicos como Heim pudieran cultivar sus instintos y campar a sus anchas.

A estas alturas de mi vida sabía más o menos cómo respiraban todos. Tenían un pensamiento rígido, egoísta, v una visión completamente interesada de la vida, sin ninguna comprensión. Eran sociópatas y los que no eran enfermos habían acabado enfermando. No tenía ningún interés en hablar con ellos, pero Sebastian era otra cosa, era más complicado y en el fondo más peligroso. No disfrutaría haciendo el mal, ni poniéndole la bota en el cuello a sus semejantes, pensaría que el mal era necesario, que venía en el mismo paquete que el bien y que cuanto más grande fuese el bien que se quisiera alcanzar más grande tendría que ser el mal.

Fui a vigilar el barco-vivienda del *Carnicero* Heim con un mal presentimiento. Un tipo de presentimiento o de sexto sentido que desarrollé en el campo, quizá lo desarrollé en la edad en que surgen esa clase de

talentos y que a mí me pilló en aquel lugar dedicado a la muerte. El caso es que aprendí a notar en el alma o en el espíritu cuándo iba a suceder algo peor de lo normal y también cuándo iba a pasar algo bueno. Allí nunca se sentía uno bien, pero cuando iban a gasear a algún amigo o cuando de improviso nos llamaban a la enfermería para comprobar si aún éramos aptos para el trabajo o, lo que es lo mismo, para seguir viviendo, un día antes me sentía insoportablemente mal, sin ningún motivo especial. De pronto en la cantera o en el barracón o desnudo en el patio en medio del ganado humano, la sombra del mal se me metía dentro y el mundo se oscurecía como si estuviera atardeciendo. Al principio no relacionaba una cosa con otra, después me fui dando cuenta de que era como cuando a mi abuela le dolía un brazo porque iba a llover. El día que intenté suicidarme fue porque el alma o el espíritu se colapsaron, ya no podía más, la sombra fue demasiado grande y en mi cabeza no se veía nada. Salva me pilló a tiempo y el día siguiente fue horrible. Las chimeneas humeaban tanto que el olor a carne quemada era irrespirable, una nube gris cubría el campo, y entonces pensé que aquella nube velaría por los que nos quedábamos, y le pedí a las moléculas o cenizas que formaban la nube que nos protegieran de todo mal y que a Salva, que ya pesaba treinta y ocho kilos, no le dieran por improductivo e inútil. Y me hicieron caso. De alguna manera, Salva se volvió invisible hasta que liberaron el campo.

Hasta ese momento había tenido que inventar todo tipo de estrategias para protegerle. Procuraba ponerme delante de él, taparle ante los vigilantes de la cantera, tenía estudiado dónde debía ponerse para no ser visto y me agotaba tremendamente, cuando subíamos los ciento ochenta y nueve escalones que llevaban al campo, tratar de sostener su carga cuando no nos veían y hacerme pasar por él siempre que podía. Era un infierno, Salva estaba al límite, y yo no podía más, estaba llegando el momento en que tendría que abandonarle a su suerte, y entonces, entonces, aquel cielo cubierto de cenizas me comprendió y atendió mis súplicas y a partir de ese momento nadie reparaba en Salva, hasta el punto de que dejé de tener miedo por él. Me acostumbré a que los guardias no se diesen cuenta de que no subía las escaleras con la piedra. Sólo bajaba y subía una vez al día, al

empezar y al acabar, mientras tanto hacía ver que hacía algo y a veces incluso se sentaba un rato.

Él, de lo agotado que estaba, no se enteraba de lo que ocurría, pero yo no daba crédito a lo que veían mis ojos: las miradas lo atravesaban como si fuera un espíritu, seguramente lo veían pero no interesaba porque siempre había algo o alguien que llamaba más la atención. La prueba de fuego ocurrió el día (no sabría decir si era mañana o tarde) en que un guardia se le quedó mirando fijamente, yo veía a través de los ojos del guardia aquel esqueleto y cuando en un impulso fue derecho hacia él creía que le iba a dar un empujón y lo iba a despeñar por la cantera. Sentí tanto terror que ni siquiera pensaba en lo que estaba viendo, porque estaba ocurriendo el fin, habíamos llegado al final, al instante en que uno se da cuenta de que haga lo que haga es un títere. Y en eso el guardia pasó por el lado de Salva, que esperaba apoyado cómodamente en una roca a que lo mataran, y siguió adelante, hacia un pobre hombre al que le descargó un tiro allí mismo. Este fue el momento de mayor estupor respecto a la nueva naturaleza de Salva, y en adelante empecé a despreocuparme. Pasara lo que pasara, ni los guardias, ni los *trapos* ni siquiera los perros olían a Salva. Iba a salvarse y si yo estaba en su mágica esfera también me salvaría. Y sobre todo me gustaba estar en su mágica esfera, que no necesitaba paredes ni puertas, eran los demás los que habían perdido la facultad de verle. Y lo digo yo que no creo en estas cosas.

Tampoco creía en la sombra del mal y sin embargo la sentía más que los brazos y las piernas. No había sombra cuando iba a suceder algo bueno o al menos nada malo, en ese momento sentía el calor del verano dentro y me revitalizaba y me daba fuerza. Salva me miraba irónicamente y me decía que me agarrara a lo que pudiera, que lo del calor para combatir la sombra era buena idea. Por supuesto no le dije cuál era su situación real, no le dije que vivía en un círculo mágico, porque temía que se rompiese. Aunque el día de la total ausencia de sombra, el día en que le confesé que me sentía tan bien que me parecía que me estaba volviendo loco, sucedió algo que le hizo pensar que a veces ocurren cosas raras.

No sé si hasta llegué a canturrear por lo bajo. Fue el día en que apareció Raquel en el campo. Nada más verla comprendí que ella era la causa. Venía en una remesa de judíos y desfiló entre ellos con un abrigo marrón y el pelo negro y rizado algo revuelto. Miraba asombrada y horrorizada. Nosotros, Salva y yo, nuestros esqueletos metidos en un trapo de rayas, formábamos parte de ese horror. No podía saber que nos había hechizado y que nos había llenado de sol. Ni tampoco que dentro de nada sería como nosotros.

Ojalá no tengas ninguna pieza de oro en la boca, ojalá estés sana para que puedas trabajar, pero ojalá que no se fijen en ti, que te consideren un número útil y que no te destinen a la prostitución. Ojalá sobrevivas el tiempo suficiente para entrar en el círculo mágico de Salva.

Salva, aquel día, al verla avanzar mirando a su alrededor con sus enormes ojos negros, dijo, esa chica es preciosa. Y yo le dije, ¿no ves como hoy iba a ocurrir algo bueno?

Bueno para nosotros y terrible para Raquel. Sabíamos por lo que iba a pasar y pensamos que si superaba estos primeros días con vida la acogeríamos bajo nuestra protección. Salva se enamoró. Dijo que nunca, pero nunca en su vida había sentido algo así. Dijo que quizá fuera un recurso para sentirse humano, pero que fuese como fuese se trataba de una emoción desconocida. Le pregunté que por qué estaba tan seguro de haberse enamorado.

—Porque me hace volar, porque se me separan los pies del suelo, porque me pone tan nervioso cuando está cerca que me tiemblan las manos y porque tengo muchas ganas de besarla —dijo cabizbajo.

Lamentablemente, Raquel se enamoró de mí, y yo también de ella, aunque siempre he dudado de que mi amor estuviera a la altura del de Salva. No sé si he volado bastante alto, y ya nunca lo sabremos.

En adelante, tras liberarnos, no volví a saber gran cosa de la vida privada de Salva. Se volcó en vengarnos a todos, en dar caza a todos los nazis que se le pusieran a tiro. Yo también, pero yo además era todo lo feliz que sabía ser. ¿Habría sido feliz Salva junto a Raquel? ¿Habría llevado su misión con la misma fuerza si hubiese sido feliz? La verdad es que la vida no tiene respuesta. Y ahora ya no estaban ni Raquel ni Salva, aunque de

aquello había surgido una hija a la que quería, y querer a alguien te libra de mucha desesperación, y por aquello había conocido a Sandra, a quien probablemente Salva habría encerrado en un círculo mágico, mientras que yo la estaba abocando al desastre.

Aunque pude aparcar en un lugar desde donde podía observar cómodamente el *Estrella* con los prismáticos desde el coche, tenía ganas de tomar el aire y me fui dando un paseo hasta su amarre. Hacía un solecito muy agradable y me senté tres amarres antes, en un poyete, me pareció mejor quedarme lo más cerca posible del coche por si había que salir pitando. Heim tomaba el sol o estaba terminando de tomarlo en una hamaca porque de repente se levantó, bajó las escalerillas del camarote agachándose medio metro y volvió a subir con un cuaderno, que en su gran mano resultaba ridículo por lo pequeño. Me fastidió haberme dejado los prismáticos en el coche. ¿Qué estaría anotando? Probablemente lo que había comido, le gustaba dejar constancia de lo que hacía, de cómo influía en el mundo. Gracias a lo minucioso que era conocíamos de su puño y letra las bestialidades que había hecho en el quirófano y aquel registro lo confirmaba como criminal de guerra. Escribía lentamente y hubo un momento en que paró y se quedó mirando el cielo, puede que para pensar mejor o puede que para describir las nubes.

Fue cosa de un minuto que el escritor Aribert Heim pasara a un segundo plano cuando vi que paraba entre el *Estrella* y donde yo estaba un cuatro por cuatro que me resultaba familiar. Hacía unos pocos años no habría tenido que hacer memoria, no habría tenido que rebuscar en mi mente el dichoso cuatro por cuatro, se habría identificado solo, habría salido como un rayo de entre el resto de cuatros por cuatros vistos a lo largo de mi vida. En cambio ahora tenía que esperar unos minutos a que se hiciera la luz, y en situaciones extremas unos minutos pueden ser demasiado tiempo.

El cuatro por cuatro y un pastor alemán que sacaba la cabeza por la ventanilla. El coche y el perro de Elfe. Se bajó una mujer con una trenza rubia. Era uno de ellos, sin duda. Al verla, Heim se levantó de la hamaca.

En realidad llevaba viéndola ya suficientes minutos como pa'ra haber reaccionado antes, pero le pasaba lo mismo que a mí.

Ella entró en cubierta de un salto. No se saludaron ni se intercambiaron ningún gesto amistoso. Hablaron y ya no pude continuar observando porque el perro me olió y me reconoció y se puso loco. Ladraba en mi dirección y parecía que iba a salir disparado por la ventanilla medio abierta. Era el perro que le había salvado la vida a Elfe y quería saludarme, ya había sacado medio cuerpo, y la mujer rubia se volvió a mirarlo, así que decidí retirarme. Ella y Heim estaban cambiando impresiones sobre algo más importante que la agitación del perro, pensarían que le había puesto así cualquier cosa.

El perro estuvo ladrando en mi dirección hasta que me metí en el coche, y seguí oyéndole a lo lejos mientras arrancaba. Esto no tenía buena pinta, ya lo sabía yo, ya había notado que algo malo ocurría. Hacía muchos años que la sombra del mal había desaparecido de mi vida, pero había quedado su recuerdo. Miré a ver cómo estaba de gasolina y enfilé hacia casa de Elfe. Era una temeridad en toda regla porque por allí los caminos eran muy estrechos, una auténtica ratonera si es que me descubrían, pero tenía que confirmar mis sospechas.

El problema de esta zona es que era muy fácil confundirse de sendero. En todas partes había la misma vegetación y para llegar a las casas falsamente rurales había que maniobrar con el coche hasta la desesperación. Me confundí dos veces y a la tercera reconocí la casa de Elfe y ningún coche bajo el cobertizo. El silencio era absoluto y no me atrevía a detenerme mucho, y por otro lado estaba aquí y sabía que había una trampilla por la que se accedía al sótano. Me rasqué el cogote hasta casi arañarme. Evidentemente no podía dejar el coche aquí y llamar la atención en plan suicida, así que me arriesgué y me metí en una huerta machacando lechugas y tomates. Regresé andando a la casa, retiré el macetero y abrí la trampilla. La cerré al bajar. Sobre todo, no quería ponerme nervioso. No quería morir en aquella casa tan triste, que apestaba a alcohol y a vómitos rancios. Tuve que dar la luz en el sótano y me llamó la atención algo en el suelo. Sobre las losetas de barro habían pintado un sol negro, por lo que en

este sótano habrían hecho alguna ceremonia. Subí temiendo que la puerta que separaba el sótano de la planta baja estuviera cerrada, pero se abrió, lo que quería decir que no esperaban que se colara ningún intruso.

La cocina y el salón estaban revueltos, mucho más que la vez anterior. Habían abierto los cajones y las puertas de los muebles y no se habían molestado en volver a cerrarlos. Debían de haber estado buscando Dios sabe qué, ¿el álbum que me llevé? Seguro que más cosas. Me aventuré a subir la escalera sin querer pensar que si me pillaban me mataban. Pisaba con cuidado aunque estaba seguro de que no había nadie. A Elfe la habrían liquidado, estaba viviendo una vida que no merecería vivir, en opinión de sus amigos. Me asomé a su habitación, completamente revuelta. No me molesté en buscar porque no habría sabido por dónde empezar. Lo que fuese ellos ya lo habrían encontrado y, si no, yo no sería capaz de verlo. Eché una mirada por encima en el armario. Algunas perchas estaban desnudas y los cajones medio vacíos. Abrí el resto de los cuartos y no me llamó la atención nada en especial, salvo el cerco en la pared de los cuadros que habrían descolgado. A saber si no sería algún Rembrandt y algún Picasso.

Ya era hora de salir a la calle. Ahora hice más deprisa el viaje de regreso. Bajé corriendo la escalera principal y abrí la puerta temiendo darme de bruces con alguien que entrase. Puse el macetón sobre la trampilla y me interné en la huerta donde había dejado el coche. Seguía allí, menos mal. Antes de regresar conduje hasta la llamada casa de Frida (tal vez la rubia que estaba con Heim en estos momentos), donde se podía ver el otro coche de Elfe aparcado.

Se habían deshecho de Elfe, y como de Elfe podrían deshacerse de cualquiera, todavía estaban en activo, y yo aún no había encontrado un lugar donde guardar el álbum ni los cuadernos de notas. En cualquier momento podrían desvalijarme el coche y en la habitación era impensable tenerlos.

Sandra

A veces en los sueños vienen las soluciones porque yo ya sabía lo que tenía que hacer y estaba deseando hacerlo. Me tomé un café con leche a toda velocidad, no quería eternizarme con sus lentos sorbos de té. Les dije que quería buscar clases de preparación al parto, que no había pegado ojo pensando en eso y que me marchaba. No se opusieron, ni siquiera me recordaron que Karin tenía gimnasia por la tarde. Estaban sopesando la situación. Muy bien. Llevaba el recorte en el bolsillo del anorak. Podría haberle pedido consejo a Julián, pero resultaba pueril consultarle cada paso que daba y además la situación se alargaría.

A las dos horas estaba de vuelta. Fred estaba preparando otro té que les servía de comida, y Karin se había sentado fuera aunque ya hacía fresco, lo que pasa es que el concepto de fresco para un noruego es algo diferente que para nosotros. Ni Fred ni Karin usaban todavía manga larga ni zapato cerrado ni necesitaban ningún tipo de calefacción.

Esperé a que estuviésemos sentados a la mesa para levantarme y sacar de mi mochila algo envuelto en papel de regalo. Se lo tendí a Karin diciendo que nunca les había regalado nada y que esperaba que les gustase. Karin lo desenvolvió y se quedó sin habla cuando tuvo ante ella la página del periódico con su foto con cristal y un bonito marco dorado, que iría muy bien en su dormitorio.

—Desde que encontré esta foto vuestra guardé el recorte para enmarcarlo, quería que fuese una sorpresa, pero supongo que ya la habéis visto. ¡Sois famosos!, es increíble, sois famosos.

No sabían qué decirme, qué pensar. Yo les miraba con mi mejor sonrisa.

—Gracias —dijo Fred—. Es un detalle muy bonito, no tenías que haberte molestado.

Karin era muy dura, no se sonrojó, no pidió disculpas por hurgar en mis cosas.

—Lo pondremos aquí —dijo colocando la foto sobre la repisa de la chimenea.

—Es un periódico un poco antiguo —añadió.

—Lo vi por casualidad en el gimnasio mientras te esperaba y me lo llevé. Alguien debió de dejarlo allí.

Por fin les mentía. Lo más normal es que me descubriesen, eran expertos en interrogatorios y en hablar con gente desesperada capaz de lo que sea por salvarse, era normal que no creyesen semejantes mentiras, pero tampoco podían estar completamente seguros de que no dijera la verdad porque a veces la verdad parece mentira y al revés.

—Ha sido casualidad —concluí llevándome un panecillo a la boca—. No podía imaginar que aquí se publicaran periódicos en noruego. Por cierto, ¿qué dice?

—He estado pensando qué dibujo se le podría poner al jersey del bebé —dijo Karin con una expresión que daba por concluido el asunto. Había decidido creer en mí.

Julián

No sabía si contarle o no a Sandra lo que había descubierto sobre la Anguila (si es que era quien yo suponía).

Había descubierto que evitaba verla. El jueves por la tarde, cuando iba a echar un vistazo a casa de Otto y Ali-ce por si iba por allí Sebastian Bernhardt o por si salían y podía seguirles, un coche que me resultaba familiar se detuvo en la plazoleta del Tosalet con dos chicos dentro. Mientras me metía por la primera calle a la derecha y aparcaba ante un muro de piedra rosada, caí en la cuenta de que era uno de los coches de Elfe, el más nuevo. Por el retrovisor podía ver lo que ocurría. Pude ver a Martín saliendo del coche con un pequeño paquete en la mano. El otro, el que debía de ser la Anguila, se quedó dentro. Por el rumbo que había tomado Martín, iría a casa de los noruegos, sin embargo la Anguila prefería quedarse en el coche antes de ir a ver a Sandra. Probablemente Sandra estaría allí, en esa extraña prisión que ella misma se había impuesto con mi ayuda. Estaría esperando que la Anguila diera señales de vida. Puede que cuando sonase el timbre y oyese unos pasos entrando que no fuesen los de Fredrik ni los de Otto se le llenara el corazón de esperanza. También la Anguila pensaría algo parecido y sin embargo se quedaba aquí, a distancia suficiente para que no pudiera verlo. Me dolía que Sandra lo estuviera pasando mal por este mamarracho.

A los diez minutos más o menos el mamarracho salió a fumarse un pitillo apoyado en el coche. No era gran cosa, era de lo más corriente, a no ser por algo en sus movimientos y en los rasgos que lo hacía sinuoso y

temible. Tenía la cara pálida y alargada y entradas en la frente que enseguida le dejarían sin ese delicado pelo castaño claro. Le creía muy capaz de engatusar a una chica como Sandra. No era el primero que había conocido capaz de convertirse de sapo en príncipe, más aún si le besaba la maravillosa boca de Sandra.

Si yo fuese el padre de Sandra y fuese joven le llevaría por una oreja a verla, aunque la realidad es que no se puede librar a nadie de las decepciones. Si le libras de una, llega otra, como si hubiese un cupo reservado para cada mortal. Si a Sandra no la traicionara la Anguila, la traicionaría otro, como ella había traicionado a Santi, y si no hubiese sido ella, habría sido otra. Era mejor que ese ser despreciable no fuese sólo un poco despreciable o despreciable a medias, sino uno completamente despreciable como la Anguila.

Cuando terminó de fumar, aplastó la colilla con el pie y se pasó las manos por la cabeza retirándose el pelo de la cara. Respiró hondo y estuvo mirando a la lejanía durante varios minutos. No parecía la manera de mirar de quien no piensa en nada. Estaba pensando en algo, muy concentrado, casi sin mover un músculo. Después se metió en el coche y apoyado en el volante escribió en una agenda durante un cuarto de hora.

Tuve la paciencia de esperar casi una hora hasta que regresó Martín. Pero antes de que apareciera en mi campo de visión, la Anguila se metió la agenda en el bolsillo, rodeó el volante con los brazos y puso encima la cabeza como si durmiera.

Me atreví a seguirlos. Era casi un suicidio porque eran jóvenes y ágiles. Si me pescaban estaba perdido. Se darían cuenta de que les seguía, sólo me salvaría que les pillase con la guardia baja, sin ganas de darse cuenta de nada. Iba a distancia, pero tener el mismo coche siempre detrás sería mosqueante, así que cuando vi que tomaban el desvío que conducía a las casas de Elfe y de Frida, me detuve a la entrada entre otros coches aparcados sobre los hierbajos de un solar. Era muy arriesgado entrar en un camino tan estrecho, suponía una trampa. Si el coche no volvía a salir en media hora me marcharía, en caso contrario volvería a seguirlos.

No tardó ni diez minutos en aparecer. Lo conducía la Anguila, iba solo. Había supuesto que a estas horas de la tarde no se iban a encerrar hasta el día siguiente en una casa y había acertado. Aún quedaba mucho día por delante para todos. La Anguila conducía como un loco. Sólo pedía que en esta carrera no se me empañaran las lentillas.

Aparcó junto al restaurante Bellamar, cerrado a cal y canto hasta el verano, y se sentó en la arena, bastante cerca de la orilla, pero no tanto como para mojarse. Luego se tumbó con los brazos estirados, con sensación de libertad. Le veía desde el coche. Al cabo de unos minutos se acercó a él una chica, y él se levantó y se abrazaron. Se sentaron contemplando el mar, ella con la cabeza reclinada en el hombro de él. Estaban de espaldas a mí y no veía si hablaban, suponía que sí.

Estuvieron así media hora y luego dieron un paseo por la orilla. Sentí un enorme pesar por Sandra y me pregunté si ella debería saber esto, quizá la ayudaría a quitárselo de la cabeza, quizá debería saber que ella era una más, que ella había sido la chica del puerto y esta otra, la de la playa y que seguramente habría más. La Anguila se quitó los zapatos y los calcetines y se remangó los pantalones. En algún momento, él la cogió por los hombros, y ella a él por la cintura, y al rato se despidieron. La Anguila recorrió otra vez la orilla hasta la altura del coche y vino hacia él. Hice que estaba dormido sobre el volante para que no me viera. Cuando volví a levantar la cabeza, estaba sentado en su coche, con la puerta abierta y los pies fuera quitándose la arena y poniéndose los calcetines y los zapatos, y a continuación bajó el espejo retrovisor y me pareció que me echaba una ojeada, pero seguramente eran sólo aprensiones mías.

¿Sería también esta chica de la playa uno de ellos? No estaba seguro de poder reconocerla si me la cruzaba. Ya no le seguí. Estaba atardeciendo y la noche se echaría encima de sopetón y no quería conducir de noche por sitios desconocidos, así que tendría que dar el día por concluido y volver a la soledad de mi habitación, aunque debía aparcar en un lugar donde el coche pasase desapercibido y eso llevaba tiempo. Todos mis tesoros estaban en el coche y no tenía dinero para el parking, donde por otra parte estaría más localizable para los enemigos, y mientras lo aparcaba me vinieron a la

cabeza las imágenes de los tortolitos en la playa y había algo que no cuadraba, algo desconcertante en aquella despedida de adiós y adiós, y ¿por qué no se marchaban juntos?, ¿quién se lo impedía?

Sandra

Julián me hizo una seña desde su coche cuando bajaba en el todoterreno con Karin a gimnasia. Quería decir que en cuanto la dejase, él me esperaría en doble fila y me seguiría, pero en cuanto pudiera me adelantaría y que yo le siguiera porque sabía dónde aparcar. Se conocía ya el pueblo como la palma de la mano y las callejuelas más escondidas. Gracias a que nunca había sitio junto al gimnasio tenía libertad durante una hora y media más o menos. A veces, cuando regresaba, Karin ya estaba esperándome abajo con la bolsa de deporte en la mano y el pelo medio mojado de la ducha y entonces yo le decía que no podía arriesgarme a llegar demasiado pronto o que había tenido que irme a dar vueltas.

En cuanto Karin desapareció por la puerta del gimnasio me lancé a seguir a Julián. Dejé el todoterreno en un pequeño solar y me metí en el coche de Julián, aparcado en otro sitio. Me dio agua del arsenal de botellas que tenía allí. Además del agua, tenía cuadernos, unos prismáticos, una manta, el sombrero, un cojín y una toalla de playa y otra del hotel. También tenía manzanas, y el coche olía un poco a dulce. Me puse el cojín en los riñones y le pregunté qué quería. Esperaba que no me preguntase por Alberto, esperaba que no me tocase las narices con ese asunto, que era exclusivamente cosa mía. Pero no, no me dijo nada de él, lo que me dijo fue que habían matado a Elfe. No quería asustarme, pero tampoco tenía derecho a ocultarme algo así. Julián la había conocido por casualidad. Era la mujer de Antón Wolf, el que murió de un infarto jugando al golf, una mujer que se cogía unas moñas impresionantes y hablaba por los codos de lo que no

debía, así que se la cargaron. Era del todo irrecuperable, un estorbo y un peligro. Si habían matado a tanta gente que no les molestaba, ¿por qué no a Elfe? ¿Comprendía lo que quería decir? Sí, lo comprendía, aunque yo creía que respetaban a los suyos.

—Elfe ya no era como ellos, era un desecho humano. No la soportaban.

Ahora la bonita casa de Elfe estaba vacía y los coches y el perro se los habían llevado a casa de Frida, aunque parecía que en casa de Frida todo era de todos porque los coches de Elfe también los usaban Martín y la Anguila. Sentí algo agridulce en el estómago. Si Alberto quisiera yo podría ser feliz, pero como no quería era un poco desgraciada.

—¿Has visto a Alberto? —dije.

—De pasada, iba en uno de los coches de Elfe hacia la playa.

—¿Hacia la playa? —Elfe había dejado de importarme. Había dejado de importarme que se mataran entre ellos, ni siquiera me importaba que mataran a otros, sólo me preguntaba por qué Alberto no venía a verme ni me dejaba ninguna señal ni me enviaba una nota con Martín. ¿Porqué?

Notaba en Julián que sabía más de lo que me decía y que quería decírmelo pero que no debía decírmelo.

—Le seguí hasta la playa.

—¿Ah, sí? —pregunté nerviosa, sabiendo que lo que se avecinaba no era bueno.

—Hasta ese restaurante que está cerrado, el Bellamar.

—Así que no entró en el restaurante.

—No, se quedó en la arena. Se tumbó vestido, sin quitarse la chaqueta y abrió los brazos como si quisiera purificarse.

Cuánto me habría gustado estar allí y que me abrazara con su cuerpo purificado o sin purificar, me daba igual. Sabía que era un espejismo y que no podía querer de verdad a alguien que había visto tan poco, ni siquiera sabía cómo era, ni si era un asesino o un pobre diablo. Sólo me había besado con un beso que me daba miedo olvidar. Esta historia no podía acabar por las buenas. No podía seguir viviendo sólo del recuerdo de una boca. Todo el mundo tenía labios y lengua, y esto era lo terrible, que ninguna lengua era igual y que seguramente jamás encontraría otra como la

de él. Y sobre todo cuando me tumbaba en la cama o estaba viendo la televisión junto a Fred y Karin me venían imágenes de escenas que no habían existido en que Alberto estaba desnudo y yo también y me cogía la cabeza con las manos mirándome fijamente y luego cerraba los ojos porque había llegado el momento de hacer el amor a fondo. A veces me lo imaginaba todo con tanto detalle que no lo podía soportar y tenía que levantarme y salir al jardín. Y en el jardín era aún peor, porque por lo menos sentada junto a Fred y Karin tenía que tragarme la decepción y resistir.

—¿Y qué pasó en la arena? —pregunté, aunque ya no me fiaba de Julián al cien por cien, por la sencilla razón de que tenía una manera diferente de ver las cosas y unos objetivos más claros que los míos. Ahora mi objetivo era Alberto.

—Cuando estaba en la arena llegó una chica y estuvieron dando una vuelta.

El corazón me dio un salto.

—¿Sólo una vuelta?

—No sé qué decirte, ahora los jóvenes sois de otra manera. Los amigos os besáis como si fueseis novios. No sabría decirte qué relación tienen. No llegó ni a una hora lo que estuvieron juntos.

Qué ridícula. Mil veces ridícula. Yo no significaba nada para él y por eso no había vuelto a aparecer, no quería comprometerse conmigo, puede que incluso se hubiese arrepentido.

No pude evitar sentirme triste, y la tristeza puso las cosas en su sitio. El mundo de pronto dejó de tener esa capa de merengue que lo había cubierto desde lo del puerto y el beso. Volvía a ser real y serio. Y en el mundo real ocurren cosas terribles, como que matasen a Elfe. Se podría decir que la muerte de Elfe acudió en mi ayuda, un bálsamo para mi alma.

Salí del coche de Julián y me metí en el todoterreno. Tantas precauciones para qué. Estaba harta. No miré la hora. Cuando llegué al gimnasio, Karin estaba esperando con cara de pocos amigos, pero de peor humor estaba yo. No le abrí la puerta ni la ayudé a subir, dejé que se las arreglara mientras yo veía volar a los pájaros y a la gente que pasaba y mi

vida que se me iba. Mi hijo me dio una patada. Por lo menos lo tenía a él y toda la compasión del mundo por mí misma. Notaba la mirada retorcida y difícil de Karin en mi perfil. Ya no podía hacerme daño. Su daño no era nada al lado del de Alberto.

6. La eterna juventud

Sandra

Karin sufría unos bajones preocupantes, cuatro días bien y cinco mal, hasta que llegaba Martín con un paquete del tamaño de una mano que Karin se llevaba a su habitación. Al principio no me fijé en la relación que había entre el paquete y la salud de Karin, pero poco a poco una cosa llevó a la otra. Los ojos veían que el paquete llegaba y que Karin mejoraba y luego la mente hacía su trabajo hasta que no tuve más remedio que sospechar que había gato encerrado. ¿Qué había en el maldito paquete? Nunca lo dejaban al alcance de mi mano. Si Karin estaba en la cama cuando Martín llegaba, se lo subía él mismo o Fred, o bajaba ella. Si estaban fuera, abría la salita-biblioteca con una llave que sacaba del bolsillo, lo dejaba allí y se guardaba de nuevo la llave. Lo que al principio me parecían simples costumbres se habían ido convirtiendo en auténticos misterios: el uniforme, el paquete, la cruz de oro, la puerta cerrada. Quizá había estado tan ocupada buscando la cruz de oro que no me había percatado de algo tan sencillo. A esto se debía de referir Julián cuando me decía una y otra vez que tuviera los ojos bien abiertos y que uno se cree que no está viendo nada cuando está viendo muchas cosas. Seguro que, como el paquete, habría muchas más señales interesantes, por lo que ellos siempre tendrían la mosca tras la oreja sobre qué podría haber descubierto yo. Cuando me metieron en su casa, en la mismísima boca del lobo, ni se les pasaba por la cabeza que alguien tan joven como yo, tan alejada de su mundo, alguien despistado que no sabía qué hacer con su vida, que vomitaba en la playa más sola que la una cuando la encontraron, alguien que ni siquiera había ido a la universidad, no se les

pasaba por el magín que ese alguien se fuese a tropezar con otro alguien como Julián y que este Julián descorriese un velo y que detrás de ese velo estuviese la verdad.

A principios de noviembre, Karin llevaba varios días bajo mínimos, con la artrosis por las nubes y muy fatigada, no podía ni subir la escalera y Fred dijo que tendrían que ir pensando en instalar una silla mecánica, algo a lo que siempre se había negado Karin por la sensación de decrepitud que daban esas sillas. Se pasaba el día en la cama. Yo tampoco me encontraba bien, tosía, estornudaba y a veces me notaba como si tuviese décimas.

Fred estaba muy preocupado por su mujer, su cara de por sí seria se había vuelto mucho más seria aún, como si cada rasgo y cada arruga y pequeño músculo pesaran toneladas de cemento. Se pasaba el día observando el empeoramiento de Karin y subía y bajaba las escaleras constantemente nervioso. Cada diez minutos preguntaba si habían traído algún paquete, de vez en cuando le parecía oír el timbre de la puerta. Supuse que Martín no llegaba con el paquete tal como estaba previsto y que era vital para que Karin se recuperase. El pastel se iba descubriendo y según estaba el ambiente de un momento a otro me enteraría de todo, y yo por una parte quería saber, saciar la curiosidad, pero por otra me daba miedo que ellos supieran que sabía y poniéndome el anorak encima le dije a Fred que me marchaba.

—No puedes irte ahora —dijo con cara de cabreo.

—Tengo que hacer unas cosas. Tengo que ir a la farmacia a comprarme algo para el catarro.

—No te preocupes por el catarro, eso no tiene importancia.

No me gustaba el tono de Fred, su ira contenida que podía estallar de un momento a otro.

—De verdad, lo siento —dije—. Vendré en cuanto pueda.

—¡No! —dijo Fred. Y añadió algo en noruego o alemán, para el caso era igual, que daba mala espina.

Pensé que si llegábamos al forcejeo yo sería más ágil, pero él era más grande, aunque fuese tan viejo, y tenía fuerza, podía abrir las conservas que yo no podía abrir y si había sido oficial de alto grado de las SS sabría un

montón de formas de inmovilizarme. Podría darle una patada en los huevos con mis botas de montaña, pero no estaba segura de acertar y después de haberlo intentado la situación se volvería terrible. Me quedé en el sitio, con el anorak puesto, mirándole y tosiendo, una tos más nerviosa que de catarro.

—Hoy te necesito yo a ti. Hasta hoy nos has necesitado tú a nosotros.

—¿Cómo? —dije, intuyendo que no sólo se refería a que me hubiesen dado un empleo.

—Sí, pequeña, podrías estar ya en el fondo del mar si Karin y yo no te hubiésemos protegido.

Me dejé caer en el sofá tratando de pensar rápidamente, ¿cómo saldría de ésta?, ya sabían que yo sabía, ¿más o menos de lo que sabía?, ¿merecía la pena seguir haciéndome la tonta?

—No entiendo —dije por si colaba.

—No tengo tiempo de tonterías. El tiempo de las tonterías y de las chicas alegres e ingenuas con piercings y tatuajes se ha acabado. Ahora estamos todos en el mismo barco.

—Quiero saber por qué estoy en peligro y quién quiere matarme.

—No hay tiempo, pero ten por seguro que si te dejo a tu suerte vas a poder montarte en la moto dos veces más como mucho. No estoy para bromas, ni tú tampoco, te lo digo yo. Vas a hacer lo que te diga —continuó, sin que yo pronunciara una sola palabra, no se me ocurría nada que decir—. Karin y yo no queremos que te suceda nada malo y eso no pasará si me haces caso.

Mientras Fred hablaba, me preguntaba si habrían descubierto a Julián. Yo había venido a Dianium huyendo de cualquier tipo de dependencia, había venido por miedo a perder la libertad, a sentirme prisionera de alguien, y ahora mi vida, no sólo mi libertad, estaba en manos de un montón de gente que no conocía.

Me sentía acorralada por Fred, nunca me había hablado así. No encontré otra salida que hacer lo que me pedía. Debía ir a casa de Alice y

arreglármelas para robar una de esas cajas que hacían revivir a Karin y que contenía ampollas.

Era más aconsejable la moto que el todoterreno, el todoterreno hacía pensar en Fred y Karin, así que cogí la moto para acercarme a casa de Alice. Me tentó la idea de ir a contárselo todo a Julián o de huir y olvidarme de todo, pero ya estaba metida en esto y no debía de ser tan fácil dejarlo, se me echarían encima, y además en un instante pensé que si la vida me había lanzado este reto por algo sería. Aparqué y llamé a la puerta del número 50 y me santigüé como en los momentos trágicos de la vida. Lo hice de espaldas a las cámaras de vigilancia y respiré hondo. No hacía bien poniendo a mi hijo en peligro, pero haría bien en despejar el mundo, en el que iba a vivir, de gentuza. Nadie contestó al videoportero, lo que casi suponía un alivio. Volví a llamar y cuando me disponía a marcharme se abrió la puerta. A pesar de que hacía frío empecé a sudar, en ese momento me di cuenta de que era cobarde, nunca lo reconocería pero era cobarde y por eso estaba haciendo esto, para fingir que no lo era. Sólo los cobardes son capaces de hacer estas cosas.

Era Frida quien apareció entre el jardín y la calle.

Aguanté su mirada tosca de persona que hace lo que le mandan y dije que venía a ver a Alice.

—Está en yoga —dijo Frida—, pero puedes esperarla.

—¿Sabe Alice que estoy aquí? —pregunté imaginando que la habrían llamado por teléfono.

—Sí, vendrá dentro de veinte minutos. Puedo prepararte un té.

—De acuerdo —dije mientras nos encaminábamos a las columnas—. ; Y Otto?

—Está en su despacho. No se le puede molestar.

—No hay ninguna necesidad —dije yo.

Nada más abrir la puerta de la casa, salieron a recibirnos los revoltosos perrillos de Alice. Como ella no estaba, no me molesté en hacerles carantoñas. Eran graciosos, pero no sentía nada por ellos. Y me senté en el salón mientras me mordisqueaban las botas. A pesar del calor no me quité el anorak. Mientras Frida me servía el té, me pasé la mano por la barriga y

le pregunté por el baño. Me indicó el aseo de cortesía al lado de la escalera. Me metí en el aseo, era pequeño y con un lavabo muy bonito de porcelana rústica de la zona. No sabía qué hacer, ni por dónde empezar a buscar y además me iban a pillar, era demasiado arriesgado con Frida y Otto en la casa.

Fred me había pedido o mejor dicho ordenado que buscara cajas de inyectables con líquido incoloro y sin ningún nombre grabado ni en las ampollas ni en la caja. Podría encontrarlas en el dormitorio, en el primer piso. Nada más entrar a la derecha vería una cómoda, puede que allí guardasen algunas cajas porque Alice se las inyectaba continuamente. También podrían estar en los armaritos del cuarto de baño principal y en la caja fuerte con toda seguridad, pero era impensable que yo pudiera abrirla. No era capaz de inventar ninguna excusa para subir al primer piso.

Me miré en el espejo, tú no estás hecha para esto, que lo haga Fred si quiere. Salí del baño y me dirigí a la puerta de salida, llevaba todo conmigo, no necesitaba volver al salón, pero cuando tenía la mano en el pomo Frida me dio el alto, la rubia Frida a la que me imaginaba bastante bien gaseando a la gente sin pestañear.

—No puedo esperar, no me encuentro bien —dije.

Pintonees apareció Otto quitándose las gafas de cerca y poniéndose las de lejos y me tendió un pequeño paquete, la mitad del que solía llevar Martín, pero un paquete al fin y al cabo.

—Toma, llévale esto a Karin, le hace falta. Llamaré dentro de diez minutos para saber que has llegado.

—De acuerdo —dije—. Saludos a Alice.

Me monté en la moto completamente desconcertada. No había tenido que buscar ni que robar nada en casa de Alice, me lo habían entregado por las buenas. Me consideraban uno de ellos y había estado a punto de meter la pata por culpa de Fred. Fred me había dicho que la amistad con Otto y Alice se había resentido por mi culpa, que la Hermandad no había visto con buenos ojos que me metieran en su casa. Yo no preguntaba, no preguntaba lo que ya sabía, y había estado a punto de pedirle que no me contara más.

Aunque Otto había dicho que llamaría a los diez minutos me sentí tentada de parar un momento y abrir la caja. Al fin y al cabo lo había pasado mal intentando ser una ladrona de guante blanco. En serio, lo había pasado mal, nunca me había encontrado en una situación semejante y creí que me merecía ver las famosas ampollas, contemplarlas de cerca.

Sabía que era imposible que el paquete quedase exactamente como antes y que se notaría que lo había abierto, pero la curiosidad podía más que nada y me desvié por una calle apartada del camino. Detuve la moto, me bajé, puse el paquete sobre el sillín e inicié la operación de deshacer el cordón, desenvolver el papel y abrir la caja rezando para que no se me cayese y las ampollas se hicieran añicos. También recé para que ninguno de los coches que pasaban lentamente a mi lado fuese de la Hermandad. Fue difícil deshacer el nudo de la delgada cuerda que ataba la caja, tuve que afilarme las uñas por así decir, y cuando lo conseguí aún había que abrir el papel que la envolvía, despegar con mucho cuidado el celo que pegaba los bordes y luego tendría que tratar de envolverlo igual y que casaran los pliegues del papel y pegar el celo en el mismo sitio.

Sólo había cuatro ampollas, eran bastante grandes, y eran incoloras y sin ningún nombre, como me había dicho Fred. ¿Y si cogía una y la guardaba para dársela a Julián y que pudieran analizarla en un laboratorio? Esta idea casi me vuelve loca. ¿Qué hacía? ¿Me arriesgaba un poco más? Quizá la dosis fuese de cuatro ampollas y Fred notase inmediatamente que yo había quitado una. Lo que era seguro es que se lo comentaría a Alice y Otto y que enseguida sabrían que yo la había cogido. Pero si no me quedaba con esta muestra ¿para qué servía todo lo que estaba haciendo? ¿Para qué servía que me estuviera jugando el pellejo? Pero ¿y si se trataba de una prueba? Era muy raro que me hubiesen confiado la caja. La podría haber llevado Otto o la misma Frida. Algo no encajaba, por lo que volví a envolverlo todo lo mejor que pude. El cordón, si uno se fijaba, se notaba que había sido desatado y atado dos veces, pero al menos estaban las cuatro ampollas.

Cuando llegué, Fred salió medio corriendo a abrirme la puerta con sus propias manos. Volvió a correr detrás de la moto. En el garaje le di el paquete.

—Otto ha llamado hace diez minutos. Me dijo que ya tendrías que estar aquí.

—Me he tenido que parar a orinar, no podía aguantar.

A Fred esta explicación le dejó satisfecho y a mí también. Entramos en la casa. Karin estaba tumbada en el sofá vestida con unos vaqueros anchos, horrorosos, que se ponía para estar cómoda. Seguramente se había preparado por si tenía que marcharse al hospital. Fred abrió la caja en mi presencia, sacó una jeringa de una bolsa de las que se usan para guardar cosméticos, rompió una ampolla, pasó el líquido a la jeringa y se la clavó a Karin en el muslo encima de la tela, luego Karin se recostó y cerró los ojos con un suspiro. Fred tiró la jeringa y la ampolla rota al cubo de la basura y miró dentro de la caja con más detenimiento.

—¿Sólo te ha dado esto?

Me encogí de hombros.

—Lo quiere todo para ella —dijo, y nada más decirlo se arrepintió—. Si quería desahogarse podría haberlo dicho en noruego, pero necesitaba compartir su enfado con alguien.

—Olvida todo lo que te he dicho sobre este asunto —dijo Fred—. Era una exageración. Es un medicamento que aún se está ensayando, no está patentado aquí, nos viene del extranjero a través de un amigo de Otto y de pronto tuve miedo de que no fueran a suministrárnoslo nunca más. Me puse nervioso. Lo siento.

—Bueno, no pasa nada —dije yo quitándole importancia—. Lo importante es que ahora Karin se pondrá bien.

—Creo que no hace falta que te diga que es algo que no se debe contar.

Le hice un gesto de que no se preocupara.

—Eres muy extraña. Me has dejado muy sorprendido aceptando ir a casa de Alice con el encargo de robar.

—Sí, yo tampoco sé por qué lo he hecho, quizá no quería ver sufrir a Karin.

Fred me observaba con sus ojos de águila. Quizá tampoco él sabía qué veía en mí exactamente. Y yo me preguntaba de dónde vendrían esas inyecciones y qué llevarían dentro.

Por fin pude deshacerme de la pareja feliz y acudir a mi cita con Julián en el Faro, entre palmeras salvajes. Dije que debía ir a la farmacia a comprar algo para el catarro, porque aunque no preguntasen era mejor adelantarse y no dar ocasión a suposiciones. Cada día anochecía antes y hacía frío y pronto tendríamos que citarnos siempre bajo techo. Circulé todo lo deprisa que pude por aquellas curvas deseando con todas mis fuerzas que Julián me hubiese esperado, si no sentado en el banco ni en la heladería, resguardado en el coche. Ojalá hubiese tenido la paciencia de esperarme los aproximadamente tres cuartos de hora que me estaba retrasando, tenía tanto que contarle, era tan sabrosa la información que me bullía en la cabeza. En el fondo daba gracias a Dios por estar metida en esta aventura. Sabía cosas que ninguno de los habitantes de este pueblo podría imaginar. Aunque ¿realmente sabía, o imaginaba que sabía con la ayuda de Julián?

Como siempre hacía, por precaución, rebasé el Faro para luego aparcar junto a la heladería, que en este tiempo servía cualquier cosa menos helados, y caminé hacia la zona pedregosa. Ya no se veía el mar, sólo se oía y se olía, era como estar ciega. Apenas comencé el recorrido a pie, sonó una bocina, seguí su dirección y me encontré con el coche de Julián. ¡Qué alivio!, ¡qué enorme alivio!, me había convertido en un juguete en manos de las emociones rápidas.

—Estaba preocupado —dijo en cuanto abrí la puerta, y le creí porque tanto para él como para mí estas citas eran sagradas, era el momento en que los detalles más absurdos y el comportamiento de los Karin, Fred, Otto, Alice y Martín (menos el de Alberto) llegaban a tener sentido.

—No podré quedarme mucho, antes de volver tengo que ir a la farmacia a comprarme algo para el catarro.

—He estado pensando —dijo Julián—, y creo que soy un insensato y que te he metido en una buena, te estoy poniendo en peligro, total ¿para qué? Por mucho que lleguemos a saber no nos servirá para nada. Estamos solos, y ellos son más y están organizados. Nada que descubramos podrá

llevarlos a la cárcel, son muy viejos, son las piltrafas de algo que ocurrió en una pesadilla.

—¿Y los jóvenes? ¿Martín, la Anguila (cuando dije Anguila se me trabó un poco la lengua) y los otros?

—Hay mucha gente que pertenece a alguna organización secreta, mientras no se carguen a alguien... como..., bueno..., a Elfe. Oye, en serio, no quiero que vuelvas allí, no sabemos de qué son capaces.

—No ha llegado el momento, lo noto. Mi vida siempre ha sido un caos, he hecho las cosas porque sí, sin pensar, y ahora de pronto todo va encajando, cualquier movimiento que hago sirve para formar una cadena. Hoy por ejemplo, y estaba deseando contártelo, ha ocurrido algo, que parece importante, pero no sé hasta qué punto.

Y sí que era importante porque según le hablaba de las inyecciones y de las asombrosas mejorías de Karin y de la vitalidad de todos en general y de la de Alice en particular, Julián movía la cabeza, no mucho, pero sí lo suficiente, como señal inconsciente de que lo que oía encajaba con algo que tenía en la cabeza. Y dejó de moverla y se quedó paralizado cuando le dije que seguramente ese líquido tenía que ver con la llamativa juventud de Alice. Y ahora, precisamente ahora, me daba cuenta de que lo más seguro era que Otto y Alice se hicieran los remolones con el medicamento no por mi culpa, no por haberme acogido los Christensen en su casa, sino porque el producto escaseaba y no querían compartirlo.

Cuando le dije a Julián lo que sospechaba y que Fred era un manipulador y que había intentado utilizarme para robar algo que sería mucho peor que robar cocaína o heroína, se limitó a decirme que tal vez sí y que tal vez no.

—¿Cómo que tal vez no?

—Hasta que no conozcamos su composición no podemos estar seguros de que se peleen por ese líquido. Tal vez tenga efecto placebo, la gente se toma cualquier potingue que se salga de los circuitos comerciales normales.

—Pero si lo creen para el caso es igual. Podrían pelearse por algo que no vale nada pensando que sí que vale, sobre todo si les hace efecto. Y te

puedo asegurar que a Karin se lo hace. Tiene una artrosis de caballo y cuando se inyecta ese líquido se le pasan todos los males.

—Si de verdad fuese una fórmula tan increíble la curaría para siempre.

Tras decir esto, se calló y yo también me callé. Dejamos aquí el asunto. Estaba claro que el paso siguiente sería hacernos con una de aquellas ampollas. Julián no iba a pedírmelo después de haberme rogado que me marchara de aquella casa, y yo no iba a ofrecerme por las buenas, ni siquiera le dije que ya había estado a punto de birlar una inyección del paquete.

—¿Has llamado a tu familia? —preguntó mientras seguía pensando en la nueva información que le había dado.

Negué con la cabeza. ¿Qué iba a decirle a mi familia? Y además cada semana que pasaba tenía menos que decirles. Ellos estaban allí y yo estaba aquí, en dos vidas completamente distintas.

—Deberías hablar con ellos, oír sus voces, así te acordarás de cómo eres.

Y siempre me quedaba con ganas de hablarle a Julián de lo que más me importaba, de Alberto y de volar.

Julián

Después de nuestro encuentro en el Faro bajamos hacia el pueblo, yo delante en el coche y Sandra detrás en la moto. De vez en cuando desaparecía del retrovisor y luego volvía a aparecer. Debía volver a Villa Sol con algo de la farmacia en la mano que justificase su salida de esta tarde. Lamentablemente para Sandra ya se había abierto la puerta de la simulación, del engaño, de la atención en la colocación de ciertos detalles para ocultar otros. La bolsa de la farmacia ocultaría nuestro encuentro, como la vejez de Fred y Karin ocultaba su maldad.

Le propuse que fuese yo quien bajase en la moto, pero Sandra se negó en redondo, dijo que ella estaba más acostumbrada a aquel cacharro, que se me podía meter una mota en un ojo o algo así y no quería que me pasara nada. Sin embargo yo no me preocupaba por ella, daba por hecho que si había sobrevivido hasta ahora, seguiría sobreviviendo. En el fondo, no quería preocuparme más de la cuenta y perder de vista el objetivo que me había traído hasta aquí, sobre todo ahora que había descubierto algo esencial, mejor dicho, me lo había descubierto Sandra. Acababa de comprender que aquella frase de la carta que me envió a Buenos Aires mi amigo Salva en que decía que aquí podría encontrar la eterna juventud no era una frase hueca. Era una pista, que se habría quedado en nada si no me hubiese tropezado con Sandra, y Salva no podía prever que una Sandra se fuese a cruzar en esta historia, por lo que tal vez Salva sólo tenía indicios de este compuesto que traían de alguna parte del mundo y no quería que me

obsesionara. Bien podría haberme contado en la carta todo lo que sabía para que yo no tuviera que empezar de cero.

Me detuve cuando Sandra aparcó la moto ante la cruz verde de una farmacia. Me detuve unos metros más adelante y observé por el retrovisor cómo entraba y salía de la farmacia y luego subía en la moto, miraba en mi dirección y arrancaba. Volvía a Villa Sol, tendría que seguir viéndose las caras con esos dos monstruos sin fuerza que conocían mil formas de acabar con la gente y para quienes la vida no era sagrada sino un arma.

Salva y yo vimos mucho en Mauthausen. Vimos esqueletos andantes, y montones de cuerpos desnudos en el patio pisando nieve, una extraña clase de ganado de color rosa ceniza. Nuestros cuerpos se convirtieron en nuestra vergüenza. Los dolores de estómago por el hambre, las enfermedades, la falta de intimidad. Todo iba al cuerpo. No era fácil elevarse por encima de los propios despojos, así que un día sí y otro no pensaba en el suicidio. Era una forma de liberación, me liberaba pensar que aquello podía tener un final, que si yo quería se terminaba para mí. La muerte era mi salvación. Hitler era un enfermo y nos había hundido a todos en su terrible mente. Vivíamos en el repugnante cerebro de ese hombre, donde ocurrían las atrocidades más monstruosas y sólo había una manera de salir de su cabeza, o moría él o moría yo, no soportaba que la maravillosa vida con su sol, sus árboles y sus canciones fuera terrorífica. Pero no quería que me matara su demencia, lo haría con mi voluntad y mirando al cielo si era posible, así que sentado junto al barracón saqué del bolsillo una laja de la piedra que arrancábamos en la cantera y me corté las venas, y alguien que me vio avisó a Salva y él me salvó. No sé cómo se las arregló pero me salvó, me curó y me dijo que pasara lo que pasara, que aunque estuviésemos metidos en la mierda hasta el cuello, que aunque fuésemos humillados, aunque fuésemos de la peor clase de esclavos mi vida era mía. Desde luego que no era una buena vida, no era una vida decente, ni digna de vivirse, pero era mía, nadie la podía vivir por mí. Y bien, Salva, al final Hitler murió antes, pero cuánto mal dejó, cuánto mal en mi corazón. Muchas veces sueño que ganaron la guerra y me despierto sudando.

Te referías a las ampollas que se inyectan estos viejos nazis cuando mencionaste la eterna juventud, ¿verdad? Tal vez con sus numerosos y horrendos experimentos encontraron alguna fórmula antienvejecimiento, una fórmula que sólo se aplican ellos mismos. ¿Dónde la fabricarán?

Cada vez iba entendiendo mejor las intenciones de Salva. Dejaba en mis manos un gran proyecto, pero un proyecto que yo tendría que ir haciendo mío con mis averiguaciones y mis propias motivaciones. Seguramente Salva sabía mucho si es que había llegado a dar con el elixir de la eterna juventud, pero no quería determinarme, no quería utilizarme para vengarse, creo que quería ponerme un juguete en las manos, darme un regalo, deseaba darme una última oportunidad.

Si toda esta suposición tenía una base real ya sabía cómo hacerles daño, se trataría de cortarles el suministro del elixir. Karin se contraería hasta acabar retorcida en una silla de ruedas, Alice se consumiría como una pasa y ellos perderían toda la vitalidad. Me pregunté si sus alevines, si el tal Martín, sabía lo que transportaba cuando llevaba los paquetes de una casa a otra.

El problema era Sandra, Sandra era un caso de conciencia. Sandra, si la presionaba, sería capaz de traerme una de las ampollas, de la que podríamos analizar el contenido y seguir el rastro de los laboratorios donde se pudiese haber sintetizado. Pero ¿iba yo a consentir que corriera peligro una chica con toda la vida por delante que había tratado de protegerme de que sufriera un percance conduciendo la moto? Y, sin embargo, tenía que llegar al final, se lo debía a Salva, que se había acordado de mí en sus últimos momentos y que me daba la oportunidad de no fracasar.

Sandra

Ya no escondían el paquete con las ampollas. Estaba en un cajón de la cómoda con un par de jeringas para cuando Karin las necesitase. Si faltaba alguna sabrían que yo la había cogido y no creo que se lo tomasen a broma. En el fondo me había ido librando de muchas cosas, de muchos sustos y la buena suerte no dura para siempre.

Cuando llegué, puse la bolsa de plástico de la farmacia sobre la encimera de la cocina, saqué una cuchara del cajón, abrí el frasco del jarabe y me lo tomé delante de ellos.

—Estábamos preocupados —dijo Karin—, has tardado mucho.

—No sé —dije un poco nerviosa—. No he mirado el reloj.

Tosí para que no me interrogaran más. Y una tos llevó a otra, a la auténtica. No podía parar de toser.

—No queremos meternos en tu vida, es que estábamos preocupados. De noche, por esa carretera con tantas curvas, y en tu estado. Tienes que tener cuidado, sólo queremos tu bien.

Karin estaba recuperada, tenía la mirada despierta, daba miedo. Contemplaba cómo tosía sin hacer nada. Tuve que sujetarme en la pila de la cocina para seguir tosiendo. Y fue Fred quien se levantó y me dio un vaso de agua.

—Tendrías que acostarte, no estás bien —dijo Karin.

No me dijo que me sentara con ellos. Pero también yo quería estar el mínimo tiempo posible en su compañía. Ya no me parecían tan simpáticos. Detrás de estas caras estaban las de su juventud, insolentes y sin escrúpulos.

Tal vez a Karin la había ablandado algo la edad y lo que había aprendido por el camino hasta llegar aquí, su propia debilidad también la habría hecho más humana o por lo menos la habría obligado a reconocer que necesitaba la ayuda de los demás. Pero, ni aunque viviera mil años, podría hacerme una idea de lo que pensaba y sentía esta mujer, a la que no le había temblado el pulso para inyectar todo tipo de porquerías en el organismo de los presos, para ayudar a hacer experimentos con gemelos. Si todo aquello le había parecido normal, si entre una atrocidad y otra podía disfrutar leyendo sus novelas de amor, yo nunca podría llegar a saber qué estaba pensando ni qué planes tendría para mí.

Dije que si no mejoraba tendría que marcharme con mi familia.

Los dos me miraban muy serios.

Para escapar de sus ojos me volví al frigorífico, lo abrí y me puse un vaso de leche. Lo metí en el microondas mientras intentaba pensar qué más decir sin decir nada que me comprometiese.

—Aquí tienes un futuro —dijo Fred—. Tu hijo merece una oportunidad y a tu familia siempre la tendrás. No podrás resguardarte bajo sus faldas, ¿se dice así?, toda la vida.

—Nosotros no tenemos hijos ni nietos —dijo Karin—, pero alguien nos tiene que suceder, alguien tendrá que seguir plantando este jardín y llenando la piscina de agua los veranos, no sé si me entiendes.

Saqué el vaso del microondas y empecé a beber a pequeños sorbos. Me estaban certificando que ellos serían mis abuelos soñados, los abuelos que me solucionarían la vida, el problema era que ya no me hacía la ilusión de que fueran mis abuelos soñados.

—Lo que has hecho hoy —dijo Fred— ha sido un acto de valentía. Antes de que Otto te entregara el paquete has ido al baño y has estado mirando por allí. Nos lo ha contado Frida. Queremos creer que si hubieses podido habrías robado por ayudar a Karin.

No dije nada, sonreí un poco mientras bebía. No era verdad, no me habría arriesgado tanto por Karin, tampoco hubiese llegado a robar, lo que hice lo hice porque quería saber, porque me resultaba insoportable la idea de volver a mi vida de antes dejando las cosas como estaban. Poca gente

tiene algo tan importante entre manos. No sabía nada de nazis antes de conocer a Julián. Julián había venido buscándolos, y yo los había encontrado sin buscarlos, o ellos me habían encontrado a mí, y aquí estábamos, los tres en la cocina jugando a que yo sería su nieta favorita.

—No se puede andar solo por la vida —dijo Karin—. Cuando uno está solo todo es mucho más difícil, te limitas a lo que puedes hacer tú solo, mientras que si estás apoyado por otros, por muchos, lo que antes era imposible puede llegar a ser posible. El grupo da poder, lo difícil es que haya un grupo dispuesto a aceptarnos y a protegernos.

Yo no decía nada, los miraba y bebía.

—Tienes una familia a la que quieres y con la que tendrías que unirte mucho más —siguió Fred. Siempre que Fred hablaba, Karin lo observaba con mucha atención abriendo los ojos todo lo que podía. Ahora me daba cuenta de que estaba en tensión por si metía la pata—. Y aparte nos puedes tener a nosotros y a todos nuestros amigos.

—¿A Otto y a Alice? —pregunté.

Karin alargó el brazo y me cogió la mano. Tuve un escalofrío al sentir su piel, sus dedos en mi mano. Logré no hacer ningún movimiento de repulsión hasta que pude retirarla suavemente para coger el vaso.

—Sí, ya conoces a unos cuantos.

Se miraron y parecieron darse la conformidad para soltar algo importante. Tomó la palabra Karin.

—Hemos llamado a algunas puertas, se nos han aportado opiniones sobre ti y no sería imposible que pudieras entrar en nuestra Hermandad. Por supuesto no sería fácil, tendríamos que convencer a algunos cabezotas. Somos todos muy viejos, muy conservadores, nos cuesta acostumbrarnos a las caras nuevas..., sin embargo, no sé si debo decirte esto, son los jóvenes a los que menos gracia les hace que entres.

—No sé lo que es una hermandad, ¿es como una secta?

—Algo parecido —dijo Fred cabeceando.

Karin le recriminó con la mirada, jamás de los jamases desautorizaría a su gran obra, a un oficial con la cruz de oro, pero se quedaba con las ganas.

—Estamos hablando de ayudarnos los unos a los otros, de celebrar todos juntos cenas, fiestas y cuando alguien tiene un problema echarle una mano. No sé lo que es una secta —concluyó Karin.

—Estoy un poco cansada —dije soltando otra tos—. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que sea, pero eso de la Hermandad..., no sé si sabría estar en una hermandad, no sé lo que hay que hacer...

Karin se levantó, vino hacia mí y me pasó la mano por el pelo, no moví ni un músculo, parecía realmente una abuela.

—Descansa y piénsalo, mañana lo verás todo con más claridad.

—Buenas noches —dije levantándome y yéndome hacia la escalera. En el primer peldaño me acordé del jarabe y regresé a buscarlo, pensé que era mejor controlarlo.

—Por si me entra la tos —dije.

Karin levantó la voz para que la oyese mientras me alejaba.

—Estamos descuidando la ropita del bebé.

Me dormí pensando que tendría que contarle también esto a Julián.

Julián

Al llegar al hotel después de dejar a Sandra en la farmacia, las cosas se pusieron feas. Aunque según mis cálculos le tocaba guardia a Roberto, no había nadie en recepción, puede que hubiese ido al lavabo o a tomarse un café o a fumarse un cigarrillo, lo pensé de pasada, esos pensamientos mecánicos que se forman solos sin ningún gasto de energía. Iba pensando en las inyecciones y en Sandra, en que le había crecido bastante el pelo y en que lo llevaba recogido en una cola de caballo, lo que le hacía parecer más joven. Había perdido espontaneidad, su mirada era entre seria y asombrada, había descubierto el miedo, no el miedo a no saber qué hacer con su vida, sino el miedo a los demás. Ya no había vuelta atrás, Sandra estaba saltando un precipicio y no la estaba sujetando nadie, nadie la ayudaba, ni siquiera yo.

La sorpresa fue cuando al llegar a la altura de mi habitación, vi salir de allí a Tony, el detective del hotel. ¿Qué estaría buscando?

Le pregunté si había algún problema. Él se hizo a un lado para que entrase pero no entré, no quería encontrarme dentro con él a solas.

Dijo, sin alterarse ni incomodarse lo más mínimo por que le hubiese pillado allanando mi suite, que había venido a comprobar si me encontraba bien. Era pura rutina, dijo con toda su redonda cara. Y terminó con una pregunta sin posible respuesta.

—¿Todo en orden?

Los papelillos transparentes estaban en el suelo, y dentro aparentemente no había pasado nada, salvo que percibía la mano de Tony en los pomos de

los cajones y las puertas y su mirada de huevo podrido en los papeles (anotaciones sin importancia) que había sobre la mesa.

Sandra

Al día siguiente me desperté con ganas de llamar a mis padres, a mi hermana e incluso a Santi. Me estaba alejando demasiado de mi vida normal, parecía que me hubiese marchado de viaje a otro planeta y que se hubiese averiado la nave de regreso y me encontrara aquí atrapada. Me consumía la impotencia porque además si alguien me preguntaba si me habían hecho algo malo, si me habían tratado mal o si habían intentado algo contra mí, no tendría nada objetivo ni concreto que decir. Tendría que hablar de miradas, de frases con doble sentido, de sospechas, se quedaría en una pura vaguedad, en suposiciones y aprensiones. Si daba el paso de integrarme en la Hermandad tal vez me enteraría de todo, pero a saber qué cosas tendría que hacer, no creo que me permitieran ser uno de ellos sin mancharme las manos, y una vez que me las hubiese manchado debería cargar con ello sobre mi conciencia. No sería tan fácil salir del clan o la secta o la hermandad. No estaba siendo fácil para mí salir de mi relación con Santi y menos lo iba a ser salir de este extraño grupo.

Como Karin ya se encontraba bien, seguramente querría que trotásemos en el todoterreno de acá para allá, seguramente tendría un plan preparado, pero yo necesitaba tiempo para mis cosas. Después de ducharme y de hacer la cama y recoger un poco, bajé a desayunar y como imaginaba ya estaba allí Karin. Y más que oírse se olía que Frida limpiaba. Nada más verme, mientras me preparaba un café con leche, Karin me dijo que tenía un plan para hoy. El temido plan.

Hacía sol y me tomé el café mirando las ramas de los árboles. Y es que sobre el fregadero y la encimera de mármol había un hermoso ventanal alargado que daba un ambiente muy alegre y luminoso a la cocina. Karin se empeñó en hacerme un zumo no por mí, sino por ella, para que estuviera en condiciones de hacer todo lo que ella quisiera. Exprimió ella misma las naranjas con una vitalidad que hacía pensar que se había chutado otra de aquellas ampollas. Así que nada más quedarían dos, no podía llevarme una, era demasiado arriesgado.

El plan consistía en ir de compras al centro comercial. Le encantaba recorrer las distintas secciones mirándolo todo, asombrándose de lo baratos que eran los precios, de las cosas tan bonitas que se les ocurría diseñar. Le encantaba la sección de menaje del hogar y había que sacarla a rastras de allí. A mí me agotaba y me aburría, pero a ella le gustaba gastar sus energías así, la cuestión era sentirse viva. Luego iríamos a la sesión de gimnasia, la dejaría allí y tendría una hora para intentar ver a Julián y pospondría la llamada a mi familia para cuando tuviese más tiempo. Por lo menos el jarabe me había hecho bien y tosía menos.

Pero ahora lo que tenía en mente eran los inyectables.

Al recordarlos se habían apoderado de mi cabeza. Fred se había marchado a jugar al golf con Otto y unos cuantos «hermanos» más, Frida estaba en la parte de abajo, de donde llegaba el típico ruido de movimiento de muebles de la salita-biblioteca y Karin decidió esperarme sentada en el porche. Le dije que iba a coger el bolso, lo que era verdad, aunque antes de llegar a mi cuarto me pasé por el de Fred y Karin, con la puerta abierta por si subía Frida. Frida tenía un sexto sentido muy desarrollado e intuía cuándo alguien trataba de hacer algo fuera de lo reglamentario, como yo ahora mismo. Me fui derecha al baño y miré dentro de la papelera. Tuve que separar algunos papeles manchados de mocos y Dios sabe qué más con los dedos y allí estaba una de las jeringas y seguí buscando más abajo y allí estaba la otra. Karin se había puesto las dos para disfrutar más de la vida.

Qué nerviosa me sentía, si Frida me pillaba aquí estaba perdida. Arranqué un trozo de papel higiénico y envolví las jeringas, luego revolví un poco lo que había en la papelera y me metí en mi habitación justo

cuando Frida empezaba a sacar brillo a la barandilla de la escalera. Salí con el bolso, el bolso más pequeño que tenía, colgado en bandolera y cruzado sobre el pecho. En un bolsillo interior iban las jeringas envueltas en el papel higiénico. Rezaba por que Frida no se diese cuenta, por que algo más importante le llamase la atención. Se me ocurrieron un par de cosas, como arriesgarme a entrar de nuevo en el dormitorio de Karin, abrir un frasco de perfume que había sobre el tocador y echarme unas gotas, suficientes para que el sabueso Frida lo detectase y justificar así mi presencia en aquel santuario dorado y rosa, pero entonces estaría confirmando de todas todas que había entrado allí y que muy probablemente yo había cogido las jeringas. Era preferible no hacer nada y no meter la pata más de la cuenta.

La barandilla era de caoba y estaba muy trabajada, con recovecos y hendiduras por donde se metía el polvo, y cuando Karin y yo nos marchamos Frida aún estaba limpiándola. ¿En qué pensaría mientras hacía sus faenas con tanta pasión? Cogí la bolsa de terciopelo con el jerseicito que estaba haciendo y las agujas, dando a entender que algunos ratos en el centro comercial la esperaría haciendo punto.

Karin iba disfrutando del paisaje. El sol, aunque no era un sol fuerte, calentaba los cristales y creaba un calor muy agradable dentro del todoterreno. Karin a veces cerraba los ojos como para llenarse de más vida. ¿Nunca pensaría en estos momentos en la gente que mató o ayudó a matar, en la gente a la que privó del calor del sol así, por las buenas, ni siquiera por un arrebato de ira? La miré de reojo, casi iba sonriendo de la pura felicidad de sentirse tan bien y no parecía que le remordiese la conciencia, parecía que sólo le importaba ella. Y era esta falta de culpa la que me hacía dudar de que Julián no se hubiese equivocado de personas o que no fuera del todo cierto lo que me decía. Podría ser que Julián hubiese sufrido tanto que ya no distinguiera a los buenos de los malos.

En el centro comercial, a la media hora de estar en la sección de jardinería, le dije que se me habían hinchado los pies y que la esperaba en el coche haciendo punto. Ella insistió en que me quedase, insistió en que precisamente andando de un lado para otro sería como se me deshincharían los pies, insistía porque le gustaba ir comentando lo que veía. Pero yo no

estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer y me marché al todoterreno y me encontré muy bien sin oír la voz de Karin. Saqué el punto, hacía días que no lo había tocado y me embebí en esta tarea, casi se me olvidó pensar en Alberto. El ausente Alberto. Abrí la ventanilla para que entrara el aire y el traqueteo de los carros metálicos hacia los coches. La vida podía ser tan sencilla, una vida apacible de jubilados cansados de guerrear empujando los carros de la compra y disfrutando de las pequeñas cosas.

A las dos horas vi a Karin a los lejos entre brillos metálicos y salí a ayudarla. Dejó que yo empujase el carro, no me preguntó si me encontraba mejor, no me habló. Tuve la impresión de que durante todo este tiempo, al no tener con quien hablar, le había dado por pensar en mí y que lo que había pensado no era muy bueno. Tragué saliva. Abrí el maletero, coloqué las cosas y le alabé unas macetas de terracota. Me dijo que se había hecho daño al levantarlas para meterlas en el carro, menos mal que una morena (¿se referiría a que era negra?) al final había venido a socorrerla. Dijo morena con desprecio y dijo socorrer con la intención de que yo sintiese que la había abandonado. Estuve a punto de decirle que no era necesario que comprase las macetas si no podía cargar con ellas, pero esto habría empeorado las cosas, yo le caería peor, pensaría mal de mí y acertaría. Así que opté por decir que lo sentía.

—Lo siento mucho, ha habido un momento en que tenía el estómago revuelto.

¿Se ablandó con estas palabras? Yo no lo llamaría ablandarse, no pensaba en mí, pensaba en que yo no había dejado de quererla, pensaba que me gustaba estar con ella y que sólo una indisposición podría apartarme de su lado.

—Cuando lleguemos a casa podrás ver todo lo que he comprado.

Le dije que estaba deseando ver aquellas cosas tan bonitas y seguimos camino hacia el gimnasio. Hoy tocaba por la mañana y por fortuna tampoco a esta hora solía haber aparcamiento cerca y ella se tenía que bajar en la puerta y yo continuaba para buscar uno. Y rezaba por que también ahora fuese así, por poder acercarme al hotel a ver a Julián o a dejarle una nota. De lo contrario, me obligaría a subir con ella y no podría negarme, y si me

marchaba mientras ella estaba con los ejercicios se enteraría y tendría que justificarlo.

Una vez más el que la calle estuviera de bote en bote de coches me venía bien, más que bien. Ella misma dijo que me iba a ver negra para encontrar sitio.

Me fui derecha al hotel. Un monovolumen dejaba un hueco libre prácticamente en la puerta cuando llegué. Pregunté por Julián en recepción y llamaron a su habitación, no estaba. No estaba y yo no quería regresar con las inyecciones, antes que regresar con ellas encima las tiraría, pero antes de tirarlas tenía que intentar entregárselas a Julián.

¿Dónde estaría? ¿Qué hacía cuando no estaba conmigo en el Faro? Todo tenía que hacerlo yo. Estaba harta, ¡harta! Salí deprisa y bajé al Paseo Marítimo, allí había puestos de flores. Me acerqué al primero que encontré y compré el ramo más barato que había. Eran flores de temporada, por supuesto de invernadero, no olían a nada, lo que mejor olían eran los tallos cortados y mojados. La florista china los sacó chorreando de un cubo y los envolvió en papel transparente. Le pedí un poco de aquel papel extra y que se diese prisa, aunque ya que lo compraba tampoco quería que el ramo quedase hecho un adefesio. También me dio un sobre con tarjeta para que escribiese algo.

Me senté en un banco mirando al puerto y envolví las dos jeringas sin quitarles el papel higiénico en el papel de celofán que me acababa de dar la china sin comprender ella por qué querría un trozo de papel que no serviría para nada. Introduje este pequeño paquete entre los tallos. No se notaba nada en absoluto, iba además atado por un lazo muy grande que disimularía cualquier cosa. Escribí en la tarjeta:

¡Feliz cumpleaños! Que encuentres siempre entre los tiernos tallos de estas flores la juventud que no se olvida.

En lugar de «la juventud que no se olvida» iba a poner «tu eterna juventud», pero me pareció demasiado explícito en caso de que cayese en manos indeseables. Por supuesto era pura paranoia, pero por una simple

frase no me la iba a jugar. Esperaba que después del riesgo que corría quedase alguna gota en buen estado en las jeringas que pudiera ser analizada. Regresé al hotel y dejé el ramo en recepción para que se lo entregaran a Julián en cuanto llegase.

A continuación me metí en un bar cercano y llamé a mi madre.

Casi pegó un grito al oírme y me dijo que estaban preocupados por mí, que dónde me había metido después de que mi hermana me hiciera salir del *bungalow.* Mi madre cuando se enfadaba con mi hermana llamaba *bungalow* al chalé, por lo que deduje que debían de haber discutido por mi culpa. Le dije que no se preocupara, que estaba compartiendo un apartamento con unas amigas y que me encontraba encantada de la vida.

—¿Y no tienes que decirme nada más?

—No. Esto es todo lo que hay.

—¿Estás segura? —dijo con ese tono inquisitorial que tanto le gustaba usar cuando nos había pillado a alguno en falta.

—¿Qué quieres decir? —dije.

—Me refiero a..., ya sabes.

—No, no lo sé —dije yo para mortificarla a ella o para mortificarme yo misma.

—¡Por Dios!, Sandra, soy tu madre. No naciste en una maceta.

¿En una maceta? Cuando estaba fuera de sí decía tonterías como ésta, así que pensé que éste sería un momento tan bueno como cualquier otro para confesar.

—¿Te refieres a niños, a los niños que vienen al mundo?

—Sí, a eso me refiero. Tu hermana me lo dijo, no podía cargar con ese secreto sobre su conciencia. ; Y si te ocurriera algo?

Se puso a llorar, había tardado mucho, para tratarse de lo que se trataba.

—Le dije a tu hermana que no tenía que haber alquilado el *bungalow,* que tenía que habértelo dejado hasta que volvieras.

—Mamá, necesitará el dinero, déjala, ya te he dicho que estoy fantástica.

Le dije que me había hecho una ecografía y que su nieto iba a ser un niño. Le dije que era un niño muy sano, perfecto y que los paseos por la

playa y la vida al aire libre me estaban viniendo de miedo. Se puso a llorar torrencialmente. Nada de lo que yo hacía encajaba en su idea de cómo tenían que ser las cosas.

—¿Necesitas dinero? —dijo con la voz entrecortada.

—He encontrado un trabajo, vivo bien —dije—. Cuando mis amigas se marchen podréis venir a verme.

En el fondo me encontraba más aliviada y sólo se me había olvidado hacerle prometer que no le diría nada a Santi, pero el tiempo se me había echado encima y debía ir a recoger a Karin. Y no sabía si volver con Karin era volver a la realidad o a la irrealidad más absoluta.

Cuando llegué ya estaba esperando en la puerta con la bolsa de deporte colgada al hombro. Como siempre, su retorcida cara, sobre todo ahora que el sol le hacía contraerla más, expresaba por sí misma un interrogatorio que yo no pensaba contestar. Ni siquiera acudí a la socorrida excusa de haber tenido que dejar el coche en el quinto pino y luego haber estado dando vueltas hasta que salió. Me limité a preguntarle qué tal le había sentado la gimnasia.

—De maravilla —dijo.

Fred y ella usaban el idioma con gran soltura, aunque con acento, y tenía su gracia oírles decir frases hechas.

Karin estaba cansada y no hablamos mucho hasta casa, dijo que la profesora les había dado una paliza. De pronto, Karin dejaba de ser una bruja para convertirse en una anciana con problemas. No pudo meter en la casa ni una bolsa, cada vez consumía antes las energías. Tuve que hacerlo todo yo. Nada más entrar se tumbó en el sofá. Frida había dejado hecha una sopa, era increíble que le diese tiempo a hacer tantas cosas y encima a estar ojo avizor por si sucedía algún pequeño detalle fuera de lo normal.

Según iba sacando las cosas de las bolsas y colocándolas y diciéndole lo bonitas que eran, ella me preguntó si había pensado en la propuesta de entrar en la Hermandad, precisamente Fred estaba tratando de convencer a Otto y los otros de que aceptasen.

—Para eso sirven el golf, las comidas y las cenas con los amigos —me dijo.

Le dije la verdad. Le dije que lo había olvidado, que no lo había pensado y que les agradecía mucho sus esfuerzos, pero que comprendieran que para mí todo aquello suponía una sorpresa, algo que nunca se me había pasado por la cabeza hacer. Se quedó adormilada y le coloqué encima la manta de cuadros con la que solía echarse la siesta. Seguí colocando las cosas temiendo que de un momento a otro llegara Fred, posiblemente con su amigo Otto.

Ahora Fred ya no era como antes. De aquel hombre que me socorrió en la playa, que me levantó con sus grandes manos, que se quemó las plantas de los pies para llevarme agua, a éste había un abismo. Éste era simple y obediente y me parecía capaz de cualquier cosa. Si Karin le decía que me matase me mataría, si la Hermandad se lo ordenaba también me mataría. Desde que Karin y él eran novios habían vivido dentro de un grupo y para él la verdadera ley y la verdadera justicia eran las del grupo, todo lo de fuera habría que aceptarlo de mala gana, sin protestar en público.

Julián

Me pasé la mañana de un lado para otro continuando con la búsqueda de información sobre los amigos de Fredrik y Karin y lo que estaba viendo me parecía un sueño, un sueño de pesadilla. Salva había descubierto un nido de nazis, nazis en las últimas, pero nazis. La pregunta era por qué no me habría dejado en la Residencia la información que habría ido consiguiendo. Tendría que haber dejado dicho expresamente que me entregasen la caja, el maletín, el sobre o lo que fuese donde lo hubiese guardado. Seguro que cuando me escribió ya debía de saber cuántos eran, quiénes, qué tipo de vida llevaban y qué se traían entre manos aparte de unirles su afición por torturar y matar. Me había hablado de la eterna juventud y sabría muchas más cosas, por lo que en cuanto pudiese haría una excursión a la Residencia. Ahora debía descansar un poco. Comer y descansar.

Fui al bar de siempre y me pedí un menú. A estas alturas el camarero me conocía y me había tomado cierta simpatía y ya al verme entrar salía de detrás del mostrador empuñando el cubierto en una mano y ondeando en la otra un mantel de papel, lo colocaba todo, si estaba libre, en una mesa del fondo mirando hacia la puerta. Era algo que no podía evitar, secuelas que me habían quedado de mi trabajo en el Centro. No sentarme nunca de espaldas a una puerta y volverme de repente en la calle si alguien andaba demasiado cerca de mí y taparme el número del brazo que me pusieron en el campo incluso en verano. A veces me ponía una venda encima o una tirita, para que los niños cuando mi hija era pequeña e íbamos a la playa no me preguntaran qué era aquello. No me gustaba que me compadecieran ni

que me vieran como alguien diferente, ya había sido diferente y por otro lado, no quería empezar a amargarles la vida a los niños, ni tampoco empezar a engañarlos.

Los niños enseguida se fijan en lo importante, por insignificante que parezca a simple vista. Hubo un tiempo en que mi hija sentía predilección por la arena del patio del colegio y metía la más dorada en una bolsita de plástico y me la traía al regresar a casa. Aún conservo algunas de aquellas bolsitas y me había traído una como talismán. Afortunadamente siempre lo llevaba conmigo en el bolsillo de la americana y cuando registraron la habitación no pudieron quitármelo.

No reparamos en lo más evidente, y el secreto del mundo, la revelación, seguramente está en lo más evidente, en los granos de arena dorados por el sol. Mi hija me dijo que ahora los números del brazo seguramente se me podrían borrar con láser, pero yo le dije que una cosa era ocultarlo y otra eliminarlo. Aquel número formaba parte de mí, mi vida no pudo volver a ser la misma después de que me grabaran este número. Me estaría engañando si lo hiciera desaparecer. Y además, ¿para qué?, mi futuro estaba aquí, lo que ahora hiciera sería lo que quedaba de futuro.

Había pasado de las tortillas francesas de los primeros días al menú. Entre unas cosas y otras me salía casi igual de precio y estaba bien alimentado para todo el día, el camarero cuidaba que no me echasen sal y me recomendaba lo que mejor podría sentarme. De vez en cuando le dejaba una propina decente. En el bar sabían que me alojaba en el Costa Azul y me decían que hacía bien en ir a comer allí y no querían hablar más, no querían líos, hacía bien en no comer en el hotel y sanseacabó.

El hotel me resultaba un poco antipático, no lograba sentirme en el hotel como en el bar. Y el colmo fue al llegar después de comer para echarme un rato y poner en orden las notas que iba tomando en la biblioteca, en el ayuntamiento, en el registro de la propiedad, en el registro de defunciones y en el catastro. Un sitio me iba llevando a otro y lo que iba sacando en claro es que algunos nazis vivían aquí desde los años cuarenta y cincuenta, que otros se habían ido incorporando al reclamo de los que seguían aquí y varios se habían marchado o habían simulado que se marchaban. El caso es

que habían tenido una vida dorada, incluso habían montado negocios muy prósperos, se habían dedicado a la promoción inmobiliaria y a la hostelería y uno había abierto consultas privadas de ginecología. No sabía exactamente en qué año se había instalado Salva aquí, pero la información acumulada por él debía de ser inmensa. Tuvo que sentir una impotencia infernal cuando comprendió que moriría antes que muchos de ellos. No creía en Dios ni en el más allá, ni yo tampoco, fuimos toda la vida republicanos ateos. Después de lo que vimos negábamos la existencia de cualquier entidad a la que le pudiésemos preocupar. Y, sin embargo, me habría gustado que le enterraran y poder llevarle a mi amigo unas flores al cementerio.

Como decía, fue el colmo. Para ir a los ascensores no había más remedio que pasar por recepción y allí estaba el detective del hotel con un ramo de flores en la mano. Conocían mis costumbres y mi horario más o menos, cosas de la vejez, a la que nos es imposible sobrevivir si no es a base de hábitos y rituales. De joven jamás me habría ocurrido, pero bueno, aquí estaba Tony dándome un ramo de flores.

—¿Y esto? —dije.

—Feliz cumpleaños —dijo Tony.

Estaba admirando las flores y continué así para que ningún movimiento me delatase, ¿por qué me diría semejante cosa?

—Gracias —le dije poniendo un gesto festivo que servía tanto para el caso de que fuera verdad como si era una broma—. Estáis en todo.

Tony sabía que había gato encerrado y yo también y no se pronunció, se limitaba a mirarme. Fue Roberto, el recepcionista de la peca, quien no resistió la tensión.

—Lo sentimos, don Julián, no hemos sido nosotros. Lo ha traído una joven, una punki —dijo mirándome fijamente a los ojos para que yo comprendiera a quién se refería.

Ambos permanecieron esperando una explicación.

—Vaya, qué detalle. Por eso echaba de menos mi patria, porque aquí la gente es de una amabilidad a prueba de bomba —dije tratando de retirarme hacia los ascensores con el ramo.

Sin embargo, aunque sorprendido y algo empachado por el delicioso guisado de carne con patatas del bar, conservaba algo de lucidez y busqué dentro del papel transparente la tarjeta que siempre se entrega con un ramo y por la que el cotilla Tony se habría enterado de lo de mi falso cumpleaños.

—¿No han dejado tarjeta?

Roberto se precipitó a dármela, no quería meterse en líos. A Tony no le habría importado lo más mínimo quedarse con ella, había nacido y crecido para esto.

Saqué la tarjeta del sobre y le eché un vistazo por encima, la leería con calma en mi cuarto.

—No me digas que has leído la tarjeta —le dije a Tony, fijando en él los ojos, conocía a estos animales como para saber que tenían que comprender que no se les temía.

—El sobre estaba abierto —dijo sin apartar sus ojos de pez muerto de los míos—. Lo hacemos por motivos de seguridad. No podemos recepcionar nada extraño sin garantías.

Recepcionar, ¡qué gilipollez!

—¿Un ramo es algo extraño5

—Si yo fuese usted —dijo Tony—, ;no le resultaría extraño que una chica joven, que no parece una monja precisamente, me trajese un ramo de flores? Podríamos estar hablando de un acto terrorista o de alguna amenaza. Soy responsable de todo lo que ocurra aquí.

—Compréndalo —intervino Roberto—. Si supiésemos quién es esa chica, si supiésemos que usted la avala, ya no nos resultaría tan extraño cuando apareciese por aquí con otro ramo. Después de lo que ocurrió en su cuarto estamos preocupados por usted.

—No es una terrorista, y como habréis visto por la tarjeta tampoco me amenaza —dije, comprendiendo que era mejor seguirles la corriente—. Es una chica normal a la que socorrí en la playa, se mareó y en algún momento debí de decirle que uno de estos días cumplía años... Es una manera de agradecer mi gesto.

Por fin me encontraba metido en el ascensor. Alguien en condiciones normales no se habría dejado interrogar, en condiciones normales ni se les

habría pasado por la cabeza meter las narices en mis asuntos, pero todos sabíamos que estábamos en medio de una guerra sorda. Y no me gustaba nada, pero nada, que hubiesen visto a Sandra, era la segunda vez que había venido al hotel, tendría que decirle que fuese más cuidadosa, no me fiaba de Tony. Al fin y al cabo estábamos en un pueblo, y en un pueblo todo el mundo se conoce y todo el tiempo está relacionando una cosa con otra sin descanso y al final se acaban atando cabos.

Dejé caer el ramo dentro de un florero que había sobre una mesita, como si se diese por sentado que en una suite tarde o temprano entran ramos de flores. Miré hacia el cuarto de baño y miré la tarjeta. ¿Qué hacía primero, leer la tarjeta o echar agua al florero? Me quité los zapatos con esta duda, pero como me los había quitado sentado en el borde de la cama me tumbé y alargué la mano para coger el pequeño sobre.

Leí detenidamente. Leí las palabras de Sandra varias veces. Sonaban a poesía, pero era un mensaje en toda regla. Hablaba de los tallos, de la eterna juventud entre los tallos. Salté de la cama y saqué el ramo. Rompí la cinta del lazo fuertemente atado con el sacacorchos que en las suites parece estar siempre esperando una botella de vino. Me costó trabajo romperlo y no había ninguna señal de haber sido manipulado, por lo que afortunadamente y protegido por una gran suerte, por la suerte de que Tony no fuese tan perspicaz como él creía, yo sería el primero en ver qué había entre los tallos.

Dentro de un papel de celofán había otro envoltorio y casi me pincho con lo que había dentro. ¡Dios santo! Las jeringas desechables con las que debía de inyectarse Karin el misterioso líquido, el oro blanco, porque si no fuese misterioso se podría comprar aquí en cualquier farmacia.

En un laboratorio podrían extraer una muestra para analizarla. Bajaría a la cabina del hotel y buscaría en las páginas amarillas por laboratorios clínicos. Llamaría a unos cuantos por si encontraba alguno abierto.

Así lo hice, pero primero cerré los ojos veinte minutos y procuré relajarme y descansar porque era inútil forzar la máquina y acabar no sirviendo para nada. Por veinte minutos más o menos nada iba a cambiar. En el vestíbulo del hotel, junto a los lavabos, había un teléfono con

separadores de madera de caoba a los lados, cogí la guía y comencé a llamar a los tres laboratorios que encontré. El horario al público era hasta mediodía, y sólo en uno me contestó una voz humana. Le dije que no se trataba de una analítica de sangre ni de orina, sino de otra sustancia que no estaba en mi cuerpo. Dijo que analizaban todo tipo de fluidos orgánicos y no orgánicos y me citó para las nueve de la mañana.

Ahora sí que tenía un rato para repasar mis notas antes de ir al encuentro de Sandra. Después de Raquel era la mujer más maravillosa y valiente que había conocido nunca, mi hija era aparte. A mi hija no solía compararla nunca con nadie, nunca habría sido objetivo.

Sandra

Cuando terminé de colocar los cacharros que Karin había comprado y mientras se calentaba la sopa que había dejado hecha Frida, subí a echar una ojeada al cuarto de baño de Fred y Karin. Entrar en aquella habitación siempre imponía, por el cabecero y la colcha de raso y las cortinas y sus retratos en la pared y la foto del periódico que yo les había regalado enmarcada y que seguramente pensaron que sería preferible que no la vieran los otros sobre la repisa de la chimenea. Era imponente el armario por dentro con los largos y escotados vestidos de Karin, por los que quizá pasó la mano el mismo Führer, y los enormes pantalones y chaquetas de Fred. Había un ambiente especial, lleno de pensamientos de estos dos monstruos, lleno de sus pesadillas, aunque no había observado que tuviesen ningún problema con el dormir, sólo se desvelaban para sus coitos y si al día siguiente tenían que hacer algo fuera de lo habitual. No diría que fueran personas con remordimientos de ninguna clase.

A veces me extrañaba verlos y que fuesen personas de carne y hueso que yo pudiese mirar, porque las atrocidades de las que me hablaba Julián no podían haber sido hechas por seres humanos. Así que cuando después de esto oía decir que alguien era muy humano no sabía si era bueno o malo.

El baño también era imponente. Estaba hecho de mármol traído de las canteras de Macael, como las escaleras, lo que siempre me hacía pensar en las canteras de Mauthausen, donde Julián había estado encerrado como la pobre gente que tantas veces había visto en los documentales. Era un mármol muy fino, fresco, rosa y sobre él destacaban de una manera lujosa

los frascos de perfume de Karin. Dentro de los armarios había tarros de crema con tapas doradas y nombres indescifrables. Pero ahora no me fijé en nada de eso, había oído cómo se abría la puerta de la calle con el típico ruido de llaves de Fred. Le gustaba llevarlas un rato tintineando en la mano y según fuera el tintineo así estaba él de mejor o peor humor.

Abrí la tapa metálica de la papelera sanitaria o como narices se llame y para mi sorpresa vi que Frida no la había desocupado. Parecía que los papeles arrugados, dos rulos de cartón de rollos gastados de papel higiénico, un bote de champú vacío y varias cosas más estaban más o menos como yo las había dejado. Parecía que la visión que ahora tenía de aquel contenido se acoplaba a la última que había tenido por la mañana, pero no podía estar segura, no estaba segura de que Frida no estuviera jugando conmigo, porque conociéndola no era lógico este descuido. Frida era la campeona de la limpieza, no se escaqueaba, no dejaba nada sin hacer, era concienzuda, era un soldado de la limpieza. Sentí un temblor por dentro que me quitó radicalmente las ganas de tomarme ninguna sopa al pensar que Frida se hubiese dado cuenta y que fuese a contárselo a Fred y Karin al día siguiente, eso si no había localizado ya a Fred y se lo había cascado. En ese caso, ¿qué excusa podría poner yo? Era su palabra contra la mía y la creerían a ella.

Pero a continuación ocurrió algo que me sacó del bloqueo y que me hizo pensar que antes de tomar decisiones drásticas como confesar o tirarme por una ventana habría que esperar, tendría que esperar callada a que ocurriese algo, porque siempre ocurre, sólo hay que tener paciencia.

Lo que ocurrió fue que Fred estaba hablando con Karin en noruego de una manera que me sobresaltó. Fred nunca le levantaba la voz a Karin, Fred era el perro de Karin, por eso me sorprendió tanto. Salí de puntillas de la habitación dorada y rosa a tiempo de ver cómo subían ellos dos. Fred prácticamente empujaba a Karin, y Karin se vencía sobre una cadera y sobre la otra agarrándose a la barandilla como podía. Al principio pensé que era por mí, Karin debía de ser mi protectora y si aún no me habían pillado espiándolos era porque no habían querido o porque yo tenía un don especial que los cegaba o porque según la ley de la probabilidad era muy improbable

que una chica que se habían encontrado vomitando en la playa fuese una espía. Pero afortunadamente el enfado no tenía nada que ver conmigo. Fred estaba tan cabreado que casi ni me vio en el pasillo dirigiéndome a mi cuarto desde el suyo.

Karin vino hacia mí medio llorando y cuando llegó a mi altura se me abrazó. Fred nos miró enternecido. Yo me di cuenta de que Karin fingía que estaba medio llorando. Me separé de ella un poco y le pasé la mano por el pelo mirando a Fred, preguntándole con los ojos qué pasaba.

Me lo dijeron. Karin con su fingido medio llanto me dijo que Fred no comprendía lo que significaban para una mujer sus joyas. Fred pretendía que se las diera a Alice.

Asentí tal como pretendía Karin a pesar de que ambas sabíamos que yo era una mujer sin joyas y que jamás se me había ocurrido pensar en ellas.

—Por Dios, Karin —dijo Fred—, hay cosas más importantes que las joyas.

Karin no dijo nada y Fred continuó.

—La vida es más importante, ¿o no? Vida a cambio de joyas.

—Esa zorra... —dijo Karin—. Me está dejando sin nada.

Entendí que las inyecciones que Otto y Alice les daban tenían un precio en joyas.

—Quiero que vayas a su casa —dijo Fred abriendo la caja fuerte empotrada dentro del armario— y que le digas que se te había olvidado entregarle este pequeño presente y que lo sientes. En mi vida he pasado tanto bochorno como cuando Otto me ha llamado al orden.

—¿No puedes ir tú? —dijo Karin.

—No —dijo, sacando la caja-joyero, que yo conocía, de la caja fuerte. Y en ese momento me salí, me pareció prudente no quedarme mirando las joyas de Karin, sobre todo porque no quería verlas.

—Que te acompañe Sandra. Así os dais un paseo.

La sopa olía a quemado y bajé corriendo y entonces empecé a toser como en días pasados. Me corría un sudor frío por la nunca. Separé la sopa del fuego y me tumbé en el sofá prácticamente en el hueco que había dejado Karin un momento antes.

Debían de estar eligiendo qué joyas llevarle a Alice y me dio tiempo a reponerme y a servir la sopa en unos cuencos de madera que había comprado Karin en el centro comercial.

Nos la tomamos con la presencia de la bolsa de plástico que yo había traído de la farmacia y que usó Fred para meter las joyas para Alice y que dejó caer con un chasquido sobre la mesa. Hablaron un poco en noruego reprochándose cosas, quizá que Fred no hubiese llegado a controlar ese producto que tan caro les costaba, hasta que él dijo que iba a llamar a Otto para decirle que Karin iba a ir a ver a Alice porque tenía mucho interés en hacerle un regalo.

Se levantó, llamó y dijo que nos esperaba a las cinco. Precisamente la hora acordada con Julián para vernos en el Faro.

—¿No creéis que deberíais ir vosotros? No me siento cómoda, la verdad, involucrándome en un asunto tan privado.

—Por eso quiero que vayas —dijo Fred—, porque quiero que comprendan de una puta vez —Fred dio un puñetazo en la mesa que me dejó pasmada— que eres de la familia y que te mereces entrar en la Hermandad, que te lo mereces más que muchos de los que han hecho méritos haciendo gamberradas por la calle.

Karin miró con admiración a su marido y luego me sonrió.

—Tiene razón —dijo.

Me asustaba que quisieran compartir tantas cosas conmigo. Me asustaba que Fred pudiese rebelarse contra su tribu por mí, esto era algo con lo que no contaba. Seguramente llevaban tanto tiempo guardando secretos y tramando asuntos entre ellos que necesitaban desesperadamente que entrase un tercer jugador para no aburrirse. La Hermandad les proporcionaba seguridad, pero ninguna diversión. Las fiestecitas de antaño estaban bien pero les sabrían a poco. Y más que nada me estaba poniendo muy nerviosa la idea de no poder encontrarme con Julián.

—Tengo cita a esa hora para apuntarme en un curso de preparación para el parto. Podemos ir más temprano a lo de Alice o mejor, mañana.

Fred y Karin negaron con la cabeza.

—Más temprano —dijo Fred— Alice está acostada, es imposible verla desde las dos hasta las cinco. Por que retrases un día la preparación para el parto no creo que ocurra nada.

—Es que se pueden acabar las plazas, ése es el problema —dije.

—No te preocupes —dijo Karin con su diabólica sonrisa—. En mi gimnasio también preparan para el parto, sólo tengo que hablar con el director. Así, mientras yo hago mis ejercicios, tú haces los tuyos. Mañana mismo hablo con él.

Era imposible. Les resultaba imposible no hacer lo que querían en cada momento. Les violentaba tener que amoldarse a las necesidades de otro.

A las cinco en punto aparcaba el todoterreno en la puerta de Alice. Llamamos al timbre y tardaron unos cinco minutos en abrirnos, lo que estaba humillando a Karin. Yo sin querer (qué más me daba Karin que Alice), me puse de su parte. Vivía en casa de Karin, tenía más roce con ella, la conocía mejor. Aunque llegado el momento las dos pensasen en quitarme de en medio, era imposible no tomar partido.

No dije nada para no mortificarla más, ni siquiera la miraba de frente.

—Esta Alice me las va a pagar —dijo mientras se abría la puerta lentamente.

Y mientras andábamos hacia las columnas dóricas me pregunté quién sería peor de las dos, quién podría más contra la otra. Por lo pronto Alice tenía más juventud y fuerza y era quien controlaba el líquido, por lo que

Karin no tenía mucho que hacer, sino aguantar y tragar saliva.

Nos recibió Frida, que por las tardes debía de limpiar esta mansión y tuvimos que esperar un poco más en el salón. Yo estaba ansiosa por reconocer en la cara de Frida si había descubierto el robo de las inyecciones usadas, pero apenas me miró. Ahora que reparaba más en ella me daba cuenta de que me consideraba una intrusa en la Hermandad y que mi presencia en casa de los Christensen debía de haberla irritado mucho.

—¡Qué mal gusto! —dijo Karin en voz baja paseando la vista por relojes de bronce, por candelabros de plata, por espejos enmarcados en oro,

por tapices antiquísimos, por cuadros de museo.

— ¿Son auténticos? —pregunté.

—Si lo son, como si no lo fueran —dijo Karin con desprecio.

Le pregunté si había cogido la bolsa con las joyas y se tocó el bolso en señal de confirmación. Tampoco es que Karin tuviera un gusto exquisito pero era algo más personal y le gustaban las cosas bonitas aunque no fueran caras ni lujosas. Lo de Alice era puro lujo, el abarrotamiento del lujo, que impedía que destacase nada en especial. Me sentía como en una tienda de antigüedades, donde uno va reparando en cada una de las cosas e imaginándosela en un lugar diferente. Yo nunca había comprado una antigüedad, no tenía dinero para comprarla ni casa donde colocarla, pero de lo que estaba viendo me gustaba un jarrón chino que debía de tener dos mil años.

De pronto apareció Alice en lo alto de la escalera. Empezó a bajarla como una actriz, despacio. Llevaba unos pantalones anchos de terciopelo negro con una caída increíble que le daban mucha clase al bajar. Por lo que veía le gustaba mucho el terciopelo, porque también las cortinas eran de terciopelo, azul turquesa en este caso. Llevaba una chaqueta ajustada de lo mismo que los pantalones y le faltaba una boquilla larga para parecer una vampiresa pasada de moda. Al verme le cambió el gesto, no supe si para bien o para mal. Se ahuecó el pelo con las manos, lo que me hizo suponer que era para bien. Se alegraba de verme, y ellos lo sabían. Fred y Ka-rin sabían que el verme la ablandaría y que todo iría mejor. Acababa de darme cuenta de que este gesto les favorecía más a ellos que a mí. Tal vez cuando masacraban a los judíos y a la gente como Julián pensaban que les hacían un favor.

Y aun así yo estaba de parte de Karin, no de Alice. Nos ofreció té. Siempre estaban con el té. Yo pasé del té. Dije que me daba insomnio.

—Con lo joven que eres —dijo Alice—. No me lo creo. Ni siquiera sabes lo que es eso. Te haré una manzanilla.

Me arrepentí de no haberme conformado con el té porque la manzanilla nos retrasaría más. Ya eran las cinco y media. Y encima no consintió que la hiciera Frida, lo que seguramente le envenenaba aún más la sangre a Frida

contra mí. Estaba perdida. Fue ella misma a la cocina e hirvió el agua y puso la bolsita en la taza, lo trajo todo en una pequeña bandeja y la colocó ante mí con cierta adoración. Me dio miedo. Después se sentó cruzando elegantemente sus largas piernas y tomó una taza de una porcelana muy bella en la que a saber quién habría bebido antes.

Miró fijamente a Karin por encima de la taza.

—¡Ah! —dijo Karin sacando la bolsa de plástico con la cruz verde de la farmacia—. Espero que te gusten. Es lo mejor que tengo y lo que más te puede favorecer.

—Pues vamos a verlo —dijo Alice volcando el contenido en el cristal de la mesa baja entre las tazas, el azucarero y las cucharillas. Karin me dirigió una mirada como diciendo: es una ordinaria y no se merece ni mirar estas joyas.

—Un collar de rubíes —dijo Alice sosteniéndolo en la mano—, pendientes a juego, una pulsera de perlas, un anillo con zafiro, si no me equivoco, un anillo con amatista, ¿es oro blanco?

Cogió la pulsera de perlas, tenía cuatro vueltas.

—Es una pena lo de esta pulsera porque le falta el collar.

—¿El collar? —dijo Karin—. ¡Ah, sí! El collar. Se me ha debido de caer en el bolso.

Ante la despiadada mirada de Alice, Karin hizo como que rebuscaba en el bolso y sacó un collar de perlas de dos vueltas que debía de costar una fortuna.

—Gracias —dijo Alice al cogerlo—. Sé que a ti no te gustan demasiado las perlas, sin embargo a mí me encantan.

Se levantó y se lo puso frente al espejo enmarcado en oro.

—Pesa un poco —dijo—, pero es bonito.

Karin se terminó el té de la taza, yo hice un esfuerzo por tragarme la manzanilla ardiendo y nos levantamos. Miré el reloj, eran las seis menos cinco, puede que Julián aún estuviese esperando.

—Nada de eso —dijo Alice, no os vais aún, vais a probar un bizcocho que ha hecho Frida.

Le dijimos que no teníamos hambre, que habíamos comido muy tarde y que a ninguna de las dos nos entraba un trozo de bizcocho en el estómago.

—Un poco nada más, sólo para probarlo, es espectacular —dijo sin levantarse y con el collar de perlas puesto.

—¡Frida! —gritó—. Trae un poco de ese maravilloso bizcocho que has hecho.

Nos tuvimos que sentar. También Alice estaba acostumbrada a que los demás hicieran lo que a ella le salía de las narices. Le sirvió más té a Karin, y yo para que no fuese a preparar otra manzanilla le dije que ahora sí que tomaría un poco. Frida apareció con el mismo bizcocho que solía hacer en casa de Karin y nos sirvió un trozo descomunal a cada una, un trozo que casi se salía del plato.

—No pretenderás que nos comamos todo esto —dijo Karin con su sonrisa diabólica.

Entonces Alice le dijo algo en alemán y Karin le contestó otro tanto y estuvieron así unos diez minutos, soltándose lo que parecían reproches, hasta que Karin se levantó.

—Ahora sí que nos vamos —dijo Karin—. Esta criatura tiene cosas que hacer y yo también. Te sale muy bueno el bizcocho, Frida.

Yo también balbuceé que estaba muy bueno aunque lo comía para desayunar cada dos por tres. Por la cara que se le había quedado a Alice daba la impresión de que en la discusión en alemán había ganado Karin. Y por la que se le había quedado a Frida daba la impresión de que le satisfacía que yo aún no pudiese atravesar la barrera del idioma y de los grandes secretos.

—Espera un momento —dijo Alice cuando íbamos a salir.

Karin resopló y miró el reloj como si tuviese algo que hacer, quizá en el transcurso de la visita se le había ocurrido ir al centro comercial, no me extrañaría. Alice abrió una puerta de la planta baja y a los cinco minutos salió con uno de los paquetes de siempre.

—Éste es un regalo personal, es cosa mía.

Karin lo cogió y le dio algo parecido a un abrazo, un apretón de hombros. Se habían reconciliado. En el fondo, como especie en extinción,

estaban condenadas a entenderse.

Y hubo un momento, un instante, mientras se desarrollaba esta escena, en que instintivamente me volví a la derecha y pillé a Frida mirándome. Desvió enseguida la vista y no pude sacar ninguna conclusión, pero era evidente que Frida me estudiaba o me vigilaba, y también era evidente que no le había dicho nada a Alice de que yo hubiese cogido las inyecciones usadas, luego o no lo sabía o se guardaba esa baza para otra ocasión. Podría ser que durante el tiempo en que yo ni me fijaba en Frida, Frida ya estuviese observándome.

Para despedirse, Alice me estrechó contra ella como la noche de la fiesta. Noté los huesos de sus caderas contra mí.

Cuando por fin nos sentamos en el todoterreno no me atreví a mirar el reloj, no quería ponerla sobre aviso de que yo por ahí tenía una vida propia.

—Parece que la has puesto en su sitio —dije con cierta admiración, la verdad.

—He tenido que recordarle un par de cosas, la gente es muy olvidadiza. Y ya que estamos en el coche —dijo— podríamos dar una vuelta por ahí, ¿no te parece?

—Vale —dije; estaba cansada de tanto tira y afloja.

—Esta mujer me saca de mis casillas, quiere todo lo que tienen los demás. Si se encontrase tirado por la calle el diamante más precioso y más grande del mundo no le interesaría, sólo lo querría si lo llevase alguien puesto. Y en ti, si no estuvieses con nosotros, ni se habría fijado.

La depredadora Alice. Todos eran depredadores, cada uno con su estilo. Menos Alberto. Alberto me había dado más que me había quitado. Aunque bien mirado, me había quitado la paz. El amor es un arma de doble filo, sirve para ser feliz o para ser desgraciado. Me acordé del Ángel Negro, parecía el más inteligente de todos y quizá él fuera el jefe de la Hermandad. Sólo había aparecido por nuestra casa en la fiesta de Karin y daba la impresión de estar harto de todos ellos. Se me ocurrió preguntarle a Karin por él.

—¿Y Sebastian?, aquel señor tan elegante que estaba en tu fiesta.

—Sebastian... Sí, ése tiene clase. No tiene nada que ver con Alice. Alice es alguien venido a más, una nueva rica decís vosotros, ya lo habrás notado en sus modales, mientras que Sebastian es otra cosa, a estas alturas aún mido las palabras cuando estoy con él.

Tiré hacia el Faro. Karin iba mirando por la ventanilla. Estaba oscureciendo.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—No lo sé. El pueblo estará hasta los topes y en casa de Alice ha empezado a dolerme la cabeza.

—Sí, Alice se ha puesto muy pesada.

Para llegar a las palmeras salvajes del Faro había que tomar un camino de tierra, desviarse. Traté de distinguir desde la carretera el coche de Julián y como era natural no eran horas de que continuara esperando, pero ya que estábamos allí era una tontería no acercarme, Karin no podía relacionar la visita a aquel lugar con nada más.

Aparqué junto a la heladería. Sus luces arrojaban fantasmas sobre los árboles de alrededor. A mí me gustaba esta sensación de paz y soledad, pero sabía que a Karin la aterraba, ella necesitaba ajetreo.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Karin, que preferiría estar en el centro comercial viendo gente y cosas bonitas.

—Me han entrado ganas de orinar. Seguramente ahí habrá un baño.

—Podrías haberlo hecho en el campo, nadie te iba a ver —dijo soltando una carcajada.

—Sí, es verdad, es la costumbre. Si no quieres bajar, vuelvo enseguida.

—Te espero. No tardes —dijo fastidiada porque no estaba haciendo todo lo que quería.

Por mi parte había sido demasiado atrevida al traerla aquí y me estaba arrepintiendo, contaba con que estuviese ofuscada con la idea de ir al pueblo.

Pasé sin esperar encontrar a Julián y sin saber bien cómo sacar provecho a la situación. Había dos o tres parejas sentadas y dos hombres en la barra bromeando. La camarera de siempre al verme ir hacia los baños me miró y

yo la miré. Me acerqué y le pregunté si habían dejado algún mensaje para mí.

—¿Para ti? —dijo sopesando si estaba dispuesta a darme esta información.

El corazón me latía muy fuerte. Si a Karin le daba por entrar estaba perdida. La camarera miraba por debajo del mostrador. Oí el portazo de un coche y estuve por echar a correr para fuera, cuando aquella metomentodo sacó un papel, me miró detenidamente a la cara con ganas de darme su opinión sobre mi relación con el viejo Julián y me lo dio. Me lo guardé en el bolsillo e iba a decirle que por favor tuviera los labios cerrados, pero no dije nada porque sería darle demasiada importancia y al final recordaría mejor este suceso. Salí sin pasar por el baño y una vez fuera vi otro coche junto al nuestro y comprobé si a través de la ventana del local me habría podido ver Karin hablando con la camarera y metiéndome la nota en el bolsillo. Y era posible.

—¿Ya? —dijo Karin.

No dije nada, me limité a suspirar como si me presionara el diafragma y puse el coche en marcha.

—Todas las joyas eran preciosas, pero el collar de perlas... —dije mientras dirigía el morro del todoterreno hacia el pueblo.

—A ti te habrían quedado muy bien y no a esa vieja, no sé qué se creerá que es. Las perlas son para las jóvenes. ¿No piensas quitarte nunca el pendiente de la nariz?

—Ya que me hice el agujero tengo que aprovecharlo.

Se removió en el asiento a gusto, le agradaba estar conmigo. Pasé de largo el desvío hacia el Tosalet y me introduje en el fragor del pueblo. Notaba el entusiasmo creciente de Karin, no me decía nada por si no me había dado cuenta y daba la vuelta a casa. Me detuve en el parking del centro comercial.

—¿No decías que te dolía la cabeza? —dijo algo excitada.

—Sí, pero ya se me ha pasado y tenemos que olvidar lo de Alice, ¿verdad?

Estaba como una niña con zapatos nuevos, como se suele decir. No se esperaba que saliera de mí ir al centro comercial sin tener que pedírmelo ella. Confiaba en que cualquier duda, cualquier sospecha, cualquier sombra que en el Faro se le hubiese cruzado por la cabeza se desvaneciese ahora. Cuando estábamos dentro y ya habíamos cogido el carro y a ella se le iban los ojos tras las cosas bonitas, le dije que no sabía si me había dejado las luces encendidas y que regresaba enseguida, que sabría dónde buscarla.

En cuanto la perdí de vista saqué la nota del bolsillo. Era un croquis sin nombres. Había dibujados unos círculos, tres para ser exacta. Cada uno tenía una letra, A, B, C. El círculo C encerraba una cruz. También había un rectángulo y unas palmeras. Cerré los ojos para serenarme, y al abrirlos y mirarlo detenidamente, el dibujo empezó a parecerme familiar. Palmeras bajas, salvajes, banco y piedras. Era el lugar del Faro donde Julián y yo nos sentábamos antes de que refrescase, lo que podría significar que debajo de la piedra C me había dejado algún recado. Podría ser una forma de decirme que no fuese por el hotel, sino al Faro. Pero ahora sería complicado ir. Tardaría demasiado y a Karin le extrañaría y se impacientaría. Aunque también podría inventarme algo por el camino, cuando Karin era feliz estaba dispuesta a creérselo todo. Karin sabía que no le quedaba mucho de buena vida, en cuanto se cerrase el grifo del líquido mágico ella se encogería, se postraría en una silla y ya no podría salir de casa. Las joyas también se le acabarían algún día. Tenía que disfrutar el momento.

Salí de allí, pitándole a todo coche que se me cruzaba y me entorpecía. En la moto habría llegado en un periquete, pero con este tanque todo se complicaba.

Por fin llegué al Faro. Era una locura haber dejado sola a Karin. Tardé un cuarto de hora en recorrer el camino por las malditas curvas. Dejé las luces apuntando al banco y a las palmeras y cuando di con la piedra C me abalancé sobre ella. Pesaba bastante, pero finalmente la tumbé, cogí un papel que había debajo envuelto en plástico, coloqué de nuevo la piedra y salí corriendo. Era como estar en un concurso de esos de la tele en que hay que superar pruebas a gran velocidad. ¿Me sentaría mal tanto ajetreo? Dentro de dos meses desde luego no podría hacerlo, ahora afortunadamente

aún podía. Subí ai coche, lo puse en marcha. En los semáforos suplicaba que se abriesen pronto, suplicaba con toda mi alma, y luego supliqué que hubiese un sitio vacío en el parking. A esta hora el centro comercial se iba poniendo hasta los topes, y si no encontraba un sitio no habría forma humana de explicarlo. Y mis súplicas fueron oídas, encontré sitio un piso más abajo. En este punto, si Karin preguntaba algo, quizá pudiera hacerle dudar de sí misma. Sudaba por todos los poros de mi cuerpo y el corazón me iba a mil. En cuanto pisé el supermercado traté de controlar la respiración, no quería que me viese agitada. Me sequé el sudor de la cara. Había tardado casi tres cuartos de hora. Y otra súplica más, me juré que ésta sería la última de la tarde. Supliqué ser capaz de distinguirla enseguida entre aquella multitud.

Me situé en un punto central, me concentré y barrí con la vista sección por sección. En la súplica se incluía el que no estuviera detrás de ninguna columna. La vi. La vi en la sección de librería comprando varias novelas de letras doradas.

Me situé a su lado y le cogí la bolsa con los libros.

—¿Dónde te has metido?, estaba preocupada. No te habrás mareado.

El comentario tenía trampa, lo sabía, así que le dije que no, que simplemente no la encontraba, era imposible con tanta gente y estaba a punto de tirar la toalla y hacer que la llamaran por megafonía cuando la había visto.

—¿Son buenas esas novelas?

—Estoy deseando empezar. Hoy no voy a ver la televisión.

Bueno era saberlo para subirme yo también corriendo a mi cuarto. No quería quedarme sola con Fred. Eran ya tantas las cosas que tenía que ocultar que alguna se me podría escapar.

Para desviar la atención de Karin del hecho de tener que coger el ascensor para bajar un piso y del poco tiempo que figuraría en el ticket del parking, le dije que me gustaría aprender alemán, que pensaba que aprender alemán me abriría puertas y que tal vez ella podría enseñarme.

—Por ejemplo —le dije—, ¿cómo se diría: «Vivo en casa de Fred y Karin. Fred y Karin son mis amigos»?

Karin soltó una parrafada en alemán y luego se quedó pensativa.

—No creo que tenga paciencia para enseñarte, es mejor que vayas a una academia. Conozco una muy buena.

A lo tonto a lo tonto, Karin había pagado el ticket y yo lo había cogido y lo había tirado en una papelera, habíamos bajado el primer piso y ya estábamos abriendo el capó y metiendo allí la compra de Karin. Esta vez, además de sus típicos caprichos, había comprado cosas prácticas como fruta y leche. Fue entonces cuando miró a su alrededor y dijo que no habíamos aparcado aquí. Le dije que sí, lo que pasaba es que ahora en lugar de las escaleras mecánicas habíamos cogido el ascensor.

Volvió a echar otro vistazo alrededor y no dijo nada. Podría haberle dicho que al volver a comprobar si me había dejado las luces me había dado cuenta de que estábamos aparcadas en una plaza reservada a los inválidos y que había tenido que moverlo, pero opté por el camino más corto. Si se lo creía, bien y, si no, tampoco se habría tragado lo otro.

—¿Nos vamos ya a casa? —pregunté para sacarla de sus pensamientos.

—Iremos más por ti que por mí, yo no me canso.

Le pregunté, para sacarla de nuevo de sus pensamientos, si no le importaba que antes pasáramos por casa de mi hermana para comprobar que todo estuviera en orden y para recoger una carpeta que me había olvidado allí, una carpeta que por supuesto no existía.

Julián

Estuve esperando en el Faro una hora y Sandra no apareció. Era muy fácil que le surgiese cualquier contrariedad y no pudiera acudir a la cita. Cuando ocurría esto no sabía si esperar más o marcharme. Me daba pena que inventara cien mil historias para poder venir y que yo me hubiese ido. Y lo que me parecía realmente peligroso es que apareciera otra vez por el hotel. Sobre todo quería avisarla de que no fuera por allí a buscarme, de que cuando necesitara comunicarse conmigo lo hiciera aquí mismo, en el Faro. Nuestro problema hasta ahora había sido dónde podría dejarme mensajes y yo a ella. A veces había estado tentado de hacerme con un móvil de aquí y darle dinero a ella para que pudiera llamarme, pero las llamadas acaban delatando, las llamadas son indiscretas, nunca puedes saber en qué situación se encuentra la persona a la que llamas. Era mejor así. Cuanto menos pudieran localizar nuestras vías de contacto, mucho mejor. Por eso la pareja noruega no usaba móviles y muchos de los invisibles tampoco tenían teléfono fijo. Por lo general usaban el de alguien conocido o de bares cerca de casa. Fue entonces cuando me vino a la mente el que podría ser el buzón para nosotros más sencillo: el sitio que mejor conocíamos, el banco de piedra donde tantas veces nos habíamos sentado. Ése era el lugar donde podríamos dejarnos los mensajes y mientras en la heladería me tomaba un descafeinado y un bollo a rebosar de mantequilla y azúcar le dibujé un pequeño plano del lugar. Era muy elemental, pero si no se podía relacionar una cosa con otra no era tan fácil descifrarlo.

Doblé el papel y puse: «Entregar a la chica del pendiente en la nariz».

Sandra

Conduje despacio hacia la casita para que Karin se fuese distanciando de lo del parking antes de llegar a Villa Sol. En cuanto dejamos el pueblo atrás el paisaje se hizo precioso, oscuro con pequeñas luces aquí y allá, las sombras de los árboles se movían y el cielo nos tragaba. Y estaba compartiendo este momento con un ser que había matado a cientos de personas sin pestañear, sin remordimientos y con sadismo. Me llegaba su perfume y abrí la ventanilla.

—Eres muy romántica, ¿verdad, Karin? Te gustan mucho las historias de amor.

—No podría vivir sin eso, ahora ya soy vieja, pero hay historias que me lo recuerdan. Disfruto mucho. Es la sal de la vida, el amor, la conquista, la seducción. No puedes imaginarte cómo era Fred cuando le conocí. Era un hombre espectacular. Alto, guapo, con determinación, era tal como lo había soñado. Era un atleta, hacía toda clase de deportes, montaba a caballo, esquiaba, era montañero, un hombre superior..., completo. Me enamoré nada más verle. Era digno de estar en una novela o en una película. Ahora somos dos viejos. ¿Qué edad tienen tus padres?

—Mi madre cincuenta y mi padre cincuenta y cinco —dije pensando que la descripción que me hacía Karin de su Fred era como la que me había hecho Julián, sólo que ésta menos idealizada. Para Julián, Fred era la materia prima que Karin necesitaba para escalar posiciones y yo añadiría que para moldear sus sueños romanticoides. Por lo que había deducido hasta aquí, Karin podía ser terriblemente práctica y también fantasiosa.

—¿Y tus abuelas?

—Ya no viven. Conocí muy poco a mis abuelas, a veces no sé si las recuerdo o las imagino.

—Ahora me tienes a mí —dijo.

Y sin querer le sonreí satisfecha; incluso sabiendo que era una escenificación por parte de ambas me sentí reconfortada. Karin ni en los momentos de mayor debilidad ni en los que lograra sentirse más humana daría más de lo que recibiese a cambio, no estaba acostumbrada a la generosidad, no entraba en su comportamiento.

En la casita, como la llamaba Julián, había luz. Detuve el todoterreno y le dije a Karin que si quería me esperase allí, pero tal como me imaginaba no quiso. Cuando se encontraba bien no estaba dispuesta a perderse nada.

Bajó del coche sujetándose en mí y esperó conmigo a que nos abriesen. En el fondo la traje aquí para que tuviese muchas cosas en la cabeza y se hiciese un lío. Pensé que en su cabeza este detalle tendría más importancia que el haber parado en el Faro o que hubiera dudado del piso en que habíamos aparcado en el súper. De contarle algo a Fred, tendría que contarle su conversación con Alice. A Fred sólo lo pondría en mi contra cuando no me necesitase o yo le fallara, mientras tanto estaba dispuesta a escenificar.

Salió un hombre en pantalón corto y con los pelos revueltos, el tipo de hombre que cuando está en casa está hecho un cerdo. Abrió la cancela cansinamente, iba descalzo a pesar del frío que hacía, el tipo de hombre para el que entrar en su casa es como entrar en la cama. Era profesor de instituto. Sabía por mi hermana que había pedido el traslado a un lugar de playa huyendo de un divorcio. Le dije que venía a ver si necesitaba algo y a recoger una carpeta que me había olvidado. Se hizo a un lado para que diéramos los cuatro pasos que nos ponían en el umbral. No quería ni pensar cómo me encontraría el salón.

—¿Una carpeta, dices? —y se rió como un loco.

Como me temía, todo estaba inundado de carpetas, papeles y dos dedos de polvo.

—Si me dejas mirar, la reconoceré.

—Haremos una cosa, me dejas que yo la busque y mañana te pasas por aquí —y volvió a reírse, el divorcio le había trastornado, o su mujer se había divorciado de él porque estaba trastornado.

—¿Vives solo? —dije por romper la tensión.

—Mucho cuidado con lo que preguntas —dijo acercándoseme de una manera intimidatoria—, luego no te quejes de mi contestación.

¡Dios santo! Estaba fatal.

—Muy bien —intervino Karin con su acento extraño—. Mañana a esta hora mandaremos a alguien a recoger la carpeta.

Y a continuación soltó una frase en alemán con una seriedad y una cadencia que no sólo dejó desconcertado al profesor sino también a mí.

—No he entendido nada —dijo el profesor.

—He dicho —dijo Karin mirándole muy seriamente con su difícil cara — que te metas la lengua en el culo y que te duches, esto huele a estiércol.

Me sentí muy avergonzada por Karin, por el loco profesor, por la humanidad entera y muy aliviada porque un percance así era lo que necesitaba para que Karin no pensara en que yo hacía cosas extrañas.

—Si mi hermana viese cómo está la casa —dije al subir al todoterreno —. No tiene ningún mueble bueno en la casa, pero los cuida como si fuesen los de Alice.

—Hay cosas que no se pueden tolerar —dijo Karin enfadada—. ¿Es que se cree que sólo sus repugnantes carpetas son importantes? Se ha reído de tu carpeta. Más le vale que aparezca.

De pronto, me dio miedo el odio que Karin le había tomado al pobre profesor desquiciado.

—Karin, no se ha reído de mi carpeta, nadie se puede reír de una carpeta, está un poco fuera de sí, nada más.

—Te ha hecho propuestas sexuales de muy mal gusto.

—Sólo quería asustarnos, estoy segura de que no es capaz de matar ni a una mosca. Y gracias por dar la cara por mí, pero de verdad que es inofensivo.

—Mañana vendrá alguien a buscar la carpeta y a pedirle que se comporte. No es sólo por ti, es por sus alumnos, ¿qué clase de formación

dará a los jóvenes?

—No te preocupes por eso, Karin, la gente cambia mucho en el trabajo. *¿Y* quién va a venir por la carpeta, Fred?

—Mandaremos a Martín. Martín sabe tratar a esta gentuza.

La noche acababa de dar un giro espectacular, me preocupaba la vida de este hombre sin peinar al que acabábamos de abordar en su casa y que sin comerlo ni Deberlo estaba corriendo un gran peligro. ¿Quién me decía que algunos de los asesinatos sin resolver que ocurrían por esta zona no eran obra de la Hermandad?

—Tendríamos que ser más caritativas. Mi hermana me contó que le ha abandonado su mujer. Está muy enamorado de ella y no lo puede soportar, se le ha ido la cabeza un poco.

—La demencia es una lacra terrible —dijo arrastrando las erres con mala leche.

Parecía que Karin tenía ganas de castigar a alguien y que le había tocado al pobre hombre.

Aparqué junto a un bar y, mientras Karin se tomaba un descafeinado con leche analizando a la gente, llamé a mi hermana desde el teléfono público y le conté cómo era el inquilino y que quizá acabaría dando problemas. Mi hermana me escuchaba menos habladora que de costumbre.

—Te noto cambiada —dijo.

—Estoy bien —dije sin saber qué decir ante ese comentario.

—Es la voz. Pareces mayor, será por la presión del diafragma.

—Pues no lo había pensado, pero yo me veo como siempre.

—Como siempre, no —dijo ella sacando a relucir su vena autoritaria. También tienes la voz más triste. No te habrás metido en un lío, ¿verdad?

—¿En qué lío me voy a meter aquí? Tengo mis preocupaciones.

—Pues a ver si te preocupas por darle un padre a tu hijo.

Le iba a decir que a ella qué le importaba, que se metiera en sus cosas y que yo le estaba haciendo un servicio encargándome de controlar al inquilino y haciendo un seguimiento de la casa, aunque por supuesto no se

lo dije, quería escuchar su voz, tan antigua como yo misma. Sólo nos llevábamos dos años y no podía decir si me gustaba o no, simplemente había crecido con ella y la echaba de menos y por eso había llamado. Ahorp que me estaba contando que mis padres se habían peleado otra vez me daban ganas de colgar, ya no la escuchaba y lo que me pedía el cuerpo era salir corriendo.

—Eres una enredadora, ahora mamá me echa en cara que no te haya dejado el chalé hasta que te saliera de las narices venir. Has conseguido que se enfade conmigo.

Hacía que me acordase de cómo era yo antes de conocer a Fred, a Karin, a Julián, a Otto, a Alice, a Martín, a la Anguila. Me recordaba que hay una vida en que no pasa nada fuera de lo normal, por trágico que sea. Karin estaba a unos pasos, sentada en un taburete con la taza en las manos y observando a la gente, a la que afortunadamente ya no podría meter en un vagón de tren camino de un campo de concentración.

Le habría dicho algo a mi hermana, le habría enviado una señal de que sí que estaba metida en un lío, en un lío y en un caso de conciencia, pero me habría pedido todo tipo de detalles, y yo no quería que lo supiera, sólo que lo intuyera, que lo adivinara. Así que le pregunté por mi cuñado y mis sobrinos con un gran sentimiento de lejanía, como si de repente yo tuviera ochenta años y tratara de no perder el pasado.

—Diles que no se preocupen por la moto, siempre le pongo la cadena.

Al llegar, Fred nos echó la bronca por nuestra tardanza de unas cuatro horas. Dijo que estaba a punto de desplegar los efectivos. ¿Los efectivos? Karin me echó una sonrisa cómplice, yo también a ella. Quería jugar a que fuésemos niñas malas y Fred nuestro protector. Él en el fondo estaba contento de ver a su mujer exultante. Me pidió que le acercara el bolso y lo abrió. Le enseñó el pequeño paquete a Fred con una sonrisa esta vez sí que diabólica de verdad. Yo iba a intervenir para decirle a Fred que Karin había puesto a Alice en su sitio, pero un sexto sentido me contuvo. Había cosas, detalles que ya eran sólo para nosotras dos. Karin abrió el paquete torpemente por la deformidad de los dedos.

Aunque lo dijo en noruego lo entendí. Tres. Alice en su infinita racanería o generosidad, no sabía bien, le había regalado tres ampollas. Menos es nada. Tres chutes más de energía. Probablemente no esperaría a sentirse mal, esa noche se inyectaría una para que le fuese haciendo efecto mientras dormía, y, ¡aleluya!, tiraría la jeringa usada en la papelera del baño y tal vez Frida al verla se hiciese un poco de lío. Tendría que olvidar a Frida, no podía estar pendiente de todo, había hecho lo que tenía que hacer y el riesgo estaba perfectamente asumido.

Julián

Me levanté muy temprano para desayunar y tomarme las pastillas y poder estar a primera hora en el laboratorio. Llevaba las inyecciones tal como las había sacado de entre los tallos de las flores, liadas en papel higiénico y después en un trozo de celofán. No quería sacarlas y que les diese el aire y que así se alterara el poco producto que pudiera quedar. Esperaba que en el laboratorio fuesen muy expertos y capaces de realizar un análisis con tan poca cosa y también esperaba que quisieran hacerlo.

Había citado a Sandra a las tres y media donde siempre. ¿Habría levantado la piedra y cogido el mensaje? Ojalá pudiera tener a esa hora los resultados de los análisis.

No se podía. Me recibió primero una ayudante y cuando vio de qué se trataba salió a hablar conmigo el jefe del laboratorio, que era casi tan viejo como yo. Había dos pacientes más en la sala y a la ayudante le dije que me gustaría que fuese confidencial, entonces me dirigió a un despacho de caoba que parecía arrancado de un bufete de abogados del siglo pasado. Saqué las inyecciones envueltas.

—Ya han sido usadas —dije mientras él las iba desenvolviendo— y querría saber si queda algún resto analizable.

—¿De qué producto estamos hablando?

—Eso es lo malo, no lo sé, no tengo ni idea, y estoy muy preocupado. Se trata de un hijo, le he pillado varias veces inyectándose. No quiero que acabe siendo un drogadicto.

—¿De qué edad estamos hablando?

—Treinta y ocho años, mayor de edad, pero un hijo es un hijo. No puedo mirar para otro lado.

—Comprendo —dijo.

—¿Viven aquí?

—No, estamos de paso, de vacaciones, creí que con el mar y el sol dejaría de tomar cosas, pero no ha resultado.

—Está bien. Haré lo que pueda. Veré si puedo aprovechar alguna gota. ¿Una dirección?

—Precisamente estamos cambiando de hotel. Mi hijo nos pone en situaciones difíciles. Vendré cuando me diga.

—Estará listo mañana por la tarde o pasado, según la dificultad.

—Bien, me pasaré mañana por si hubiese suerte.

Estaba nervioso, sabía que este hombre experimentado encontraría algo verdaderamente sorprendente. Seguramente Salva no había tenido acceso al producto. Sabría de su existencia, pero nunca habría tenido una gota en la mano, aunque tal vez sí hubiese llegado a saber dónde lo fabricaban. Podría tratarse de uno de los múltiples experimentos de los nazis. Estaban muy interesados en la inmortalidad y el mismo Führer había mandado expediciones para encontrar el elixir de la la vida eterna, como había mandado buscar el Arca de la Alianza o el Santo Grial. Podría ser un experimento genético en toda regla.

De momento no tenía nada urgente que hacer hasta la hora de mi cita con Sandra, por lo que decidí resolver algo que tenía pendiente: acercarme por la residencia de Salva, Tres Olivos, y preguntar un poco más a fondo por las pertenencias de mi amigo. Hablé con la misma leona de la vez anterior, más fuerte si cabe de lo que la recordaba. Estaba insultantemente morena.

—¿Otra vez por aquí?

Decía mucho a su favor que me recordara, significaba que prestaba atención a los detalles, y los ancianos dependemos de pequeñas necesidades y detalles que hay que atender.

—Tiene usted una memoria envidiable.

—No tengo más remedio, si no esto sería un caos.

—Mire, he venido de muy lejos para ver a mi amigo Salva y resulta que cuando llego aquí ha muerto y sólo me deja una nota. ¿No recuerda qué hicieron con sus pertenencias?

—Me parece que se lo dije, la ropa fue a una parroquia y los papeles los quemamos.

—¿Los quemaron? ¿Todos?

Se estaba impacientando. No le gustaba dar vueltas a las cosas.

—¿No quedará alguna caja por ahí con algo suyo?

No decía una palabra, me miraba fijamente diciendo, sin hablar: ya te he dicho todo lo que tenía que decir.

—Salva merece que nos preocupemos un poco más por él aunque ya haya muerto.

—No lo dudo —dijo—, pero mire cómo tengo el comedor. Éstos también necesitan que me preocupe por ellos.

Y entonces se me ocurrió una pregunta descabellada o que no seguía el hilo de la conversación.

—Perdone, pero ¿quién financia la residencia, es estatal?

A partir de aquí empezó a mirarme de otra manera.

—Es privada, con una pequeña subvención del Gobierno, pero está sometida a los mismos controles que cualquier residencia del Estado. Todo está en regla. Por Salva no se pudo hacer nada y él lo sabía. Fue muy consciente hasta el final de cuál era su situación. Era una persona excepcional. Sentí mucho su pérdida.

Me dejó entrar en la habitación de Salva, estaba vacía, las mantas dobladas sobre el colchón. Desde su ventana se veía una huerta y luego el horizonte con montañas. Aquí Salva pensaba, aquí me escribió la carta, aquí pasó los últimos días de su vida. Abrí los armarios sin suerte, estaban vacíos y miré debajo del colchón con el mismo resultado. Sin embargo Salva era previsor, muy previsor, y era de suponer que si quería dejarme alguna información habría buscado algún sitio que yo tenía que descubrir. A Salva no le agarrotó la idea de que ya tenía la muerte encima porque conocía la muerte, la había mirado a los ojos y la había retado. Al Salva que yo conocía no le habría acojonado la muerte.

Estaba convencido de que Salva había considerado la posibilidad de que se deshicieran de sus cosas y que yo al llegar no encontrase nada. También podría ser que su legado no estuviera en la habitación, sino fuera, en alguna parte del jardín o en algún lugar donde fuera normal que hubiese papeles. En la biblioteca quizá. Cerré la puerta con la sensación de que estaba viendo algo pero no sabía el qué.

No me esperaba una biblioteca con tantos ejemplares, unos cinco mil, donación según me contó la encargada de un historiador que había pasado sus últimos años en la residencia olvidado de todo el mundo. Aquí hay mucha gente, me dijo la encargada de la biblioteca, que se deja su último aliento sin que nadie se acuerde de ellos, y las amistades que hacen aquí y nosotros mismos somos su único consuelo. Luego la familia protesta porque nos han regalado la biblioteca o nos han hecho una donación en dinero. Le pregunté qué libros solía leer Salva.

—Salvador... era un hombre muy inteligente, conservaba la cabeza en muy buen estado y era el único que no te mareaba contándote su vida. Sobre todo leía historia y algo de medicina. En general lo que más le interesa a la gente mayor que ha vivido la guerra civil es la historia y también los fascículos —me señaló varios estantes llenos de fascículos manoseados— sobre cómo cuidarse y alargar la vida. Creo que Salva se los leyó todos, pero llegó un momento en que esta biblioteca no tenía lo que él buscaba y se marchaba a la universidad. Hasta que se puso mal, mal, se pasaba los días taxi para allá, taxi para acá, la de dinero que se habrá gastado ese hombre en taxis.

Me pareció que el dinero de los mayores (como ella nos llamaba) sí que le importaba, pero no era el momento ni la persona adecuada para preguntar por el dinero de Salva. Me dirigí a la sección de historia y cogí dos volúmenes de la segunda guerra mundial. De haber anotado algo, de haber dejado alguna señal lo habría hecho en lo que a mí me resultaría más familiar, Mauthausen.

No se le concedía mucho espacio a este campo ni había nada subrayado. Busqué en el capítulo de «Republicanos españoles en los campos de la muerte» y tampoco observé nada significativo. Sería cosa de ir mirando libro por libro, pero tenía miedo de que cualquier percance que me encontrase por la carretera me impidiera llegar a tiempo al Faro, sería imperdonable, y por otra parte puede que Sandra y yo hubiésemos avanzado mucho más en la investigación de lo que Salva hubiera podido llegar a imaginar. No era probable que hubiese tenido el líquido en las manos, habría sido un sueño para él. En el fondo Salva lo único que me habría legado serían sospechas. Y más aún, si fuese creyente pensaría que Salva desde el Más Allá me había enviado a Sandra para que pudiera terminar el trabajo que él había empezado.

Y otra cosa, podría ser que estuviera sobrevalorando a Salva. Cuando pensaba en él, siempre veía al hombre de cuarenta años convertido en una máquina de cazar nazis. Como todo ser humano habría perdido facultades y puede que supiese menos de lo que yo creía. Aun así había sido capaz de descubrir él solo que en este pueblo se concentraba una hermandad de nazis y que ensayaban en sí mismos un experimento de hace cincuenta años que les rejuvenecía. O quizá de menos años. Dábamos por hecho que los nazis se limitaban a no ser descubiertos, a envejecer y a morir en paz, pero puede que hubiesen continuado desarrollando algunos inventos para su uso particular y para venderlos.

De regreso al pueblo, dudé si pasarme por el bar. Hoy tocaba macarrones con tomate y salmón a la plancha, todo muy pesado, y además la visita a la residencia me había quitado el hambre. Si Salva, como decían en la residencia, había ordenado mandarme aquel sobre después de morir, tendría que habérmelo contado todo con pelos y señales y enviarme cualquier información que me ayudará y no así con medias verdades, pensé una vez más, pero esta vez bastante cabreado por el incomprensible comportamiento de Salva. Me compré un bocadillo y una botella de agua grande y me fui derecho al Faro. Me comí medio bocadillo y me tomé las pastillas en el banco entre las palmeras salvajes en que nos sentábamos

Sandra y yo cuando hacía buen tiempo. Luego empecé a tener frío y me metí en el coche, aprovecharía para dar una cabezada hasta que llegara.

Sandra

A las dos ya habíamos comido con la ligereza acostumbrada, hacíamos un horario mitad europeo, mitad español. Nos había dado tiempo a ir a gimnasia y a dar una vuelta por la playa. Karin me dijo que había hablado con el director del gimnasio y que no había ningún problema para apuntarme a preparación para el parto. Al decirme esto, me di cuenta de que casi me había olvidado de la criatura que llevaba dentro y me pregunté si no sería una madre desnaturalizada, si no me habría metido en este embrollo para no estar pensando constantemente en lo que se avecinaba. No es que me hubiese olvidado de que estaba embarazada, eso era imposible, sería como olvidarme de andar, pero había dejado de darle importancia. Aunque bien mirado, a efectos prácticos y reales, pensara o no pensara en ello, la gestación seguía su curso y ninguno de los dos nos estábamos quietos, cada uno en su mundo hacíamos lo que teníamos que hacer. El futuro era una incógnita, como se suele decir, porque cuando me dijeron que estaba embarazada imaginé nueve meses en un mundo aparte, el de las embarazadas, lleno de cosas nuevas e íntimas. Y mira ahora qué vida llevaba, desde luego no llevaba vida de embarazada y puede que ninguna la llevase, esa vida no existía.

También me dijo que si me decidía por su gimnasio ella se haría cargo de la cuenta. No dije ni que sí ni que no, no me comprometí, pero había decidido que tanto esto como cualquier otra cosa relacionada con mi hijo la pagaría yo con lo que cobraba trabajando para ellos. Hasta ahora mi propio cuerpo lo separaba de ellos, no podían hacerle nada y cuando esto terminara

nunca tendrían contacto con él. Sólo los pequeños jerséis que le estaba haciendo, cada vez más de tarde en tarde, servirían de recordatorio. Por supuesto jamás le pondría el que le hacía Karin. También en esto Karin me había revelado su verdadera cara. Una vez que me había atraído hacia ella con el asunto de enseñarme a hacer punto prácticamente no había vuelto a tocar las agujas. Al jersey le faltaban las mangas y el cuello y no parecía que tuviera intención de terminarlo, y eso que era diminuto. Karin no era hogareña, cuando estaba en casa era porque no tenía más remedio. Hoy había vuelto a la fuerza porque se había encaprichado con la idea de hacer una excursión a un rastrillo de antigüedades en el interior de la comarca. Tuve que decirle que retiraban los puestos al mediodía y que además Fred podría enfadarse otra vez si llegábamos tan tarde. Karin se encogió de hombros, no se tomaba en serio a Fred. Entonces tuve que decirle algo que en cierto modo era verdad: que Fred estaba a las duras y a las maduras, que Fred estaba ahí cuando ella no se encontraba bien y que a Fred no le importaba que se deshiciera de sus joyas a cambio de una medicina que le venía muy bien. Fred vivía para ella, y ella en compensación no debía crearle preocupaciones.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —dijo—. He tenido al mejor. Todas me envidiaban, incluso Alice me ha envidiado alguna vez. Le habría gustado quitármelo, pero no ha podido, sólo puede arrebatarme las joyas.

Me pregunté si alguna vez habría querido al Fred real, si lo habría amado con sus defectos, o si el Fred de novela se había comido al real. Él sí parecía quererla tal como era, con la artrosis y la cara de bruja y sus fantasías y su maldad, es que quizá si no fuera por ella le esperaba el abismo. Lo importante fue que, tras esta charla, se conformó con volver a casa, y yo podría acudir a mi cita con Julián. El que ahora mismo estuviese alguien fuera de esta casa esperándome, alguien que no se parecía en nada a Fred y Karin, me daba alas y ganas de luchar.

Y para continuar hablando de Fred y que no encontrara otra excusa para seguir de farra le pregunté cómo se había dado cuenta de que estaba enamorada de Fred. Tuvo que pensar. Tal vez estaba buscando alguna frase leída en sus novelas.

—No sé —dijo—, es algo que no se puede explicar.

Sería lo mismo que yo contestaría si me preguntaran qué sentía por Santi. Sin embargo, lo que sentía por Alberto era como tirarme en paracaídas. Lo sabía aunque hiciese demasiado que no veía a Alberto y nunca me hubiese tirado en paracaídas.

Julián

Oí en sueños que alguien llamaba a la puerta. Abrí los ojos y era Sandra pegando con los nudillos en el cristal. Me maldije por haberme quedado dormido, si ella no hubiese visto el coche... Pero también era cierto que me encontraba más despejado después de esta cabezada. Sandra había recuperado algo de color en la cara, como si se estuviese acostumbrando a ser una enamorada no correspondida, y desde que llevaba las botas de montaña parecía más alta. Entramos en la heladería y nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Ya teníamos el banco de siempre, la mesa de siempre. En medio de tanta incertidumbre, de tantas sombras y sospechas habíamos ido creando un pequeño orden. No sabía si sería por su estado o por los acontecimientos, el caso es que Sandra parecía mucho más madura que cuando la vi en la playa la primera vez y luego en su casita. Parecía que habían pasado sobre ella cinco años, tal vez diez, volando.

—Mañana probablemente nos darán los resultados del análisis. Me inclino ante ti, Sandra, eres muy valiente, pero no quiero que sigas siéndolo. ¿Se ha dado cuenta alguien de lo de las jeringuillas usadas?

Negó con la cabeza, pero Sandra aún no había aprendido a mentir rotundamente, los ojos no eran tan rotundos, sus ojos verdosos un poco inclinados hacia abajo, por lo que a otros no les parecerían bonitos pero que a mí me encantaban, tenían el brillo chispeante de cuando se intenta engañar al contrario.

—¿Se ha podido dar cuenta de algo Frida? —no dejé que contestase—. Frida es un arma letal. He estado investigándola. Se llama Frida... Bueno, es

mejor que no sepas cómo se llama, se te podría escapar. Vive en una casa de campo con varios jóvenes más, que probablemente pertenecen a la Hermandad. Dos de ellos, Martín y tu amor, son gente de base a las órdenes de esta panda de carcamales por los que sienten devoción. En compensación los carcamales los mantienen muy bien. Seguramente cada uno de ellos tiene que hacerse merecedor de una buena suma en algún paraíso fiscal y entretanto pertenecen a un grupo con ideología, con armas, con una religión propia y con pasado, lo que les hace sentirse especiales. He visto a Frida, la he seguido y he comprobado que es fría y desalmada y hará cualquier cosa que le ordenen porque para ella la única ley que existe es la del grupo y todo lo de fuera es irreal. No sé si me entiendes.

La verdad es que no había visto a Frida matando a nadie, pero me la imaginaba muy bien matando a Elfe o a cualquiera que le mandasen sus jefes. ¿Quién sería su jefe directo? ¿Heim, Sebastian, Otto, Alice? No era probable que acatase la autoridad de un extranjero como Fredrik Christensen.

Sandra asintió y dijo algo que tardé dos minutos en saber encajar. Querían a toda costa hacerla de la Hermandad, lo que significaba que Fred y Karin comprendían que estaba viendo demasiado y necesitaban implicarla más, quizá presumían que sabía tanto que lo mejor sería meterla ya en el grupo. De no ser así puede que los mismos Otto y Alice mandaran liquidarla y a Frida no le importaría lo más mínimo, puesto que Sandra no se había visto obligada a hacer los mismos méritos que ella ni pasar por su mismo entrenamiento ni hacer labores de limpieza por muy persona de confianza que fuese ni tener que llevar una vida casi monástica para entrar en la Hermandad. Tendría muchos celos de Sandra y muchas ganas de cargársela o de pegarle una paliza.

—La verdad —dijo Sandra— es que no sé si se ha dado cuenta o no de lo de las ampollas usadas, nunca se sabe lo que piensa.

—Mi consejo es que hoy ya no vuelvas por allí y que te marches a Madrid a casa de un amigo donde no puedan dar contigo. ¿Les has hablado de Santi?

Cabeceó afirmativamente.

—Vete a algún barrio de la periferia donde sea imposible que den contigo.

—No quiero estar huyendo —dijo—. No quiero tener la sensación de que me siguen. Voy a esperar un poco más, quizá con más pruebas la policía pueda intervenir y hacer algo con ellos. ¿ Por qué no querías que fuese por el hotel ?

—Porque nunca se sabe quién mira, no es bueno que me relacionen contigo, podrían llegar a enterarse de quién soy y estarías perdida. Déjame los recados debajo de la piedra, yo también te los dejaré ahí.

—Tengo que decirte algo —dijo entonces Sandra completamente abatida—. Ayer traje aquí a Karin, no salió del coche, le dije que tenía que hacer un alto para orinar, fue después de lo de las joyas. íbamos de vuelta a casa pero luego pensé que quizá me habías dejado algún recado, y mira por dónde me lo habías dejado debajo de una piedra. ¡Vaya ocurrencia!

—¿Qué es eso de las joyas?

Por lo que me contó Sandra estaba hasta el cuello. Asistía a los chanchullos de Karin y Alice, inyecciones a cambio de joyas robadas a los judíos. Karin todavía estaba comprando más vida con la vida de aquellos que ayudó a matar o que mató ella misma. No hice ningún comentario. Me contó la escena entre Karin y Alice con Frida de por medio y ella misma. Le dije que seguramente continuaban considerando a Fred un nazi de segunda y que por eso no tendría acceso directo a la compra del líquido, también podría ser que Otto y Alice se hubiesen hecho con el monopolio. Se decía que Karin en su esplendorosa y malévola juventud le había caído en gracia al Führer, que se las había arreglado para acceder hasta él. Primero logra que su marido le llame la atención por ser merecedor de la cruz de oro y a través de él parecía probado que Karin tuvo algún tipo de relación con Hitler, a quien pudo haber dicho alguna palabra a favor de Otto en algún momento delicado de sus vidas. Karin podría tener cierto ascendiente moral sobre Alice, pero Alice lo tenía todo, tenía el elixir de la eterna juventud.

Pero ¿de dónde sacaban el líquido?, ¿de un laboratorio de la zona o lo mandaban de fuera? En mis seguimientos a Otto nunca vi nada raro, pero

seguramente era porque no sabía que buscaba algo.

7. El talismán

Sandra

Julián me dijo que si no me daba el piro por la vía rápida no tendría más remedio que meterme en la Hermandad, pero que sería algo que me marcaría de por vida como una filonazi y que él no iba a estar aquí para decirle al mundo que yo era un topo, una heroína que me había propuesto destapar una banda criminal. Tal vez podría escribir a su organización donde él y su amigo habían trabajado tanto tiempo persiguiendo nazis, pero pensarían que era una chaladura, ni siquiera se acordarían de que seguía vivo, ni siquiera se habían enterado de que Salva, su amigo, había muerto después de toda una vida dedicada a hacer justicia. Le dije que puede que a mí sí me hicieran caso y negó tozudamente con la cabeza.

—Entonces... somos sólo dos —le dije—-. Tú estás mayor y yo cada vez estoy menos ágil. No podremos con esto.

—Somos tres: tú, yo y Salva. Él me puso sobre la pista y se las habrá arreglado de algún modo para ayudarnos un poco más. La organización con todos sus medios no ha sido capaz de descubrir lo que hemos descubierto nosotros solos. La oportunidad y el coraje juntos pueden más que una organización. A estas alturas cualquiera que venga de fuera podría meter la pata y estropear nuestra labor. O te vas o te quedas, pero estamos solos.

—En caso de que me ocurra algo me gustaría que llamases a mi familia y que le contaras lo que he hecho —cogí la servilleta azul turquesa que estaba bajo mis cubiertos y le escribí la dirección de mis padres y el teléfono y también la dirección y el teléfono de Santi—. Si a nuestro hijo le

sucede algo malo no creo que Santi pudiera perdonarme, pero me gustaría que comprendiera que yo no he buscado el peligro.

Durante estas semanas había comprendido que es imposible vivir sin peligro. Ni mi hijo ni yo por mucho que me lo propusiera podríamos estar completamente a salvo. Todo es peligro y no se puede saber cuál de todos los peligros es el que nos matará. Hay peligros que saltan a la cara y otros que están entre bambalinas al acecho y no se puede saber cuál es peor.

Julián me escuchaba muy atentamente y me miraba como si fuese la primera vez que me oía hablar. Entonces metió la mano en el bolsillo del chaquetón, colgado en el respaldo de la silla, y sacó una bolsita de plástico con algo dentro.

—Toma, es un talismán. Ahora te vendrá mejor a ti que a mí.

Lo que había en la bolsita era simplemente arena, arena tostada, todavía tenía algunos puntos brillantes y me la guardé en el bolsillo del pantalón. Hacía ya algún tiempo que había dejado de pensar que Julián era un loco. Era un hombre muy cuerdo y muy práctico, el que estaba loco era el mundo.

Acordamos vernos al día siguiente en este mismo sitio a eso de las ocho, cuando presumiblemente estarían los resultados de los análisis, y si teníamos que dejar algún mensaje lo dejaríamos debajo de la piedra C. Y regresé a casa relativamente contenta porque el asunto en el que estaba metida se movía, iba hacia delante, porque no estaba sola, estaba Julián, y porque por una vez en la vida quería terminar algo que había empezado. Con lo que no contaba era con un nuevo sobresalto.

Entré alegremente en Villa Sol. Eran las cinco y media y Fred y Karin tenían cara de acabar de levantarse de la siesta, estaban estirándose, bostezando y tratando de espabilarse. Les ofrecí hacer un té y les pareció una gran idea. Fred puso un partido de tenis en la televisión, probablemente la Copa Davis, y Karin subió a la habitación a cambiarse porque ella solía echarse la siesta en el sofá llenando la casa de ronquidos.

Después de poner el agua a hervir sentí ganas de ir al baño y fui al que llaman en las revistas servicio de cortesía. Para llegar a ese lavabo tenía que pasar por la salita-biblioteca y vi que la puerta estaba entornada, lo que significaba que habría alguna visita, tal vez Martín trabajando en las cuentas. No me convenía tener malas relaciones con Martín, así que asomé la cabeza dispuesta a saludarle, a decirle, hola Martín ¿qué tal te va?, ¿quieres un té? Pero me encontré con que no había nadie. Fred estaba entusiasmado con el juego y pegaba voces y Karin no bajaba aún, estaría rizándose el pelo, imitando sus antiguos bucles de juventud. Pasé dentro sin bajar la guardia, atenta a cualquier pequeño ruido, pero sabiendo que debía vencer el miedo y aprovechar aquella oportunidad. Pisaba la alfombra persa que había visto sacudir a Frida, por lo que no hacía ruido, y no me atrevía a abrir cajones, pero sí a husmear por encima. Fui al escritorio, ese escritorio prohibido para mis ojos, y el corazón me dio un vuelco.

Encima había una fotografía de Julián. La miré y remiré, no había nada escrito en el dorso, ninguna nota, sólo la foto. Llevaba su ropa actual, el chaquetón beige que compramos juntos, con los puños y el cuello de cuero marrones y el pañuelo al cuello. Parecía un viejo actor de cine, nadie diría que había sufrido tanto en la vida. La foto había sido tomada en la calle, en una calle del pueblo. Salí del lugar prohibido con el corazón a mil por hora y dejé la puerta como la había encontrado. Fred seguía hablando solo y no se oía a Karin. Me metí en el servicio, oriné, tiré de la cadena y me lavé las manos. Y casi pegué un grito al abrir la puerta y encontrarme con Karin frente a frente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —contesté extrañada.

—He retirado la tetera del fuego —dijo—, no paraba de pitar.

—El tiempo pasa volando, ¿verdad? —dije como explicación.

La puerta de la salita continuaba como yo la había dejado, Karin no parecía haber reparado en ella y no la había cerrado.

Fred continuaba enfrascado en el partido y Karin se sentó a su lado. Yo preparé la bandeja con las tazas de filo dorado, el azucarero, aunque ninguno tomábamos azúcar, y las cucharillas, mientras pensaba que quizá

ya no cerrasen la puerta de la salita por considerarme de la Hermandad, o bien, y esto sí que me ponía los pelos de punta, porque quisieran que yo viera que ellos habían descubierto a Julián, aunque peor sería que en la foto estuviésemos los dos juntos. Así, según estaban las cosas, cabía la posibilidad de que no me relacionaran con él. ¿Sería esto posible? Me pasé la mano por el bolsillo donde llevaba el saquito de arena para que toda su mágica fuerza pasara a mí, y me empecé a servir el té, luego me senté en el que ya era mi sillón.

—Creo que voy a ir a la peluquería —dije pasándome la mano por la cabeza—. Hace meses que no me corto el pelo.

Era verdad, el pelo corto se había convertido en melena y el mechón rojizo se había descolorido. Ahora a veces me lo recogía en una coleta. Tenía mucha razón Julián: teniendo verdades a mano para qué recurrir a las mentiras. Las mentiras se olvidan y te ponen en aprietos, las verdades, no. Con lo que no contaba era con que la idea de ir a la peluquería volviera loca a Karin.

—Yo también —dijo—. Yo también quiero ir. Quiero que me hagan un moldeado, estoy harta de cogerme rulos.

Karin siempre tenía en la boca la palabra quiero, como si sólo por pronunciarla fuese a atraer hacia ella todo lo deseado.

Fred nos miró de reojo sin dejar de prestar atención al partido. A pesar de todo, me agradecía que entretuviese a su mujer.

La verdad era que yo estaba intentando por todos los medios acercarme a ver a Julián. Seguramente después de nuestro encuentro se habría ido al hotel a descansar y por mucho que me hubiese advertido que no fuese por allí ésta era una causa mayor, necesitaba encontrar la manera de ponerle en guardia, de decirle que le vigilaban de cerca y que estaba en el foco de mira de la Hermandad y que sabían qué cara tenía. Sin embargo no podía volverme atrás en lo de Karin y la peluquería. Karin se había animado. Cuando estaba bajo el efecto de las inyecciones le hacía falta muy poco para animarse.

—Pues adelante —dije—. Si no tienes ninguna preferencia creo que he visto una peluquería con muy buena pinta por el Paseo Marítimo.

—Estoy harta de ir a la de siempre. Quiero probar algo nuevo —dijo riéndose y mirando a Fred.

Fred le devolvió la broma.

—Suerte, querida —dijo, y también se rió.

Parecía que Fred no necesitaba las inyecciones. Seguramente procuraba no necesitarlas para dejárselas todas a Karin.

El hecho de que también los monstruos pudiesen sentir amor era algo muy desconcertante, porque si sabían lo que era el amor también tendrían que saber lo que era el sufrimiento.

De nuevo al todoterreno. Estaba cansada de tanto viaje y tanta carretera, *¿y* si me olvidaba por un momento de lo de Julián y me relajaba en la peluquería? Había elegido una hipotética peluquería en el Paseo Marítimo porque quedaba a mano del hotel, pero no sabía si existiría alguna.

Fui recorriéndolo despacio, tratando de hacer una memoria que no tenía. Karin dijo que en caso de que no encontrásemos ninguna podríamos ir a la de siempre. Entonces me pasé la mano por el bolsillo donde llevaba el saquito de arena y a los pocos minutos vimos una *coiffure.* No era gran cosa, pero existía más o menos donde yo la había imaginado y eso era maravilloso. Estaba muy preocupada por Julián y prefería arriesgarme un poco antes que seguir con esta incertidumbre.

Por suerte tuve que dejar el coche medio subido en una acera, aunque sabía que dos o tres calles más hacia el interior seguramente encontraría aparcamiento. Y por suerte había que esperar turno y yo dije que como un moldeado llevaba más tiempo prefería que empezaran por Karin. Mientras, yo iría a aparcar el coche en un lugar más seguro.

Arranqué en dirección al hotel. Aparqué cómodamente y entré corriendo, no hice caso del conserje, no volví la cabeza, pero notaba que su mirada me seguía. Decidí subir directamente a la suite de Julián y cuando estaba dentro del ascensor vi pasar como en un espejismo, como en una película, a Martín con un individuo robusto, con pinta de matón. Llamé con los nudillos y como nadie abrió, escribí en un papel: «Soy Sandra», y lo

eché por debajo de la puerta. Julián abrió y me hizo pasar mientras comprobaba que no había nadie en el pasillo.

—Estás loca viniendo aquí —dijo enfadado, verdaderamente enfadado —. Esta misma tarde te he dicho que no hicieras esto nunca.

—Ya lo sé, pero no tengo tiempo de discutir. Al volver del Faro he visto tu foto en Villa Sol, tienen interés en ti, alguien te sigue. Y aquí en el hotel acabo de darme de bruces con Martín y un tipo fuerte. No te preocupes, estaba en el ascensor y ellos pasaban, no me han visto.

Sin querer, sin prestar atención porque no tenía tiempo de esas cosas, me pareció que el cuarto no estaba nada mal. No me lo habría imaginado así de amplio y luminoso.

—¿El tipo ese lleva traje y tiene cara de burro?

—Sí.

—¿Iban hacia la salida o hacia la cafetería?

—Hacia la cafetería.

—En cualquier caso no puedes exponerte más, esto se complica por momentos.

Entonces sonó el teléfono y Julián dudó un segundo si cogerlo o no. Por fin lo cogió y colgó.

—Han colgado —dijo—. Mala señal. ¿Estás segura de que no te han visto?

—Creo que sí.

—Vamos —dijo Julián—. Tienes que salir de aquí, pero no por la puerta principal. Sígueme.

En lugar de bajar subimos un tramo de escaleras y nos metimos en una sala de máquinas que a su vez tenía otras escaleras de bajada. No hablábamos, Julián tenía previsto un camino de fuga y al final llegamos a la cocina y salimos por la puerta trasera del hotel.

Julián tendría que hacer el mismo recorrido de vuelta y me preocupaba que su corazón no resistiera subir tantas escaleras, aunque también podría subir sólo hasta la primera planta y allí tomar el ascensor, él no tenía que esconderse.

Una vez en la calle, corrí hacia el coche, pidiéndole al talismán que siguiera en su sitio y no se lo hubiese llevado ninguna grúa, ni le hubiesen puesto ninguna multa. Y el talismán funcionó. Puse el coche en marcha y aparqué detrás de la peluquería. Entré en el local sudando. Me quité el anorak y después de decirle a Karin que por fin había logrado aparcar salí a la puerta. Me ahogaba y apareció la tos de días atrás, como si se hubiera callado, pero no curado. Una ráfaga de aire frío y húmedo me reconfortó.

Las peluqueras estaban alrededor de Karin con un tinte preparado y pensando qué más podrían hacer para dejarle el pelo como el de la foto. Karin les había llevado una fotografía de cuando era joven y de cuando tenía otra cara y los cabellos rubios y ondulados. Las peluqueras le decían a Karin que se notaba que había tenido un pelo precioso y ella estaba encantada como siempre de que su persona fuera el centro de atención. Me uní al coro de elogios y ella no pareció pensar en otra cosa. Tosí y de pronto tuve un escalofrío que me obligó a ponerme el anorak, pero al rato sentí calor y tuve que quitármelo.

Estuvimos en la peluquería unas tres horas. Karin se había llevado una de sus novelas, pero estuvo tan entretenida oyendo halagos que apenas la abrió. Pagó también mi arreglo, que consistió en quitarme el mechón rojo e igualarme el color en un castaño claro con mechas de color miel que decían que me realzaba el verdoso de los ojos y en cortarme las puntas. Me convenía no llamar tanto la atención y me dejé hacer, me dejé llevar hacia un terreno más neutro en cuanto a aspecto se refiere. Y además pagaba Karin, que dejó una sustanciosa propina. Todo el mundo contento, por ahora.

De camino a casa me dijo que le entusiasmaba el cambio y que de ahora en adelante siempre vendría aquí a arreglarse el cabello, y decía bien porque tras esta sesión nuestro pelo había pasado a ser cabello. Durante el camino no paró de mirarse en el espejo retrovisor. Se gustaba, debía de verse mitad como era ahora y mitad como era en la foto de su juventud. Me pregunté si las inyecciones que se ponían no los estarían volviendo a todos tarumbas, si no les estarían creando en su mente enferma una imagen de sí mismos completamente deformada. Menos en el caso de Fred, claro, que no parecía

ponerse nada. Solamente le fastidiaba una cosa a Karin y es que yo estornudase y tosiera tanto. Se iba tapando sin ningún reparo la boca con la mano para que no le llegaran mis microbios.

Julián

En el hotel, después del percance de Sandra, aparentemente no pasó nada. Llegué por el camino de fuga o ruta alternativa al primer piso y allí tomé el ascensor hasta abajo, fui a recepción como si viniera directamente de la suite y le pregunté a Roberto quién me había llamado puesto que al coger el teléfono no había respondido nadie. Roberto se encogió de hombros, desde la recepción no me había llamado nadie. Me lo creí a medias. Roberto, como era lógico, estaría más de la parte de Tony que de la mía. Al llegar a un punto, en dirección a los ascensores, desde donde ya no me veía Roberto, seguí a la cafetería y desde fuera localicé a Tony con Martín, fuerte pero no tanto como Tony.

Pelo rapado al uno con tatuaje en el cogote, patillas muy finas bajándole por el mentón, traje gris oscuro o negro con buena caída pero incongruentemente con deportivas en lugar de zapatos, tal vez sería la moda, y en lugar de camisa un suéter de cuello alto también negro. Tony iba en plan clásico y al lado del otro su traje parecía de saldo. Hablaban con cierta confianza, pero como no podía adivinar lo que decían ni quería ser sorprendido mirándoles me escurrí hacia los ascensores y ahí se acabó todo de momento.

Del esfuerzo de ir a toda prisa por los pasillos y escaleras tenía el cuerpo revuelto. A la hora de cenar me tomé una tortilla francesa en mi bar de siempre y al regreso llamé a mi hija desde el teléfono público del hotel. Hacía tantos días que no hablaba con ella que de pronto temí que le hubiese ocurrido algo, estaba demasiado preocupado por gente que no conocía y

descuidaba a las personas realmente importantes, las personas para las que yo significaba algo. Siempre me había pasado igual. «Siempre» fue a partir de estar en el campo. Todo lo que conocí a partir del campo entraba en la palabra *siempre.* Siempre estuve más pendiente de aquellos que me habían hecho daño que de aquellos que me querían, y siempre había algo más urgente que tumbarme en la playa a contemplar cómo crecía mi hija y se untaba la crema lenta y minuciosamente mi mujer.

Ella me decía, te arrepentirás cuando la vida pase y te des cuenta de qué era lo verdaderamente importante. Lo importante es lo que luego queda involuntariamente en la cabeza, un día de sol, una comida agradable, un paseo al atardecer. Raquel tenía razón, hasta que no pasa el tiempo no se sabe qué ha sido lo importante en nuestra vida. Se me había quedado grabada mi hija de niña jugando en el patio del colegio mientras yo la veía detrás de la verja y también Raquel cuando los viernes se arreglaba para que nos fuésemos al cine y luego a cenar.

Mi hija estaba bien, pero muy preocupada por mí. Me pidió que por todos los santos me comprara un móvil para estar localizable. Me preguntó si comía bien, si me tomaba la medicación, si me había tomado la tensión en alguna farmacia, si me controlaba el azúcar, las típicas cosas que se le preguntan a los viejos tocados del ala. Le dije que nunca me había encontrado mejor y que lo de la casita de verano estaba en marcha. Le dije que había hecho unos cuantos amigos y le iba a hablar de Sandra, de que podría ser mi nieta, pero mi hija no podía tener hijos y me pareció cruel decir algo así. Le dije que se trataba de un grupo de gente que vivía en una residencia de la tercera edad, y que aquí había mucho abuelo intentando quemar los últimos cartuchos.

Mi hija se lo creyó a medias, pero calló porque deseaba creérselo, deseaba con todas sus fuerzas que yo fuese un jubilado viudo con ganas de jarana y de aprovechar el tiempo que me quedaba. El problema es que colgaría el teléfono pensativa porque me conocía y no entraba en mis cálculos divertirme porque sí. Antes de «siempre» podría haberlo hecho, pero después de «siempre» ya era imposible. Los seres anodinos y mediocres como Hitler no podían soportar que otros seres humanos

supieran sacarle a la vida más jugo y más gracia que ellos, por lo que no sólo querían aterrar y aniquilar sino quitar las ganas de vivir, Hitler quería que el mundo fuera horrible. Y así fue ya siempre para muchos. También para mí el mundo se convirtió en un sitio que podía ser horrible si a alguien con poder le salía de los cojones.

Abrí la habitación. No había entrado nadie. Podría ser que por esta noche el mundo fuera suficientemente apacible. Por las cristaleras que daban a la terraza se veían las estrellas y el rayo láser de alguna discoteca y los nubarrones negros se deshacían en una oscuridad profundamente azulada, y encendí la lamparita de noche que había junto a la cama.

Pero con el nuevo día, con la luz, venía la acción. No quería impacientarme con los resultados de los análisis y esperé hasta la tarde, no quería que en el laboratorio recelaran más de lo debido.

Para aprovechar la mañana me fui hasta el Nordic Club, donde solían jugar al golf Fred y Otto con otros viejos nazis extranjeros y simpatizantes españoles. También estaba Martín y más tarde se incorporó la Anguila. La Anguila jugaba. Iba muy bien equipado y era de modales suaves. Martín se limitaba a mirar, pero todos hablaban, quizá estuvieran hablando de Sandra porque en un momento determinado Fred dio un golpe seco con el bastón en la tierra, le estaban sacando de sus casillas. Los demás reanudaron sin hacer mucho caso el juego y uno de ellos golpeó la pelota y la mandó lejos. Los estuve observando hasta que se fueron alejando hacia otros hoyos y regresé al coche. No podía dejarme ver después de saber por Sandra que tenían mi foto, por lo menos no podía precipitar las ganas de estos tipos de quitarme de en medio.

Iba a esperar a que salieran para seguir a alguno hasta que se me ocurrió que ahora que estaban aquí reunidos sería el momento de vigilar qué hacía la fría Frida. Pasaría primero por la casa comunitaria que compartía con Martín y otros como él, aunque a estas horas estaría limpiando en casa de Fred y Karin. Tendría que actuar con cuidado porque por lo que me había contado Sandra debían de haber distribuido mi foto entre la gente de la Hermandad. Sería una manera de prevenirse contra mí o de pedir mi cabeza. Desconocía hasta qué punto sabrían quién era yo cuando ni siquiera

mi propia gente lo sabía, aunque lo podrían haber deducido fácilmente por el hecho de que tuviese tanto interés en ellos alguien de su edad, alguien a quien no podrían engañar.

Sandra me había dicho que Frida trabajaba tres horas diarias, de ocho a once, y que a veces se quedaba más tiempo si era necesario. Así que me situé junto a la plaza mirando hacia Villa Sol. Eran las once menos diez y sólo tuve que esperar hasta las once y cinco. Entonces la vi cerrando la verja y montando en la bicicleta. Dejé que se adelantara bastante y fui tras ella. Enseguida comprendí que iba camino de la casa de Otto y Alice. La gran puerta negra del número 50 se abrió, entró, esperé un rato hasta que pensé que era una tontería montar guardia, seguramente Frida también estaría limpiando esta casa. Pero, no, había hecho bien en esperar, a veces la intuición es más poderosa que la razón, me lo confirmó el ver cómo salía un Audi macizo y brillante. Lo conducía Frida y Alice iba a su lado.

¿Adonde irían? Temía que Frida me descubriese y me reconociese, así que callejeé detrás de ellas, lo más distante que podía y con el corazón en un puño, hasta la carretera principal. En una calle junto al puerto, se detuvieron ante una pequeña tienda de artesanía de nombre Transilvania. La primera que salió del coche con una agilidad pasmosa fue Alice. Llevaba una melena lisa entre castaña y rubia a la altura del cuello, tan perfecta que parecía una peluca, y unos vaqueros debajo de un chaquetón de piel, quizá excesivo para este clima pero muy a tono con el Audi. Por sus andares nadie le habría echado más de cincuenta años. Frida enseguida llegó a su altura, exhibía sus fuertes piernas enfundadas en unas mallas negras debajo de los pantalones cortos, una vestimenta desconcertante. Miró hacia atrás para controlar la calle pero no pudo verme. Pasaron Alice delante y Frida detrás. Al rato salieron con una caja de cartón que llevaba Frida en los brazos. La caja iba cerrada, no era la típica caja que sólo sirve para llevar las cosas hasta el coche, yo había usado muchas cajas de esta forma. En el supermercado muchas veces me ponían la compra en una caja para que la transportara más fácilmente, pero no era éste el caso. Durante un instante dudé si ir tras ellas o entrar en la tienda. En esta ocasión pensé con cierta rapidez que la tienda seguiría aquí por la tarde. Maniobré con una pericia

que me asombró, sin miedo a rozar al de detrás, ni a nada. Si le contase a Leónidas, mi amigo de Buenos Aires, las aventuras que estaba corriendo, mientras él jugaba la partida, no se lo creería. No me molesté en disimular que las seguía. Iban hablando tan acaloradamente que no se fijarían en mí.

Casi tardamos media hora en llegar a los apartamentos Bremer. Puro lujo, una fortaleza con una estricta vigilancia a la entrada. Incluso los olores y ruidos que saltaban por los muros de flores tenían un estilo más adinerado que el resto.

Pero ¿cómo saber si estaba en lo cierto, si lo que habían recogido en la tienda eran las famosas inyecciones? Todo eran suposiciones. Estaba tan nervioso pensando en los resultados del laboratorio que no podría estarme quieto.

Los vigilantes del complejo Bremer levantaron la barrera para que entrara el brillante y largo Audi de Alice. De alguna forma parecía que Salva me iba guiando desde el pasado. Me preparé para esperar dentro del coche con la botella de agua al lado, no tenía otra cosa mejor que hacer ni otro sitio mejor en el que estar. ¿Habría hecho estos mismos recorridos mi amigo Salva? No sé cómo se las arreglaría sin conducir y teniendo que depender de taxis. Debió de resultarle muy difícil. Yo por lo menos llevaba un coche y no dependía de nadie. Creí que Salva en mi caso habría hecho lo mismo que yo.

Después de una hora me adormilaba dentro del coche y puse la radio. De vez en cuando daban noticias de lo que ocurría en el mundo, al contrario de esto, que también ocurría pero que no era noticia. No tenía prisa, Alice no podía quedarse en un lugar que no era su casa eternamente, en algún momento tendría que salir. Y efectivamente, a eso de la una y media, salieron Alice y un viejo playboy con un traje de lana gris marengo y vuelta en los pantalones, las solapas de la chaqueta subidas, una bufanda negra anudada como en las revistas y gafas de sol.

Hay veces en que no hay que pensar porque el mundo se ordena solo y sin más historias las piezas encajan. Ante mí tenía a Sebastian Bernhardt, *el*

Ángel Negro, como lo llamaba Sandra. Le reconocí enseguida, como si su presencia hubiese hecho saltar una chispa dentro de mí. Hoy estaba siendo un día redondo: el más invisible de todos los invisibles y probablemente el más importante de la Hermandad, el que tenía la última palabra, estaba a unos metros de mis narices. Él y Alice iban charlando calle abajo. Se sentían jóvenes y guapos, a todas luces mucho más de lo que eran. Puse el coche en marcha y me acerqué al final de la calle por donde habían dado la vuelta. Los vi sentados en la terraza cubierta de un restaurante que colgaba sobre el mar. Él le cogía la mano y se la besaba y ella se reía. Podrían ser amantes, y de ahí el control de Alice sobre el magnífico líquido, y de ahí que Otto estuviese ahora mismo entretenido con el golf. Luego pareció que trataban algún asunto serio. Se tomaron dos ensaladas y dos cafés y a la hora volvieron a subir la cuesta. Me quedé a mitad de calle, bastante antes de llegar hasta ellos, que se detuvieron a la puerta del complejo de apartamentos sin dejar de hablar, sobre todo él, que parecía darle instrucciones a ella. Ella asentía. A los cinco minutos salió Frida, y ella y Alice se marcharon en el Audi.

Esta vez no las seguí. Volverían a casa de Alice, se meterían directamente en el garaje y no podría comprobar si sacaban o no la caja con la que habían salido de Transilvania. Probablemente se la habían entregado a Sebastian.

No sabía qué más hacer. Eso me desesperaba, pero ya se me ocurriría algo. Ver comer a Alice y al Ángel Negro me había abierto el apetito, así que me fui a mi bar de costumbre y me pedí un menú. Me tomé unas lentejas y sepia a la plancha con agua mineral sin gas y de postre natillas. Salí bastante hinchado, dispuesto a echarme una pequeña siesta hasta la hora de ir a recoger los resultados de los análisis.

A las cinco y media ya no podía más y me marché a Transilvania, la tienda de regalos. Esto me ayudaría a matar la ansiedad, la espera de los resultados del laboratorio me tenía en vilo.

Solamente había un dependiente de unos treinta y cinco años sin mucho que hacer. Le dije que quería hacer un regalo y que no sabía qué comprar.

—Es artesanía de Rumania y de los Balcanes —dijo sin ningún interés por vender ni por lo que tenía expuesto. Tenía acento rumano.

Estuve mirando los precios de aquellos objetos, a algunos de los cuales ni siquiera les habían quitado el polvo, y compré una caja de laca bastante bonita para regalársela a Sandra. Con la caja en la mano continué mirando, haciendo tiempo por si ocurría algo de interés. El dependiente tuvo una llamada y entre una verborrea que no entendía distinguí los nombres de Frida y Alice. También podrían haber sido imaginaciones y que mi deseo de escuchar algo familiar hubiese forzado los nombres y también podría ser que en aquella caja de cartón llevaran simples objetos de la tienda, aunque era curioso que no la hubiesen envuelto para regalo.

El rumano cogió de mala gana la cajita lacada y la envolvió torpemente y, para colmo, como sólo tenía quince euros sueltos dijo que no importaba, que prefería los quince que tener que pasar la tarjeta del banco. Indudablemente aquel sitio olía a tapadera. Si eran los encargados de traer el producto desde donde fuese, lo guardarían en la trastienda hasta que viniese a recogerlo Alice. Seguramente por la relación especial que mantenía con Sebastian, Alice era la encargada de custodiar y repartir semejante tesoro. Y otra cosa, ¿sabrían Fredrik y Karin y los otros cuál era el punto de recogida' Aunque lo supieran, probablemente no se atreverían a hacer absolutamente nada, porque si a Alice se le había concedido este poder era porque tenía otros poderes, que le cubrirían bien las espaldas.

El laboratorio estaba a las afueras, cerca del polígono industrial y las instalaciones eran nuevas y modernas, aunque su director tuviera casi mi edad. Me pidieron que volviera dentro de una hora, poco antes de la hora de cerrar, el director quería verme personalmente y explicarme los análisis. Los pacientes sentados en la sala, que también esperaban sus resultados, me miraron con pena y cierto alivio. Pensaban que estaba tan mal que mis pruebas necesitaban un comentario del director y al mismo tiempo preferían

que si la estadística tenía que cumplirse que se cumpliera en mí y no en ellos.

Estuve paseando por el polígono, admirando el original diseño de las nuevas naves industriales, nada que ver con aquellas cajas de hormigón vacías que luego llenaban de maquinaria grasienta. Ahora todo era cristal, acero, plástico, luminosidad. Estaba nervioso. Hoy iba a ser el gran día. Entré en un almacén de bricolaje y vi cómo cortaban los tablones. Olía muy bien, a pino serrado. A Raquel le habría encantado este lugar, le gustaba todo lo que estuviera a medio hacer para la casa, maderas que hubiese que montar y pintar, barro que hubiese que decorar, cuero que hubiese que teñir. Me volvía loco con esas cosas. Di una vuelta y era una pena que yo jamás fuese a ser cliente de este almacén, que los años en que estas cosas tienen sentido no los hubiese aprovechado precisamente en esto. Hermosos arcones sólo a falta de lijar, alacenas que imitaban una antigüedad de cien años. Me senté en una silla de anea a esperar. Matrimonios que se entusiasmaban con las librerías sin barnizar mientras trataban de sujetar a los hijos. Estudiantes que buscaban una mesa con tara y más barata para una vivienda provisional. No había ningún sitio mejor en el mundo para esperar el pasado, los análisis que me devolvían a un tiempo que ya no existía, pero que se empeñaba en seguir existiendo a toda costa. Todo tendría que oler como en este almacén.

Cuando faltaba un cuarto de hora me fui andando hacia el laboratorio, admirando los árboles y a la gente que trabajaba, que se ganaba la vida haciendo algo que se podía ver y tocar para los demás.

Al verme de nuevo en aquel remanso de paz sentí el mismo nerviosismo que cuando me hacían las pruebas del corazón. El doctor me hizo entrar en su despacho de caoba y cerró la puerta. Era muy amable, me preguntó cómo me encontraba y comentó el buen tiempo que hacía. Parecía que tenía todo el tiempo del mundo. Por fin abrió una carpeta y salieron a la luz las típicas analíticas. Me habían hecho tantas y tantas que las reconocía al vuelo. Por lo menos, pensé, han podido extraer algo de líquido.

—Bien —dijo—, tendríamos que repetir los análisis. Hemos trabajado con una mínima muestra que presumimos que estaba contaminada porque

no hemos apreciado nada especial.

—¿Nada?

Se encogió de hombros.

—¿Y decía usted que su hijo se inyectaba esto? No tiene por qué alarmarse. Es un potente complejo vitamínico.

—Doctor, yo no soy médico, aunque me paso la vida entre ellos, así que se lo preguntaré sin rodeos, ¿es posible que este compuesto produzca el efecto de rejuvenecer y producirle la energía de un joven a un anciano pongamos como yo?

—Las concentraciones de vitaminas y minerales como la fosfatildiserina, la taurina, las vitaminas del grupo B y otras son muy elevadas. Desde luego pueden mejorar la concentración y la sensación de vitalidad, pero no hacen milagros. Sin duda es un compuesto mucho más eficaz que el que toman habitualmente los estudiantes.

»A veces —continuó—, la gente paga fortunas por fórmulas vulgares, tanto para ingerir como para uso local, me refiero a los cosméticos. Se dejan engañar con la ilusión de ser más jóvenes y más inteligentes. Espero que su hijo no sea uno de ésos. En muchos lo que más funciona es el efecto placebo.

El doctor se acomodó en el sillón. Como a toda la gente de mi edad le gustaba echar el rollo.

—Nos horroriza la muerte, nos da pánico —dijo—, lo que es una completa estupidez y una pérdida de tiempo porque la muerte nunca falta a su cita. Es puntual. No la podemos parar ni detener, ¿retrasar?, bueno, quizá, no estoy seguro. ¿Y sabe por qué? Porque la muerte es buena, es necesaria para la vida. La muerte de una célula supone su renovación, si no muriesen unas y naciesen otras no podríamos vivir. Dígale a su hijo que coma bien, que haga ejercicio, que haga el amor siempre que pueda, que disfrute de la vida y que no se complique.

—¿Y yo, doctor? Él es joven, pero yo...

—Lo mismo, pero en dosis pequeñas.

A la hora de pagar tuve que sacar la tarjeta oro. Fuese como fuese habían tenido que afinar mucho en el análisis y dos auxiliares habían

trabajado hasta la madrugada. Me costó dos mil euros y me preguntó si necesitaba factura. Le dije que en un asunto así era innecesaria.

Salí de allí más mareado que cuando me comunicaron que tenían que cambiarme una válvula del corazón. Después de todo, los experimentos sádicos del Doctor Muerte o de Himmler no habían servido para encontrar la inmortalidad o la eterna juventud, ni siquiera para alargar la vida. El envasar el bebedizo en estas sospechosas ampollas y distribuirlo desde la tienda tapadera llamada Transilvania era pura escenografía y un timo.

Estaba loco por contárselo a Sandra. Con la conversación se habían hecho las ocho y cuarto y no quería que pensara que no había podido acudir. Se me había acelerado el pulso y en el coche me bebí un buen trago de agua y traté de tranquilizarme. Si me pasaba algo, ellos seguirían durmiendo a pierna suelta y pensando hasta el final de sus días que eran unos elegidos. Contrólate, me dije, y arranqué en dirección al Faro.

Llevaba la carpeta con la analítica en la mano y pensaba decirle a Sandra que nos marchásemos a otro sitio por si alguna vez la habían seguido a ella o a mí. Había pensado que fuésemos por separado a una iglesia que había a la entrada del pueblo. Allí estaríamos tranquilos. Pero cuando llegué ya no estaba. Eran las ocho y media y a veces Sandra no tenía margen de maniobra por los dichosos caprichos de Karin. Fui hasta la piedra C, no había nadie por los alrededores, la levanté y nada. Ninguna nota. No había venido, si hubiese venido habría dejado alguna señal. Entré a tomarme una infusión para hacer tiempo.

Me senté en nuestra mesa habitual y se acercó la camarera.

—Ha venido y se ha marchado.

—¿Perdón? —dije.

—La chica, ha venido y no ha esperado ni diez minutos. Es meterme en lo que no me importa pero no pierda el tiempo. Esa chica no le quiere.

Estuve por soltar la carcajada.

—¿Y cómo lo sabe? —dije.

—Es de cajón, puede ser su nieta. Mírese, ¿si usted fuera ella le gustaría alguien como usted?

—Gracias por el consejo, me tomaré una manzanilla.

—Va a sacarle el dinero —dijo esta mujer de unos cincuenta años mal llevados a la que no quería ofender por lo que pudiera pasar.

—Pues tendría que haber elegido a otro porque no tengo mucho. Vivo a base de manzanillas y menús de nueve euros y el día que como no ceno.

—Ya es algo, a ésa le da igual.

—¿No cree probable, ni por lo más remoto, que pudiera enamorarse de mí?

—Ni de coña. Está loco si se hace esas ilusiones. Es patético que se le pueda pasar por la cabeza.

—Por la cabeza se pasan muchas cosas. No me diga que no piensa usted alguna vez en algún actor famoso al que jamás va a conocer.

—Un actor ¿como quién?

—Un actor, pues... no sé, como Tyrone Power por ejemplo.

—¿Como quién? Ése murió hace mucho, no sé ni la cara que tenía.

—Fue un galán clásico.

—A esa chica no le gustan los galanes, no le gusta usted. Vuelva a su casa. No me iría con la conciencia tranquila esta noche si no se lo dijera.

Le iba a decir que siempre me había parecido que estaba de parte de Sandra y que había sido una verdadera sorpresa que se preocupara por mí.

Agradecí que la manzanilla estuviera ardiendo para hacer tiempo porque sabía que en cuanto Sandra pudiese saldría pitando hacia aquí. Tenía que haber sucedido algo de fuerza mayor para que no viniese a la cita más importante que habíamos tenido y que probablemente íbamos a tener nunca, el descubrimiento del Gran Tesoro. Sin Sandra, sin sus agallas, habría sido imposible descubrirlo. Algún día tendrían que reconocerle su valor. Todo lo que yo había hecho en comparación con lo que había hecho ella no era nada porque yo estaba lleno de odio hacia aquella gente y en cualquier acción mía había una venganza personal, sin embargo ella lo hacía por todos. La camarera no tenía ni la más remota idea de quién era la persona de la que hablaba y que había juzgado con tanta bajeza. La miré con desprecio cuando me trajo la cuenta.

Escribí en una servilleta la palabra *éxito*. «Espero recado y que estés bien.»

Me eché la servilleta al bolsillo, recogí la carpeta y salí. Me senté unos minutos en nuestro banco y puse la servilleta bajo la piedra C.

Sandra

Tenía tiempo de mirar tiendas antes de reunirme con Julián. Había llegado al punto de encontrar un pequeño placer en el simple hecho de poder andar a mi ritmo y no al de los pequeños pasos de Karin o del mismo Julián. Porque aunque siempre hablásemos sentados, tardaba un siglo en poner la taza en el plato y en pagar y en ponerse el chaquetón. Así que el encontrarme a mi aire sin sentir el peso de Karin colgando de mi brazo era un deleite. Me encaminé a la calle de los artesanos y los artistas, donde se encontraban cosas únicas, zapatos hechos a mano, vestidos muy originales, cerámica, objetos de madera y cuero.

Iba mirando los escaparates y entrando y saliendo de las tiendas caprichosamente. Esto que antes de conocer a los noruegos, antes de Villa Sol, antes de Julián, antes de sentir un hormigueo en el estómago que no se me iba de ninguna manera, esto que antes hacía sin pensar ni darle importancia, ahora me producía sensación de libertad y de ser dueña de mí. Una de las tiendas que más me gustaba era de ropa artesanal de niños y vendían jerséis como el que yo intentaba hacer en Villa Sol. Y estaba estudiando una sisa cuando ante el escaparate, decorado con canastillas, con delicadas sábanas bordadas, toallas con puntillas y mil detalles para que un niño se sintiera entre algodones, vi pasar a Frida.

No era nada raro que me pudiera tropezar con ella en cualquier parte del pueblo, pero el verla fuera de los dominios de Villa Sol me sobresaltó y el hormigueo en el estómago se descontroló. Frida no encajaba en el mundo normal aunque nadie aparte de mí en esta calle se diese cuenta. Mi primer

impulso fue retirarme a un lado para que no me viese, pero luego me di cuenta de que iba andando obcecada, sin mirar a los lados. Probablemente también ella pensaba que yo no existía fuera de Villa Sol ni del control de los dos viejos y que ella podía descansar de observar y de estar pendiente de todo. Dejé el jerseicito en el mostrador y salí. Estaba casi segura de que Frida no volvería la cabeza. Hacía frío y llevaba sobre un jersey rojo un chaleco acolchado azul marino, mini-falda y botas de piel vuelta, y se había recogido el pelo en una trenza.

Entró en Transilvania, una pequeña tienda de regalos y salió con una bolsa grande. Por una vez en la vida no tenía cara de asesina. Parecía una chica casi normal, con algo de ilusión en la mirada. Continuaba sin importarle lo que ocurriera alrededor, y yo seguía con cierta comodidad sus fuertes pantorrillas asomando por las botas calle arriba. Sólo esperaba que no cogiera la bicicleta, porque yo había aparcado la moto bastante más abajo. Torció hacia el barrio de pescadores con paso cada vez más rápido. O llegaba tarde o estaba deseando llegar a dondequiera que fuese. Y aunque a mí a veces me costaba respirar, no estaba dispuesta a perderla de vista. El instinto me había puesto detrás de ella, y el instinto me obligaba a saber dónde iba. Podría haberme quedado mirando ropa para el niño y siendo libre, pero el querer saber qué estaba haciendo Frida era más fuerte que la libertad.

Se detuvo ante una taberna para mirarse en el cristal de la puerta. Se pasó la mano por la trenza y entró. En el cristal había un pulpo dibujado y no se veía bien, así que doblé la esquina y, como era de esperar, allí había un ventanal y por el ventanal se podía ver a Frida de espalda y a la Anguila de frente. ¡La Anguila! Me alejé un poco para observarlos mejor, ellos no podían verme a mí. ¡La Anguila! Hablaba ella, él la miraba. Ella sacó lo que llevaba en la bolsa. Era una chupa de cuero muy bonita. Él la cogió y sin apenas reparar en ella se la devolvió. Ella le cogió la mano, y él suavemente, sin brusquedad, la retiró. Hablaron, él recostado en la silla, pasándose de vez en cuando la mano por el pelo, y ella con los hombros y la cabeza echados hacia delante, hacia él. Yo estaba medio tapada por un

coche y no pensaba moverme de allí hasta que esta historia acabara. ¿Cómo podía confiar en alguien que se veía a solas con Frida?

Pasada media hora Alberto pagó y se levantaron. Frida le tendió la bolsa con la chupa y él al principio no la cogió, se había metido las manos en los bolsillos del chaquetón para no cogerla, pero ella insistió, le suplicaba con todo el cuerpo que no la desairase, y él no tuvo más remedio que aceptar. Incluso a mí la situación me puso tan tensa que me alegré de que cogiera la bolsa y se acabara de una vez con aquello. No me pareció prudente seguirlos, seguramente cada uno se iría por su lado, así que me fui a buscar la moto.

Subí al Faro todo lo rápido que pude y esperé a Julián diez minutos. Pensé que tal vez ya se había marchado, aunque como no había ninguna nota debajo de la piedra quizá no habría podido venir. Estuve a punto de preguntárselo a la camarera y afortunadamente enseguida me arrepentí, porque sólo habría servido para llamar más la atención sobre nosotros y encima lo único que como mucho podría sacar en claro era que Julián se había marchado.

8. Jabón, flor, cuchillo

Julián

Sentí un enorme alivio el día que Sandra me confirmó que Fredrik era Fredrik al encontrar la cruz de oro. Imaginaba lo mal que estaría pasándolo por no poder lucirla en el pecho ni enseñársela a nadie fuera de sus «hermanos». Sus hermanos estarían hartos de la dichosa cruz porque Fred era un advenedizo, ario, eso sí, pero en el fondo alguien que había llegado hasta el corazón del Reich para arrebatarles la gloria a otros, para ocupar un lugar. A él lo habían despreciado un poco y a Karin la habían temido, porque cuando Karin se embarcó en esto tenía muy claros sus objetivos: aproximarse al Führer y seducirle, contaminarse con su poder y mandar sobre el mundo. Corría la leyenda de que había intentado desbancar a la mismísima Eva Braun en el corazón de Hitler. ¿Sería el Führer capaz de enamorarse mientras cualquier ligero movimiento suyo provocaba oleadas de muerte? ¿Suspiraría por Eva o por Karin mientras en Auschwitz o Mauthausen mataba a miles de personas sólo con desearlo? ¿Qué vio Karin en sus ojos? ¿Vería en ellos todo el mal del mundo humano y del universo, de las estrellas y del cielo y el infierno, del futuro y del origen de la vida?

Ni siquiera Satanás, que se suponía que encarnaba el mal, se habría atrevido a ser todo el mal a la vez.

Pero no quería que estos pensamientos me distrajesen de lo fundamental, y lo fundamental consistía en conocer los pasos de Aribert Heim o, mejor dicho, el Carnicero de Mauthausen. Pertenecía al grupo pero hacía una vida un poco aparte. Pasaba prácticamente todo el tiempo en el *Estrella,* anclado en el puerto, haciendo crujir su bonita y agradable madera.

Se pasaba las horas muertas limpiándolo y cuidándolo y cuando no estaba en el barco estaba en la lonja comprando el mejor pescado al mejor precio. Cuando había buena langosta, gamba roja y rodaballo volvía más deprisa al barco, loco por probarlos.

Era evidente que había hecho del barco y de la comida el centro de su vida. Aun en invierno iba en pantalón corto. La constante vida al aire libre le había mantenido fuerte, sobre todo las piernas, con músculos y nudos. Las mías por el contrario estaban flacas y blancas, casi azuladas. Andaba encorvado, lo que le hacía parecer un animal obcecado con un objetivo fijo. No miraba a los lados, y si miraba no se notaba. Sus destinos eran el barco, la lonja y el supermercado, no necesitaba más. Con frecuencia salía del barco un intenso olor a pescado asado y se le veía cenar a solas esos extraordinarios manjares con una botella de vino, que se suponía bastante buena. Tras el festín permanecía repantigado mirando el firmamento, y cuando el espectáculo del firmamento se acababa, se iba abajo a ver la televisión, puesta a todo volumen porque debía de estar sordo de algún oído.

Estaba seguro de que Salva lo había localizado aquí y que le había estado observando como yo lo observaba ahora mismo y que habría pensado en mí en esos momentos. Y como yo se habría preguntado cómo se comportaría semejante psicópata en la intimidad con sus mujeres, con la legítima y con la amante, con los hijos. ¿Se olvidaría en esos momentos de sus impulsos asesinos?

Era el más aburrido de la Hermandad, metódico hasta dar asco. Tenía comprobado que tardaba una hora en ir y venir tanto del paseo del supermercado como de la lonja, a veces en la lonja tardaba más, pero nunca menos. Y tardaba una hora en cenar y mirar las estrellas. Tenía un coche aparcado en un garaje de una casa de vecinos del puerto y hasta este momento sólo lo vi sacarlo una vez, quizá para ir a reunirse con sus amigos. Era un coche grande, brillante, impoluto, quizá también lo sacase para hacer una compra grande, lo que ocurriría de tarde en tarde. Mientras le estuve observando, todo lo que necesitaba cabía en dos bolsas y las transportaba una en cada mano.

Hacía dos o tres días, aprovechando que se había marchado en dirección a la lonja, que era donde más tiempo pasaba, me colé en el barco. Podía verme alguien, pero corrí el riesgo, lo hice rápido y de forma natural. Lo que había en cubierta ya lo tenía más que visto, así que bajé las escaleras tan relucientes como todo lo que veía. Un santuario para un cerdo. Olía a café recién hecho, las cortinillas eran de pequeños cuadros rojos. En los cajones de la cocina, los cubiertos estaban perfectamente organizados y, en los armaritos, la vajilla y la cristalería. Cogí un cuchillo por si venía antes de tiempo y me lo encontraba frente a frente.

En el frigorífico tenía *tuppers* con el nombre escrito de lo que contenían y hasta había instalado un conservador de cristal de botellas de vino. En el baño no faltaba un detalle y olía a flores. En una jabonera de plata había reunido pequeñas pastillas de jabón de las que ponen en los hoteles. Cogí una y me la eché en el bolsillo de la chaqueta. Salí al salón dormitorio. Había florecillas naturales en un jarrón y también cogí una que fue a hacerle compañía a la pastilla. En un miniarmario había colocado los calzoncillos y los calcetines en primorosos montones. Unas gafas de cerca reposaban en un estante y estuve a punto de cambiarlas de sitio para desconcertarle, aunque sabía que notaría lo de la florecilla y la pastilla, y tenía la esperanza de que pensara que estaba perdiendo facultades.

¿Dónde guardaría los cientos de notas que había tomado de sus experimentos? En algún sitio tendría que haber cuadernos escritos a mano, donde apuntaba absolutamente todo lo que hacía. Algunos de esos cuadernos habían servido para juzgarlo y condenarlo, pero tendría que haber más. Con toda seguridad se las habría arreglado para llevarse con él material que le recordase sus días de gloria cuando él era Dios y los seres humanos cobayas. Incluso ahora seguía anotando lo que hacía, porque no dejar de ser como era, aunque no pudiera hacer todo lo que le pedía el cuerpo, le permitía vivir mejor que otras personas que no habían matado nunca. Yo también apuntaba mis pasos, en eso nos parecíamos, así que me pregunté dónde escondería yo aquella información. Por supuesto él contaba con que nadie la entendería porque estaba en alemán y que nadie la buscaría

porque nadie sabía quién era. Un viejo extranjero en un barco. ¿Cómo se haría llamar?

Yo no guardaría los cuadernos en cajones, ni en el altillo del pequeño armario, ni entre la ropa, ni entre los pliegues de una manta doblada. Si nadie los iba a buscar, ¿por qué tendría que esconderlos? Los pondría a la vista entre cosas parecidas. Se me puso la carne de gallina cuando cogí uno. Estaban en la estantería ordenados como libros. Les había puesto las tapas de novelas de aventuras.

Volvería.

Salí como había entrado, limpié con el pañuelo la escalera, y ya en el muelle me di cuenta de que no había devuelto el cuchillo a su sitio. Me lo había metido en el bolsillo del chaquetón y allí seguía. Yo sí que estaba perdiendo facultades. Iba a tirarlo al mar, pero me contuve. Quién me iba a decir que a este hombre, cuyo solo nombre producía terror, que este hombre que había despojado de todo, incluida la vida, quién me iba a decir entonces que le iba a quitar de su propia casa una pastilla de jabón, una florecilla y un cuchillo. Me marché a ver a Sandra.

Sandra

Al no encontrar a Julián en el Faro no pude contarle que había descubierto que Frida estaba enamorada de Alberto y que eso podría convertirla en una enemiga aún más peligrosa. Me metí en la cama pensando que cada vez debía tener más tacto con los noruegos y con Frida. Tratar con ellos era como andar por un alambre. Lo mejor era darles la sensación de que me manipulaban más de lo que creían, y no podían manipularme porque Julián neutralizaba el poder con que Karin intentaba dominarme constantemente, la verdad que con éxito muchas veces. Estaba acostumbrada a imponer su voluntad y a tratar a los demás como juguetes. La tensión me estaba machacando físicamente. Y encima después de lo que había visto por la tarde no estaba nada segura de a qué estaría jugando Alberto.

En cuanto apagué la luz vi a los monstruos que se ocultaban dentro de los cuerpos humanos normales de los «hermanos» y vi que yo era un juguete para ellos y que cuando se adueñaran de mí completamente también se adueñarían de mi hijo. De alguna manera estar en sus retorcidas mentes, estar en sus pensamientos, era entrar un poco en el infierno. Pero al hacerse de día y como por arte de magia, como si se hubiese corrido un velo, todo cambió, y ellos dejaron de ser tan peligrosos y yo pensé que me había dejado llevar por el pánico. También achaqué mi tendencia a exagerar estas situaciones al hecho de que eran desconocidas, de que no las había vivido antes, pero también a la revolución hormonal que sufría y que me hacía más

inestable. Por lo menos todo el mundo decía eso de la revolución hormonal, y puede que esa revolución hubiese cambiado el mundo para mí.

Me levanté tarde para el horario noruego. Fred ya no estaba, se habría marchado a sus quehaceres de la Hermandad, y Karin me pidió que bajara al pueblo y le trajera unas cremas y unas revistas. Era una manera de darme libertad, y vi el cielo abierto. Me consumían las ganas de saber si ya tendríamos los resultados de los análisis, y eso me animaba porque iríamos sobre seguro. En el fondo deseaba que el famoso líquido se mereciese tantas idas y venidas, los ratos de enorme nerviosismo y el miedo. Esperaba no haber hecho una montaña de nada.

Como se trataba de un recado para Karin, cogí el todoterreno y en un cuarto de hora estaba leyendo una nota que Julián me había dejado bajo la piedra, donde decía que el resultado de los análisis había sido un éxito. Yo le dejé otra diciéndole en pocas palabras que esta misma tarde me pasaría de nuevo por aquí a la hora acostumbrada por si estaba.

Hice los recados en un periquete. Me pasé lo que quedó de mañana paseando por el jardín, respirando el aire fresco y bebiendo mucha agua para rebajar las flemas. Karin estaba dentro escribiendo cartas y dándose cremas hasta que llegó Fred y nos tomamos una sopa que había dejado hecha Frida. Puse la mesa con los mantelitos bordados y los platos del filo dorado y esperé a que la probaran ellos primero, lo que me produjo una sensación extraña. ¿Sospechaba que me querían envenenar? ¿Me estaría volviendo tarumba? ¿Cómo se puede tener la seguridad de estar cuerdo al cien por cien? ¿Era razonable haberle hecho tanto caso a un anciano como Julián? A mí las continuas peleas de mis padres me habían perturbado mucho y a Julián una vida tan larga también podría haberle trastornado. Los pirados no saben que están pirados. Vi cómo se llevaban un par de cucharadas a la boca y entonces probé la sopa. Estaba buena, tenía trozos de pollo y verduras. Me estaba tomando esta sopa hecha por una desconocida con unos ancianos desconocidos, pero que ya, quisiera o no, formaban parte de mi mundo. Y mientras se echaban la siesta (Fred dormitando en el sillón

con la televisión encendida y Karin roncando en el sofá tapada con una manta) me marché al Faro en la moto.

Julián estaba allí. Se le había ocurrido subir a mirar por si le había dejado algún recado y también por si me encontraba. Habíamos pensado lo mismo. Había habido suerte.

Estaba loco por contarme que las ampollas que a Fred y Karin les costaban una fortuna y que acabarían arruinándoles no tenían ningún misterio, se podían fabricar sin problemas. Para estos viejos nazis en el fondo no había pasado el tiempo, soñaban que sus científicos, de una raza superior que el resto de científicos, habían logrado con sus experimentos dar con la clave de la eterna juventud entre otras cosas. Aún vivían de aquellas fantasías de grandeza que les hacían tragarse sus propios engaños. Habían intentado retorcer el mundo para convertir sus ideas fantasiosas en realidad. Seguramente sólo uno de ellos sabía que no eran tan poderosos como creían.

No le conté a Julián que había sorprendido a Alberto y Frida juntos porque era difícil de explicar. De habérselo dicho también tendría que haberle confesado que ya no sabía dónde terminaban sus maldades y dónde empezaban mis imaginaciones.

En lugar de esto, le dije que después de lo que me había contado de Elfe, de sospechar que la habían matado y de lo que sabía que eran capaces de hacer, me preocupaba la integridad física del inquilino de la casita. Karin le había tomado ojeriza, le aborrecía y me había dicho que pensaba mandar allí a Martín a darle una lección.

Julián

Tenía un demonio dentro, no lo podía evitar. ¿Por qué hacía estas cosas? ¿Por qué tenía esta actitud con Sandra? El demonio había estado dormido muchos años y acababa de despertar. Lo sentí cuando Salva se enamoró de Raquel en aquel infierno y lo sentía ahora, con la diferencia de que ahora no lo podía dominar, actuaba solo, era más rápido que yo y más listo. El demonio quería que Sandra siguiera siendo como la conocí, una chica desorientada, que no sabía lo que quería. El demonio no quería que estuviera enamorada de la Anguila y que la Anguila pudiera apartarla del viejo Julián. Hasta ahora Sandra y yo habíamos formado un equipo, compartíamos un secreto. Y de pronto todo eso podía cambiar y el demonio no quería que me quedase solo. Pero yo, cuando el demonio se distraía, no quería que a Sandra le ocurriese algo irremediable, que sufriese un tremendo desengaño que la dejase tocada para el resto de su vida, prefería ir poniéndole la verdad ante los ojos y esperaba que decidiese volver a su vida de siempre.

Le había prometido a Sandra acercarme por la casita aun sabiendo que era una tontería. Sandra tenía miedo de que el inquilino, un profesor que no podía tener la más remota idea de quién había posado sus ojos en él, corriera la suerte de Elfe. Ni Karin ni ninguno de ellos podían permitirse el lujo de eliminar a los que les cayesen mal, sobre todo si no suponían ningún obstáculo en su camino. Sin embargo, por nada del mundo querría engañarla otra vez y fui a la «casita» a comprobar si seguía vivo el inquilino.

Fue como regresar al pasado. Dejé el coche en el entrante de tierra, que siempre parecía reservado para mí, y anduve por el camino dejándome empapar por aquel olor a flores y por el piar de los pájaros, tan concentrado que te dejaba sordo. La calle estaba levemente inclinada hacia abajo, la tranquilidad era absoluta. En este porche había hablado con Sandra por primera vez. Me detuve ante él y me pareció que iba a salir la auténtica Sandra de los piercings y los tatuajes, la chica de la playa que se dejaba llevar por la vida porque la vida era transparente y fresca como el agua de un río. Pero ahora estábamos en otra vida y en otro río.

A mi espalda alguien me preguntó si quería algo. Debía de ser el inquilino, con el pelo revuelto y una cartera en la mano, debía de venir del instituto.

—Me envía Sandra, la hermana de la dueña. Quiere saber si todo va bien y si necesita algo.

—¿Que si necesito? Vaya pregunta, necesito más mesas y más estanterías. Esta casa parece de juguete.

Pasé detrás de él.

Abrió la puerta sin llave, sólo empujándola. Tiró la cartera en el sofá y me señaló los montones de carpetas en el suelo, los libros apilados, los papeles que cubrían la mesa del comedor.

—Bueno, estas casas son de veraneo.

—¿Y qué hago yo? —preguntó limpiándose las gafas con el pico de la camisa—. Dígale que no he podido encontrar la carpeta.

—No sé... ¿Se lee todo esto?

—Nadie se lo lee todo, pero hay que tenerlo por si hace falta en algún momento.

—Me llamo Julián —dije tendiéndole la mano.

—Juan —dijo él sin tendérmela.

—Perdone la pregunta, ¿no cierra la puerta de la calle?

Me miró con la cabeza un poco gacha como si le hubiese pillado en una falta y fuese a castigarle.

—He perdido la llave. Dígaselo si quiere y que me eche de aquí para que tenga que buscar otra casa tan absurda como ésta y tenga que trasladar todas mis cosas.

—No se preocupe, no diré nada. No creo que nadie entre aquí para llevarse los libros.

—En ese caso —dijo sentándose a la mesa ante un millón de folios— ha sido un placer.

—¿Qué tal las clases? —dije yéndome hacia la puerta.

—Un tostón. Son unos mendrugos.

—¿Y tiene todos los días?

Pude sacarle que su horario era de tres a siete de la tarde, a veces de tres a seis y algún día de tres a ocho.

Ya no tenía que pensar qué estrategia seguir, qué pasos dar, el plan se iba trazando solo. Poco a poco se había ido montando un mundo a mi alrededor invisible para otras personas, un mundo en el que yo tenía algo que decir y que hacer. Así que en cuanto cumplí con el recado de Sandra, en cuanto me subí al coche, ya sabía lo que tenía que hacer.

Tenía que ir de nuevo al barco del Carnicero ahora que él estaría comprando o dando un paseo, la única casa o morada de toda la Hermandad que era accesible, probablemente porque llevaba muchos años viviendo así sin que le ocurriera nada y no tenía por qué recelar. Pasar desapercibido, camuflarse, ser uno de tantos, no tener aparentemente nada que ocultar era más seguro para él que rodearse de muros y vigilancia. Sin embargo, de pronto, una pastilla de jabón menos, una floréenla menos, un cuchillo menos. Pero ¿quién iba a entrar en el barco para coger estas cosas?, sólo podría achacarlo a un despiste suyo.

Me quedé en calcetines para bajar la escalera. Todo estaba como la última vez. Ser tan intensamente organizado le daría sensación de estabilidad y de que su pequeño mundo no podía cambiar. Le entendía porque a mí me pasaba igual. Si me cambiaba las gafas de bolsillo, me hacía un lío. Así que volví a poner la pastilla en su sitio, el cuchillo en el

suyo y las flores no las toqué. A continuación cogí de las estanterías todos los cuadernos escritos de puño y letra de Heim que pude cargar. Salí, me puse los zapatos y esperé sentado en un banco de enfrente a que llegara.

Entró con sus fuertes piernas nudosas y la cabeza dirigida al suelo y bajó al recinto sagrado. Tenía frío pero esperé hasta verle salir a cubierta. Dio zancadas de un lado a otro y volvió a bajar. En los catamaranes de los lados no había nadie y a nadie podía preguntar si habían entrado en su barco. ¿Y por qué iba a entrar alguien para hacer aquella tontería? Trataría de ser prudente y consideraría que él no había visto bien y que había pensado que faltaba algo cuando en realidad no faltaba. Decidió volver a bajar. Al subir de nuevo escudriñó el suelo de cubierta como debió de escudriñar el de dentro y las escaleras. Y en un momento determinado sacudió la cabeza como diciéndose a sí mismo que esto era una tontería y que no merecía la pena pensar más en ello.

Pero al día siguiente, antes de acudir a mi cita con Sandra, en la hora en que él solía ir a la lonja o a darse una vuelta en tierra firme, no salió. Seguramente quería comprobar si algo se movía, si desaparecía o aparecía mientras él estaba allí. La semilla de la inseguridad en sí mismo estaba sembrada, ahora sólo había que esperar a que creciera. Estaba seguro de que empezaría a hacer por sí mismo lo que habría hecho yo. Él mismo se encargaría de regar la planta de la sospecha. Día sí y día no me pasaba por allí, no quería perder de vista al Carnicero. Me dolía verle y al mismo tiempo no podía dejar de verle en sus tareas cotidianas de limpiar su querida cubierta como en otros tiempos había hecho esas otras tareas cotidianas de cargarse a seres humanos con el mismo primor y organización.

En cuanto Sandra se metía en el bunker de Villa Sol nos quedábamos incomunicados y no sabía cuándo podría tranquilizarla diciéndole que el inquilino estaba bien y que por muy locos que estuvieran todos ellos no iban a jugársela por un capricho de Karin.

Había que esperar a vernos en el Faro a las cuatro de la tarde día sí y día no para contarnos las novedades, salvo que Sandra se las arreglase para

dejarme algún mensaje en el hotel, en el buzón del Faro o que yo me dejase ver cuando traía al pueblo a Karin a gimnasia. Lo bueno de que seamos animales de costumbres es que acabamos teniendo un horario más o menos fijo. Yo mismo, a pesar del tipo de vida en el que estaba metido en estos últimos tiempos, sin rendir cuentas a nadie y teniendo que aprovechar cualquier oportunidad que se me presentase para seguir con mis pesquisas sobre la Hermandad, no tenía más remedio que hacer un alto al mediodía para descansar y acostarme temprano por la noche.

Tenía que administrar mis energías y no saltarme la medicación. Y gracias a este viaje me había dado cuenta de que sabía cuidar de mí mismo. Me vigilaba como si estuviera fuera de mí y me obligaba a beber agua aunque no tuviera sed y a comer aunque no tuviese mucha hambre, también me obligaba a hacer estiramientos al levantarme por la mañana, unos minutos de gimnasia sueca que Salva me había enseñado a hacer en el campo, sobre todo cuando llegamos allí. Al final ya no nos quedaba fuerza ni para respirar, pero hasta ese momento Salva decía que el ejercicio venía muy bien para la cabeza porque activaba la circulación de la sangre y el transporte de oxígeno al cerebro. Y después de que intentase suicidarme de aquella manera tan pobre y tan lamentable no dejé de hacer las flexiones ni un solo día.

No se me ocurría cómo penetrar en ese otro mundo de Sandra cuando me vino a la mente la afición de Karin por ir al centro comercial. Eran las siete y media de la tarde, así que lo más probable es que Karin le pidiese a Sandra dar una vuelta por allí. Y aunque tenía pensado acercarme por el Nordic Club por si tenía suerte y veía a Sebastian Bernhardt, tiré hacia el centro comercial.

Estaba hasta los topes. Cerca de nuestra casa en Buenos Aires también había uno y a Raquel le encantaba ir por allí tarde sí y tarde no. A mí al principio me repateaba, me parecía una pérdida de tiempo, tenía cosas más importantes que hacer, como ir detrás de tal o cual nazi, pero con el tiempo noté que me relajaba, noté que allí me olvidaba de todo y sólo pensaba en lo que veía, era como darse una vuelta por el cuerno de la abundancia, por la cueva de Alí Baba. Allí estaba todo, lo que necesitabas y lo que no

necesitarías nunca. Así que no me importaba meterme en este supermercado y aprovechar para comprarme unos calcetines y unos pañuelos de tela. Mi hija me decía que era más higiénico sonarse con pañuelos de papel, pero a mí me gustaba el contacto del suave algodón en la nariz y no pensaba renunciar a esto. No sé si eran lujos o manías porque tampoco soportaba los calcetines de fibra sintética, tenían que ser de fibra natural y los calzoncillos de algodón cien por cien, como las camisas. Necesitaba que la carrocería de mi cuerpo fuese suave y cómoda y que la notase lo menos posible. Y cuando veía a los viejos de la Hermandad pensaba que también ellos tendrían sus manías, como las camisas anormalmente anchas de Fredrik, y que habíamos llegado al mismo punto, unos por el camino de los verdugos y otros por el camino de las víctimas. Habíamos llegado al borde del precipicio.

No llegué a entrar en el centro comercial propiamente dicho. Nada más aparcar entre dos columnas y abrir la puerta del coche alguien vino por detrás y me empujó contra una de las columnas. Me golpeé con el cemento en la espalda y la cabeza. Como aún tenía las llaves en la mano se las clavé a aquel energúmeno en el estómago lo más fuerte que pude, pero me encontraba tan cerca que no llegué a herirle, se separó y me retorció la muñeca en que llevaba las llaves. Era la Anguila.

Le pedí que me dejara.

—Te dejaré si te alejas de Sandra.

—¿Sandra? —pregunté.

—Sí, Sandra —contestó retorciéndome un poco más la mano.

—Está bien —dije soltándome como pude, porque si me hacía más daño ya sí que no podría volver a ver a Sandra.

—Está bien —repetí—. *¿A* qué viene esto?

En la mirada de la Anguila no había ira, estaba llena de cansancio, de tristeza quizá.

—Márchate y no vuelvas a acercarte a Sandra.

Con una de las manos me apretaba el cuello y le pedí que me soltara si no quería que me muriese allí mismo. Cuando estuve libre, carraspeé y me cogí la mano retorcida con la otra. Esto me iba a costar caro, me dolería todo el cuerpo varios días. Abrí el coche y me senté. Él me veía hacer.

—¿Quién eres? ¿Por qué has venido a este pueblo?

—Un amigo me invitó a venir pero cuando llegué él había muerto. O volvía a hacer otro largo viaje de vuelta o me quedaba. Decidí quedarme, hacía mucho que no tenía vacaciones.

La Anguila sabía que no le decía toda la verdad. Se sentó en el asiento de al lado y se encendió un pitillo sin pedir permiso. Evidentemente alguien que me acababa de pegar no iba a tener miramientos de esa clase.

—¿Y de qué conoces a Sandra? —dijo mirando alrededor. Estaba considerando que llevaba muchas cosas en el coche. Vio la manta del hotel, el agua, las manzanas, los prismáticos, un cuaderno, periódicos. Si ahora no se le ocurría ponerse a registrar se le ocurriría más tarde.

—La conocí en la playa y nos hicimos amigos. Cuando nos vemos, nos saludamos.

—Es mucho más que saludaros. Pasáis mucho tiempo juntos. Os citáis con frecuencia.

Su tono era malicioso. La muñeca y la mano me dolían bastante.

—Quizá Sandra se siente sola y necesita hablar con alguien. No seré el hombre de sus sueños, pero puede contar conmigo. Por lo menos yo no la engaño, no le creo falsas ilusiones y no me dedico a ver cómo lo pasa mal mientras yo continúo con mi vida de Don Juan.

Lo de Don Juan le provocó una mueca burlona en la boca.

—Perjudicas a Sandra dejándote ver con ella. Imagino lo que buscas e imagino que Sandra se ha cruzado en tu camino e imagino que se te ocurren mil cosas que Sandra podría hacer para ayudarte, pero también imagino que no querrás morir precisamente ahora que tus sueños podrían cumplirse o ahora que por lo menos tienes sueños.

—Hace mucho que para mí la vida es pura propina.

—Eso era antes, ahora no quieres perderla. Y créeme, como te volvamos a ver con ella, se acabó, ¿me entiendes?

Afirmé y por fin la Anguila salió del coche.

Se me quitaron las ganas de entrar en el centro comercial a comprarme los calcetines.

Lo mejor sería marcharme al hotel antes de que el cuerpo se me enfriara y no pudiera moverme.

Conduje con la mano buena, la derecha, sujetando el volante, y con la magullada en los cambios de marcha. Saqué fuerzas de no sé dónde para dejar el coche lo más oculto posible y antes de subir a la habitación me pedí un vaso de leche caliente en el bar del hotel y me lo llevé a la habitación. Me temblaban las manos, no de miedo, sino de cansancio. Aunque aún era pronto, estaba deseando tomarme la medicación, quitarme las lentillas, ponerme el pijama y meterme en la cama. No retiraría el cobertor acolchado porque necesitaría todo el calor posible y olvidarme de Sandra y de lo que le pudiese estar ocurriendo para ser capaz de funcionar al día siguiente.

Cuando ya tenía puestas las gafas de culo de vaso, llamaron a la puerta. No me parecía éste el momento más apropiado para que llegara el fin. Si de verdad hubiesen querido liquidarme, tendrían que haberlo hecho en el parking del centro comercial, vestido de calle y con el coche al lado, como si fuese un robo. Ni siquiera habría merecido una nota en los periódicos. Por el contrario llamaría muchísimo la atención que asesinaran a un anciano completamente indefenso en la habitación de un hotel. Así que pregunté quién era.

Entró Roberto mirando la suite como si quisiera comprobar que no faltaba nada. A mí ya no me parecía tan impresionante como antes, me había acostumbrado y encontraba que era un quiero y no puedo de suite.

—¿Se encuentra bien? Los de la cafetería me han dicho alarmados que tenía la cara descompuesta y mucho temblor en las manos.

Vio el vaso de leche sobre la mesilla y luego observó que me cogía una mano con la otra.

—Me he resbalado y me he hecho daño.

—Deje que le eche un vistazo —dijo.

—Me duele por la contusión, pero no es nada.

Insistía en que tendrían que hacerme una radiografía, pero yo le dije que ya tenía el pijama puesto y que no pensaba salir del hotel.

—Sólo quiero descansar.

Empecé a pensar que quizá Roberto el de la gran peca era mi amigo y que podría contarle qué hacía aquí y entregarle el álbum de fotos de Elfe y los cuadernos incriminatorios de Heim y los míos. Demasiado fácil, demasiado amigo y demasiada debilidad por mi parte. Deseché la idea a pesar de que volvió a subir con pomada y una venda que me colocó muy bien colocada y que le agradecí mucho.

Soñé que la Anguila le retorcía la mano a Sandra y que le dolía, que le latían las articulaciones de puro dolor y que yo se la vendaba. Pero cuando desperté, a quien le dolía la mano era a mí y no podía hacer nada por Sandra si no quería salvarse. Podría huir de Villa Sol aprovechando cualquiera de los momentos en los que bajaba al pueblo. Podría ir a la estación de autobuses y desaparecer. Aunque yo pudiese entrar en la casa, inmovilizarlos a todos y cogerla de la mano para sacarla de allí, ella no querría, se había envenenado con ideas de venganza, de justicia o de acabar lo que había empezado o de enamoramientos. Así que debía pensar en asuntos más prácticos.

De un momento a otro me desvalijarían el coche. Ellos sabían que yo guardaba pruebas y que no las iba a ocultar en el hotel, así que el coche se convertía en la mejor opción. No tuve que pensar mucho. Desde que estuve en la «casita» hablando con el inquilino, me venía a la mente una y otra vez el caos de libros y papeles en que vivía hundido el profesor. Allí no llamarían la atención los cuadernos y el álbum, o no se la llamaría a él. Tenía tanto que leer que no buscaría por la casa más papeles aún.

Me tomé un gelocatil con el desayuno. No tenía hambre, pero no podía desfallecer y como hacía sol sin viento, pensé que lo mejor sería acercarme por la playa para fortalecerme con sus rayos. Me sentaría junto al muro donde el sol pegaba más fuerte, luego volvería al hotel a tumbarme un rato en la cama y a eso de las tres y pico me acercaría por la casita.

Todo ocurrió como había previsto. Esperé hasta ver salir al inquilino con la cartera y subir a un Renault de tercera mano por lo menos, y entré sin problemas. Si me sorprendía, tenía pensado decirle que estaba tomando medidas para las estanterías, pero no hizo falta. Abrí la pequeña verja y en varias zancadas estaba ante la puerta de la calle, que se abrió con suavidad. Entre montañas de papeles y carpetas logré alcanzar la escalera. En las habitaciones de arriba enseguida deduje que la suya era la que tenía la cama revuelta y periódicos y revistas por el suelo. Había alguna *Playboy* y no quise mirar más. En el resto de los cuartos parecía que entraba menos. Uno de ellos, el más grande, tenía dos camas (recordaba vagamente que la había visto cuando Sandra me enseñó la casa) y dos mesas de estudio con cajones a los lados y en una pared una estantería con libros del colegio de los que debían de ser los sobrinos de Sandra. No creía que al inquilino fueran a llamarle la atención aquellas cosas, y de interesarle ya las habría investigado, así que abrí uno de los cajones. Había cuadernos y folios cosidos con dibujos desde primaria. Sólo a sus padres podría interesarles, así que metí debajo el álbum de fotos de Elfe, y los cuadernos de Heim y los míos los coloqué de forma apaisada detrás de los libros de texto. Era imposible que nadie que no los buscase expresamente los encontrara. Y si dieran con ellos por casualidad no sabrían interpretar las anotaciones de Heim ni qué hacer con el álbum.

Salí bastante aliviado con la certeza de que ni la Anguila ni ninguno me relacionaban con la casita, por lo menos no se les ocurriría sospechar que era mi caja fuerte. Lo que ya no me gustaba tanto es que pudiese entrar cualquiera, por lo que mañana, día que nos tocaba vernos a Sandra y a mí, le contaría que había visto al inquilino en perfecto estado y que sería conveniente darle una llave nueva.

Después me fui a Urgencias del hospital para que me vieran la mano.

Sandra

Le entregué una llave nueva de la casita a Julián, y él se ofreció a llevársela al inquilino. Me había guardado una por si surgía una emergencia y mira por dónde había surgido. No pensaba decirle a mi hermana que hoy por hoy cualquiera podría entrar en la casa y desvalijarla porque no quería que viniese y que pusiera mi mundo más patas arriba de lo que ya estaba. Julián estaba hecho polvo, se había resbalado en el parking del centro comercial y se había torcido la mano, pero no era nada. En Urgencias le habían puesto una venda elástica.

Yo quería estar el mínimo tiempo posible con él en el Faro por si acaso iba Alberto por casa de los noruegos y me pillaba fuera, lo que me habría trastornado mucho. Aunque a veces estar tanto en la casa para que al final no apareciera me trastornaba más aún. Incluso a veces se me pasaba por la cabeza mandarle un recado con Martín cuando venía a traerle las inyecciones a Karin o a hablar con Fred en la salita-biblioteca, pero luego me echaba para atrás, como si el mismo Alberto me pidiese que no dijera nada. Sólo aquel beso en el puerto, la confesión de Julián de que le había visto con otra y ninguna demostración de interés por su parte después de aquella noche y a mí me preocupaba qué querría que hiciera yo. ¿Sería cretina?

¿Qué querría que hiciera?

—¿Has hecho muchas tonterías por amor?

La pregunta pilló por sorpresa a Julián. Y no debía de haber hecho muchas porque tuvo que pensarlo demasiado. La noche en la costa era

húmeda y negra y se metía en los huesos. Las urbanizaciones de veraneo estaban poco iluminadas, luces aisladas, que daban más sensación de oscuridad. Todo eran estrellas y la luna en cuarto menguante, el mar rugía invisible. La luz del Faro lo hacía asomar cada minuto entre las tinieblas. Allí se estaba fuera del mundo conocido, se estaba completamente solo en el planeta junto con otros que también estaban solos.

—No he hecho muchas, la verdad —dijo—, no he necesitado hacerlas, sólo he amado a una mujer y ella me correspondió enseguida y nunca me puso en el trance de tener que hacer nada fuera de lo normal.

—¿Y esto que estás haciendo, por qué lo haces? ¿Por qué has venido aquí?

—Por amistad y por odio —dijo levantando la taza de café con la mano vendada—. Vine por amistad hacia mi amigo Salva y me he quedado por odio hacia los monstruos que tú conoces.

—¿Y por nada más?

No sé por qué hice esta pregunta. Le obligó a Julián a retirar la mirada hacia otro lado, hacia la camarera.

—Estoy viviendo, me siento vivo, estoy corriendo riesgos, aquí tengo algo que hacer y lo estoy haciendo sin recurrir a mi hija, aunque creo que Raquel, escondida en algún rincón de mi cabeza, me ayuda mucho.

—¿Y por nada más? —repetí sin ninguna intención, preguntándome por qué Alberto habría querido quedarse con *Bolita.* Los noruegos no sabían que lo tenía él, por lo que el perro se había convertido en un maravilloso secreto entre los dos.

—Tienes razón, no lo estoy haciendo solo, lo estoy haciendo contigo. Jamás imaginé que fuera a ocurrirme algo así. Cuando llegué aquí, Salva ya no estaba, pero estabas tú y no me ha importado el cambio —miró un poco hacia arriba como para que su amigo Salva le perdonara—. Las situaciones no se repiten exactamente iguales, y en ésta uno de los dos sobraba, uno de los dos tenía que dejarte sitio a ti.

—¿Crees que está todo planeado, que las cosas no ocurren porque sí? ¿Crees que en ese plan estaba previsto que tú y yo estuviéramos ahora aquí tomándonos un café y un zumo?

—No, no lo creo, era una manera de hablar. Somos nosotros los que vamos uniendo esto con aquello para darle un sentido bonito, pero en el fondo todo es salvaje y brutal.

—Los sentimientos no se pueden dominar, o se tienen o no se tienen —dije pensando que nunca pude sentir por Santi lo que sentía por Alberto aunque Santi se lo mereciese mucho más.

—Sandra, he sido muy torpe contigo, no he estado a la altura, soy un viejo egoísta.

Cuando le iba a pedir que no se mortificara y que alguien tenía que enseñarme las cosas que él me había enseñado, la camarera puso el plato con la cuenta con un brusco golpe en la mesa. Era un platillo marrón oscuro con una pinza que sujetaba la factura y que serviría para que en el buen tiempo, cuando pusieran afuera la terraza, el viento no la arrancara.

Me llevé la imagen del platillo con la pequeña propina que había dejado Julián hasta casa. Cuando llegué, indagué qué visitas habían ido por allí, y los noruegos me preguntaron dónde había estado yo, por lo que quedamos empatados.

Julián

Salva, si me hubieses visto entrando y saliendo del barco de Heim a mis anchas. Salva, si pudieras ver esto, pensaba ante el espectáculo de Heim, *el Carnicero,* volviéndose loco. Sabía lo que sentía porque perder la memoria era, de todo el fango de la vejez en que uno acaba revolcándose, lo que más me aterraba. Y por muy distintos que fuésemos Heim y yo, en este punto podíamos coincidir. Primero fueron la pastilla de jabón, la florecilla del jarrón y el cuchillo. Desaparecieron y luego aparecieron, lo que para un hombre tan metódico y organizado, que ordenaba el mundo que le rodeaba al milímetro, debió de ser bastante inquietante. Y ahora los cuadernos con las anotaciones de sus salvajadas en Mauthausen. ¿Dónde los habría puesto?, se preguntaría, ¿por qué los habría quitado de las estanterías donde los había guardado camuflados en tapas de libros normales?, ¿habría entrado alguien al barco? No, nunca había entrado nadie, y aunque hubiesen entrado tendrían que haber sabido muy bien lo que buscaban. Y en tal caso el que hubiesen robado los cuadernos nunca explicaría la sensación de haber perdido y encontrado el cuchillo. Seguramente alguna vez habría pensado en la posibilidad de cambiar de sitio los cuadernos, ¿y si hubiese acabado haciéndolo y no lo recordara?

Fue un martes por la mañana, con buen tiempo aunque con suficiente fresco para no ir como él en pantalón corto, cuando me dediqué a contemplar cómo Heim sacaba a la cubierta prácticamente todo lo que había abajo. La llenó de libros, de sábanas, mantas, de cacerolas, de más cuadernos de tapas negras de hule que yo no había encontrado. Subía y

bajaba. Al final, se sentó en la hamaca plegable en que solía dormitar tras las comidas a revisar una por una cada cosa, que iba apuntando en otro cuaderno de tapas negras. Alguna vez se cogió la cabeza entre sus enormes manos y luego continuó con la tarea. Todo lo que iba anotando lo iba bajando a su lugar correspondiente, así estuvo varios días mañana y tarde. Yo le observaba a saltos, un rato por la mañana y otro por la tarde, siempre saboreando un rico café *espresso* en un bar de enfrente y pensando en Salva y en lo que daría por que me acompañara. Había estado tentado de contárselo a Sandra, pero pensé que era mejor para ella no saberlo. Hasta que el último día, después de que hubiese sacado a la luz del día sus trastos varias veces y los hubiese anotado varias veces y llegase a la terrible conclusión de que el recuento no cuadraba, lo vi salir muy decidido del barco e ir hacia el parking en que tenía su majestuoso Mercedes negro.

Lo esperé. El morro salió lentamente del garaje, él iba mirando al frente sin parpadear, su cara era como una piedra debajo de la gorra. Era fácil seguirle. A pesar de llevar una carroza tan impresionante estaba peor de reflejos que yo y más aún con la inseguridad que le había entrado. Hijo de puta, pensé, ojalá llegues a sentirte una mierda, un ser inútil, ojalá que sientas que tu vida no merece vivirse y que pruebes tu propia medicina.

Salió del pueblo y circuló unos veinte minutos hacia el siguiente pueblo, pero antes de llegar se internó por una zona residencial que yo conocía, Apartamentos Bre-mer, donde vivía Sebastian Bernhardt, protegida a cal y canto de los extraños por guardias de seguridad. Probablemente el Carnicero venía a consultarle su problema a Sebastian, lo que confirmaba la jerarquía del Ángel Negro por encima de Otto, Alice y Christensen. Me invadió una gran agitación, iba entendiendo el funcionamiento de esta comunidad de invisibles. Era Sebastian quien habría evitado durante todo este tiempo que hicieran demasiadas tonterías, que se expusieran demasiado y quien había buscado la forma de que tuvieran una vida exageradamente larga para no quedarse solo en un mundo ajeno. Él debía de infundirles confianza y los mantendría unidos bajo los lazos de la Hermandad. Él era quien aleccionaría a los jóvenes. Sería la abeja reina, y muerta la reina los demás no sabrían qué hacer. Para infundirles confianza les habría hecho

creer que era invulnerable y que podía volverles invulnerables a ellos con un producto destinado únicamente a ellos.

A los tres cuartos de hora Heim salió por donde había entrado, su Mercedes negro se deslizaba por las calles de un planeta al que se habían adaptado como los insectos.

Me quedé por si Sebastian salía.

Sandra

Lo vi el jueves de improviso cuando iba a mi encuentro con Julián. En esta ocasión no tuve que dar muchas explicaciones al marcharme porque acababa de llegar Martín con algo que contarles a Fred y Karin dentro de la salita-biblioteca, cosas de ellos, de su Hermandad y de sus rollos patateros. Eran las tres y media y por una vez iba a llegar puntual al Faro. Salí con la sensación de que esta historia no podría durar mucho más. A Julián se le estaba acabando el dinero. A pesar de que no quería quejarse, a veces se le escapaba que ya no podía soportar el gasto del hotel y que tenía que poner la gasolina con cuentagotas. Tampoco un hombre de su edad podría aguantar más tiempo semejante ajetreo, y yo no podría seguir enredándome con esta gente y su mundo aparte. Tendría que llegar el momento en que este asunto estallara o en que cada uno nos fuésemos a nuestra casa. No había que decidir nada, lo decidiría el momento.

Salí de Villa Sol y en la calle sentí un latigazo en los ojos, en el cerebro.

¡Ese coche!

Dentro del coche estaba Alberto haciendo un crucigrama apoyado en el volante. Me quedé paralizada sobre la moto.

¡Alberto!

Lo llamé sin mover los labios, y él lo oyó sin oír. Volvió la cabeza hacia mí.

Aún seguía siendo él. Los mismos ojos, la misma boca. Salió del coche con unos vaqueros azul oscuro, una camisa de cuadros y un jersey por los

hombros. Me alegró ver que no se había puesto la chupa que le regaló Frida. Se paró ante mí, yo continué sentada en la moto.

Pelo castaño claro sin peinar, frente y nariz rojas del viento y el sol. No era ninguna belleza. La cartera le asomaba por un bolsillo de atrás y llevaba desatado uno de los náuticos.

—Llevas desatado el cordón.

Lo miró sin hacer caso ni intentar agacharse para anudarlo.

—¿Adonde vas? —dijo como si nos acabásemos de ver hacía cinco minutos.

—A ti qué te importa.

—Si te lo pregunto es porque me importa.

Estaba a unos metros de la casa y no había sido capaz de entrar a verme. Me dolía tanto que ya no le quería.

—No lo creo —dije—. Haré como que no te he visto.

El último orgullo que me quedaba me impidió llamarle cerdo.

—Y yo haré como que no he salido del coche, ¿verdad?

—Tú sabrás. Parece que tienes muy claro lo que tienes que hacer y lo que no.

—Sí, lo tengo claro. Y tú también deberías tenerlo, pero prefieres actuar a lo loco, sin medir las consecuencias.

—Siempre me estás amenazando.

—Estás amenazada, pero no soy yo quien te amenaza. Te dije que te fueras, que dejases esto.

Me gustaba mucho, quería que fuese el padre mi hijo, y también sabía que el día que dejase de gustarme lo odiaría.

—Todos me decís lo mismo, que me marche, pero ¿adonde?

—¿Todos? ¿Quién más te dice que te marches?

—Es una manera de hablar. No puedo marcharme, me atan más cosas aquí que en cualquier otra parte.

—Anda, vamos a dar una vuelta en la moto —dijo subiéndose detrás de mí.

—¿Adonde quieres ir?

—Vamos al Faro, hay una vista muy bonita desde allí.

Fue entonces cuando me acordé de Julián, que precisamente me estaría esperando en el Faro.

—¿Al Faro? ¿Estás seguro? ¿No prefieres ir a la playa o al puerto?

—El Faro es un lugar más tranquilo. Además hay un enorme acantilado y podré tirarte desde allí. Nadie podrá encontrarte, es mentira eso de que el mar devuelve todo lo que se traga.

Ya había puesto en marcha la moto. Hacía viento y con la velocidad el viento se reforzaba. Tiré hacia el Faro, no podía disimular que conocía bien el camino, casi podría hacerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, iba todo lo despacio que podía, me encantaba sentir a Alberto detrás. Me quitaba el viento, me protegía, era imposible que se le pasara por la cabeza hacerme algo malo. Me parecía que todo el tiempo en que no había estado con él había sido tiempo perdido, tiempo de tanteo.

Al llegar a la explanada donde no había más remedio que aparcar, vi el coche de Julián, que estaría en la heladería y que tal vez me habría visto llegar desde la ventana. Podría decirle a Alberto que tenía que ir al baño y que me esperara un momento y aprovechar para hacerle alguna seña a Julián, pero no quería perder ni un minuto de estar con él, así que dejé que Julián se aburriese y acabara marchándose o que hiciese lo que quisiera. Desde luego lo que no pensaba hacer era estropear este momento que me había venido a las manos cuando menos lo esperaba.

Pasamos entre las palmeras salvajes, pisando cantos y pequeñas rocas, hasta casi el precipicio. El mar arrancaba desde allí inmenso, azul en su mayor parte y verde en algunos trozos, al fondo se juntaba con el cielo. Sólo estábamos nosotros.

—Parece mentira —dijo refiriéndose al espectáculo que teníamos delante, o a nosotros dos, o a la vida en general.

«Parece mentira» fueron dos palabras maravillosas. Me cogió por los hombros y luego me besó. Fue un beso conocido, un beso esperado. Me supo mejor que la primera vez porque ya no había sorpresa, sólo el placer de su suavidad, de su calidez. Sentí su sexo contra mí y se retiró.

—Ahora no puede ser —dijo.

Yo le cogí una mano entre las mías. Era tirando a cuadrada y con dedos fuertes, algo insignificante en aquella grandiosa belleza del mar y el cielo, pero lo único realmente importante y capaz de darle sentido a la vida.

—¿Y qué hay de tu marido?

—No estoy casada.

—Bueno, del padre de tu hijo —dijo escurriendo su mano de entre las mías y metiéndola en el bolsillo para sacar una cajetilla. Se encendió un pitillo.

—No tenemos relaciones. No estaba segura de quererle.

—¿Y él te quería a ti?

—Creo que sí. Lo siento por él.

De pronto se volvió de espaldas al mar.

—Tengo que volver. Éste será nuestro sitio.

No quise preguntarle por esa chica con la que se le había visto en la playa. Tampoco quise preguntarle por Frida. La otra sería la chica de la playa y yo sería la chica del Faro. No quise estropear mi momento, mi oportunidad y mi rato de felicidad.

En la explanada ya no estaba el coche de Julián. Me preguntaba si nos habría visto. Me habría gustado que nos viese para luego poder hablar de esto con él, para poder alargar de alguna manera estas sensaciones. Quizá me había dejado un recado debajo de la piedra C, pero ahora no podía comprobarlo.

Condujo Alberto, yo me senté atrás y me abracé a él.

Julián

Mi espera mereció la pena, al final, cuando iba a tirar la toalla y volver al hotel, vi salir a Sebastian acompañado de Martín y la Anguila.

Sebastian tenía mi estatura más o menos aunque no era tan enjuto como yo. Tenía un porte elegante. Llevaba un abrigo negro hasta media pierna con las solapas subidas y una bufanda anudada de manera artística. Bajaron despacio, aguantando el ritmo de Sebastian, hasta el acantilado v entraron en el restaurante acristalado sobre el mar en que ya lo había visto con Alice. Se les veía desde fuera comiendo ostras y bebiendo champán. Hablaban y a veces se reían. Me situé junto a un coche y saqué la minicámara del bolsillo y les hice una foto. En algún momento me pareció que la Anguila miraba hacia mí, luego volvió de nuevo la cabeza hacia Sebastian.

Regresé contento. Cada vez estaba más cerca de Sebastian y de alguna manera quería celebrarlo con Sandra y me dirigí a nuestra cita en el Faro más contento de lo normal.

Se retrasaba, y esperé sentado junto a la ventana de siempre. Esta vez me pedí una coca-cola *light* y la camarera de siempre la puso en la mesa con un golpe seco. Me estaba acostumbrando a que me tratara mal. A pesar de lo que se cree, uno puede llegar a amoldarse con facilidad a la tiranía y al despotismo de los demás, si no que se lo digan a los pueblos que aclaman a sus dictadores y torturadores. Y a mí se me estaba haciendo familiar la brusquedad de esta energúmena.

Me bebía la coca-cola despacio para que me durara porque a Sandra tendría que pagarle un zumo y un trozo de tarta y mi cuenta estaba ya bajo

mínimos. No quería fundirme todos los ahorros en el hotel Costa Azul y en este local, debía dejar algo por si surgía alguna emergencia y, sobre todo, debía pensar en el futuro de mi hija. Y ojalá que hubiese podido pagar el tentempié de Sandra porque no me habría sentido tan mal como me sentí al verla con la Anguila recostada sobre su hombro y contemplando el mar terriblemente azul y romántico.

Los vi llegar en la moto de Sandra y aparcar fuera del campo de visión de la ventana. Al rato, al ver que no entraban, pagué y salí, fui hasta nuestro banco y los vi entre las palmeras de cara al mar, los vi besándose, y en ese momento me alegré mucho por Sandra porque pasara lo que pasara esto se lo llevaba con ella. Al mismo tiempo sentí de repente un gran vacío. Como se comprenderá, jamás me habría atrevido a poner los ojos en Sandra si no fuese corno una nieta, juro que nunca la había mirado de otra manera. Fue el quedarme solo y el verme alejado de la vida feliz y maravillosa de una forma completa y totalmente irreversible lo que me dejó hueco por dentro, sin vida. Dudé si dejarle una nota debajo de la piedra C después de que se fueron y al final desistí. Me marché como había venido, mejor dicho, me marché peor de como había llegado, aunque en el fondo me alegraba de que a Sandra le hubiese sucedido algo que deseaba.

Sandra

Volví a recaer. Cuando regresaba a Villa Sol en la moto con Alberto sentí varios escalofríos que achaqué a la emoción de estar cerca de él. Cuando se espera algo tanto tiempo y parece que no va a llegar nunca, cuando por fin llega te desborda. En el acantilado del Faro Alberto me desarmó, me dejó sin defensas en todos los sentidos. Se me abrieron todas las puertas del cuerpo de forma que podían entrar todos los virus y bacterias que quisieran que nadie los iba a echar.

Al llegar a la altura del coche cerca de la casa, vimos que ya estaba Martín esperando apoyado en el capó. Se notaba que esperar no le había hecho precisamente gracia, pero también se notaba que Alberto estaba un poco por encima de él en el mando y que no podía reprocharle nada.

No nos despedimos. Alberto no me dio ocasión, nada más bajar de la moto se fue hacia el coche sin mirarme. Se puso a hablar con Martín y yo arranqué hacia la casa. No tuvimos ese momento por mínimo que sea que siempre hay al final de todo y que sirve para estar recordándolo una y otra vez.

Al llegar a la puerta de Villa Sol me pareció que en el estado de agitación en que me encontraba no podría parar allí dentro y tiré hacia la playa. Necesitaba caminar deprisa, correr y gastar la energía que no me dejaba olvidarme de Alberto. No podía encerrarme con este pensamiento entre cuatro paredes porque me moriría.

Anduve por la orilla a paso rápido casi dos horas y cuando ya no pude más regresé con los noruegos. Las piernas me temblaban en la moto. Podría

haber intentado ver a Julián, buscarle en el hotel o por el puerto, donde me había dicho que ahora pasaba bastante tiempo, pero no tenía ganas de hablar de nada que no fuese Alberto, ni que me obligaran a pensar en nada que no fuese Alberto.

No me fijé en qué estaban haciendo Fred y Karin cuando entré en la casa. Tampoco pude captar lo que me decían. Subí y me tumbé en la cama, estaba sudando, crucé las manos sobre el pecho y me concentré en el beso del Faro.

9. No tengas miedo

Sandra

Desde que estaba embarazada se me había ido desarrollando algo parecido a un sexto sentido, notaba los cambios de tiempo y sobre todo si iba a ocurrir algo fuera de lo normal, algo que me iba a alterar. Parecía que el niño se volvía más activo o se paralizaba completamente y eso me asustaba. Me daba la impresión de estar llena de sensores sin saberlo y que bastaba con que se avecinase algún disgusto o quebradero de cabeza para que los sensores se encendiesen, de lo que nada más se daba cuenta la criatura desde su mundo. Los sensores y la criatura estaban en otro plano o en otra frecuencia que anticipaba unas pocas horas lo que iba a pasar. Y de madrugada me desperté completamente desvelada y con angustia. No quería levantarme tan pronto porque no quería sentirme cansada durante el día y cumplir agotada con todas las ocurrencias de Karin hasta que llegara la hora de reunirme con Julián. Así que me puse a leer, pero no podía concentrarme. No tenía ningún motivo objetivo para sentirme nerviosa, por lo menos no más de los conocidos y con los que había aprendido a levantarme y acostarme, sin embargo el amanecer estaba siendo muy desagradable como cuando de niña me despertaban las peleas sin sentido de mis padres y entonces la vida se volvía agria, como si ellos tuviesen poder sobre el sol, el cielo y las plantas.

También era cierto que por la noche había tosido y que probablemente la misma tos me hubiese agitado. Podría ser que hubiese empeorado tardes atrás en la puerta de la peluquería cuando salí sin el anorak. Quizá era hora de ir buscando un nombre para el futuro niño. Un nombre básicamente

servía para llamar a alguien por la calle y que volviera la cabeza. Los nombres en sí mismos no son nada, todo depende de quién los lleve puestos. Ernesto, Javier, Pedro, Jesús, Francisco y mil más. Pero aún no sabía qué cara tendría ni qué voz, cualquier nombre podría valer.

Me desperté a eso de las diez. Mira por dónde repasando nombres me había quedado frita. Mejor, cuanto menos tiempo tuviera que ver u oír a Frida, mejor. Me levanté despacio, me puse unos pantalones para bajar a desayunar y al abrir la puerta del cuarto todo olía a pino nevado. Faltaba una hora para que se largara este duende de los limpios bosques. Karin y Fred haría ya bastante que habrían desayunado y no estaban, se habrían marchado a dar una vuelta por la playa o a comprar. Tenía la casa para mí sola, si excluíamos a Frida, que de alguna manera estaría vigilándome aunque no la viese. Me abrigué para salir al jardín a tomarme el café con leche. Las plantas me hacían pensar muy positivamente, pero en cuanto desviaba la vista algo negativo me rondaba. Con Karin y Fred ausentes podría escudriñar por la casa, podría bajar al sótano y ver el sol negro ahora que sabía lo que era. Simbolizaba, según Julián, lo que se oculta tras el sol brillante, lo que no vemos, y sus rayos se doblaban formando la esvástica y las runas. Los nazis creían en estas cosas, en lo que se inventaban ellos y en lo que aprovechaban para sus fantasías. En el fondo se trataba de dominar y de hacer lo que les daba la gana y todos los que yo iba conociendo tenían ese punto.

No quería estar con Frida, así que me arreglé un poco y puse la moto en marcha. Puede que me encontrara circunstancialmente con Julián por el pueblo o puede que me diese un paseo por la playa. Pero cuando iba a arrancar apareció Frida. Se había hecho dos pequeñas trenzas a los lados y llevaba puestos los guantes de fregar.

—No puedes irte —me dijo.

Me quedé mirando su cara de pan. Me la quedé mirando a los ojos.

—Tienes que quedarte hasta que vuelvan, quieren hablar contigo sobre algo importante.

Noté una chispa maligna cruzando en esos ojos azules como el cielo, que serían capaces de aguantarme la mirada dos o tres horas.

—Gracias —dije volviendo dentro.

Caí desplomada en el sofá y cogí la bolsa de terciopelo con las agujas y el pequeño jersey que parecía condenado a no tener mangas ni cuello. Me puse a hacer punto. Hacía punto y tosía, tosía y hacía punto. Me quité el anorak, ¿qué querrían decirme Fred y Karin? La cara de Frida había sido demoníacamente impenetrable. Con los guantes de fregar puestos daba más miedo aún, podría hacerme pedazos y luego quitárselos y tirarlos a la basura junto con mis restos.

Bebí agua porque la tos me irritaba la garganta y me puse otra vez el anorak, tenía calor y frío. No tenía ganas de hacer punto, no tenía ganas de nada, no había nada allí que lograra que me sintiera en un hogar donde apetece tumbarse en el sofá y leer una revista. Pero tampoco estaba allí para eso, tampoco estaba pasando estas angustias para tirarme en el sofá y leer una revista. Tenía una misión, un trabajo que hacer. Frida y yo estábamos luchando en el mismo terreno, aunque no con las mismas armas, yo no tenía armas.

Me subí a mi cuarto a hacer tiempo, la cama estaba revuelta, Frida en cuanto me levantaba un poco tarde ya no me limpiaba el cuarto, era su manera de castigarme por perezosa, no me soportaba. La había pillado observándome de reojo cuando me veía echada a la bartola en una tumbona o en el sofá o bostezando por la casa. No soportaba a las personas como yo, seguramente personas parásitas a su entender. Frida lo tenía todo tan claro quedaba envidia y miedo.

Vi por la ventana cómo entraba el Mercedes en el garaje. Qué curioso, no se habían llevado el todoterreno, se habían llevado el coche que usaban cuando querían impresionar o parecer más formales. Casi siempre que visitaban a Alice y a Otto llevaban el Mercedes. Se conocían de sobra y sabían qué propiedades tenía cada uno y aun así no querían ceder terreno en cuanto a presencia y poderío, así que se podrían haber acercado por casa de Alice o por otro lugar parecido. Quizá habrían ido a solucionar algún papeleo o simplemente al banco. Al entrar oí frases, luego distinguí que

eran en alemán y finalmente capté la voz de brida entre las de ellos. La situación no me daba buena espina y me tumbé en la cama deshecha a pensar.

No entendía qué podría haber pasado, pero todo apuntaba a que tenía que ver conmigo. ¿Sería por lo del hotel? ¿Me habrían visto entrar en el hotel de Julián mientras Karin estaba en la peluquería? Siempre podría decir que había llegado hasta allí tratando de aparcar y que había tenido ganas de ir al baño. Ya estaban más o menos acostumbrados a mis idas y venidas al baño. Podrían haberme visto con Julián en el Faro, en el pueblo. Podría ser por tantas cosas... Pero... ¡ ay, Dios!, también podrían haber descubierto lo de las jeringuillas, era eso. Me defendería diciendo que no sabía de qué me hablaban, ¿qué era eso de dos jeringuillas usadas? Seguramente alguien las habría tirado a la basura, y la basura a un contenedor. Les diría que si pensaban esas cosas de mí, ¿cómo iba a entrar en la Hermandad? ¿Por qué querrían que entrase en la Hermandad alguien a quien creían capaz de robar de una papelera dos jeringuillas usadas? ¿Para qué querría yo dos jeringuillas usadas?, ¿o acaso pensaban que era una drogadicta y que las había usado para inyectarme heroína?

Oí unas leves pisadas que se acercaban a mi puerta. No eran las enormes y pesadas de Fred, lentas y macizas. Y no eran las que arrastraba Karin. Éstas parecía que apenas rozaban el suelo, eran como viento rasante, como grandes hojas de otoño cayendo una detrás de otra. Eran como las pisadas de un hada, o de una bruja.

Tocó o más bien rozó la puerta con los nudillos y abrió antes de que yo respondiera. Frida estaba haciéndome una declaración de guerra, algo que me irritó, me asustó y me haría la vida mucho más difícil. Me sorprendió tirada en la cama sin apenas tiempo para reaccionar.

—Baja —dijo—. Quieren verte.

—¿Por qué no has llamado a la puerta2 —pregunté para rehacerme.

—Sí, he llamado pero no lo has oído, estarías durmiendo.

Noté en el tono de su voz el desprecio que me tenía y que me haría todo el daño de que fuese capaz. Y quizá sus sentimientos hacia Alberto tuvieran algo que ver en esto, y si era así me alegraba mucho.

—¿Por qué dices que estaba durmiendo? ¿Es que me ves por un agujero? —dije incorporándome y hablando lo más alto que podía. Algo me decía que debía rebelarme contra Frida y dejar constancia ante Fred y Karin de que no nos llevábamos bien.

—No te va a valer de nada que te pongas así —dijo sin levantar la voz para que nada más la oyese yo.

En ese momento me entró un ataque de tos. Desde lo de la peluquería no paraba de toser, pero ahora con el nerviosismo la garganta empezó a picarme y el pecho me dolía y me lloraban los ojos y apenas podía hilar una frase.

—Desde que llegué... a esta casa... me la...

Iba a decir, me la tienes jurada, pero en ese momento salió y cerré la puerta con un portazo. La tos me ahogaba. Oí el chorro de agua del baño, que estaba en el pasillo frente a mi habitación. Frida debía de haber ido a traerme un vaso de agua. Me tumbé boca abajo en la cama para toser mejor. Más pasos subiendo por la escalera. Necesitaba el vaso de agua, pero no lo tomaría de manos de ella.

—¿Podemos entrar? —dijo Karin.

—Está abierto —dije, lo que era absolutamente cierto porque ésta era la única habitación de la casa que no tenía pestillo.

Karin le arrebató el vaso de agua a Frida y me lo puso en los labios. Me bebí medio de un trago y me alivió. Me sequé las lágrimas. Estaba cansada y sudaba.

—Tranquilízate —dijo Fred—. Seguro que todo tiene una explicación.

—Tiene que tenerla —dijo Frida.

—Cállate, por favor —dijo Karin sentándose en mi cama.

Me levanté, no quería que mi cama se convirtiera en una cama redonda de monstruos. Aunque durmiese bajo el mismo techo, necesitaba tener un espacio lo más alejado posible de sus cuerpos y sus espíritus.

—Ya estoy mejor —dije dirigiéndome a la puerta.

Ellos me siguieron. Los pasos pesados y los arrastrados y los de goma fueron tras de mí escaleras abajo, en comparación con todos ellos los míos eran normales. Escuché mis pasos, algo que nunca había hecho antes, y eran más parecidos a los de la gente corriente que los de ellos.

Pasé a la cocina, a un terreno un poco más neutral que mi propia habitación y me puse un gran vaso de agua fresca. Vinieron detrás, no hablaban. Sólo Frida dijo algo en alemán y nadie le contestó. Juraría que estaba diciendo que yo exageraba para dar pena y que era puro teatro y en cierto modo tendría razón, quería distraerles de lo que fuera en que me hubiesen pillado. No quería sentirme como una condenada esperando la sentencia.

Me senté para beber, y ellos también se sentaron, menos Frida.

—Seguro que tiene una explicación —repitió Fred.

Frida miró el reloj. Karin miró a Fred. Yo volví a beber.

—Falta una ampolla de la caja que trajisteis de casa de Alice —dijo Fred.

¿Faltaba una ampolla en la caja?, eso no era obra mía. Estaba tan sorprendida que casi suelto una carcajada.

Los tres me miraban muy serios. Tardé un minuto en reaccionar, me quedé con el vaso en la mano, luego lo coloqué en la mesa muy despacio y al levantar la vista me encontré con los ojos de hija de puta de Frida. No quería pillarme los dedos y calculé lo que iba a decir, que sería nada.

—¿Y qué queréis de mí? No entiendo nada.

—Tal vez la hayas cogido sin querer o la hayas cogido y la hayas puesto en otro sitio.

—¿Y para qué querría yo coger una ampolla de Karin? No tiene sentido.

—Tendremos que buscársela entre todos —dijo Fred.

—¿Y las otras? —pregunté—. ¿Las gastaste todas?

—No, me queda una —dijo Karin—. No pensaba empezar la otra caja hasta terminar ésta.

—Yo jamás he tocado esas cosas, ni siquiera entro en vuestro cuarto.

—Sí que entras —dijo Frida—. El otro día entraste y se te cayó esto.

Me enseñó uno de los pequeños pasadores de colores con que solía sujetarme el flequillo antes de cortarme el pelo.

—Tú entras en mi habitación, lo has podido coger de allí—dije.

—Lo encontré yo —dijo Karin con voz un poco abatida como sintiendo haberme pillado en falta.

Debía pensar rápido porque para empezar estaba segura de que no se me había caído ningún prendedor en ese baño, lo tenía que haber puesto allí Frida.

—El pasador ha podido ser arrastrado con la escoba, Frida también barre mi habitación.

Karin se quedó pensativa.

—También podría ser que limpiando se te haya caído la caja al suelo y se haya roto una ampolla y quieras echarme a mí la culpa.

Acababa de afianzarme a la peor enemiga del mundo.

Karin y Fred negaron con las cabezas.

—Tendría que haber sacado la caja del cajón de la cómoda para que se le cayera al suelo, y en ese caso la caja se habría tenido que mojar con el contenido de la ampolla —dijo Fred.

—No sé qué deciros, no sé nada de eso. Puede que Karin se la haya puesto y no se acuerde.

Karin frunció el ceño, no le gustó que yo dijera eso. Probablemente Frida se había dado cuenta de la ausencia de los inyectables en la papelera, pensaría que yo tenía una coartada y había preferido prepararme esta jugarreta, no se me ocurría otra cosa, quería desenmascararme de una vez por todas. Entonces intervino Fred.

—¿Qué crees que hay en esas inyecciones?

—Vitaminas, supongo que debe de ser un complejo vitamínico muy fuerte y completo que yo al estar embarazada no me atrevería a ponerme.

—Tal vez querías la ampolla para otra cosa —dijo Frida.

Frida estaba decidida a acabar con esto de todas todas y pensaría acusarme de espía y de que había cogido la ampolla como prueba. Pero Karin miró a Fred, y Fred dijo que se había acabado, que verían la forma de aclarar esta situación y que Frida podía marcharse. Karin aún no quería

acabar conmigo, aún quería chuparme un poco más la sangre y no estaba dispuesta a que Frida le estropease la diversión precipitadamente.

Frida dijo algo en alemán. No necesitaba que me lo tradujeran para saber que les decía que iba a dar cuenta de aquello. Los otros asintieron.

—Si has sido tú es mejor que nos lo digas —dijo Karin en cuanto Frida cerró la puerta tras de sí.

—Yo no he tocado esas ampollas, lo juro.

Dije la verdad y les miré de frente y les sostuve la mirada.

—No sé qué habrá ocurrido, pero yo no he sido.

—Quizá Alice —dijo Karin— le haya ordenado a Frida cogerla pensando que la culpa recaería inmediatamente en Sandra. Así tiene una ampolla más y yo me quedo sin Sandra, ya sabes que quiere todo lo que no es suyo.

—Tengo que confesar algo —dije—, quiero ser sincera. Hace unos días entré en vuestro baño. Quería ponerme unas gotas del perfume de Karin, es un perfume que me encanta, pero estuve lo justo para ponérmelo y no se me cayó ninguna horquilla, lo juro.

-—Eso cambia las cosas —dijo Fred—. Antes has jurado que no habías entrado nunca en el baño y ahora reconoces que sí, ya no eres fiable.

—No lo juré, sólo dije que no había entrado y se lo dije a Frida, no a vosotros. No quería que Frida usara esta información en mi contra.

—Haces bien en decirnos la verdad —dijo Karin mirando a su marido con reprobación—. Es normal que viviendo aquí hayas entrado alguna vez en nuestra habitación y en nuestro baño y también sería normal que hubieses mirado mis vestidos y que te los hubieses probado.

—No, no me los he probado, no me atrevería, no son míos.

—¿Te gustan?

—Son realmente preciosos. Sólo los vi una vez.

—Es normal —dijo Karin dirigiéndose a Fred.

—Pero ¿qué tiene ese líquido para que Alice ponga en peligro vuestra amistad?

—Nuestra amistad no está en peligro —dijo Fred—. No nos une la amistad sino la Hermandad. Hay hermanos que no se soportan y sin

embargo no pueden dejar de ser hermanos. No hay nada que nos pueda separar para siempre.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté ingenuamente, sabiendo que alguien me estaba probando: ellos, Frida o Alice. Era como estar ante un examen del que no se sabe ni una sola respuesta porque tampoco se entienden las preguntas.

Les dije que me encontraba mal, que creía que tenía gripe y que esta situación tan desagradable me había empeorado y que me marchaba a Madrid. Ya no podía más, me encontraba sola, iba a tener un hijo y estaba con una familia que no era la mía. Y por mucho que ellos dijesen que eran como mis abuelos, no lo eran porque mis verdaderos abuelos me habrían creído a mí y no a una extraña. Pero para ellos Frida no era una extraña, la extraña era yo. Tenían más confianza en la asistenta que en mí, y lo entendía, yo era una recién llegada, no era su nieta, me habían encontrado en la playa vomitando, sola, y me habían traído a esta casa que Frida conocía mucho antes que yo. Según hablaba se me habían ido llenando los ojos de lágrimas y ahora había explotado. Tenía verdaderas ganas de explotar. No era su nieta, ellos no eran mis abuelos, era una empleada como Frida a la que pagaban, y me pagaban muy bien, por cierto, por eso estaba con ellos, pero no todo se podía pagar con dinero, me acababan de acusar de robar y yo no había robado nunca nada en mi vida, y hasta aquí habíamos llegado. El llanto mezclado con la tos me dejó sin habla. Los dedos doblados de Karin me acercaron el vaso. Bebí y bebí y me serené un poco.

—Me voy a jugar al golf, al aire libre pienso mejor —dijo Fred.

Seguía envuelta en mi tos cuando volvió vestido con los pantalones de cuadros, los zapatos blancos y negros y la gorra que usaba para jugar. Cogió del armario de la entrada la bolsa con los palos y salió. Cuando oí arrancar el Mercedes dije:

—Yo voy a recoger mis cosas. Ha llegado el momento de decir adiós.

Subí arriba con una gran sensación de libertad, no habían tratado de retenerme, me marchaba, me libraba de esta pesadilla. Comería por ahí y estaría tumbada en la playa hasta la hora de verme con Julián y despedirme

de él. Ahora que habíamos descubierto que el famoso líquido era una estafa, mi deber con la humanidad estaba cumplido y ya no tendría que hacer ninguna otra heroicidad el resto de mi vida. Me marchaba a un mundo normal donde la gente toma lo que le receta un médico normal.

Me extrañó que Karin, que no soportaba que nadie actuase por propia voluntad, me dejara subir. Cuando llegué a la habitación, la ventana estaba abierta y se oía cantar a los pájaros y parecía que todo era como antes. Estaba agotada por el malestar físico y por tener que salir del atolladero con el mayor grado de sinceridad posible, pero no tenía más remedio que sobreponerme. El único amigo que tenía aquí no podía con su alma y de los demás no podía fiarme. Así que cogí la mochila, la abrí y metí en ella mis cuatro trapos pensando que si Fred y Karin no se parecían en nada a aquellos ancianos de la playa que ayudaban a chicas como yo, ¿cuántas veces me habría equivocado y habría juzgado demasiado bien o demasiado mal a la gente? Tampoco se puede uno pasar la vida sospechando de cada uno que se le cruza en el camino para poder acertar. Hay gente que enseguida se da cuenta de lo que hay debajo de una cara o de una sonrisa. Yo, tenía que admitirlo, era lenta, y por eso Fred y Karin me habían explotado en la cara, como en cierto modo también Julián.

Con lo que me habían pagado tendría para vivir una temporada. Después de hacer todo esto, pasé la mano por la última balda del armario por si me dejaba algo, y en ese instante oí los nudillos de Karin tocando en la puerta. ¡Adelante!, dije antes de que entrara, que es lo que ella iba a hacer de un momento a otro.

—No deberías irte así, no te encuentras bien, estás resfriada. Puede que tengas gripe. Quédate unos días hasta que mejores, cuando te recuperes nosotros mismos te llevaremos al autobús o al avión o donde tú quieras, mientras tanto descansa.

Veía la cara de bruja de Karin y me daba miedo. Yo era más joven y más fuerte y podría con ella en caso de llegar a las manos y sin embargo me daba miedo. Ella conocía terrores que yo no había visto nunca y perversidades que ni se me pasaban por la imaginación, intuía que aunque estuviésemos solas no sería tan fácil vencerla.

—No, he decidido marcharme hoy —dije poniéndome las botas y la mochila a la espalda. Quiero irme antes de que llegue Fred.

—No tan rápido —dijo Karin, cogiéndome el bolso. Era un bolso de ante marrón con flecos y el asa muy larga para llevarlo cruzado sobre el pecho. Era un bolso suave, cómodo, que iba mucho con mi estilo. Me lo había regalado Santi. Todo lo que me regalaba Santi me quedaba muy bien. Estaba pensando en esta tontería mientras Karin abría el bolso, era como si necesitara evadirme de lo que estaba pasando en ese momento. No entendía por qué Karin hurgaba en mi bolso, era un acto demasiado agresivo incluso para Karin. Y cuando reaccioné, cuando estaba a punto de decirle que metiera sus sucias y retorcidas manazas en sus cosas sacó algo envuelto en papel higiénico, lo desenvolvió y era una de las ampollas que usaba Karin.

—No quería creer a Frida, me negaba a pensar que nos estabas traicionando, y mira..., tenía razón.

—La ha puesto Frida ahí —dije con un hilo de voz—. Está colgada de Alberto y yo le estorbo.

—No digas tonterías. A estas horas Frida estará dando cuenta a la Hermandad de lo que ha pasado, ¿y cómo voy a defenderte después de lo que he visto?...

—Te juro, Karin —la interrumpí—, que no cogí ni guardé en el bolso esa ampolla, te lo juro por lo que tú quieras.

No me podía creer que yo estuviera diciendo algo así.

—No puedo traicionarles. Me has puesto en una encrucijada. O ellos o tú.

—Si no puedo hacer nada para demostrar que yo no he sido, me marcho.

—Espera —dijo Karin cortándome el paso y con el bolso en la mano—, en estas condiciones no llegarías ni a la vuelta de la esquina.

Karin retrocedió, me tiró el bolso en la cama, salió y cerró la puerta con llave.

Me quedé pasmada.

—Es por tu bien, querida —dijo detrás de la puerta.

Me senté en la cama y miré por la ventana. No veía la forma de llegar hasta abajo. Estaba en un segundo piso bastante alto y no había ninguna tubería cerca de la que agarrarme y no podía correr riesgos en mi estado. Podría tratar de abrir la puerta de una patada, aunque no estaba segura de tener tanta fuerza como para romperla. Karin me había encerrado, me había secuestrado.

Me tumbé en la cama. Ojalá tuviera poderes sobrenaturales y pudiera comunicarme mentalmente con Julián. Ojalá él notara que algo no iba bien y viniera a buscarme. Claro que cómo iba a venir a buscarme un hombre de ochenta años tan delgado que hasta un niño podría romperle un hueso. Ojalá Alberto presintiese que estaba metida en un lío y viniese a buscarme corriendo. Ojalá me quisiera. Ojalá mis padres hiciesen lo que en otras circunstancias no les perdonaría que hiciesen, presentarse aquí y buscarme recurriendo incluso a la policía si hacía falta. Ojalá mi hermana se cabrease con el inquilino y viniese a hablar con él y el inquilino le dijese que yo había ido por allí con una mujer mayor, que él pensaba que era mi abuela y que mi hermana sintiera curiosidad y me buscase. Por favor, venid a buscarme, pensé con todas mis fuerzas. Ojalá el espíritu del Salva ese del que hablaba Julián estuviese ahora en esta habitación y me enviara señales para poder salir porque al ser un espíritu lo vería todo y se daría cuenta de algún punto flaco por donde poder escapar.

Salva, dije, tú que has estado en un campo de concentración, tú que estuviste muchas veces al borde de la muerte antes de morir, mándame fuerza y sabiduría para salir de ésta. Pienso en ti, Salva, en lo fuerte que fuiste y en lo astuto que fuiste para vencer al mal. Métete en mi cabeza, Salva, y dime lo que tengo que hacer. Déjame que piense con tu cerebro y que no necesite aprender todo lo que tú aprendiste para no dejarme dominar por el miedo.

Tengo ochenta y siete años, pensé, tengo ochenta y siete años y os conozco, me habéis explotado y torturado y sé cómo haceros frente. Uno, sois vampiros del infierno y no sois capaces de vivir sin chuparles la vida a

otros. Dos, por consiguiente, no se debe confiar jamás en vosotros bajo ningún concepto porque engañaréis y haréis todo lo necesario para chuparme la sangre. Tres, deberé volverme como vosotros para que me dejéis en paz. Cuatro, sois seres de la noche, y la noche oculta las verdaderas intenciones, los verdaderos deseos...

Yo aún era hija del día y veía las cosas bajo la luz del día, pero imaginemos que esa luz se apagase, ¿cómo serían esas mismas cosas en las tinieblas? Cerré los ojos. Cogí el saquito de arena que me había regalado Julián y lo apreté fuerte. No, no era como cerrar los ojos porque con los ojos cerrados no se veía nada. En la oscuridad se sigue viendo pero de otra manera, no se ve todo como en el día, sino algunas cosas que tienen más resplandor o que sobresalen por algo. Cerré las contraventanas y eché las cortinas, me tumbé en la cama a ver qué veía. Por debajo de la puerta entraba un filo de luz. Y ese filo de luz, esos granos de luz, se concentraron en mi barriga. Mi barriga.

Los ojos de los que miran en la oscuridad no verían de mí el brillo de los ojos ni el pendiente de mi nariz, verían a mi futuro hijo en mi barriga. Así que no era una locura pensar que Karin no se había expuesto a que yo descubriese sus secretos sólo para chuparme mi tiempo y mi energía, para que la acompañase a vivir como a ella le gustaba. Karin no me había encerrado aquí porque yo sospechase de ella y Fred y de su famoso líquido transparente, podrían haberse deshecho de mí. Lo hacían porque querían a mi hijo. Traté de no pensarlo pero me vino a la mente la película *La semilla del diablo* y me sentí realmente mal. Cinco. No te dejes sugestionar por el mal. La gran especialidad del mal es que creas que tiene más poder que el bien.

Mi hijo me protegía, mientras estuviera en mí no me harían nada. Debería aprender a moverme en la oscuridad del mal y ver lo que ellos veían. Debería ser más lista de lo que había sido hasta ahora y no dejarme cegar por la luz.

Todo lo que ellos necesitaban era vida.

Buscaban todo lo que tuviera vida.

Pasó una eternidad hasta que oí la puerta de la calle. Fred acababa de llegar. Él y Karin hablarían de mí en voz baja porque no les oía. Fui hasta la puerta y me separé cuando sonaron sus pisadas en la escalera. Unas pesadas y las otras arrastrándose por el pasillo hasta mi cuarto. La llave giró y entraron. Yo estaba sentada en la cama. Me tumbé cara a la ventana y les di la espalda.

—Karin me ha dicho lo que ha ocurrido y que no lo puedes explicar, ¿o puedes?

No contesté, estaba pensando cómo levantarme de un salto y salir corriendo escaleras abajo.

—Seamos sensatos. Karin ha echado la llave porque no sabía cómo reaccionar, lo ha hecho para protegerte. Si de nosotros dependiera te dejaríamos marchar, pero no se trata de nosotros, sino de la Hermandad. Si la

Hermandad se entera de que pensabas sacar de nuestro círculo el fármaco se agravaría mucho la situación para ti, ¿comprendes? Tenemos que pensar juntos qué hacer.

—Ni siquiera vamos a preguntarte para qué querías la ampolla —dijo Karin—, ¿para venderla en el mercado negro?, ¿piensas que es una droga?

Seguía sin contestar y de espaldas a ellos. Tenía que morderme la lengua para no decirles lo que sabía del líquido, pero cuando se acercaron más y los sentí más cerca, su aliento rozándome en la nuca, me volví de golpe y me levanté.

—Sabéis de sobra que yo no cogí el inyectable. No lo cogí, no lo cogí. Es una trampa.

—Sería peligroso para la gente de la calle que este medicamento circulara sin control. Está fabricado sólo para nosotros —dijo Karin—. Nosotros corremos con los riesgos de sus posibles contraindicaciones, no nos importa. No puede salir de aquí.

—El problema —continuó Fred— es que Frida se lo habrá dicho a Alice y Alice se lo habrá dicho a Sebastian, y a estas alturas todo el mundo estará revolucionado.

Ya no podían engañarme, veía en su oscuridad. Veía las mismas cosas que ellos.

—Habrá que pensar qué hacer —dijo Karin sentándose en la cama.

—Sí, habrá que idear algo —dijo Fred rascándose la barbilla.

—Ya lo tengo —dijo Karin mirándome sonriente—, diremos que ha sido un error mío, que la puse en la caja, en que sólo quedaba una, para tener dos y que luego me olvidé.

No dije nada.

—Pero —intervino Fred— se lo creerán a medias. Tendrás que entrar en la Hermandad para que este incidente quede en familia. En el momento en que formes parte de la Hermandad te atendrás a una jerarquía, a unas normas y todos nos sentiremos más seguros, tú, nosotros y ellos.

La oscuridad me decía que si ponían tanto tesón en que entrara en la Hermandad era porque a partir de ese momento me encontraría en una cárcel sin barrotes. Los cerrojos estarían en mi mente.

—No hay otra salida —dijo uno de los dos.

Ellos estaban en la oscuridad. En la luz estaba Julián, que pronto empezaría a preocuparse por mí.

—¿Y qué hay que hacer para entrar en la Hermandad?

Ambos sonrieron. Se acercaron más a mí y me pusieron las manos sobre los hombros.

—Verás qué bien —dijo Karin—. Tu vida va a dar un cambio espectacular. No tendrás que preocuparte de nada. Serás nuestra protegida y todo esto —dijo dando una media vuelta por la habitación— será para ti cuando nosotros faltemos.

—Esta noche invitaremos a cenar a Alice y Otto para darles la buena nueva, quizá también llamemos a Sebastian, tal vez venga tratándose de ti, quién sabe.

En la cena se habló de mi ingreso en la Hermandad, aunque no logré enterarme de nada porque estaba muy cansada y se me emborronaba la vista. A la mitad dije que me encontraba mal y Sebastian me retiró la silla.

10. Nadie nos ve

Julián

Martín llevaba y traía a Sebastian al Nordic Club, a los bancos, a una firma de abogados y a hacer viajes largos. El Ángel Negro pasaba mucho tiempo en los asientos traseros del coche revisando papeles. También Martín le acompañaba al restaurante del acantilado. A veces comía con él y otras le esperaba fuera. Fue uno de estos momentos en que estaba solo cuando aproveché para acercarme a su mesa. Le dije mi nombre completo y le pregunté si podía sentarme un momento.

Tal como me imaginaba, Martín se acercó corriendo, pero Sebastian le hizo un gesto con la mano para que no me molestara. Reaccionaba tal como había supuesto, en plan caballeroso. Martín se le aproximó al oído y le dijo algo mientras me miraba. Sebastian hizo un mohín de disgusto no sé si por oír la voz de Martín tan cerca o por mí.

Me presenté formalmente. Le dije que era un republicano español que había estado en Mauthausen el último año de la guerra y que posteriormente me había enrolado en una organización dedicada a la caza de nazis. Me escuchaba con mucha atención.

Cogió una ostra de la bandeja con hielo picado y me invitó con la mano a que hiciera lo mismo. Yo negué también con la mano. Me ofreció champán y dejé que me sirvieran una copa, pero no bebí.

—-No me sienta bien —dije, lo que era cierto.

—-Siento que tuviera que pasar por aquello —dijo.

—¿De verdad lo siente? —pregunté en su mismo tono, un tono de conversación normal, incluso amigable. Para algunos pareceríamos viejos

conocidos, lo que en cierto modo era verdad.

—¿Por qué no iba a sentirlo? Jamás tuve el propósito de que la gente sufriera. Luchaba por un mundo mejor. El mundo siempre mejora porque unos cuantos toman las riendas y conducen a los demás. El pueblo generalmente no sabe lo que quiere.

—El pueblo no quería lo mismo que vosotros, perdisteis.

—Perdió el mundo, la especie humana perdió. Queríamos evitar la mediocridad, queríamos dar un salto hacia la excelencia y en muchos casos se consiguió, mucha gente se ha favorecido de nuestros esfuerzos. Aunque es verdad, perdimos la guerra.

—Sois depredadores, robabais, os quedabais con el esfuerzo y el talento de los demás. Robabais la vida de los demás, aunque claro no lo llamabais vida, lo llamabais material humano.

El tuteo no le agradó, pero lo pasó por alto, tampoco podía hacer otra cosa. O esto o un escándalo en su restaurante favorito.

—Hubo algún desenfreno, nunca estuve de acuerdo.

—¿Fue un desenfreno matar a millones de personas?

Pensaba mientras masticaba la molla de la ostra.

—¿Sabe quién soy?, ¿no se habrá confundido?

—Creo que no. Fredrik y Karin Christensen, Otto Wagner, Alice, Antón Wolf, Elfe, Aribert Heim o *el Carnicero de Mauthausen,* Gerhard Bremer y Sebastian Bernhardt y unos cuantos más. Es una buena historia, este pueblo va a hacerse famoso. Sus guardias, Martín, Alberto y los otros no podrán contener a la prensa.

—No nos asusta la prensa.

—¿Y la justicia?

—¿Qué puede hacernos la justicia a estas alturas de la vida?

—No me refiero a esta justicia, sino a la justicia que logra que haya un equilibrio en el universo, que haya la justa cantidad de helio para que podamos existir y que haya la proporción necesaria de bien y mal, de sufrimiento y de placer para poder vivir. Vosotros rompisteis el equilibrio.

-—Ahora —dijo adelantando el cuerpo todo lo que pudo hacia mí— es muy fácil juzgar, porque perdimos, salió mal, pero imagínese por un

momento que hubiésemos ganado. Se habría conseguido el equilibrio del que habla, porque el equilibrio es orden, belleza y pureza.

—Te he buscado durante muchos días, necesitaba hablar contigo. Necesito que me comprendas.

Sebastian asintió y no le pareció oportuno coger otra ostra. Cruzó las manos sobre el mantel de hilo.

—Ya no hay tiempo de dar marcha atrás. Es el momento de la verdad. Quiero saber si comprendes mi sufrimiento, mi humillación, mi dolor por haber sido reducido a material humano.

Me miró a los ojos, me tomaba muy en serio.

—No disfruto pensando que sufrió, pero en momentos históricos de transformación profunda de la realidad no hay tiempo para separar el trigo de la paja.

—Y tu deber era transformar la realidad, hacer que la realidad fuese otra.

—Exacto. Siempre pensé que vine al mundo para cambiarlo. Mi vida tenía un objetivo, una misión, si no habría sido absurdo nacer, y el nacionalsocialismo me dio la oportunidad de actuar.

—Tenías un mundo ideal en la cabeza.

—Sí, un planeta bello.

—En el campo donde yo estuve no había ninguna belleza. ¿Te parecen bellos los experimentos que hacía Heim con nosotros?

—No nos dio tiempo de ver los resultados. El resultado es lo que importa. Tal vez en algún otro momento de la historia...

—Ni tú ni yo lo veremos.

—Una vez visité tu campo—dijo tuteándome por primera vez—, en la primavera del año que dices que estuviste allí, había nevado mucho.

Era terrible compartir algo con este hombre, pero yo era uno de los que apenas podía levantar la pala aquella primavera.

—No pensé en vuestro sufrimiento, ni siquiera pensé en vosotros. Os veía sin pensar, las cosas eran así. Pertenecíamos a un sistema, a una organización. Yo iba con el uniforme de las SS y vosotros con el uniforme de rayas de los prisioneros. Estábamos dentro de un orden establecido,

imposible de romper. No había nada que pensar. Habíamos conseguido un equilibrio, ¿comprendes?

—¿Y ahora qué piensas? El mundo ha cambiado sin vosotros.

—Fue un golpe duro porque estoy absolutamente convencido de que la sociedad se ha equivocado. Estoy convencido de que ahora todo sería más perfecto.

—¿Y comprendes que os odie y que desee veros padecer más de lo que yo padecí en estos últimos días de vuestra vida?

—¿Tendría que comprender que me mordiese un perro rabioso?

—Pero yo no soy un perro. Yo no te mordería, haría algo peor.

—Lo que yo te hice no fue por cuestiones personales sino por razones superiores que están más allá del bien y del mal. Por eso tú te comportas como un perro y yo no.

Hablaba en serio, estaba convencido de lo que decía. Todos ellos se habían agarrado a ideas y programas para desechar la culpa.

—¿No sientes ningún tipo de responsabilidad por todas aquellas muertes, millones de asesinatos?

—La culpa, los remordimientos y el arrepentimiento frenan el progreso de la humanidad. ¿Sientes muchos remordimientos cuando abren una vaca en canal, cuando trasquilan a una oveja para aprovechar la lana? Si se ve con claridad el objetivo y el camino para llegar a él y que ese objetivo es bueno globalmente como se dice ahora, no hay que dudar.

—¿Y crees que yo tendría que comprenderte a ti?

—Sería casi imposible, tú has estado en el lado de las víctimas.

—Lo que me parece imposible es que no haya habido nadie, ninguno entre vosotros a quien no le haya atormentado haber participado en vuestras atrocidades.

Pensó durante unos minutos. Ya no le quedaba café y tomó un poco más de champán.

—Casi nadie se atormenta por lo que ha hecho, sino por lo que no ha hecho y que se morirá sin hacer. Es como el caso de la pobre Elfe, que decía que bebía para olvidar, pero puede no ser verdad. Uno siempre busca excusas para justificar los vicios.

La pobre Elfe. Dijo su nombre sin darle importancia porque no se podía imaginar que yo la conocía. Sebastian, pensé, no lo sabes todo.

—¿Y ya no bebe?

—Si continúa bebiendo será en otra parte, sin obligarnos a tener que soportar su debilidad mental.

—No sé si dices la verdad, y si no me la dices ahora y a mí, la huella que dejes en este mundo será siempre borrosa. No habrás llegado a ser del todo real.

Asintió con una leve inclinación de cabeza. Se estaba tomando muy en serio nuestra conversación.

—No te falta razón. Ahora para bien o para mal somos invisibles, nadie nos ve, salvo tú, claro.

—Si ahora me echas a tu gente encima —dije— será mentira que actuabas sirviendo a una causa mayor. Si me matas será por algo puramente personal, será porque os he descubierto y he puesto en peligro vuestra vida.

Volvió a asentir. No sabía si esta afirmación significaba que me iba a matar o que tenía razón, y esperé alguna señal.

—Hay una chica que se ha incorporado hace poco al grupo —me dirigió una mirada inquisitiva que me puso los pelos de punta—, se llama Sandra. No sabe bien dónde está metida, no es de los nuestros. Es una rosa fresca, que dentro de nada se marchitará en el mundo mediocre en que le ha tocado vivir. Se buscará un trabajo que no le llene, un marido, tendrá hijos, de hecho creo que está embarazada y envejecerá sin disfrutar su vida. Tal vez podamos salvarla de todo eso. Hay que ayudar. No todo el mundo sabe cómo salvarse. La gente no conoce su destino.

No dije nada, fingí que no prestaba demasiada atención, que no me decía nada el nombre de Sandra. ¿Le habría dicho la Anguila que Sandra se veía a escondidas conmigo? Y en caso contrario, ¿por qué no se lo habría dicho?

Le dejé tomándose otro café. Tenía una salud de hierro. Yo estaba bastante nervioso, había tenido que controlarme tanto para no darle un puñetazo o romperle la copa en la cabeza que me temblaban las manos. Fuera, dentro de un coche, estaba Martín esperándole, me vio marcharme,

me siguió con los ojos. Estaba casi seguro de que Sebastian no le iba a decir quién era yo porque en el fondo yo venía del mundo que él había perdido y querría volver a hablar conmigo. Durante la conversación, en algún momento, me pregunté qué estaría haciendo y diciendo Salva en mi lugar y creo que tendría su aprobación a medias.

Salva era mucho más listo que yo y seguramente habría puesto a Sebastian contra las cuerdas, le habría hecho dudar, le habría desmoronado por dentro. Del mismo modo que a mí había sabido animarme tantas veces, del mismo modo que el día en que intenté suicidarme me convenció de que la vida merecía vivirse siempre. A Sebastian le habría hecho ver que su plan siempre, absolutamente siempre, fue una imbecilidad. Por el contrario yo le había ofrecido armas para reforzarse.

Me sentía muy mal. Otra oportunidad perdida. Le había dejado saboreando su copa de champán y pensando en lo que los vencedores nos habíamos perdido por tontos. Llegué al coche. Bordeé la lujosa urbanización de Sebastian y pensé que por lo menos la operación Heim estaba dando sus frutos. Hablar nunca había sido mi fuerte. Me gustaba hablar con Raquel de tonterías, de lo que me había pasado al bajar a comprar el periódico, comentar las noticias de la televisión, discutir sobre una película, decirle cariño, y que ella me dijera idiota con el mismo tono que si me dijera amor. Usar las palabras en serio siempre me había acobardado un poco porque me venía a la mente Salva y su magnífica dialéctica. A Sebastian le habría correspondido hablar con Salva y no conmigo.

Sandra

Karin venía poco por el cuarto porque tenía miedo de que le contagiara la gripe. Y yo tosía lo más fuerte posible para que lo pensara, aunque la alternativa a Karin fueran los terribles Frida o Fred, que como un abuelo cariñoso solía aparecer con un zumo en la mano y algo de chocolate. Yo sólo quería dormir y pensar en Alberto. Las décimas me ponían en contacto con él y me entraban tantos deseos de verle que no lo podía resistir. Me sentía dominada por una pasión que no podía controlar, puede que para combatir la situación tan desmesurada en que me encontraba. Así que me levanté y me vestí. .Era por la mañana o por la tarde? Daba igual. Bajé la escalera medio ida. Ni dormida ni despierta. Cuando estaba en el último peldaño, Karin me preguntó sorprendida adonde me creía que iba. No le contesté, le pregunté dónde podría encontrar a Alberto.

Karin después de pensarse la respuesta por lo menos cinco minutos me preguntó a su vez para qué quería saberlo.

—Para hablar con él —dije.

Podría habérselo preguntado de otro modo, con más rodeos, pero no me encontraba capaz de esa proeza, así que fui al grano.

—;De qué?

—No sé, ya se me ocurrirá algo.

Sonrió y puso ojos de pillina.

—Te gusta ese chico...

Y sin darme tiempo a contestar continuó.

—No, no te gusta. Estás enamorada —hizo una pausa—. Pues lo siento porque te has enamorado de la persona equivocada.

La escuchaba con verdadera ansiedad. Por una vez lo que me decía esta charlatana absorbente me interesaba a muerte.

—Tiene novia. Lo han visto con una chica por la playa besándose. Prefiero decírtelo antes de que te hagas demasiadas ilusiones.

Esta información encajaba con la que me había dado el propio Julián. Parecía que todo el mundo había visto a Alberto besándose con esa chica, que según la descripción de Julián no era como para quitar el hipo.

Karin se animó, éste era un nuevo ingrediente en su vida. Alguna de sus novelas de amor se hacía realidad.

—Estás embarazada y no te conviene tener disgustos. ¿No te das cuenta de tu estado?, ¿cómo se te ha podido pasar por la cabeza que con los millones de chicas de tu edad que hay sueltas por ahí te iba a elegir precisamente a ti?

Karin se estaba pasando, era una hija de puta, pero estaba sacando de mi cabeza verdades a las que no quería enfrentarme.

—Yo no he dicho que quiera nada con él.

—Entonces ¿para qué quieres verle? A mí no me engañas.

Estuve a punto de decirle que se había quedado con el perro que le iba a regalar a ella y que quería saber si estaba bien. Menos mal que no abrí la boca, que me quedé muda y tuve tiempo suficiente para rehacerme y no dejarme atrapar por el momento y las ganas de que no machacase más mi amor propio. Antes que irme de la lengua, preferí dejarme llevar por la fiebre y por la pena que me daba a mí misma y me puse a llorar.

Me senté en el sofá y di rienda suelta a las lágrimas. Me vencía el cansancio. Ella me miraba como si estuviera viendo una película. Se puso a mi lado y me pasó la mano por el pelo. Olía a ese perfume tan caro que impregnaba cualquier sitio donde estuviera y que esperaba que se fuera al otro mundo con ella.

—Quiero ver a Alberto. Quiero saber si siente algo por mí—dije.

—Si fuese Martín, podría hacer algo, en el caso de Alberto, no. Es muy suyo, muy serio, no me atrevería a decirle nada. Aunque —dijo

sonriéndome maliciosamente— se me ocurre una cosa. Si te hicieras de la Hermandad no tendría más remedio que venir porque es la mano derecha de Sebastian, nuestro jefe.

Me tumbé en el sofá todo lo larga que era. Me moría de ganas de decirle a Karin que las inyecciones por las que estaba perdiendo todas sus joyas las podía comprar en la farmacia. Me moría de ganas de decirle que la estaban timando y que si no me creía que las llevara a analizar y que puede que las auténticas se las reservase Alice para sí, pero no quería desperdiciar esta sabrosa información. Quería reservarla para algún momento crítico en que necesitase urgentemente un golpe de efecto, y creo que me dormí.

Julián

La vida es sorprendente. Era la única certeza que al cabo de los años había atesorado sobre la vida. La vida era cruel y sorprendente, monótona y sorprendente, maravillosa y sorprendente. Ahora le tocaba ser sólo sorprendente.

Ocurrió al llegar a mi cuarto después de vigilar el *Estrella* y los movimientos de Heim en cubierta. Volvía contento porque lo encontraba peor cada día. Subía y bajaba al camarote desorientado. Ya no reposaba tras la comilona como antes y cuando se marchaba a la lonja a comprar ese pescado que tanto le gustaba, volvía por lo menos dos veces a comprobar que todo estuviera bien cerrado. Miraba a los lados como si alguien lo vigilara, en lo que por otra parte no andaba muy desencaminado, y la última vez que sacó su impresionante Mercedes del parking le hizo un raspón en un lado. Iría a ver a Sebastian a lloriquearle y a pedirle más inyecciones. Lo que probablemente no le diría es que sospechaba que lo habían descubierto, porque si le descubrían a él descubrirían a los demás y entonces supondría un peligro para todo el grupo. Ni perder la memoria ni ser descubierto era bueno y no me extrañaba que le hubiese hecho una rozadura a su imponente armadura, la que se ponía cuando visitaba a otros ángeles caídos.

El caso es que Roberto se hizo el distraído cuando le saludé al pasar camino de los ascensores, y al llegar a mi puerta sorprendí a Tony, el detective del hotel, metiendo algo por debajo.

Se sobresaltó al verme.

—Me han pedido que le deje un recado. Al abrir, se lo encontrará.

—Qué amable, podría haberlo traído la camarera —dije, dejándole caer que fuese lo que fuese él tenía algo que ver.

Por lo menos no había entrado, los papeles transparentes estaban en su sitio. Debía de saber de sobra que allí dentro no había nada de interés. Al entrar, recogí del suelo una hoja doblada y no la leí inmediatamente. Primero bebí agua, luego fui al baño y finalmente me quité los zapatos y me tumbé en la cama. A estas alturas de la vida sabía que sea lo que sea que te espera a la vuelta de la esquina es mejor que te pille con algunas cosas hechas.

Y aunque mientras hacía estas cosas la cabeza trabajaba tratando de descifrar de quién sería la nota, y aunque daba casi por supuesto que sería de Sandra y que había sido una imprudencia que cayera en manos de Tony, la sorpresa y el alivio fueron que me había escrito. .. Sebastian.

Di un bote en la cama. Sebastian quería verme. ¿Qué me parecía si volvíamos a encontrarnos en el mismo restaurante de la vez anterior? ¿Podría acercarme mañana a la una y treinta de la tarde para comer? Esperaba que esta vez aceptase su invitación.

Doblé la hoja. La doblé dos veces y me la metí en el bolsillo del pantalón.

Se me pasaron mil tonterías por la cabeza, como que tendríamos que habernos citado en un lugar elegido por mí y que puede que después de todo se hubiese arrepentido…

Sandra

Estaba tan débil que ya no echaban la llave. Me levanté tambaleante derecha al baño, tenía el estómago revuelto y la fiebre que achacaba a la gripe y me pasaba el día en la cama. Frida me obligaba a comer y a beber y empecé a temer que quisieran envenenarme, aunque en el fondo algo me decía que querían a mi hijo para la Hermandad y que no le harían ningún daño. Vomité el desayuno y la sopa de la comida en el lavabo. Era muy grande y de una porcelana preciosa típica de la zona con girasoles amarillos. Las paredes estaban enteladas en seda de canutillo también amarillo y había unos apliques antiguos a los lados del espejo. Salpiqué la tela amarilla con trozos de pescado y traté de limpiarla con un papel, pero la cabeza se me iba, lo del lavabo lo recogí como pude con gran cantidad de papel higiénico y me maldije por no haber agachado la cabeza sobre la taza del váter, no podía dejar de pensar que tuviera que limpiarlo Frida, me aterraba que se enfadara más conmigo.

A Karin la veía poco. Fred subía de vez en cuando para asegurarse de que seguía viva. Yo sólo tenía sueño, y en sueños veía cosas terribles, tenía sensaciones desagradables que me hacían abrir los ojos de repente. Nunca soñaba con el beso de Alberto, pero cuando estaba despierta me venían a la mente escenas de amor que tendríamos que estar teniendo en este momento. Lo veía desnudo encima o debajo de mí, pero me faltaban detalles para poder verlo completamente desnudo, así que enseguida me lo imaginaba vestido con la ropa que conocía, me gustaba mucho así, con los pantalones y su camisa medio arrugada, y me sentía muy excitada con el olor que

recordaba de él. En mi vida normal, antes de irme a la cama con alguien, sin querer me preguntaba cómo sería por dentro, cómo sería su sexo... Sin embargo, de Alberto no se me ocurría preguntarme nada. De Alberto me gustaba él, todo lo que le hacía ser como era. Me imaginaba siempre abrazada a él, pegada a él, y al final me sentía muy frustrada porque no tenía nada y volvía a dormirme.

Menos ahora, en este momento en que al cerrar los ojos oí su voz, arañando la puerta cerrada, y volví a abrirlos.

—Sandra, ¿estás bien?

Abrí los ojos aún más sin atreverme a respirar. Era muy extraño que Alberto hubiera subido hasta este cuarto y que supiera que me encontraba en unas condiciones tan penosas. ¿Quién podría haberle dicho que este cuarto era una cárcel para mí? No podía confiar en lo que creía que estaba oyendo.

—Sandra.

Mi nombre atravesó la madera y llegó hasta mí.

Me incorporé en la cama. La cabeza me daba vueltas como cuando tomaba más de dos gin-tonics.

—Sí —dije.

—Tengo ganas de verte, creo que te quiero —dijo.

¿Te quiero? ¿Lo había dicho o yo quería escucharlo?

—Yo también —dije.

Después sonó otra voz distinta a la de Alberto. Me pareció la de Martín. Ambas voces se mezclaron como si discutieran y se alejaron. Dejé caer la cabeza en la almohada y traté de recordar el te quiero de Alberto tal como lo había oído, en voz baja, al otro lado de la puerta. Te quiero, te quiero, te quiero. ¿Y yo qué hacía?

Julián

Antes de ir a ver a Sebastian, pasé por Villa Sol en el coche. Me parecía raro que hubiesen transcurrido tantos días sin tener noticias de Sandra. Me estaba preocupando en serio, estaba nervioso. Ni había acudido a nuestras citas, ni me había dejado ningún recado en el buzón del Faro ni había tenido ningún mensaje de ella en el hotel. Ya sabía cómo entrar allí y llegar hasta mi habitación sin ser vista y deslizar un papel bajo la puerta. Nada. No había ocurrido nada de eso.

Las ventanas del segundo y tercer pisos de Villa Sol estaban cerradas. No tenía modo de enterarme de si Sandra se había marchado de improviso. Podría habérselas arreglado para darme alguna explicación, aunque si había tenido que salir huyendo no habría sido tan fácil. De no ser porque quizá la habría puesto en peligro, estuve tentado de buscar a la Anguila para preguntarle por ella. La verdad era que no sabía qué hacer. Tenían mi foto, me conocían, no podía presentarme en la casa sin más ni más. Así que continué hacia los Apartamentos Bremer, que como había sospechado eran propiedad de Gerhard Bremer, otro nazi que jugaba con ellos al golf, un constructor rico a quien nadie le había tocado un pelo. Allí seguramente Sebastian se encontraba seguro, pero no dejaba de ser una torpeza para alguien de su inteligencia, a no ser que pensara que a nadie se le ocurriría buscarle allí. A mí desde luego no se me habría ocurrido.

Aparqué cerca. Con el sol dando en las cristaleras parecía que el restaurante iba a echar a volar sobre el acantilado. En la puerta Martín me

dijo que estaba en una mesa del fondo. Era muy cómodo no tener siquiera que preguntar por él.

En la mesa del fondo, envuelto en una transparencia diabólica, Sebastian tenía un cigarrillo en la mano. Creo que lo sostenía para completar su imagen más que para fumar, en realidad no vi que se lo llevase en ningún momento a los labios. Al verme me invitó a sentarme con un gesto.

—He encargado un arroz negro y langosta —dijo—. Claro que si prefieres otra cosa pediré una carta.

Le dije que me parecía bien, lo que no le dije es que no pensaba probar bocado, ni un grano de arroz, nada pagado con su dinero.

—No me esperaba que quisieras verme —dije—. Bueno, en el fondo sí lo esperaba, no sé por qué.

—Nunca llegaremos a comprendernos. Es imposible una reconciliación. Tú no perdonas y yo no me arrepiento. Creo que hubo un momento en que a nosotros nos faltó visión de la realidad. Nada más.

—¿Y para esto me has hecho venir?

El camarero comenzó a llenar la mesa de manjares y le faltó inclinarse de rodillas ante Sebastian, a mí no me miró.

—Te he hecho venir para pedirte que hagas algo por Sandra, la chica que vive con los noruegos —también él los llamaba como Sandra y yo—. Está enferma y no quiero que le ocurra nada malo. Aquello se acabó. Perdimos. Y el daño inútil no sirve para nada. Sabemos que es tu topo, tu enlace dentro del grupo. Llévatela, nosotros no viviremos para siempre. Llévatela y que la vea un médico.

—A Sandra la conocí en la playa cuando ya vivía con los noruegos. Yo os investigaba y me tropecé con ella, nos hicimos amigos, pero ella no sabe qué estoy haciendo, piensa que soy un viejecito sin más, le recuerdo a sus abuelos.

Se quedó pensativo. Me ofrecía de las bandejas, pero yo no picaba, luego volvía a dejarlas en su sitio mientras pensaba si lo que le decía era verdad.

—¿No sospecha nada?

No pensaba darle argumentos en contra de Sandra, no pensaba reconocer la verdad. En estos casos había que negar, negar hasta morir.

—Nada en absoluto. Tú le caes muy bien, te llama el Ángel Negro. No sabe nada de las SS.

—Entonces ¿por qué nunca te ha invitado a casa de los noruegos?

—Sí me ha invitado. He sido yo el que le ha puesto excusas para no ir. Tendríais que convencerla para que se marchase, yo no tengo razones de peso, además hace bastante que no la veo.

—Esa chica es maravillosa —dijo Sebastian—. ¿Por qué me llama el Ángel Negro?

Negué con la cabeza.

—Quizá porque te vio por la noche a la luz de la luna y le pareciste mejor que los demás.

—¿Mejor? —dijo con una sonrisa escéptica, sardónica, desagradable—. Soy como ellos, y ellos no son peores que mucha gente que anda por la calle.

—Pues yo tengo muchos años y no he conocido a nadie peor.

Nos sirvieron un aromático arroz negro en los platos, que no probé. Él tomó un par de bocados y lo dejó. Esta vez habían servido vino tinto y agua. Se mojaba los labios con el vino y bebía agua. Yo aunque tenía sed no la probé.

—Te diré una cosa —dijo limpiándose con una blanca servilleta de hilo, que daba pena arrugar—, tenemos un traidor dentro y me alegra que no sea Sandra. Me alegra que no tenga que sufrir ningún accidente. Me alegra que sea pura y feliz.

Sandra

Me bajaron sosteniéndome entre dos, se me iba la cabeza por las décimas y la flojedad que sentía. Al pie de la escalera me esperaban caras conocidas y otras que no había visto en mi vida y que también debían de ser miembros de la Hermandad. Había unos cuantos tipos como Martín y el mismo Martín, un señor de pelo blanco junto con dos o tres, que parecían españoles, algún extranjero más y el resto me resultaba familiar. Cerré los ojos para que las caras no se fundieran unas con otras.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz de Karin lo más dulcemente que pudo.

Negué con la cabeza, ¿cómo iba a encontrarme bien? Era una pregunta absurda, ella sabía perfectamente lo mal que estaba, pero tenía ganas de montar una fiesta y cualquier pretexto era bueno.

Había logrado vestirme con enorme esfuerzo, la verdad era que me había vestido Frida. Me había puesto uno de los dos vestidos que tenía colgados en el armario porque lo demás eran vaqueros, camisetas, jerséis. Ella, que no solía hablar, en esta ocasión hizo todo tipo de comentarios sobre mi ropa, las botas de montaña y los pelos que llevaba, sobre los piercings y los tatuajes. Como me costaba levantar los brazos para que me metiera el vestido me zarandeó de mala manera, hasta que me cabreé y le dije que no me tocara más y que no tenía ganas de ceremonias. Vete a la mierda, le dije. Os vais todos a la mierda y me dejáis tranquila, dije, y me recosté de medio lado en la cama con el vestido a medio poner.

—Voy a darte una aspirina —dijo.

—No se te ocurra darme una aspirina, no puedo tomar nada.

Los ojos le brillaban. Eran tan azules y tan brillantes que se parecían mucho a unas bombillas que colgaba mi madre en la terraza en Navidad. Tenía ganas de matarme, pero no podía. Abajo había un montón de gente esperando verme.

—Está bien, tengamos la fiesta en paz. Te trataré bien y tú haces lo que te diga. A ver, un brazo por aquí... La princesa ya está lista —dijo sentándome en el borde de la cama. Frida era muy fuerte, tenía bolas en los brazos.

Como según ella las botas de montaña no pegaban con el vestido de flores que ya me había puesto en el cumpleaños de Karin, nos decidimos por las sandalias de plataforma, aunque ya no hacía tiempo para esto. Pero puesto que ya tenía gripe, ¿qué más daba? Después fue al cuarto de baño y vino con el colorete y una brocha y me puso como un cristo.

—Así parece que estás medio normal.

Llamó a Fred y entre los dos bajé las escaleras. Busqué con la mirada a Alberto y no lo vi. Fue entonces cuando Karin me preguntó con todo cinismo si me encontraba bien. Tirité y ella me puso encima su chal, que apestaba a perfume.

—En el sótano siempre hace más frío —dijo.

No me gustó oír lo del sótano. No me hacían mucha gracia los sótanos, en las películas en el sótano es donde ocurría lo peor. Donde dejaban encerrado a alguien o donde lo mataban o donde escondían el arma del asesinato. Desde que vivía en esta casa sólo había bajado una vez al sótano y no volví a hacerlo.

Lo único bueno es que todos me trataron con amabilidad. Me preguntaron cómo me encontraba, y el Ángel Negro se acercó a mí y me besó la mano, a continuación la retuvo un poco entre las suyas.

—Tiene fiebre —dijo dirigiéndose a alguien—. No creo que esté en condiciones de participar en este acto, no va a enterarse de nada.

—Es el momento, créeme —dijo Fred.

Al sótano me bajaron entre Frida y Martín.

En efecto, hacía más frío que arriba. Era un frío húmedo.

Todos se situaron alrededor del sol grabado en el suelo y a mí me pusieron en el centro. Vi a Alberto, que me miraba muy fijamente y muy serio. Alberto, había venido, estaba aquí. Me pasé las manos por el pelo, en un movimiento reflejo de estar lo más guapa posible. No me explicaba cómo no lo había visto antes y cómo lo estaba viendo ahora. Entonces el Ángel Negro (y ahora entendía por qué me dio por llamarle así) pronunció algo así como una plegaria. Más o menos dijo: Sol de la sabiduría que iluminas el mundo verdadero, el mundo de los espíritus. A través de ti, Sandra consagra su alma. Estás oculto tras el sol de oro, que alumbra el mundo material. Deseamos ascender a tu luz, al sol de la sabiduría para alcanzar la iluminación y la verdadera vida. Más allá de los cielos y en las profundidades del corazón, en una pequeña cavidad, reposa el universo, un fuego arde ahí irradiando en todas las direcciones. La oscuridad desaparece, ya no hay ahora ni noche ni día. Más allá del dique que mantiene el mundo no hay ni noche ni día, no hay vejez, muerte ni dolor, obra buena ni mala. Más allá de ese dique, el ciego ve, las heridas se cierran, la enfermedad se cura y la noche se hace día.

Empecé a temblar y creí que iba a desmayarme, lo que obligó a cortar la ceremonia. Parecía que lo más importante estaba hecho.

El Ángel Negro me puso las manos en los hombros.

—Nos perteneces y nosotros te pertenecemos a ti. Conocerás nuestros secretos y nosotros los tuyos.

—De acuerdo, gracias —dije sin saber qué decir. Todos me miraban como esperando algo más. Tal vez debería haber preparado algo, pero nadie me había dicho nada y si me lo habían dicho no me había enterado.

—Lo siento —añadí—. Estoy muy contenta, pero tengo frío.

Alberto me cogió por el brazo y me ayudó a subir hasta el vestíbulo. Estaba todo preparado para tomar unas copas. Alberto no se detuvo, siguió empujándome escaleras arriba.

—Ahora métete en la cama y no hables con nadie —-dijo—. Descansa todo lo que puedas.

—Te quiero —dije, correspondiendo al fantasmal te quiero de hacía unos días, ¿unos días?, ¿cuánto tiempo había pasado?

Al llegar a la puerta del cuarto ya estaba allí Frida, mirándonos.

—Ya me ocupo yo —dijo arrancándome de las manos de Alberto—. Tú baja con los demás.

Alberto no me soltó, sentí cómo sus manos estuvieron hasta el último momento en mis brazos. Y luego noté que ya no estaban y me sentí completamente sola.

Frida me arrojó a la cama y yo me tumbé de medio lado sin quitarme siquiera las sandalias.

—Tendría que verme un médico —dije.

—No te preocupes, luego subirá uno.

Tuvo el detalle de ponerme una manta encima y salió. Esta vez no oí el ruido de echar la llave. Tampoco hacía falta, ¿adonde iba yo según estaba?, ¿y cómo iba a escaparme en medio de semejante concentración de enemigos? Me hice un ovillo y traté de olvidarme de todo, aunque había algo que me intranquilizaba y era eso de que iba a subir a verme un médico.

Debí de quedarme profundamente dormida, porque me costó mucho moverme y abrir los ojos. Soñaba con gente que hablaba. Y cuando por fin logré salir de entre aquellas voces y despertarme tuve la impresión de entrar en otra pesadilla al ver sobre mí las caras de Fred, Karin y el Carnicero, que estaba preparando una inyección. Esto no podía ser real, esto no podía estar pasándome a mí. Me reí y en cuestión de segundos pasé de la risa al llanto. Estaba ardiendo.

—No quiero —dije.

—Cariño —dijo Karin—, con esto te pondrás bien, él sabe lo que hace.

¡No!, ¡no!, ¡no!, grité con una angustia que hasta ahora sólo había sentido en las pesadillas. ¡No!, grité en voz alta, y me desperté. Esta vez estaba despierta de verdad. Me pellizqué para comprobarlo. Alguna vez me había pellizcado en sueños cuando no sabía si estaba dormida o despierta, pero nunca estando consciente como ahora, sólo que ahora me encontraba tan mal que tenía mis dudas sobre mi estado real.

Desde luego estaban observándome Fred, Karin y el Carnicero.

—Querida —dijo Karin—. Tienes fiebre.

El Carnicero alargó una mano hacia mí. Era enorme y llena de tendones como las raíces de un árbol. Quise esconderme debajo de la manta, quise volverme invisible y desaparecer. Separó un poco la manta, buscaba mi brazo, pero mis brazos se me habían pegado al cuerpo como dos barras de hierro. Afortunadamente no intentó separarlos. Me cogió con dos dedos la muñeca y yo cerré los ojos y me puse a pensar en posibles nombres para el niño.

—Tiene treinta y nueve y medio de fiebre. Habrá que darle un baño.

—Bien. Le diré a Frida que lo prepare -—dijo Karin.

No abrí los ojos hasta que salieron todos.

Luego me cambié de ropa como pude. Me puse los pantalones, las botas de montaña y un jersey. Metí la documentación en la mochila y me la puse a la espalda.

Vomité en el baño, creo que en el suelo, y me lavé la cara con agua fría.

Abrí la ventana y tiré la mochila al jardín. ¿Y ahora qué? La cabeza se me iba. Metí la mano en el pantalón y apreté fuerte el saquito de arena que me había regalado Julián. Podría tratar de agarrarme a una de las ramas que daba en la ventana y balancearla hasta abajo. Qué fácil parece todo en la imaginación y qué difícil era hacerlo. Ni la rama estaba tan cerca ni el salto parecía seguro, pero no podía permitir que me dieran el baño. ¿Un baño de qué?, ¿un baño de agua? Lo de baño salido de la boca del Carnicero sonaba terrorífico. Así que volví adentro, mojé la toalla y me la puse alrededor de la cabeza. Fiebre, vete, dije. Me senté en el alféizar de la ventana. Desde arriba vi una sombra que se movía y un punto rojo como de cigarrillo encendido. Esperé a que se marchase e inicié los intentos de alcanzar la rama. Hasta que unos brazos me rodearon por detrás. Traté de deshacerme de ellos, pero luego me resultaron familiares.

—Tranquila. No se te ocurra saltar, podrías hacerte daño.

Era Alberto, y si no podía fiarme de Alberto, la vida no merecía la pena. Me volví hacia dentro de la habitación. La toalla mojada me había venido bien, me encontraba algo más despajada.

—Quiero marcharme. Van a darme un baño.

—Es para que te baje la fiebre.

—Ya me ha bajado, ayúdame. Tengo que salir de aquí. Necesito que me vea un médico normal.

Me miraba muy serio, triste.

Me quité la toalla, y me pasó la mano por el pelo mojado.

—Está bien. Voy a ayudarte a bajar. Primero saltaré yo, luego te acercaré esa rama y te cogeré desde debajo por las piernas. Vamos allá.

Alberto se lanzó a la rama y cayó al suelo. Tuve miedo de que la rama se partiese, pero no se partió. Frida estaría al llegar, aunque puede que estuviera esperando a que se fueran casi todos los invitados para darme el baño. Así que cuando rocé la rama con los dedos la agarré como pude y con mis pocas fuerzas me colgué, me balanceé y en esos pocos segundos sentí que se me estiraba el cuerpo, las articulaciones, las vértebras y fue muy agradable, pero al caer, Alberto no pudo sujetarme a tiempo y me hice daño en el costado y me entró el pánico.

Alberto actuó deprisa, colocó mi brazo izquierdo alrededor de su cuello y me cogió por la cintura. Me llevaba en vilo. Salimos rápidamente. Había aparcado el coche un poco lejos y hasta que llegamos allí fui arrepintiéndome dolorosamente de todo lo que había hecho, no me habría importado si sólo me hubiese puesto en peligro a mí misma, pero había involucrado a un ser inocente que se suponía que yo tenía que proteger.

Entramos en el hospital y después de explicar Alberto a una enfermera tras un mostrador que tenía fiebre, quizá gripe, que estaba embarazada y que me había caído, nos hicieron esperar en una salita. A los cinco minutos Alberto dijo que tenía que marcharse pero que no me preocupara por nada porque aquí me cuidarían y que volvería en cuanto pudiese. Entonces cerré los ojos y todo comenzó a dar vueltas.

Julián

Después de todo lo que me ocurría, me habría esperado cualquier cosa menos ver entrar a la Anguila en mi habitación. Casi me quedo en el sitio. De pronto oí a alguien maniobrar en la cerradura y antes de que pudiese saltar de la cama, lo vi venir hacia mí. Vi venir a la muerte. Estaba recostado en dos grandes almohadones con el pijama y con las gafas de culo de vaso puestas leyendo el periódico. Había cenado ligero y me había tomado las siete pastillas de rigor. Me había relajado tanto que me costaba bastante hacer cualquier movimiento.

—Tranquilícese. Sólo quiero hablar con usted.

La Anguila se quedó mirando cómo tardaba una eternidad en retirar las mantas y asomar mis flacas canillas y poner los pies sobre las zapatillas colocadas en un lugar tan preciso que ni siquiera había que mirar para encajar en ellas los pies y no coger frío cuando me levantaba para ir al baño.

—Hay que darse prisa —dijo—. Tiene que ir al hospital. Sandra está allí. Se encuentra muy mal.

Hablaba telegráficamente para que ninguna palabra sobrante me confundiera y para que le entendiera lo mejor posible.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté tratando de comprender la situación.

—La he llevado yo. Ha tenido que escapar por la ventana de Villa Sol.

—¿Por la ventana?

Por fin me estaba espabilando. Visualicé las ventanas del segundo piso donde tendría su cuarto Sandra.

—Por la ventana —repetí—. ¿Y tú, cómo has entrado aquí?

—Con mucha facilidad. En estos sitios no hay ninguna seguridad. Vístase y vaya al hospital, yo tengo que volver a casa de los Christensen. ¿Lo hará?

Estaba descolgando de una percha la camisa que había llevado puesta ese día. Tuve que quitarme delante de él la chaqueta del pijama para ponérmela y como imaginaba se quedó mirando mis flacos brazos. Creí ver en su cara una ráfaga de compasión y admiración. Cuando llegase a mi edad se daría cuenta de que uno hace lo que puede en cada momento de la vida y que en esto no Había ninguna heroicidad.

Para que me diese más prisa me ayudó a ponérmela.

—¿Dónde tiene los zapatos? —preguntó mirando alrededor mientras me quitaba los pantalones del pijama.

—En el cuarto de baño.

Siempre los dejaba allí con los calcetines dentro.

—Al saltar se ha hecho daño. Ha caído en tierra en una mala postura —dijo mientras me acercaba los zapatos, y se marchó con rapidez, sin darme tiempo a preguntar.

Sólo me faltaba ponerme las lentillas. También me pasé rápidamente la maquinilla de afeitar y cogí medicación para dos tomas.

La noche era húmeda y cuando llegué al hospital me dijeron que estaban examinando a Sandra. Me preguntaron si era pariente suyo y asentí. Les dije que yo me hacía cargo de ella.

Sabía en qué consistía el examen en Urgencias. Te metían en un compartimento separado por cortinas llamado box y te tomaban muestras de sangre y orina para analizarlas, te ponían suero. Pregunté si podía entrar a hacerle compañía, pero no me dejaron. De repente sentí miedo de que ella no estuviera consciente, de que no se diesen cuenta de que estaba embarazada y le hiciesen una radiografía. Ni que fuesen tontos, eso era imposible. Aparte de que la Anguila no me había dicho que no estuviera consciente. De todos modos me acerqué al mostrador.

—Por favor, dígale a los doctores que la chica está embarazada.

—Ellos saben lo que tienen que hacer —respondió la enfermera—. No se preocupe.

No se preocupe, no se preocupe. Las peores cosas de la vida pasan por no preocuparse. Me senté en la salita de espera. ¿Por qué habría escapado por la ventana? Tendría que haber salido hace mucho por la puerta y no por una ventana.

Estaba tan ansioso de saber cómo estaba, de que saliera algún médico a hablar conmigo, que no me atrevía a ir a buscar café a la máquina del pasillo. Cuando por fin me decidí, lo dejé dicho en el mostrador sin ninguna garantía de que me hiciesen verdadero caso. Así que cuando regresé, y a riesgo de que me considerasen un plasta, pregunté si no me habrían llamado mientras estaba en la máquina del café.

—Voy a ver —dijo la enfermera cogiendo el teléfono—. Puede entrar.

Me bebí el café de un sorbo, quemándome la lengua y me metí en aquel lugar que yo había visto desde la camilla hacía unas semanas.

Sandra se sorprendió al verme.

—¿Has estado consciente todo el tiempo?

—Sí, creo que sí —dijo.

—¿No te han hecho radiografías?

Negó con la cabeza y se me quedó mirando con enorme cansancio.

—Estoy bien y el niño también. Me han bajado la fiebre y me han dicho que sólo necesito descanso, que todo se debe a un fuerte estrés. Y tú ¿por qué estás aquí? ¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho la Anguila, se preocupa mucho por ti.

—¿Dónde está? —preguntó con la típica ansiedad.

Yo me encogí de hombros porque la verdad es que no lo sabía.

Antes de marcharnos, para asegurarse, le hicieron una ecografía. Salimos de allí a las seis de la mañana bajo la responsabilidad de Sandra. Le habían bajado la fiebre y le pusieron un tratamiento que sobre todo consistía en descansar mucho.

En el coche me dijo que no tenía absolutamente nada.

La mochila con el dinero que le había ido pagando Fred y algunas cosas suyas se la había dejado tirada en el jardín. Le dije que no se preocupara y

le pregunté qué hacíamos. Me dijo que iríamos a mi cuarto por la ruta alternativa del hotel, pero que antes pararíamos en una farmacia de guardia para comprar el jarabe que le habían recetado y un cepillo de dientes.

Hice todo lo que me pidió preguntándome cómo nos las arreglaríamos en la cama de matrimonio de mi cuarto. De ser yo joven, me habría bastado con el cobertor doblado y dos mantas para montarme una cama en el suelo, pero ya no estaba para esas cosas. Si lo hacía me levantaría con los huesos molidos, y entonces sería Sandra quien tuviese que cuidar de mí. También podría unir los sillones del saloncito, pero más que eso me preocupaba que viese mi verdadero yo, el de las gafas culo de vaso, que viese al tío meón que tenía que levantarse cinco o seis veces por la noche, que me viera en camiseta. Quizá ésta era la última lección que tendría que aprender Sandra durante nuestra corta amistad, y la lección que tendría que aprender yo.

Anduvimos por los pasillos y escaleras que ya conocíamos, algunas veces a oscuras. Abrimos puertas tratando de no hacer ruido aunque Sandra cojeaba por el golpe y yo tenía miedo de tropezar y caerme también. Suspiramos aliviados cuando nos encontramos en la puerta de la habitación. Saqué la tarjeta, la metí por la ranura, se encendió la luz verde, entramos, y Sandra se dejó caer en la cama y se puso a llorar, no estrepitosamente. Sólo se le caían las lágrimas y se mordía el labio.

Dentro de una hora abrirían el bufé del desayuno y podría traerle a Sandra ricos manjares. Le dije que se metiera en la cama en el lado que estaba sin usar y que no se preocupara de nada, que descansara y que mañana lo vería todo de otra manera. Eran nada más que palabras, pero palabras razonables que la convencieron. A los cinco minutos estaba profundamente dormida.

Me tumbé en el lado donde me acostaba siempre junto al teléfono y cerca del baño y cogí del suelo el periódico. Ya era el periódico de ayer, hoy estaban ocurriendo otras desgracias. Ni siquiera me quité los zapatos, no quería dormirme antes del desayuno, después seguramente también me echaría a descansar.

No bajé al restaurante a primera hora, quería que estuviera más lleno para, después de desayunar yo, poder meter en la bolsa que llevaba fruta, dos cruasanes y un pequeño bocadillo que haría de jamón con tomate. Cogería un sobre de descafeinado de los que ponen en las mesas y echaría leche caliente en un vaso y me lo llevaría colgando de la mano junto a la pierna de forma que el vaso no llamase la atención y si me preguntaban algo diría que no me había dado cuenta, algo nada sorprendente en un hombre de mi edad.

En cuanto me vi en el ascensor, consideré que el trabajo estaba hecho.

Aunque casi tiré la leche al abrir la puerta, me sentí muy satisfecho cuando pude colocar en la mesita-escritorio, sobre unas servilletas de papel, los cruasanes, la fruta y el vaso de leche, con sus sobres de azúcar y de descafeinado. Cuando Sandra se despertase se lo encontraría, con la leche fría, eso sí, pero tal vez podría meter este vaso largo y estrecho en uno ancho del minibar con agua caliente del grifo.

Coloqué el cartel de no molestar en la puerta, me tumbé en mi lado de la cama sobre la colcha, me quité las lentillas, los zapatos, me tapé con una manta y me lancé a dormir como un niño. Al despertarme, serían las once de la mañana, Sandra seguía dormida. Me cambié de camisa y me aseé haciendo el menos ruido posible, no quise ducharme para no despertarla. Dejé una nota junto al desayuno.

Por el pasillo aún había un carrito de la limpieza, busqué a la camarera y le dije que hoy no hicieran la habitación porque estaba cansado y pensaba subir enseguida.

Traté de localizar a la Anguila. Pasé por la casa de Frida a la hora en que tendría que estar limpiando en Villa Sol. El viejo coche de Elfe que la Anguila solía conducir últimamente no estaba. De todos modos esperé una hora en el cruce con la carretera que todos los que vivían en esos caminos tendrían que tomar para ir a cualquier parte. Comprendía que aquel día en el parking del supermercado la Anguila no quiso hacerme daño, sino advertirme de que sería peligroso para Sandra que me vieran con ella y

quería transmitirme la intensidad del peligro. No contaba con que a mí se me podría quitar de en medio de un guantazo. Me gustaría saber si había ayudado a Sandra sólo por amor o si había algo más. Pero ¿qué podría haber más fuerte que el amor?

Por otra parte, estaba intranquilo. Si pensaban buscar a Sandra acabarían relacionando mi habitación con ella, por lo que cuanto antes se marchase mucho mejor. Debía actuar con rapidez y no preguntarle qué iba a hacer, simplemente debería sacarle un billete de autobús para una hora de madrugada, cuando menos gente viaja.

Sandra

Me desperté completamente sobresaltada, como si me hubieran pegado una bofetada: no había sido Frida quien me había metido la ampolla en el bolso. Habían sido Fred y Karin para enredarme más en la trampa que me habían tendido. Me la habían tendido para que no tuviera más remedio que entrar en la Hermandad. Y allí me querían porque iba a aportar un nuevo ser que ellos educarían a su imagen y semejanza. Me dolía el costado, pero ya no tenía fiebre. Ahora sólo me sentía desorientada, de repente no sabía dónde me encontraba. Era la habitación de un hotel. Volví a cerrar los ojos, era el cuarto de Julián, y Julián no estaba. Era la una y media del mediodía. Recordaba el golpe que me había dado contra el suelo y el hospital. Ya era libre. Me levanté para ir al baño y vi el desayuno encima de la mesa y una nota en que Julián me decía que no saliese del cuarto. Descorrí las cortinas. Vaya terraza hermosa. Se veían los tejados y una línea muy fina de mar al fondo. Abrí la puerta de cristal y respiré. Me envolvió un fresco muy agradable que al momento se convirtió en frío. Me bebí un vaso de agua de una botella que había por allí, luego volví a acostarme. Quizá debería dejar de preocuparme que la vida no tuviese sentido. Hay gente que se da cuenta muy pronto de que no tiene sentido y todo se lo plantea a corto plazo, otros tardan más y durante un tiempo viven como en una ilusión, como yo.

Yo había vivido en una ilusión hasta este mismo momento. A partir de ahora sabía que la realidad dependía de mí. No quería ni podía regresar a Villa Sol y sin embargo no me sentía capaz de abandonar Dianium sin volver a ver a Alberto y pedirle que abandonase esa mierda de Hermandad

y empezara una nueva vida conmigo. Y me fastidiaba que mis cosas, aunque fuesen pocas, se quedasen en manos de los noruegos. Preferiría tirarlas a la basura.

Cuando me desperté de nuevo eran las tres. Tenía hambre. Me tomé el desayuno y me duché y vestí. Salí a respirar a la terraza. Ahora sí que esta aventura había acabado para mí. Tenía la terrible sensación de que no volvería a ver a Alberto. Lo sentía como los amores de verano de la adolescencia que quedaban encerrados en el mes de vacaciones como la mariposa que yo llevaba tatuada en el tobillo.

Julián

Sandra estaba mucho mejor, incluso de buen humor. Se había tomado el desayuno que le dejé en la habitación por la mañana y estaba leyendo tranquilamente el periódico tumbada en la cama. Dijo que había notado pasos junto a la puerta y que había temido que en algún momento entrase la camarera.

—Según van pasando las horas este lugar se va volviendo más inseguro —dije—. Te he sacado un billete de autobús para mañana a las seis. Hasta entonces tienes tiempo de descansar y recuperar fuerzas. ¿Te duele el golpe?

—Me siento un poco magullada, nada más —dijo pensativa.

—Ya no hay marcha atrás, Sandra. Aquí ya no tienes nada que hacer.

—No voy a marcharme sin mis cosas. Por lo menos quiero la mochila que se quedó en el jardín con mi dinero y la documentación y tengo que devolver la moto, no es mía.

—Todo eso tiene arreglo. Te puedes hacer otro DNI y la moto es vieja. No merece la pena el riesgo.

—No pienso irme sin nada —dijo enfurruñada, determinada—. No voy a consentir que esos dos se queden con lo mío. Han vivido de todo lo que robaron y a mí no me van a robar.

—¿No será que quieres ver una vez más a la Anguila?

—Si pudiera, también me llevaría a Alberto, pero que decida él, ya sabe dónde estoy...

Su tono, de pronto, se hizo más melancólico y soñador, como si el solo nombre de la Anguila la transportara a otro mundo.

—Iré yo. Tengo ganas de hablar con Fredrik Chris-tensen y puede que éste sea el momento. Si no diera señales de vida de aquí a la noche, ponte el despertador al acostarte y sal del hotel por la ruta alternativa con tiempo suficiente para poder ir andando a la estación de autobuses por si no encontraras taxi. En ese caso olvídate de mochilas y de historias. Toma veinte euros para gastos.

—Es muy egoísta por mi parte, no me perdonaría que te pasara nada malo —dijo.

—No me pasará, pero hay que ponerse siempre en lo peor para tener un plan B.

Sandra me sonrió entre enamorada de la Anguila y temerosa por mi integridad física y preocupada por lo que iba a suceder de aquí a mañana y por lo que le sucedería más tarde cuando llegase a su vida normal.

Le pregunté si tenía hambre y quería que le trajese algo de comer y me dijo que aún tenía una manzana y que últimamente siempre acababa estando encerrada en algún sitio.

El tiempo pasó volando hasta que consideré que había llegado el momento de marcharme a Villa Sol.

Aparqué casi en la puerta de Villa Sol. No se oía un alma tras los muros. Por encima de ellos de vez en cuando se disparaba una llovizna de hojas, que regaba la calle. Atardecía y toqué al timbre.

Me preguntaron quién era y dije la verdad, que era amigo de Sandra.

Vino Fredrik en persona a abrir la puerta. No la abrió de par en par, sólo lo suficiente para vernos.

—Vengo a recoger las cosas de Sandra. Dice que se dejó una mochila en el jardín y algunas otras cosas en la habitación y la moto en el garaje.

—Sandra —repitió para darse tiempo a pensar—. ¿Dónde está? Estamos preocupados por ella.

—Se encuentra bien, se ha marchado del pueblo.

Me observó más detenidamente. De pronto me había reconocido.

Yo le miré sin parpadear.

—Sí, soy el de la foto, el que te ha estado siguiendo a ti y a los otros.

Abrió la puerta para que pudiera entrar y volvió a cerrarse automáticamente detrás de nosotros. El jardín era muy agradable. Piscina, tumbonas alrededor, cenador, barbacoa. Árboles que llegaban al cielo, plantas semisalvajes, olor a tierra mojada. Nos sentamos en unas sillas de hierro forjado alrededor de una mesa muy bonita y yo me anudé mejor el pañuelo al cuello. Él estaba más acostumbrado al frío e iba en mangas de camisa.

—Sé quiénes sois —dije— y es mejor que dejemos aparte a Sandra. Ella no sabía nada de vosotros hasta que yo se lo conté.

—Ya es de los nuestros.

—Sabes que no. Sandra nunca será ni de los tuyos ni de los míos. Está en manos del viento. Llegó a esta casa por puro azar.

—Nada es por azar. Está con nosotros, en nuestra vida, y eso no lo cambia nada ni nadie.

Fredrik Christensen era una mala bestia, tozudo y con un repugnante aire de superioridad. Hablaba con la barbilla alta, mirándome como si fuera una cucaracha.

—Si me entregas las cosas de Sandra y la dejáis en paz, no os descubriré.

—¿Cómo puedo estar seguro?

Sentí un escalofrío. Por los ventanales del salón nos observaba alguien, seguramente Karin.

—A nuestras edades ninguno llegaríamos al juicio. Al principio sólo pensaba en la venganza, ahora pienso en el futuro de gente como Sandra.

—A mí no me engañas —dijo Fredrik—. Si alguien me hubiese hecho lo que te hicimos a ti no lo perdonaría jamás.

—No olvides que somos muy distintos. Además, moriréis pronto.

Sonrió hacia dentro.

—Sé un secreto que tú seguramente no sabes.

Evidentemente a Christensen le costaba trabajo tener frío. Se recostó en la silla extendiendo los brazos a lo largo y dejándose acariciar por el aire.

— ¿Tanto te interesan los cuatro trapos de esa chica?

—Trapos o no, son suyos.

—Bien, si el secreto merece la pena te los daré.

—Se trata de los inyectables que os ponéis.

Se desconcertó completamente.

—He hecho analizar su contenido.

—Es imposible —dijo.

—En el laboratorio lograron sacar una muestra de unos usados. Los encontré en el contenedor de basura.

No le estaba gustando nada lo que escuchaba.

—Puedo enseñarte los resultados, te vas a quedar de piedra.

—Ahora estás en mis manos. Si quiero no vuelves a salir vivo de aquí.

—Entonces nunca sabrás la verdad.

—Dime algo más.

—Es un compuesto multivitamínico en elevada concentración, pero en el fondo como muchos de los que venden por ahí.

—No puede ser de ninguna manera —dijo incrédulo—. Karin mejora en cuanto se lo inyecta.

—Se trata de un efecto placebo. Primero mejora y luego empeora. No le digas la verdad si eso le ayuda. Pero no os alarga la vida. Un día de éstos tendrás una neumonía y ya no saldrás del hospital y Karin está a un paso de no levantarse de la silla de ruedas.

—¡Serás cabrón!

—Eso da igual, lo que importa es que es la pura verdad. Lleva una ampolla a analizar si no me crees, quizá después te ahorres mucho en joyas y cuadros.

Levantó trabajosamente su gran armadura de huesos y entró en la casa. Hasta que salió, Karin estuvo espiándome tras los cristales. Aunque tenía el culo helado por el hierro de la silla no me moví y no pensé, no quería distraerme pensando. Aguanté el frío mientras me mantenía alerta una

media hora y sentí una gran satisfacción al verle regresar con la mochila en la mano y otra bolsa de viaje con ropa dentro.

—Aquí tienes —dijo—. La moto la he sacado por el garaje, está junto a tu coche.

Abrí la mochila para comprobar que estaba el dinero que Sandra había ganado en esta casa. Había unos tres mil euros, una revista y los carnés de identidad y de conducir. No miré en la bolsa de plástico, con esto era suficiente.

Tuve que levantarme para meterme la mano en el bolsillo de atrás del pantalón y sacar una hoja doblada con los resultados de los análisis.

—Mira, no te engaño. Además, puedes comprobarlo por ti mismo.

—Me pides que me crea que estas pruebas son de las ampollas. Podrían ser de cualquier cosa.

—Piensa lo que quieras, pero ésta es la verdad.

Ya no volví a sentarme. Mientras él leía aquello me dirigí con la mochila y la bolsa hacia la salida. Me costó trabajo abrir la puerta desde dentro, pero al final cedió y me sentí tan libre fuera de sus muros que me dieron ganas de cantar.

Tuve que bajar a la casita y convencer al inquilino para subirle en el coche hasta el Tosalet y que bajara conduciendo la moto. Fue muy trabajoso hacerle ver que no era una argucia de su ex mujer para que se matase por la carretera. Me quedé tranquilo cuando por fin la vi encadenada a la buganvilla.

Antes de volver al hotel, pasé por una tienda de pollos asados y compré uno con patatas fritas. Cuando llegué a mi planta el ascensor olía a pollo que apestaba.

Metí nervioso la tarjeta en la puerta. No sabía qué podría haber pasado durante mi ausencia, quizá ya habían venido por ella. ¡Sandra!, dije nada más cerrar. Apreté las mandíbulas al no oír ninguna respuesta, ningún ruido.

Dejé la mochila y la bolsa sobre la cama completamente abatido, dolido y machacado por el enemigo. Iba a mirar en el cuarto de baño antes de lanzarme en su busca cuando entró desde la terraza.

—¿Cómo ha ido?

Jamás sabrá Sandra la felicidad que sentí. Entró por aquella terraza como la noche que se echaba encima y las nubes azul oscuro que viajaban por el cielo.

—Mejor de lo que creía. Ahí están tus cosas.

—Lo he pasado fatal pensando en lo que podría estar ocurriéndote en Villa Sol sólo por un capricho mío.

—La moto la he dejado en la casita —dije como contestación a sus maravillosas palabras.

Sandra

Julián se echó vestido en la cama. Dijo que prefería estar preparado por si teníamos que salir pitando, aunque imaginé que no sería sólo por eso.

—Descansa, no te preocupes. Te despertaré a las cinco, yo duermo poco.

Julián me daba paz, tanta que me dormí profundamente y me pareció que hacía cinco minutos que me había acostado cuando sentí que me tocaban el brazo.

—Es la hora —dijo.

Salimos clandestinamente por la ruta alternativa del hotel a la hora más triste del día, cuando la gente aún duerme y no es de noche ni de día.

Nos dio tiempo de tomar él un *espresso* y yo un café con leche antes de subir al autobús, le pedí que le diera mi dirección a Alberto. Y luego le dije adiós con la mano desde la ventanilla. Llevaba el chaquetón que se había comprado en el pueblo y el pañuelo al cuello, iba tan perfectamente afeitado como siempre. No dejé de mirarle hasta que le perdí de vista.

Julián

Las historias no terminan hasta que no se acaba con ellas, hasta que no se les da la puntilla con la cabeza o con el corazón. Para Sandra el fin de esta historia había llegado nada más montarse en el autobús de regreso a casa, aunque continuara haciéndose ilusiones con la Anguila, pero incluso si esta relación llegara a cuajar tendría que ser en otro mundo, no en el mundo de ayer. Ése de momento aún era cosa mía. Si con tantos sobresaltos no me había muerto sería porque me quedaba algo por hacer y debía seguir marcando el paso como un soldado. ¿Habría dado Fredrik Christensen la voz de alarma después de nuestra conversación en su jardín? De tomar medidas, ya las habría tomado Sebastian en nuestro primer encuentro. En el fondo, pensaba en todo esto para no pensar en Sandra alejándose en el autobús hacia un futuro completamente desconocido para mí.

Dejé que las piernas me llevaran hacia algún lado, tenía ganas de andar, últimamente había pasado demasiado tiempo en el coche. Me abroché el cuello del chaquetón, me metí las manos en los bolsillos y me dejé atraer por la brisa del mar, por su humedad, bendita humedad que me abría los pulmones y me hacía respirar como si no me hubiese fumado tres cajetillas diarias durante años y años de mi vida. Y cuando quise darme cuenta me encontré en el puerto. La mañana se había abierto completamente y unos rayos de sol fríos le iban dando a todo un aire de normalidad. Anduve automáticamente, guiado por el recuerdo de mis propios pasos hasta el *Estrella* y Heim, o mejor dicho, hasta el lugar donde el *Estrella* solía estar.

Miré desconcertado alrededor, puede que el sentido de la orientación se me estuviera resintiendo, no sería el primer caso en que un día, un viejo como yo, de pronto no sabe dónde está o no está donde creía estar. Sin embargo, lo único que faltaba era el *Estrella,* el bar de enfrente continuaba en su sitio y los catamaranes de los lados, el mojón con dos rayas pintadas en rojo, un solar que servía como aparcamiento unos doscientos metros más allá. El *Estrella* no estaba ni Heim tampoco, y esto sí que me ponía nervioso, sobre todo porque me habían arrebatado a Heim. Al darse cuenta de que ya no estaba en sus cabales se habrían deshecho de él como de Elfe. Los que aún eran capaces de defenderse no querían lastres innecesarios, no tenían fuerza para tirar de los otros. Por mucho Heim que fuese, él mismo se habría reducido a material molesto.

Me tomé otro café, éste descafeinado, calculando a cuántos kilómetros de distancia se encontraría ya Sandra. Me habría gustado ir a Madrid con ella, aún podía permitirme algún extra como un viaje en autobús, unos días en algún hostal y otros cuantos menús. Pero para mí solo el viaje no me merecía la pena, ya no me daba tiempo de ver ni una milésima de todo lo que no había visto, así que era mejor dejar las cosas como estaban, no moverlas ni para adelante ni para atrás. Me quedaría aquí, el lugar que Salva había elegido para acabar sus días, no había nadie tan parecido a mí como Salva y me había preparado el camino, ¿para qué rechazarlo? Desde el mismo momento en que tomé el avión en Buenos Aires supe que emprendía el viaje de los elefantes y que no iba a regresar. Regresar ¿para qué?, mis recuerdos no se separaban de mí. Tres Olivos era una buena opción. Con mi pensión podría pagar la residencia y nadie me buscaría allí. Cuando la vida te pone algo en bandeja hay que tomarlo, porque si no acabas pagándolo caro. La vida siempre sabe más que nosotros.

De nuevo mis piernas flacas y fatigadas, que conservaban mejor memoria que yo, me dejaron junto al coche, que había aparcado cerca de la estación de autobuses. Me fui al hotel sin pensar en peligros de ninguna clase. Me quité las lentillas, me puse el pijama y me metí en la cama, algo que nunca había hecho de día, salvo en caso de enfermedad. Pero ahora el cuerpo me pedía descanso y recuperarme de tanta tensión y dormir sin

pensar en nada, sin preocuparme, tratando de que las imágenes de Sandra mirándome desde la ventanilla del autobús me alterasen lo menos posible.

Sandra

Hasta que no salimos de Dianium y cogimos la autovía no reparé en el pasajero que iba a mi lado. Había estado concentrada en mis pensamientos mientras las luces del amanecer, esas luces desperdigadas entre la neblina, iban desapareciendo. Estuve mirando a Julián hasta que lo perdí de vista, me daba pena perderle de vista para siempre y no sé por qué no podía dejar de mirar el pañuelo que llevaba al cuello. Tuve que respirar hondo. No podía evitar saber lo delgados que tenía los brazos a pesar de que en el cuarto tuvo buen cuidado de no quitarse la camisa delante de mí, pero los sentía cuando los tocaba accidentalmente, y vi en el baño el arsenal de medicinas que tomaba. Era un hombre en las últimas y sin embargo no tenía miedo, y no creo que el miedo entienda de edades. A mí me daba más miedo llegar al final del trayecto que el peligro que había pasado en manos de la Hermandad. Temía mucho más la normalidad, la vida corriente en que no tenía oficio ni beneficio. De todos modos ya no era la misma atontolinada que llegó a Dianium en septiembre cuando creía que el mundo me debía algo. Ahora sentía algo distinto, algo más agrio y al mismo tiempo más reconfortante. No sabría explicarlo. Al despedirnos estuve a punto de darle un abrazo a Julián, de apretarle contra mí, pero en ese momento pensé que no sería bueno para ninguno de los dos. ¿Qué tiene de bueno despedirse? El de al lado tendría unos veinticinco y se durmió nada más sentarse. Ahora la cabeza descansaba en mi hombro y las piernas las llevaba tan despatarradas que las mías apenas tenían sitio. Le incliné la cabeza para el otro lado y él volvió a buscar su punto de apoyo en mí, pero yo no estaba

dispuesta a soportar aquello y le desperté. Me miró asombrado, como si yo hubiese aparecido en su cama de repente, hasta que se orientó.

—Perdona, anoche estuve de marcha.

Le sonreí muy levemente para disculparle sin darle confianza, no tenía ganas de hablar con él. Tenía ganas de pensar en los noruegos, en qué harían hoy y cómo digerirían mi huida. Era imposible que dieran conmigo porque no tenían ni idea de dónde vivía y les llevaría demasiado trabajo descubrirlo. De sentirse amenazados sería más fácil que pegaran ellos la estampida. Si le contara a este chico lo que me había pasado se quedaría de piedra, ¿qué sabría él de nazis?

Le eché un vistazo de reojo, ni en mil años podría ser como Alberto.

En Montilla paramos para ir a los baños y tomar algo en un restaurante de carretera atestado de viajeros. Mi compañero de viaje se empeñó en invitarme a una coca-cola y dijo bostezando que me encontraba triste.

—Eres muy observador —dije dando por terminada la coca-cola y la conversación—. En este momento lo que más me gusta del mundo es estar triste.

Julián

Pagaba el hotel por semanas y al pagar la última le comuniqué a Roberto que abandonaba la habitación. Se sorprendió de que dejase una suite por un precio casi ridículo y trató de explicarme que si comparaba con otros hoteles vería que era un cliente privilegiado y que el desagradable suceso por el que dejé un cuarto normal y pasé a la suite puede ocurrir en cualquier parte, pero que él personalmente se comprometió a que no se repitiera y como veía no se había repetido. Comprendí que estábamos en temporada baja y que era su obligación retener a los clientes como fuese. Más valía tener ocupada una suite por el precio de una doble interior que tenerla muerta de risa.

Tuve que cortarle la descripción de las maravillas que yo estaba disfrutando sin saberlo en el hotel para decirle que no era cuestión de dinero, sino que me marchaba del pueblo. Por supuesto si me hubiese quedado más tiempo no se me habría ocurrido irme del hotel. Las vacaciones se me habían terminado y regresaba a mi país. Roberto se sintió confuso: los jubilados teníamos todas las vacaciones del mundo, pero no soltó nada, sabía muy bien guardar sus curiosidades para él. Le dije que dejaba también el coche de alquiler y que devolvía a la habitación una manta, que había cogido por si me sucedía alguna emergencia, y una toalla. Para ir al aeropuerto tomaría un taxi.

Roberto hizo que me bajaran el equipaje e insistió en pedirme un taxi por teléfono, pero me negué en redondo. Le dije que prefería parar uno en la calle porque además debía hacer tiempo hasta la salida del avión. No

quería por nada del mundo que luego pudieran localizar el taxi y preguntar dónde me había llevado.

—Lo siento —dije en plan de broma—. Es mi última voluntad.

Así que salí del Costa Azul a las once de la mañana arrastrando la maleta de ruedas y con una bolsa colgada al hombro.

Cuando estuve lo suficientemente lejos del hotel como para que nadie pudiera seguirme, le di el alto a un taxi y pedí que me llevara a la residencia de ancianos Tres Olivos. Durante el viaje miré para atrás varias veces y nada. Mi decisión les había pillado por sorpresa sin que Tony se encontrara en el hotel y sin que les diera tiempo de ponerse en marcha para controlarme.

Esta vez al llegar a Tres Olivos despedí el taxi.

Me gustó el aspecto del jardín con varios tipos como yo muy abrigados jugando a la petanca, hablaban de si uno estaba más torpe que el otro y de fútbol. Me dirigí a la oficina y volví a encontrarme con la frescachona de la vez anterior.

Hizo como que no se acordaba de mí, pero sí que se acordaba y no entendí por qué lo negaba, a no ser que estuviese acostumbrada a decir de entrada a todo que no.

Fui claro. Le dije que no quería ser una carga para mi hija y que si me hacían un buen precio de aquí hasta que me muriera y me daban la habitación que había ocupado mi amigo Salva me quedaría con ellos. Abrió la boca, pero se la cerré.

—Es usted muy guapa y muy inteligente y me gustaría pasar el resto de mis días en un sitio donde pudiera verla, eso me alegraría mucho la vida.

—No me digas que también tienes buen pico como Salva.

—¿Salva también se quedó aquí para verte?

—Todos están aquí por eso —dijo riéndose a carcajadas.

—Esa habitación lleva una semana ocupada —añadió un poco más seria —, pero veré qué puedo hacer para cambiarte allí. Me llamo Pilar.

Acababa de entrar en la auténtica ancianidad. Estaba en manos de Pilar. Pilar me había tuteado en cuanto comprendió que era suyo. Uno más para Pilar. Y con mucho gusto. Era lo que necesitaba, una Pilar, la petanca y

gente que hubiese vivido una vida y a la que aún se le estuviese dando algo de propina.

Esperé sentado en un banco a que Pilar solucionara lo de mi habitación y entonces pasó ante mí, como una visión, como si estuviese dormido y soñase con sucesos y personas de aquellos días y los mezclase sin sentido. Vi, digo, pasar e ir hacia el bosquecillo de árboles a Elfe.

En cuanto acabé de reaccionar, salí detrás de ella, pero Pilar me dio el alto.

—¿Dónde vamos tan deprisa?

—Me ha parecido reconocer a alguien.

—Bueno, ya tendrás tiempo, de aquí no se marcha nadie —no se rió, como habría sido lo normal—. Ahora vamos a tomar posesión del cuarto de Salvador, has tenido suerte. Y te enseñaré un poco todo esto.

Una camarera estaba terminando de arreglar la habitación y dejé la maleta en un rincón y la bolsa encima de un pequeño escritorio. La ventana estaba abierta y el aire que entraba se iba llevando los humores del anterior inquilino y filtraba la presencia invisible de Salva.

Las instalaciones no eran gran cosa. Había pocos viejos jóvenes, por lo que las pistas de tenis y pádel no les resultarían rentables. La cocina estaba limpia, y lo mejor era una piscina cubierta tirando a pequeña que era el orgullo de la residencia. Pilar me dijo que cuando la probase no querría salir de allí, pero a mí la gimnasia sueca me había ido relativamente bien y no sabía si me iba a atrever a cambiar.

—¿Salva se bañó ahí?

—No, decía que se fiaba más de una gimnasia que hacía, gimnasia sueca, creo.

Hablaba y miraba y atendía las explicaciones de Pilar pensando en Elfe.

Estuve a punto de preguntarle a Pilar, para confirmarlo, si tenían en la residencia a una mujer alemana, de mi edad más o menos, ex alcohólica o alcohólica llamada Elfe, y en caso afirmativo quién la había traído. Pero no lo pregunté porque no quería levantar la liebre nada más llegar.

Tenía razón la frescachona, ya tendría tiempo, la hora de la comida estaba encima. Esto sí que no me lo habría esperado. No la habían matado, la habían recluido. En el fondo matar era más comprometido que traerla a esta reserva donde contase lo que contase podrían ser imaginaciones.

No me dio tiempo de abrir la maleta, llegaban los olores de sopa y pescado y el ajetreo de los platos en el comedor. Cuando entré, me quedé un poco parado porque todos sabían dónde sentarse y no quería quitarle el sitio a nadie y tener que levantarme. Esperé a que hubiese un hueco libre, ansioso por ver a Elfe en alguna mesa.

Un hombre grueso me hizo una seña para que me sentara a su lado. Mientras comíamos no paraba de hablar. Yo no me enteraba de nada, pendiente de la entrada de Elfe. Qué lejos quedaban ya Sandra y su futuro hijo. Había sido un regalo del cielo como tantos regalos que me había hecho la vida. No todo el mundo era recompensado como lo había sido yo. A mi hija le había dicho que había descubierto unas instalaciones hoteleras para gente de mi edad y que me quedaría aquí otro mes. La casita que tanto me gustaba al final los dueños la habían alquilado y no tenía ganas de buscar más. Tendría que conformarse con un hotel cuando viniera a verme. También le dije que la echaba mucho de menos pero que nos convenía darnos un poco de espacio.

En los postres le dije al hombre grueso que un amigo me había encargado darle un recado a una tal Elfe, una mujer alemana con ciertos problemas.

—A veces viene a comer y a veces no, ya sabe —e hizo el gesto de empinar el codo.

Sandra

Estuve tristona una temporada. Era la única manera que tenía de retener todo lo de Dianium, de no olvidar a Alberto ni a Julián, ni siquiera a los noruegos, ni lo mal que lo había pasado en aquella habitación del primer piso de Villa Sol. Estaba situada a la derecha, según se subía por la escalera y se recorrían unos diez metros de pasillo, diez metros de distintos tipos de pisadas, que me llegaron a taladrar el cerebro. Más o menos enfrente estaba el baño y recuerdo que una vez vomité en el lavabo de preciosos girasoles amarillos y sentí verdadero terror por haberlo ensuciado y por no tener fuerzas para escapar. Ahora sabía lo importante que era no dejarse debilitar, no dejarse amedrentar y no dejarse manipular. No era fácil evitarlo, pero conocía las consecuencias de la inocencia, ahora sabía que el enemigo puede ser cualquiera.

Al llegar a Madrid me marché directamente a casa de mis padres. En cualquier otro momento no habría soportado la idea de lo que se me venía encima, pero ahora me parecía una tontería. Unos lloros de mi madre, unos consejos de mi padre mientras se gritaban y se quitaban la razón uno al otro, una cena caliente, unos cuantos reproches, una cama agradable. Entré en mi cuarto y dejé la mochila sobre la colcha blanca de algodón de verano (mi madre aún no había sacado el edredón, como si en el fondo dudasen de que fuese a volver). Me quité las botas que me había comprado en Dianium mirando alrededor, en las baldas aún estaban los libros del instituto. Los pósters, el flexo, el escritorio, todo tenía cierto aire adolescente. Mi cabeza empezaba a aclararse, evidentemente había vuelto para marcharme.

No fue difícil, mi hermana alquiló a muy buen precio un pequeño local en un centro comercial y montamos una tienda de bisutería. Nos fue tan bien que incluso pudimos contratar a una dependienta, y yo me hipotequé en un apartamento. Santi volvió a mi vida de una forma más real que antes. Apreciaba en él cualidades en las que ni había reparado y me pareció que podría ser un buen padre. No se puede estar esperando el amor perfecto toda la vida. El amor perfecto no es real, nada perfecto es real, por lo que tampoco nuestra relación tenía que ser perfecta, y nos limitamos a vernos de vez en cuando y a sacar juntos a Janín al parque. Le conté a medias lo que había vivido en aquellos días tan fantasmales y tan aislados de todo y a veces se me escapó el nombre de la Anguila, prefería llamarle así delante de Santi para quitarle emoción, para rebajar lo que sentía por él porque además Alberto seguramente fue la ilusión que necesitaba para soportar la tensión que vivía en Villa Sol y, sin embargo, su nombre no era sólo un nombre, era su cazadora azul oscuro, la camisa arrugada, la ceniza del cigarrillo cayéndole en los mocasines, era el pelo algo largo y la frente enrojecida por el viento del mar, era su olor y la mirada preocupada y la voz arrastrándose por debajo de la puerta cuando me dijo te quiero. Y después nada, no volvió por el hospital ni por la habitación del hotel de Julián. Huí, y él se quedó. Santi se alegraba de que hubiese sentado la cabeza y decía que lo pasado pasado estaba, pero no era cierto.

Durante un tiempo estuve tentada de volver a Dianium para buscarle y quitármelo de la cabeza de alguna manera, pero luego el niño y el trabajo me ocupaban todo el tiempo, el presente me devoraba y a veces parecía que había pasado página... hasta que caía rendida por la noche en la cama y me dormía, entonces aquellos días volvían y estaban tan frescos como si fueran hoy.

Julián

En mi primer día en la residencia, Elfe no se hizo visible hasta la noche. Fui a cenar sin ganas, sólo para que las pastillas no me cayeran mal y no ponerme malo nada más aterrizar allí y por si la veía.

Contemplando los olivos tras la ventana pensé sin querer en el bar de los menús y en la destartalada suite del Costa Azul. Pensé en Sandra y en la Anguila. Hacía tan poco de todo aquello y al mismo tiempo estaba tan lejos. Cuando decidí venir aquí sabía que éste era un lugar para rondar el pasado, porque cuando el cuerpo no da más de sí nos queda el poder de la mente y la imaginación para recrearnos en los mejores momentos de nuestra vida.

Esto pensaba hasta que vi entrar a Elfe en el comedor con cara de ida aunque más aseada que la vez que la vi en su propia casa rodeada de vómitos. Dijese lo que dijese nadie se la tomaría en serio.

Le hice una seña para que se sentara con el hombre grueso y conmigo. Empezábamos a formar un grupo.

Se sentó y no me reconoció, ¿cómo iba a reconocerme? Esta mujer había conseguido vivir como un fantasma.

—Elfe tiene cuadros en su habitación que valen millones de euros, ¿verdad, Elfe? —dijo el hombre guiñándome un ojo.

—Un Picasso —dijo Elfe—, un Degas y un Matisse, creo.

Elfe se quedó mirando al techo tratando de recordar y el hombre movió la cabeza con pena.

—Parece que todos venimos de una vida mejor —dijo él, sin sospechar ni por lo más remoto que lo más seguro era que los cuadros de Elfe fuesen

auténticos. Luego Elfe preguntó con una inseguridad lastimosamente infantil:

—¿Sabéis dónde está mi perro?

El hombre me dirigió una mirada que decía: está como una cabra, sin imaginar que yo sí sabía dónde estaba el perro, en casa de Frida.

Cuando terminamos me ofrecí a acompañarla hasta su cuarto. Al abrirlo vi los cuadros colgados en las paredes, eran tan auténticos que parecían falsos.

—¿Quieres tomar una copa? —dijo metiendo la mano en el armario como en un nido de víboras.

Me marché y cerré la puerta. Tendrías que ver lo que está pasando, Salva, no te lo creerías.

Ni yo tampoco me hubiese creído que varios días después bajase de un taxi un hombre alto, encorvado, torpón, arrastrando dos maletas de ruedas. Me costó un poco encajar a Heim en el pequeño jardín de la residencia. Y tuve que hacer un esfuerzo para que la visión de Heim hablando con Pilar fuese real.

Así que había tenido que abandonar su querido barco, el *Estrella.* No cabía duda de que tendría que haberle dolido, pero le habrían convencido de que ante su alarmante pérdida de facultades tendría que recluirse si quería sobrevivir. Y evidentemente había preferido sobrevivir por encima de todo. En el fondo pensaría que al ser de una raza superior aún le quedaban muchos años por delante y que se le ocurriría algo para frenar su demencia. ¿Sabría que también estaba Elfe aquí? ¿Cómo reaccionaría Elfe cuando lo viera?

Fisto parecía no acabarse nunca, cuando yo no iba a ellos, ellos venían a mí, revivían para mí. Por algo sería. Sentía que estaban en mis manos y que el espíritu de Salva me guiaba.

Cuando por fin Pilar cumplió con el protocolo de llevar a Heim a su cuarto y de enseñarle las instalaciones, explicarle los horarios, preguntarle si era diabético para el asunto de las comidas y demás temas con los que también me aturdió a mí en un primer momento, fui a hablar con ella.

—Un nuevo cliente.

—Sí —dijo mientras tecleaba en el ordenador la ficha de Heim, bajo por supuesto otro nombre que no me apetecía memorizar—, a ver si éste es un alemán como Dios manda y llega puntual a comer, no como Elfe, ¡qué castigo de mujer!

—Los puntuales son los ingleses, no los alemanes.

—Pero se supone que los alemanes son los más organizados. No sabes cómo trae de ordenadas las maletas este hombre.

Le di la razón, los que yo había conocido eran muy organizados.

—Oye, Pilar —le dije mirándola fijamente a los ojos—. No sé cómo soportas estar con tanto viejo. Una mujer tan guapa como tú tendría que estar luciéndose por ahí.

Se rió no muy alegremente.

—Por ahí no es oro todo lo que reluce —dijo.

—Eso también es verdad —dije—, ¿y qué te parecería si un viejo como yo te propusiera ir al cine o dar una vuelta por el mundo?

Aguanté bien el rato que tardó en contestar.

—No me parecería mal. Seguro que tienes muchas cosas que contar.

—Más de las que tú te crees.

11. Bajo tierra, bajo el cielo

Sandra

Convencí a mi hermana para que fuéramos todos juntos a la casita a pasar unos días. Le dije que al bebé le vendría de maravilla el aire del mar y estar rodeado de otros niños y del calor de la familia, incluidos sus abuelos. Tenía seis meses y era despierto o mejor dicho muy observador. Si era cierto eso de que el feto recibe las sensaciones del exterior, él debió de captar mucha sospecha, miedo, precaución y el claro mensaje de que nada ni nadie son lo que parecen. Cuando nos miraba parecía que buscaba la verdad dentro de nosotros o que sabía que detrás de cualquier cosa había algo más.

Después de darles vueltas a cientos de nombres le puse Julián, y le llamábamos Janín. Me habría gustado que lo supiera el viejo Julián y le envié una carta al hotel Costa Azul, pero me fue devuelta, ya no vivía allí y supuse que quizá había vuelto a Argentina.

Creo que si ahora decidí volver a Dianium era con la esperanza de encontrarme a Alberto en cualquier esquina. Al principio soñaba con él. Soñaba que bajábamos juntos en la moto desde Villa Sol, que paseábamos por la playa. Soñaba que aquel mundo tenía una luz muy brillante que me cegaba y que me impedía ver bien lo que había a mi alrededor. Soñaba con aquella chica de la playa como si no fuese yo misma. Ya no era totalmente ella. La recordaba como a una hermana pequeña llena de dudas. No es que ahora estuviera segura de todo, pero había entrado en la casa del mal, había probado el mal como se prueba la enfermedad o la miseria, todo lo que te hace estar en un mundo aparte, y eso no se olvida.

Me impresionó entrar en la casita. Olía a flores. Hacía mil años que había llegado aquí con la mochila y la cabeza nada clara. Ahora salimos despedidos de los coches inundando el jardín de gritos. Nada más poner el pie en él mis padres empezaron a discutir. Janín los miraba con los ojos muy abiertos. Todavía quedaba por allí un rastro de libros y papeles del inquilino. Mi cuñado enseguida comenzó a encontrar excusas para largarse al pueblo sin la tropa, como nos llamaba. En estas circunstancias jamás podría ocurrir nada parecido a lo que me ocurrió a mí. No podrían existir un Fred ni una Karin, ni Villa Sol, ni Julián. Ahora no podría existir Alberto.

Me acomodé en el cuarto más pequeño. Mi padre instaló una cuna de mis sobrinos que sacó del garaje, y abrí la ventana de par en par. Los pájaros alborotaban entre las ramas verdes.

Julián

Los días en Tres Olivos pasaban apaciblemente si te acostumbrabas y dejaba de interesarte la vida de allá fuera. A veces nos llevaban de excursión a Benidorm o a Valencia y era agradable si no pretendías hacer nada por tu cuenta. A veces se moría alguno y se comentaba en el comedor como si nunca fuese a sucedemos a ninguno de los demás. Heim estaba como un pulpo en un garaje y Elfe mariposeaba medio borracha de un lado para otro sin enterarse de nada. En ocasiones Elfe cruzaba alguna frase en alemán con Heim, pero sinceramente creo que no llegaba a situarlo del todo.

Los jueves Pilar libraba y nos íbamos por ahí. Ella conducía su BMW y yo le hablaba del campo de concentración y de mi época de cazanazis. Procuraba no mencionar demasiado a Raquel.

Le resultaba un viejo interesante. Cuando comprendí que se estaba enamorando de mí le dije lo de mi enfermedad coronaria y que tomaba diez pastillas al día. Le dije que no estaba en condiciones de poder satisfacer sus necesidades y que en cualquier momento podría quedarme tieso. Le dije que no tenía dinero ni para pagar el entierro, que me llegaba justo para la residencia. Pero Pilar era muy tozuda. Pretendía que formásemos una de esas parejas en que la mujer parece la enfermera o la cuidadora. A mí me daba igual, la última mujer por la que pude hacer algo fue por Sandra, ahora buscaba la manera de mortificar a Heim. Siempre había logrado escapar de sus cazadores, pero de quien no podría escapar era de sí mismo.

Una tarde le pedí a Pilar que me acompañara a la casita a la hora en que el inquilino tenía clase en el instituto. Ella se quedó en el coche y yo entré sigilosamente, pasé entre montañas de papeles y subí a la habitación donde meses antes había escondido el álbum y los cuadernos de Heim y los míos. Estaban donde los había dejado. Como si ni el tiempo, ni el viento, ni ninguna mirada hubiesen pasado entre aquellas cuatro paredes. Los cogí y volví junto a Pilar.

—¿Qué es eso? —dijo ella.

—¿Esto?, nada, es un encargo. Tenemos que acercarnos a Correos.

Pilar me miró con admiración. Daba por supuesto que cualquier cosa que hiciese sería interesante. Qué pena que mi vida comenzase cuando terminaba, o quizá sería mejor así, ¿verdad, Raquel?

Mandé a mi antigua organización el álbum de fotos de Elfe, los cuadernos de Heim y mis notas, donde figuraban las direcciones de Villa Sol, de Christensen, de Otto y Alice, de Frida. En cuanto a Heim preferí no decir nada, porque Heim era mío.

Pilar se conformaba con poco, con que le dijese que era muy hermosa, lo que era rigurosamente cierto y que era la mujer más simpática y alegre que había conocido en mi vida, lo que también era verdad. Acababa cediendo cuando se empeñaba en que nos besáramos apasionadamente y unas cuantas veces me dejé arrastrar a la cama. Ella se empeñaba en aparentar que le gustaba mi cuerpo, lo que no tenía ningún sentido. Hasta que le dije que eso se había acabado, que me había desacostumbrado al sexo y que no quería volver a acostumbrarme y a tener una necesidad más.

Por fin Pilar y yo formábamos un equipo. Nos lo pasábamos bien sin tener que desnudarnos deprisa y corriendo. Era mejor que se desnudase con otros y que a mí me dejase en mi parcela de lo muy interesante. Aunque en el fondo creo que cualquier psicólogo me diría que estaba tratando de repetir la maravillosa relación que me había unido a Sandra. ¿Qué sería de su vida? No quería saberlo. Yo pertenecía a su pasado.

Sandra

La moto seguía allí, sujeta a la buganvilla por la cadena. Aunque yo ahora tenía coche y no la necesitaba, me subí en ella. La puse en marcha con gusto, saboreando el momento y tiré hacia el Tosalet. Me sentí libre, ahora sí que me sentía completamente libre sabiendo que mi hijo ya había venido al mundo y que si me ocurría algo malo no le ocurriría también a él. Misión cumplida.

Al llegar a la altura de Villa Sol se lanzaron contra la puerta metálica unos niños con las toallas al hombro, detrás iba el padre. Les advertía que no fueran bestias.

Me acerqué a él y le pregunté si vivía en esta casa. Era desconfiado y me preguntó por qué quería saberlo. Le dije que por razones sentimentales, durante una temporada también yo había vivido aquí. Se me quedó mirando con incredulidad.

—¿Cómo son las habitaciones de arriba? —preguntó mientras les decía a los niños que tuvieran cuidado con los coches.

Se las describí.

—Pasa, si quieres —dijo—. Húndete en la nostalgia.

Eran las mismas hamacas, sólo que ahora llenas de toallas y descolocadas. La piscina era la misma, pero con algo diferente, la diferencia del ahora, y las puertas de la casa estaban abiertas de par en par y en la ventana de la cocina no aparecía la cara de Karin.

—La he alquilado para todo el mes. Ven cuando quieras. Te invitaremos a cenar.

Se le habían animado los ojos. Probablemente estaba divorciado y le tocaba estar con los hijos. Le di las gracias y volví a la moto. Seguro que ni siquiera sabría quiénes eran los dueños.

Pasé por la casa de Otto y Alice. Estaba muda y daba sensación de pesadez, de que de un momento a otro se hundiría en el suelo y arrastraría con ella las villas de alrededor, la comarca y el mundo entero. Me subí sobre el sillín como aquella lluviosa noche de la fiesta y vi el jardín hecho un desastre, con hierbajos por todas partes. Las columnas dóricas no sé por qué daban una gran sensación de abandono, como esos templos que el tiempo va desconchando y arrinconando en el pasado.

De vuelta pasé por el hotel Costa Azul. Entré y me di un paseo por el vestíbulo. Estaba el conserje de la peca grande. Me miró intentando recordarme. Me había quitado los piercings y llevaba el pelo más largo y de color castaño todo él como la última vez que me lo teñí con Karin. Había optado por la comodidad. Desde que tenía curro me centraba más en la ropa y en dar buena impresión a los clientes, sólo me importaba que a mi hijo no le faltara de nada y no me importaba lo que pensaran de mí, sino lo que pensaba yo de la vida. Ya no tenía sensación de peligro en este sitio. Volví a salir seguida por la mirada del recepcionista.

¿Y esto era todo? No, quedaba el Faro. Lo dejé para lo último. Lo peor era que nadie podía compartir esto conmigo. Parecía que la cabeza y el corazón me iban a estallar. Ahora en la heladería había un restaurante pequeño con una gran terraza bajo un emparrado, aprovechando parte de la explanada. Me temí que hubiesen quitado el banco entre las palmeras, pero no, allí seguía. Había una pareja sentada. No me importaba. Ante sus narices, levanté la piedra C.

Se me quedaron mirando sin saber qué pensar. Bajo ella asomaba el pico de un plástico. Retiré la tierra apelmazada y lo saqué. Era una bolsa de plástico donde ponía «Transilvania souvenirs» y dentro había una caja lacada del tamaño de media mano. Dentro no había nada, y había mucho. Jamás pensé que mi vida pudiera estar tan llena de emociones. Me senté en el banco junto a la pareja. Para mí eran invisibles. Yo a ellos les incomodaba, les había interrumpido su momento mágico y se marcharon.

Gracias, dije mentalmente a la pareja y al universo entero. Me toqué en el bolsillo el saquito de arena que un día me dio Julián, siempre lo llevaba conmigo. Lo saqué y lo metí bajo la piedra, quería que lo tuviese él y que volviera a darle suerte, yo ya había tenido mucha.

De vuelta, le puse gasolina a la moto entre gente despreocupada que vagaba con pereza de un lado a otro y regresé a la casita. Subí a mi cuarto. Janín dormía espatarrado en la cuna. Por la persiana medio bajada entraba la brisa. Puse la caja sobre la cómoda.

Julián

La verdad es que la mayoría de las veces las piezas encajan demasiado tarde, cuando ya no se puede hacer nada, y entonces ¿para qué saber ciertas cosas? Sandra había vuelto a su vida normal y los demás habíamos corrido hacia nuestros respectivos destinos. De momento el mío era Tres Olivos y Pilar. El jueves, como todos los jueves, Pilar me recogió temprano. Nos dimos un buen paseo con el coche mientras escuchábamos rancheras, nos detuvimos a comer en un restaurante con muy buena pinta, que como siempre pagó ella, y después regresamos al pueblo para hacer algunas compras. Nuestra primera parada la hicimos en su *boutique* favorita. Me resultaba incomprensible que desperdiciara su tiempo y su dinero con alguien como yo, pero allí estábamos, ella probándose vestidos de Nochevieja mientras yo buscaba algún sitio donde sentarme.

Y fue entre un vestido de terciopelo negro y otro creo que de seda rojo cuando oí una voz de mujer a mi lado.

—Disculpe, ¿puedo hablar con usted?

Me volví completamente hacia ella. El pequeño perro que llevaba en brazos me ladró.

Era una chica de entre treinta y cuarenta, de pelo rubio atado en una cola de caballo. Era delgada y fuerte, a la legua se le notaba que hacía mucho deporte. Llevaba vaqueros y un chubasquero amarillo forrado de azul marino, como los de los marineros de las películas. Di unos pasos hacia atrás para verla mejor. Me sonaba mucho, la había visto antes.

—Soy amiga de Alberto, el amigo de Sandra. Usted es... Julián. Llevo semanas tratando de localizarle y cuando había perdido la esperanza, mira por dónde, le he visto entrar en la tienda.

—La que estaba con la Anguila en la playa.

—¿Con la Anguila? ¿Quién es la Anguila?

—La vi con Alberto un día en la playa hace unos meses en plan de novios, ¿puede ser?

Cabeceó afirmativamente. Pilar salió del probador y giró sobre los pies. La falda debía de ser de lentejuelas porque brilló al moverse.

—Muy bonito —le dije—. Te espero fuera.

Salimos e instintivamente cruzamos a unos bancos que había enfrente. El frío era húmedo y se metía en los huesos.

—Me llamo Elisabeth.

A Elisabeth la nariz se le estaba poniendo roja en la punta. Tenía mucha presencia aunque no se podía decir que fuese guapa. Acarició el perro y lo dejó en el suelo. Ató la correa a un banco. Estiró los brazos como si se le hubieran quedado entumecidos.

—Alberto me dijo que si le ocurría algo lo buscara y hablara con usted. Yo también lo vi aquel día en la playa, estaba vigilándonos.

Nos sentamos en el banco y ambos nos metimos las manos en los bolsillos. Presentí que me iba a contar algo desagradable, una de esas cosas que vuelven la vida sombría.

—Alberto ha muerto. Mejor dicho, lo han matado.

Aquí estaba la cosa que vuelve la vida asquerosa.

—Era un infiltrado en la Hermandad y yo su contacto.

—¿Policías?

—Algo parecido. Detectives. Lo descubrieron y se lo cargaron. Un accidente de tráfico, ¿sabe?, pero yo sé que no fue un accidente.

La noticia me dejó paralizado y me costó reaccionar, el pasado seguía engordando a base de desgracias. La Anguila se había quedado definitivamente en el pasado, mientras que Sandra navegaría por el futuro. Sólo Heim, Elfe y yo estábamos estancados en el círculo del presente hasta

que Heim enloqueciera completamente, Elfe no saliera del último delírium trémens y a mí me diera el infarto definitivo.

—Lo siento —dije—. Ayudó a Sandra y creo que a pesar de todo intentó ayudarme a mí.

—Ahora estamos buscando a Christensen, Alice y Otto. Están asustados y no sólo por nosotros. Parece ser que hay más gente tras su pista. Sabemos que se han escondido. Pueden haber rehecho su vida en cualquier urbanización de cualquier playa, la costa es muy larga. Creemos que Heim ha huido a Egipto. De Elfe no tenemos ni rastro.

La miré a los ojos sin decir nada. Los tenía azules, pero no se podían comparar con los pardo-verdosos de Sandra, que te hacían reír por dentro. La Anguila y Elisabeth no hacían buena pareja. Era evidente que no pudo haber nada entre ellos. Aquel día ya lejano en la playa habían fingido que se abrazaban y se besaban. Cómo me gustaría decirle a Sandra, ¿sabes?, la Anguila y aquella chica sólo eran compañeros de trabajo, de un trabajo demasiado peligroso. Y querría pedirte perdón por consentir que a veces se me fuera la cabeza y que mis pensamientos hacia ti no fuesen todo lo honestos que te mereces. En algún momento me hice la ilusión de que yo también era joven y, como ya sabemos, abusé de tu confianza en el asunto del perrito. Sandra, soy repugnante.

—A Alberto le gustaba esa chica, Sandra. Decía que cuando estaba a su lado sentía ganas de reírse y de comerse el mundo y que eso le había pasado muy pocas veces en la vida, pero que desgraciadamente la había conocido en las peores circunstancias posibles.

—Ya no importa —dije con impotencia.

—Sí —dijo Elisabeth con la vista clavada en el suelo—, es muy extraño cómo ocurren las cosas.

Cuando vi a Pilar salir de la tienda y venir hacia nosotros, me levanté del banco. Elisabeth también se levantó y desató al perro.

—Se llama *Bolita* —dijo.

—Ya lo sé —dije yo— y no sabes qué hacer con él. Le has tomado cariño, pero al mismo tiempo es una carga, ¿a que sí?

Asintió y contra todo pronóstico se sonrojó un poco.

Cogí en brazos a *Bolita.* Pesaba mucho, los perros crecen rápido. Me lamió el cuello y volví a dejarlo en tierra.

—Me lo quedaré yo. Tengo mucho tiempo libre y una casa con jardín, pero no podrás visitarle, ¿de acuerdo?, el dueño nada más tiene que ser uno.

Elisabeth le pasó la mano por la cabeza y el lomo por última vez y no volvió a mirarlo. Sabía cómo dejar atrás a los seres queridos.

—Haría bien en decirme cualquier cosa que yo no sepa —se quedó en silencio un momento, usando la táctica de mirarme a los ojos sin parpadear —. No quiero que todo acabe aquí.

—Ya —dije mientras le daba la espalda para avanzar hacia Pilar tirando de la correa del perro.

—Sé que ya no vive en el Costa Azul, ¿dónde puedo dar con usted?

Me limité a hacerle un gesto de adiós con la mano y cogí una de las bolsas que llevaba Pilar.

—¿Quién es ésa? —preguntó Pilar llena de curiosidad.

—Una admiradora. Creo que no te he contado que fui una estrella de cine.

Pilar se colgó de mi brazo mirándome de reojo, dudando si sería verdad que yo hubiese sido una estrella de cine mudo.

—¿Y este perro?

—Un regalo de la admiradora. Necesitamos un perro.

Los tres comenzamos a andar. Elisabeth estaría observándonos, y si no tiraba la toalla ahora mismo y se olvidaba de este asunto, acabaría dando con Tres Olivos y por tanto con Heim y Elfe.

Por mi parte, durante bastantes noches, con las gafas de culo de vaso puestas bajo la luz del flexo, me dediqué a escribirle a Sandra una larga carta recordando los acontecimientos que habíamos vivido juntos y se la entregué a Pilar para que se la enviara después de mi muerte, como había hecho Salva conmigo. Dudé si contarle o no que la Anguila había muerto en un sospechoso accidente de coche (en el que no podía evitar ver la mano de Martín), y que con aquella chica de la playa nunca pensé en serio que tuviese un asunto amoroso, sino que era un contacto de otro tipo. Pero al final no se lo dije, porque esperaba que apareciera en su vida un amor tan

fuerte que pudiera con la ilusión de la Anguila sin tener que quitársela yo de en medio. Ni tampoco le dije que logré encontrar a *Bolita* y que desde entonces estaba en la residencia y lo llevábamos a correr por la playa Pilar y yo.

Mientras tanto, mientras llegaba el día en que esa carta sería echada al buzón, me dediqué a enloquecer a Heim. Sabía cómo hacerlo, ellos me habían enseñado.

Nota final

La mayoría de los viejos nazis que aparecen en esta novela están inspirados en personajes reales que tras la segunda guerra mundial encontraron refugio bajo el cielo cálido y apacible de nuestras costas, donde han vivido sin ser molestados, hasta edades muy avanzadas. Sólo el personaje ficticio de Aribert Heim, también llamado *Doctor Muerte* o *Carnicero de Mauthausen,* conserva el nombre verdadero.

Biografía



Clara Sánchez, es la primer mujer que gana el premio prestigioso Alfaguara de novela, con su novela *Ultimas noticias del paraíso*. Clara Sánchez nació en Guadalajara, pasó su infancia en Valencia y acabó estableciéndose en Madrid, donde reside en la actualidad y donde estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense. Tras desempeñar otros trabajos, enseñó durante bastantes años en la universidad y participó regularmente en el programa de TVE *Qué grande es el cine*, así como en

distintos medios. Colabora en *El País* y tiene un blog en www.elboomeran.com. En 1989 publicó la novela *Piedras preciosas*, a la que siguieron *No es distinta la noche* (1990), *El palacio varado* (1993), *Desde el mirador* (1996), (1999), *Últimas noticias del paraíso*, por la que recibió el Premio Alfaguara de Novela 2000, *Un millón de luces* (2004) y *Presentimientos* (2008). Ha sido galardonada con el premio Germán Sánchez Ruipérez al mejor artículo sobre Lectura publicado en 2006. Su obra se ha publicado en diversos países. *Le Nouvel Observateur* ha destacado de Clara Sánchez que «es dueña de un estilo y de una libertad de tono que encantan. Su mirada es irónica. La crueldad es suavizada por la melancolía e incluso la indulgencia».